LA CONJURACION DE MÉJICO,

Ó LOS HIJOS

DE HERNAN CORTES.

Digitized by the Internet Archive
in 2009 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/laconjuraciondem05esco

S
E.748cc

LA CONJURACION DE MÈJICO,

ó

LOS HIJOS DE HERNAN CORTÉS.

NOVELA HISTORICA, ORIGINAL

DE DON PATRICIO DE LA ESCOSURA.

195397
14:4:25

MADRID: 1851.
Imprenta de la Sociedad Tipográfico-Editorial
Á CARGO DE F. ABIENZO,
Calle de la Cabeza, número 32.

LA CONJURACION DE MÉJICO,

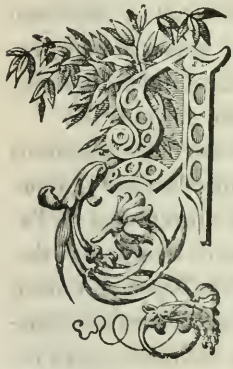
O LOS HIJOS

DE HERNAN CORTES.

PARTE QUINTA.

CAPITULO I.

QUE LOS CLÁSICOS PODRÁN LLAMAR EPISÓDICO, Y TRATA, SIN EMBARGO, DE PERSONAS Y SUCESOS EN ESTE CUENTO IMPORTANTES.



Tuizá estrañe el lector benévolo que, desde que dimos cuenta de las prisiones verificadas de órden de la Audiencia durante la noche del 15 al 16 de julio, no hayamos vuelto á tratar ni del Marqués del Valle, ni de ninguno de los caballeros sus parciales: mas quien por eso nos censure será sobradamente severo, porque de presos absolutamente incomunicados poca cosa puede escribirse, como no sea un libro en el género del famoso de *Silvio Péllico*, género cuyo mérito no nega

mos, pero que, divirtiéndonos á nosotros poquísimo, juzgamos no seria tampoco muy del agrado del público.

La verdad es que los míseros cautivos aburríanse todos, cuál mas, cuál menos, segun sus respectivos caractéres, la culpabilidad de cada uno, y los grados de aficion ó indiferencia que á su vida profesaban. A este sostenia el orgullo, mientras á aquel le rendia el amor á su familia: uno se consolaba rezando, y otro desahogábase maldiciendo: pero, en resúmen, vegetar entre cuatro paredes, convertido en cosa, tratado como dañina fiera, no viendo tras largas horas de solitario encierro mas que el rostro brutalmente indiferente, cuando menos, de un carcelero, y tener ademas en perspectiva el tormento y el suplicio, no son elementos para que nadie esté satisfecho.

¿Qué podiamos, pues, qué podemos decir aún de nuestros presos? A los principales conócelos el lector lo bastante para figurarse cuáles y de qué género serian sus amargas meditaciones; y los demas no le interesan bastante para ocuparse en investigarlo. Dejémoslos, por tanto, todavia algun tiempo en sus calabozos, y tratemos nosotros de aquellos de los personages de este libro que, conservando todavia su libertad, y pudiendo en consecuencia moverse y obrar con mas ó menos desembarazo, son capaces de suministrar alimento á nuestra pluma, y entretenimiento al ócio del curioso.

Y á propósito de curiosidad: mucho nos engañamos si falta entre nuestros benévolos lectores alguno ó alguna que desee ya saber algo del viage y aventuras de Catalina Ponce, de quien nos separamos tiempo ha, dejándola en camino desde la cárcel de Méjico al puerto de la Veracruz. Ciertamente la tal Catalina era un mónstruo de feroz perversidad, como ya sabemos: pero los mónstruos tienen el privilegio de interesar al público de manera, que es mucho mas lucrativo poseer y enseñarle

uno cualquiera, que abrasarse las cejas para componer un libro por bueno que sea; de lo cual se infiere lógicamente que, si nosotros, dueños de un mónstruo, perdiéramos la ocasion de exhibirlo, seriamos declaradamente necios.

Ahora bien, como lo *Autor* y lo *Necio*, bien pueden darse á un tiempo, mas no sabemos de cristiano, gentil, moro, ni judio, que á confesarlo de sí mismo se preste; y queriendo probar que no somos lo segundo, ya que en la flaqueza de ser lo primero hayamos incurrido, despues de encomendarnos á la pública benevolencia, vamos á consagrarle al *Mónstruo* en cuestion algunas páginas.

Catalina y el bravo que la acompañaba galoparon sin descanso y en profundo silencio hasta una distancia de tres leguas de Méjico, que era la del primero de los relevos de caballos de antemano dispuestos por la esquisita prevision de D. Alonso de Avila.

En medio del campo y al resplandor de una hoguera, veíase una pequeña choza donde se albergaba el hombre apostado para cuidar de los corceles, quien recibió á Catalina y á su acompañante como le estaba mandado, es decir: diligente y silencioso. Segun las instrucciones de Avila, detuviéronse en la choza los fugitivos una hora, durante la cual trocó la dama su vestido por otro mas cómodo y á propósito para viage, envolviéndose ademas en un ámplio moruno albornoz, y ocultándose el rostro bajo un antifaz de seda negra. Tambien el bravo trocó de vestido, poniéndose uno idéntico al que usaban los mercaderes de la época, para no llamar la atencion en el camino, como lo hiciera de conservar los atavios un tanto escesivamente belicosos que de ordinario distinguian á los desalmados de su profesion.

Don Alonso, previéndolo todo, no omitió precau-

cion alguna para asegurar la fuga de la muger á quien ya no amaba, pero que habia sido, al cabo, objeto de su pasion primera, y en consecuencia tenia derecho (pensaba él) á su proteccion y amparo en todos tiempos y circunstancias.

Pasó el plazo convenido; nadie parecia; y Catalina, que no era muger de arriesgar la vida por consideraciones á persona alguna, no se hizo de rogar para ponerse de un salto en la silla del caballo, y emprender de nuevo su viage, con la misma precipitacion *que si viera á dos pasos de sí á los ministros de la justicia*, como espresamente se lo habia encargado su antiguo amante, y con eficacia se lo aconsejaba el instinto de su invencible egoismo. ¿Qué le importaba que D. Bernardino Pacheco de Bocanegra, su amador fidelísimo, su víctima desdichada, por ella y para ella solo, primero en asesino convertido, y entonces por la cuchilla del verdugo amenazado, se salvara de tal peligro, ó al fin al rigor de la justicia sucumbiera?—Catalina le habia tenido por amante, porque necesitaba *uno*, y aquel le pareció, y era en efecto mas ciego y sumiso que los demas pretendientes; porque Avila, único hombre que en realidad acertó nunca á ablandar un tanto su corazon empedernido, huia de ella; porque el mismo Bocanegra poseia esclusivamente en Méjico las dotes, buenas y malas, necesarias para que ella se prometiese decidirle un dia á dar muerte al Encomendero, como sucedió en efecto.

Pero ¡amor! Catalina era poco menos que incapaz de sentirlo; entre otras razones, por lo escesivamente que á sí misma se amaba.

¿Por qué, entonces, correr todos los riesgos á que pudiera esponerse por un hombre la mas apasionada de las mugeres? Lo hemos dicho mil veces: primero, porque el libertinage estaba en su índole; luego, por ódio á su marido; despues, por ser señora absoluta de un desdi-

chado mas, y atormentarle á su capricho; en fin, por tener un vengador, un instrumento y cómplice en el parricidio que premeditaba, ó por lo menos deseaba cometer mucho tiempo hacia.

Bien sabemos que las mugeres tienen por argumento sin respuesta el que á esponer vamos, y hacerse tambien pudiera en abono del pretendido amor de Catalina á Pacheco:

—«*Me entrego sin necesidad y faltando á mis deberes, ¿cómo dudar de que amo?*»

Como, la mayor parte de las veces, tal argumento se hace por la interesada al paciente, y en los momentos en que mas exaltada está su pasion, ¿Qué ha de responder él que, por una parte, desea creer, y por otra no puede poner en duda lo que se le dice, sin ofender mortalmente á la que le está favoreciendo en aquel mismo instante?—Pero nosotros, que ahora discutimos en abstracto, podemos y debemos rebelarnos, como lo hacemos, contra tan absurdo raciocinio.

Para que tal no fuese, en efecto, seria preciso probar préviamente que en la muger, ni los sentidos, ni el temperamento, influyen para nada; y que, en consecuencia, siempre que á un hombre le abre los brazos, es porque le ama sinceramente!!! Si hay algun bienaventurado que eso crea, Dios le conserve en su gracia.

¿No hay cálculo en las hijas de Eva, á mayor abundamiento? ¿No hay intereses, materiales y de pasion, que las obliguen nunca á entregarse, conservando libre el corazon? ¿No hay, en fin, mugeres sin corazon, y sin embargo galantes?

La verdad es que, entre las mugeres como entre los hombres, hay libertinage sin amor, y tambien amor sin libertinage: no es la que mas pronto se rinde la que mas ama, ni la que mas tenazmente resiste la menos enamorada; y en resúmen, bien puede acontecer, y con sobra-

da frecuencia acontece, que estrechas relaciones enlacen á personas, de las cuales una, por lo menos, ama poco á la otra.

Catalina, pues, cuidándose muy poco de la suerte de su desdichado amante, emprendió de nuevo su viage á la Vera-Cruz, con ardor tal, que su acompañante, con ser hombre avezado á todo género de aventuras, no la seguia de cerca sino apretándole las espuelas al caballo continuamente.

—«¡Vive Dios! (pensaba el bravo) que esta muger valdria un imperio para un hombre como yo! Ella monta á caballo como un correo; ella maneja el puñal, segun dicen, á maravilla, y por consiguiente no tiene necios escrúpulos; ella la ha corrido ya, y en grande; y ella, en fin, es rica ahora... ¿Y por qué no la has de conquistar, amigo *Corta-orejas*? ¿Por qué no la has de conquistar tú, como otros la han conquistado?»

Corta-orejas, que debia su gráfico nombre al deleite y destreza con que, en efecto, cortaba infaliblemente las orejas de todo infeliz que en sus manos caia, allá en las guerras de Italia y Alemania, donde juntamente con Absalon y Almanegra habia militado; *Corta-orejas* fue de niño ratero, de mozuelo ladron, ya hombre, bandido en España, luego soldado bajo las banderas del católico Felipe II; y en fin, bravo entre los alistados por D. Martin Suarez de Monroi. Su biografía fuera un compendio de cuantos crímenes caben en la humana perversidad; porque, es preciso confesarlo: raza como la de los bravos de la época á que nos referimos, difícil es hallarla en la historia. Hoy, reducidos los delincuentes á su propia peculiar esfera, sin ser menos despreciables que entonces, sí son infinitamente menos peligrosos, pues no siendo ya la fuerza brutal el elemento social dominante, aun cuando las clases cultas traten de cometer un crímen, rara vez acuden á buscar sus cómplices é instrumentos entre las

heces de los malvados. Crímenes se cometen en nuestros dias, por desdicha, mas son, si no en el fondo, sí en las formas, de otra especie que los consumados tres siglos hace. La calumnia y la intriga se prefieren ahora á la espada y la fuerza; el veneno está mucho mas en uso que el puñal; y como para propalar una calumnia y urdir una intriga vale mas un libelista que un bravo; como para envenenar á un hombre honrado que estorba, es preferible y mas hábil la blanca mano de una pérfida esposa, que la encallecida de un asesino de oficio, este no se ejerce ya sino en rarísimos escepcionales casos. Mas en el tiempo de nuestro cuento, todo caballero necesitaba tener á su servicio alguno ó algunos bandidos de los que, habiendo ya hecho sobrados méritos para que el verdugo los reclamase como suyos, compraban á costa de una sumision tan ciega como sin límites, el pan, el salario y la proteccion de los poderosos. Estos á su vez, comprometiendo su fama y crédito en defensa de los proscritos, valíanse de ellos, en el mejor caso posible, como defensores de su casa y persona, y en no pocos como instrumentos de sus venganzas ó malas pasiones.

En tal supuesto no debe estrañarse que á un malvado, como Corta-orejas, le acometiese desde luego la tentacion de hacerse dueño de una muger verdaderamente hermosa como Catalina lo era, y al mismo tiempo de enriquecerse con las joyas y dineros que sabia llevaba consigo la fugitiva adúltera.

Pero ¿Y la diferencia de clases? (Esclamará alguno). ¿Cómo podia esperar un mortal, záfio y grosero, que de él se prendase una dama, criminal sin duda, mas de noble cuna y aristocráticos instintos? ¡Aquel hombre estaba loco!

Vamos á espacio, si á vuesa merced le place, señor argumentista. En primer lugar, Corta-orejas no pensó ni un instante siquiera en *enamorar* á Catalina, sino en

poseerla, que son cosas muy distintas entre sí; y en segundo, la distancia entre aquellos dos séres no era, ni con mucho, tan grande como á primera vista parece. El crímen degrada irremisible, súbita y profundamente: cuanta mayor es la altura en que se comete, tanto mas honda la infamia en que al delincuente sume. Catalina, á los ojos del mundo como á los de Dios, á los del bravo como á los del mismo D. Alonso de Avila, era ya entonces una adúltera parricida, y no otra cosa; una muger abyecta, que solo merced á la fuga podia esquivar el suplicio. Habia, pues, igualdad perfecta entre Corta-orejas y la viuda de Juan Ponce; y quizá decimos mal, el bravo era superior á la parricida, porque en los dominios del crímen la fuerza constituye aristocrácia, y Corta-orejas superaba en fuerza á Catalina.

Tanto era asi, y tan cierto es que cada cual aprecia mejor que nadie los efectos de su propia degradacion, que desde el instante en que el bandido, á pretesto ya de orientarse en su camino, ya de apretarle las cinchas al caballo, comenzó á detenerse unas veces, y á aproximarse otras por demas á Catalina, adivinándole ella los designios, en vez de rechazarle violentamente como en otras circunstancias hiciera, hubo de resignarse á contemporizar por el momento, salvo el propósito de deshacerse de tan peligrosa compañia asi que las circunstancias se lo consintieran. Por su parte Corta-orejas, seguro de que las suyas corrian gravísimo peligro, si sospechara siquiera remotamente D. Alonso de Avila la manera en que su encargo desempeñaba, trató por entonces de no esceder los límites de la *galanteria*, tal como su rudo entendimiento alcanzaba á comprenderla; y de ese modo pudo la digna pareja llegar á su destino sin aparente ruptura. No obstante, él se habia picado al juego, y ella atesorado en su rencoroso pecho un ódio implacable á su audaz acompañante.

Sin entrar en la ciudad, y embarcándose en un esquife, en cierta playa del puerto no distante, fueron nuestros fugitivos en derechura al buque que con impaciencia los esperaba; pues siendo propicio el viento para la navegacion, sabido es que los marinos lloran el tiempo que en tierra pasan. Así, apenas llegados Catalina y el bravo, dió el capitan la órden de aparejar para la Florida.

¡La Florida! Un tiempo tambien parte de los inmensos dominios españoles, hoy territorio de los Estados-Unidos de Norte-América, en virtud de una *venta* consumada no mas tarde que el vigésimo primero año del siglo XIX; porque todavia en el siglo XIX los potentados de la tierra venden y compran paises, cuyo suelo basta al establecimiento y prosperidad de un gran pueblo!

Trescientos años há, como ahora, era la Florida una vasta Península, limitada al Norte por los actuales estados de Alabama y de Georgia; al Sud por el estrecho que lleva su nombre; al Este por el golfo de Méjico; y al Oeste por el Mar Atlántico; distante apenas treinta leguas de la Isla de Cuba, en union de la cual forma el Seno mejicano; y poco abundante en metales preciosos.

Esa circunstancia y la ferocidad indómita de sus habitantes contribuyeron, por una parte, á que no hiciese el Gobierno español grande empeño en poblarlas; y por otra, á que fuesen constantemente desgraciadas las muchas tentativas que desde su descubrimiento hicieron para radicar en sus costas, ya osados aventureros, ya los agentes del Vireinato de Nueva España.

Considerábase, pues, la Florida, en la época de nuestra historia, como una region completamente incivilizada, como un pais poblado por feroces hordas de salvages, al cual, aún con las armas en la mano y en crecido número, no podian arribar los europeos sin gravísimo ries-

go para sus vidas, y seguridad absoluta de sufrir trabajos y privaciones sin cuento.

¿Por qué (siendo asi) dispuso D. Alonso de Avila que el buque, en el cual debia fugarse Catalina, hiciese rumbo precisamente á tan peligrosa tierra? La razon es obvia: si el bajel se fletara para cualquiera otro punto de Europa ó de América, acudieran á él los mercaderes con sus efectos, los viageros con sus personas, el Gobierno mismo quisiera, acaso, aprovechar la ocasion para sus comunicaciones oficiales; y el secreto de la fuga, arriesgárase casi con evidencia. Pero que una docena de hombres desconocidos, ó por gente audacísima reputados, con ayuda de algun codicioso especulador tripulasen un barco para esplorar las costas de la casi ignorada península, en primer lugar á nadie podia asombrar, supuestos el pais y los tiempos; y en segundo, aseguraba á los navegantes de toda importunacion y aun pesquisa; porque entonces ni al que á tan temerarias empresas se lanzaba le iba nadie á la mano, ni se habian aún inventado las medidas de policía que no nos permiten movernos hoy, sin conocimiento de las autoridades.

Bien calculó, pues, D. Alonso, y á mayor abundamiento previno al Patron del barco que, limitándose á voltegear algun tiempo delante de la Florida, para deslumbrar á los curiosos, ó cuando mas haciendo aguada en sus costas, para poder justificar, en caso necesario, que habia á ellas arribado, gobernase despues á Europa, procurando desembarcar á Catalina fuera de los dominios españoles. Quizá no estará demas decir que el barco pertenecia en propiedad al mismo Avila, y que de su cuenta y bolsillo se hicieron todos los gastos de aquella aventurada singular espedicion.

Pero hay todavia otra circunstancia, en el caso que nos ocupa, digna de notarse muy particularmente, y es la admirable coincidencia de huir Catalina del castigo

que su crímen merecia, dirigiéndose á la Florida, pais descubierto el año de 1512 *por Juan Ponce de Leon*, padre del infeliz Encomendero por ella deshonrado y ademas vilmente asesinado.

Sí; Juan Ponce de Leon, hidalgo natural de la villa de San Servas de Campos, que con Nicolás de Ovando pasó, recien descubierto al Nuevo Mundo, á la Isla Española; Juan Ponce de Leon, primer pacificador de la Isla de Puerto Rico, cuya capital, de su nombre, se llama *San Juan*, y es uno de los pocos pero importantísimos restos que aún conservamos de nuestra pasada grandeza; Juan Ponce de Leon, uno de los hombres mas activos, emprendedores y mal pagados, de los que en la casi fabulosa empresa de arrancarle al Occéano un ignorado hemisferio se distinguieron, fue quien descubrió, como dijimos, el año de 1512, y el dia de Pascua *florida*, la península que se distingue aún hoy con el apellido de una de las mas solemnes festividades de la Iglesia Católica.

¿Quién le dijera, cuando ufano con el inesperado hallazgo, entrevia acaso inmortalizado su nombre en los futuros siglos, y poblada aquella tierra por innumerables pueblos, que dentro de breves años habia en sus costas de buscar asilo la adúltera homicida esposa de su propio hijo?

Confesemos que, para los impíos que niegan la intervencion en los sucesos de este mundo de la Providencia divina, hay azares y coincidencias inesplicables en la vida humana.

Mas, volviendo al relato, es de advertir que una vez, embarcados la fugitiva y su acompañante, la primera idea de ella fue desembarazarse del que descaradamente aspiraba al título y goces de su galan. Dióle, en consecuencia, gracias por los servicios que hasta aquel momento la habia prestado, y una razonable recompensa

en dinero, deseándole feliz viage y pronta vuelta á la capital de Nueva España.

Corta-orejas oyó con gravedad imperturbable la jaculatoria de Catalina, aceptando sin ceremonias el dinero; y en seguida declaró que ni pensaba, ni debia volver á Méjico hasta que en completa seguridad dejase á *la señora*. Al escuchar tal declaracion estremecióse la delincuente, porque á la verdad ni su degradacion la habia pervertido el gusto lo bastante para que sin repugnancia invencible mirase á un hombre brutal y asqueroso en todos conceptos, ni el peligro y equívoca posicion en que se hallaba le permitian rechazarlo de sí con el profundo desden á que realmente eran acreedores los osados designios del bravo.

En tal conflicto acudió Catalina á su astucia, tratando de persuadir á su perseguidor de que seria una locura unir su suerte á la de una muger proscrita; insinuándole, á mayor abundamiento, que, en el instante en que en tierra para ella segura pusiera la planta, iba á encerrarse en un claustro, en espiacion, no del crímen de que *injustamente* se la acusaba, sino de la desdicha de haber dado lugar á tan horrible *calumnia*. Corta-orejas, habiendo hecho á D. Alonso de Avila un servicio tan importante, cual lo era el de conducirla sana y salva á bordo del bajel en que hablaban, podia contar de seguro con una espléndida recompensa á su regreso á Méjico, asi como con la constante proteccion de aquel caballero, el mas espléndido, magnífico y poderoso de todo el reino. Mas aún: ¿Cuál no seria la inquietud de D. Alonso si su mensagero no regresaba á noticiarle el feliz éxito del peligroso viage, por dicha sin contratiempo terminado? Era, pues, indispensable que Corta-orejas se volviese por donde habia venido; salvo, de insistir en su propósito de unirse con Catalina, el proporcionarle ella, como con solemne juramento se lo ofrecia,

los medios necesarios para verificarlo, dándole aviso del lugar de su retiro.

Tal fue, en compendio, el raciocinio de Catalina, escuchado por el bravo con religiosa atencion y muestras de convencimiento tan evidentes, que la dama de Bocanegra llegó á esperar que habia logrado su fin: mas el inexorable bandido contestó á todo con la siguiente, lacónica, pero concluyente respuesta:

—«Vuesa merced, señora mia, lo dice como quien es: pero á mí D. Alonso me ha mandado acompañarla hasta que la dejé en parage seguro á toda mi satisfaccion, que ha de ser la suya; y ni por Angeles ni por Demonios, dejaré de cumplir la órden que me dieron.»

¿Qué replicar á tal género de argumento? ¿Qué oponer á tan invencible obstinacion? El silencio, la resignacion y la astucia. Por lo que hace al Patron, en sus instrucciones se le mandaba acoger á bordo á un hombre y á una muger, que le presentarian cierta contraseña: la muger y el hombre alli estaban, la contraseña tambien; tocábale solo darse á la vela, y asi lo hizo sin meterse en mas averiguaciones.

Singló, pues, la nave con viento en popa hácia las salvages costas de la Florida; recogióse Catalina á su camarote; y mientras la tripulacion atendia á la maniobra, Corta-orejas, paseándose á compás sobre el puente, meditaba profundamente su plan de operaciones para lo sucesivo. Sus naves quemadas estaban ya; porque en realidad la órden que de Avila recibió fue para acompañar á Catalina hasta embarcarla, y en seguida regresar á Méjico, donde las muertes de Absalon y de Almanegra, y los sucesos que se preparaban, hacian necesaria la presencia de un hombre como él, que gozaba de cierto prestigio entre los de su especie. Asi, en el hecho solo de hallarse embarcado, Corta-orejas contravenia á los preceptos de su dueño tan abiertamente, que la recon-

ciliacion le era imposible; y por consecuencia, ya entonces, si Catalina y su dinero y joyas se le escapaban de entre las manos, podia considerarse en el caso de un hombre que voluntariamente se arroja á un precipicio.

Para mayor complicacion, á los ojos del bravo era evidente que la fugitiva, no solo no sentia hácia él la menor inclinacion simpática, sino que cordial y profundamente le detestaba, siendo de presumir que aprovechara con anhelo la primera ocasion que se le presentase para desembarazarse de su molesta compañia.

Sin ilusiones, pues, y colocado entre la miseria y el crímen, situacion infinitamente peor, en su concepto, que la de estar entre la espada y pared, Corta-orejas no vaciló un instante siquiera en la eleccion, pues que el crímen era su natural elemento, y la miseria harto su conocida para que por el pensamiento pudiera pasarle la idea de aceptarla, ni por solo un instante. Lo que de veras le aquejaba y tenia perplejo era el no hallar medio espedito y obvio para satisfacer pronto, por completo, y sin arriesgar el pescuezo demasiado, su brutal antojo por la muger, y su insaciable codicia de riquezas juntamente.

Violar y robar, que, para llamar las cosas por sus nombres, eso y no otra cosa meditaba aquel dignísimo bandido; violar y robar en un buque, aunque como aquel esté por casi piratas tripulado, y aun cuando se trate de una muger á quien sus crímenes y mala suerte hayan puesto, como á Catalina, fuera de la ley comun, privándola de todo amparo en la tierra; violar y robar, repetimos, en un buque, á una infeliz que bajo la salvaguardia de su tripulacion se halla, son acciones que, ni aun entre piratas se cometen impunemente, porque aun en aquellas asociaciones, en ódio de la moral pública, por decirlo asi, formadas, hay siempre un resto de pudor, ó mas bien un instinto de propia conservacion, que les acon-

seja y obliga á poner freno, en lo que á ellas mismas toca, á la ferocidad que en masa ejercen contra el resto del universo. Era, por tanto, para Corta-orejas evidente que, mientras Catalina estuviese á bordo, no queriendo ella, como no queria, ni abrirle los brazos, ni entregarle sus tesoros, forzoso le seria reprimir sus brutales ímpetus, so pena de figurar luego pendiente de una verga á guisa de espanta-pájaros, situacion elevada de que el bravo no se sentia ambicioso en ningun modo. En tal supuesto, no habia mas de aplazar la realizacion de sus deseos hasta el desembarque; pero entonces, aunque el crímen ya en tierra contase con mas probabilidades de impunidad, todavia le quedaban sobradas al castigo para no proceder de ligero. Corta-orejas, desconocido en América, gozaba en Europa de cierta hedionda popularidad entre los criminales, corchetes y ministriles de todos los paises, y singularmente en España, Portugal, Flandes, Alemania, Italia, y hasta en la Francia misma. Tales y tantas, y tan graduadas fueron sus fechorias de todos géneros, que apenas podia decirse que hubiese un tribunal que no le reclamara; y para hombre de tal fama, desembarcar en Europa equivalia á consagrarle al cáñano su garganta, y al Diablo su alma.

Embarcado asi, tanto en el sentido recto cuanto en el metafórico de la frase, en una aventura rodeada de riesgos infinitos; habiendo de caminar siempre sobre el borde de un precipicio; y con la seguridad de dar en la horca si el equilibrio le faltaba un solo instante, no perdió Corta-orejas, sin embargo, su presencia de espíritu; antes, por el contrario, Satanás su patron, sugirióle un proyecto verdaderamente infernal, para hacerse dueño, al parecer sin grave riesgo de su persona, de la de Catalina, de las joyas que fueron del Encomendero de Acama, y del dinero de D. Alonso de Avila, finalmente.

Sereno el cielo, apacibles las olas, fresco y propicio

el viento, deslizábase ligero el buque sobre las aguas del Atlántico, como blanco cisne sobre la superficie de tranquilo estanque; y el Patron, orientadas las velas, y comunicadas al piloto las instrucciones para la noche necesarias, iba á entregarse al descanso, cuando, advirtiendo que aún sobre el puente permanecia su pasagero, invitóle con ruda cortesía á reforzar el estómago, antes de acostarse, con cierto aguardiente europeo que en su cámara tenia. Cuenta la historia que Corta-orejas creyera pecar mortalmente rehusando cualquier convite de tal especie; por lo cual, y conviniendo á sus designios congraciarse al Patron, apresuróse á seguirle hasta la cámara de popa, dándole gracias por la invitacion que aceptaba.

Difícil nos fuera determinar quién habia visto mas mundo, si el convidante ó el convidado; porque entrambos eran hombres de aquellos que al morirse de todo tienen derecho á quejarse menos de no haber vivido: mas con esta diferencia, que el marino habia siempre especulado con su vida, mientras que el bravo infinitamente mas con la agena que con la propia. En la biografía del Patron, si se escribiera, no pretendemos que hallase ningun padre de familia ejemplos morales que proponer á sus hijos: mas la de Corta-orejas pudiera servir de libro de texto y leerse en cátedras de perversidad. En resúmen: aquel conocia lo malo, y este lo practicaba, que son cosas harto distintas.

Sin embargo, entendiéndose perfectamente el uno al otro, y no teniendo nada mas agradable en que ocuparse, pasaron la noche entera sentados á la misma mesa, cada cual con su vaso y botella delante, y departiendo al principio sobre las costumbres (malas se entiende) de los diversos paises que uno y otro habian visitado; algo mas tarde hablando de mugeres, por decontado no buenas; todavia despues de pendencias, no siempre

leales como duelos entre honrados caballeros; y poco antes, en fin, de que el Alba despuntase, nada menos que de D. Alonso de Avila, de Catalina Ponce, del objeto de aquella navegacion, y del mismo Corta-orejas por último.

Gran bebedor era el bandido, pero el Patron un verdadero mosquito, uno de esos hombres que tienen sobre las cubas la ventaja de no criar madre; con estómagos que parecen perforados, como los toneles de las Danaidas; con cabezas que despiden de sí los vapores del vino, cual las superficies cóncavas los sonidos. Alcohol puro, que no aguardiente, pudiera beber el bueno del hombre hasta la consumacion de los siglos, sin pasar nunca de cierto estado de perezosa beatitud, en el cual, purpurino el rostro y sobrado gruesa la lengua, hablaba poco, pero oia mucho y bien, sin perder ni un solo instante la conciencia de su ser é intereses.

Aconteció, en consecuencia, que cuando ya pudiera decir Corta-orejas aquello de

« Mas oye un punto sutil:
¿ No pusiste allí un candil?
¿ Cómo me parecen dos?»

Porque, en efecto, veia delante de sí mas candelillas que estrellas tiene la region tropical en que navegaba; el Patron, conservando perfectamente despejada la cabeza, creyó oportuno el momento para satisfacer la curiosidad, sobrado natural, que le aquejaba, relativamente á su bella pasagera y no muy católico acompañante.

Aunque en frases inconexas, amenizadas con chocarreras frialdades, blasfemias que hicieran estremecer á un Aquelarre, y necedades que envidiara un cónclave de filósofos, bastante dijo la ébria lengua del bravo para que su comensal supiera que Catalina fue un tiempo

dama de D. Alonso, y que este, para salvarla del suplicio, habia escalado la cárcel de Méjico, donde se hallaba presa como acusada de adulterio y parricidio consumado en la persona de su marido. Ni omitió Corta-orejas encarecer las riquezas que Catalina llevaba consigo, ni supo del todo ocultar sus designios relativamente á la persona y tesoros de la dama; por manera que el marino fue dueño desde aquel instante de su secreto, y por consiguiente de su vida.

Mas al rayar el alba, dormia profundamente el bandido debajo de la mesa, y el Patron en su hamaca; la delincuente sola, á quien su peligrosa deplorable situacion acortó el sueño, velaba en el buque, esceptuando el cuarto de servicio.

—« ¿Qué va á ser de mí?» (pensaba Catalina, melancólicamente apoyada en la borda del buque, y fijos los ojos en su espumosa estela). «¿Qué va á ser de mí, sola »en la inmensidad del universo, proscrita por las leyes »de los hombres, maldecida por las de Dios, y sin mas »amparo que el de un bravo, mas codicioso de un poco »de oro que poseo, que de mi persona misma?—¿A »dónde volveré los ojos, buscando amparo?—¿Quién »escuchará mis lamentos?—¿Y qué hé ganado, Alonso, »con que de la cárcel de Méjico me sacáras, si habias »de negarme tus brazos, y luego lanzarme al mundo, »como una piedra al espacio, abandonándome á merced »del acaso?—Debí haber esperado á Bernardino... ¡Ah, »si él estuviera conmigo, nada tendria yo que temer!... »¡Pero, si no le amo, si le detesto!... ¡Yo no puedo amar, »yo no he amado mas que á Alonso! ¡Y el ingrato me negó »sus brazos!.. ¡Maldita sea la hora en que le hice traicion, »vendiéndome, necia de mí, al oro que nunca gocé del »pérfido Juan Ponce..! ¡Ah! ¡Juan Ponce!... ¡De ese »al menos me he vengado!... ¡Bien se clavó en su cora»zon la daga de Bernardino!.. ¡Implacable Juan Ponce!..

»¡*Maldita seas, Catalina, en este y en el otro mun-*
»*do*!... Paréceme que aún le escucho.—¿Y qué me im-
»porta su maldicion?—En este mundo... Del verdugo ya
»estoy libre.—¿Y del bandido? —¡Oh! á ese, en último
»resultado, le engaño, y luego... yo soy bella, no me fal-
»tará quien haga con él lo que Bocanegra con el Enco-
»mendero!... Pero hay otro mundo y allí... No lo hay:
»no hay otro mundo, yo no lo creo, no quiero creerlo...
»¡Llamas eternas!—¡Bah! ¡Imposible! Esas son patrañas;
»la muerte lo acaba todo.—¿Qué es lo que queda de
»Juan Ponce?»

Así, desvariando impía aquella alma perversa, y re-
husando regenerarse en el raudal del arrepentimiento,
llegaba hasta negarlo todo; así, huyendo de sus propios
remordimientos, refugiábase en los helados brazos del
ateismo, porque tanto monta negar la inmortalidad del
alma, como la existencia del Ser Supremo; sin aquella
este seria absurdo.

En tanto las horas corrian, y reparadas las fuerzas
de Corta-orejas con el profundo sueño disfrutado, la
razon, ejerciendo en él su natural oficio, acusábale de
las graves imprudencias cometidas la noche anterior.
Maldiciendo, pues, el aguardiente y su propia intempe-
rancia, pero disimulando profundamente sus recelos, lle-
góse al Patron, y con arte digno de cualquier diplomá-
tico consumado, hizo recaer la conversacion sucesiva-
mente, primero sobre la pasada orgía en general, des-
pues sobre Catalina, y últimamente sobre sí mismo, todo
con el piadoso objeto de indagar si habia ó no andado
indiscreto, como con razon lo temia.

Pero de aquellos dos hombres podia con rigurosa
exactitud decirse lo que el proverbio italiano de dos tu-
nos redomados que de engañarse tratan recíprocamente,
que la lucha era de *Galeota* á *Marinaro*, esto es, de
Presidario á *Marinero*, ó sea de pícaro á pícaro y me-

dio. El Patron no recordaba una sola sílaba de cuanto habia dicho ó escuchado la noche anterior; ni tenia conocimiento del nombre siquiera de Catalina; ni menos de las aventuras de su comensal. Habíasele subido el aguardiente á la cabeza, proporcionándole largo y profundo sueño. A eso se atuvo, eso aseguró con tal naturalidad y completa ausencia de afectacion, que, siendo Corta-orejas no menos receloso y asombradizo que perverso y desalmado, quedó con todo plenamente tranquilo, si bien jurando no escederse en lo sucesivo en materia de aguardiente, mientras su proyectada aventura no llevase á cabo.

Al ponerse el sol halláronse los navegantes á la altura de la Florida, y dando vista á sus costas tan de cerca que, casi sin necesidad de servirse del anteojo, pudieran distinguir las humanas fisonomias, si alguna se mostrase en las entonces desiertas playas. Era tal, sin embargo, la fama de la ferocidad y valor indomable de los naturales de la tierra, que un estremecimiento involuntario agitó los nervios de toda la tripulacion y de los dos viageros, al considerarse tan vecinos á una region en que, segun las creencias de los indios, se escondia una famosa fuente cuyas aguas maravillosas rejuvenecer podian al mas anciano de los mortales en pocas horas, mas que para los castellanos era una especie de báratro insondable, donde su esfuerzo y fortuna naufragaban constantemente.

Por de pronto el buque se puso al pairo; flojos los cables, azotaban sus palos; recogidas sus velas y vacilante su casco, el que poco antes volátil acuático, asemejábase á flotante boya; y el silencio profundo, la ansiedad congojosa que á bordo reinaban, parecian presagio de alguna gran desdicha.

Y en efecto, ya en el Cielo divisaba el ojo esperto de los marineros, los síntomas infaliblemente precursores de una de las espantosas tormentas con que, bajo los tró-

picos y en sus inmediaciones, suele la mano del Eterno agitar tan hondamente los mares, que no parece sino que amenazan devorar las inmensas tierras que circundan.

Antes de la media noche la tempestad era inminente; tan inminente, tan formidable, que despreciando ante la ira celeste todos los riesgos que por parte de los hombres correr pudiese, mandó el Patron aparejar para la costa, y singló á ella tan resuelta como hábilmente.

No hubo una voz que lo contrario osara aconsejarle; no hubo un brazo que á la maniobra no estuviese pronto, mas tampoco un corazon que aceleradamente no palpitase, tampoco un rostro en que el miedo no imprimiese su torpe lívido sello. Porque, en verdad, esperar en alta mar la llegada del huracan, fuera perecer con evidencia; pero tambien arribar á las playas de la Florida, ir á una muerte casi segura, y sin duda mas cruel todavia que aquella con que las aguas y los vientos combinados les amenazaban.

Catalina, no obstante, tuvo serenidad bastante para no separarse del paquete que sus riquezas contenia; y Corta-orejas la necesaria para no perder de vista un solo instante ni á la muger, ni al tesoro que codiciaba.

Apenas habia entrado el buque en cierta pequeña ensenada de la costa, y mordido sus áncoras en el arenoso fondo, desencadenóse el huracan, como si aquello solo esperase para soltar la rienda á su furor inmenso.

La pequeña nave, mal defendida del poder del viento en la abierta ensenada, revolvíase sobre los cables, como un tigre cautivo en derredor de la argolla á que está unida la cadena que le sujeta. Nadie podia estar de pié á bordo; crugia el maderámen del casco, cual si á desarmarse fuera; los palos se cimbreaban como flexibles mimbres; el mareo se apoderó hasta de los mas veteranos marineros! En tal situacion, oyóse súbito estallar

una cuerda!.. El cable de una de las áncoras acababa de romperse.

—«¡Al mar las embarcaciones! (Esclamó aterrado el »Patron.) ¡Al mar las embarcaciones! ¡O somos irremisi»blemente perdidos!»

O el hábito de la disciplina, ó la inminencia misma del peligro, sacando de su abatimiento á los atribulados marineros, diéronles fuerzas y tino para ejecutar el precepto de su gefe con precision y prontitud. Las embarcaciones flotaron; embarcáronse en ellas precipitadamente algunos víveres, y luego la tripulacion y pasageros, llegando todos á tierra, que distaba pocas toesas del buque, mas no sin trabajo inaudito, ni sin haber temido antes muchas veces ser pasto de los mónstruos marinos.

Nadie estaba entre aquellos infelices para discursos ni proposiciones; maquinalmente seguian todos al Patron que, acaso maquinalmente tambien, los mandaba y dirigia en fuerza de la costumbre, mas que en uso racional y deliberado de su autoridad legítima.

Catalina no se apartaba de su tesoro; Corta-orejas no perdia de vista á Catalina.

La situacion de los navegantes no fue en tierra mucho mas grata que á bordo; porque el Cielo, abrasado en relámpagos, lanzaba sobre ellos á torrentes la lluvia, y el huracan que arrancaba los árboles seculares, apenas les permitia conservarse derechos. Por instinto, pues, encamináronse á un bosquecillo no distante de la playa en que habian desembarcado, procurando cada cual guarecerse lo mejor que pudo, ya con las desigualdades del terreno, ya con los árboles mismos.

Figurárase fácilmente el lector que, no siendo la ocasion ni las gentes allí reunidas lo mas á propósito para galanterías, Catalina Ponce hubo de resignarse, y lo hizo con admirable presencia de espíritu, á cuidar

de su persona como si sola en el universo se encontrase; porque, si bien Corta-orejas atendia á no perderlos de vista ni á ella ni á su tesoro, en lo demas era sobrado egoista para pensar mas que en sí mismo. Pero si la resolucion era inagotable en aquel alma satánica, no asi las fuerzas; y al cabo su cuerpo femenino, bello y delicado, cediendo á las inclemencias del Cielo y al cansancio, que ya los mas duros esperimentaban en alto grado, rindióse por completo apenas hubo llegado al bosque y situádose al abrigo del tronco de un árbol gigantesco.

Dobláronsele entonces las rodillas; frio sudor bañó sus lacios miembros; un vértigo irresistible se apoderó de su cabeza; y cayendo en el suelo anonadada, mas con los ojos abiertos, sintió, quizás por vez primera de su vida, qué cosa eran los remordimientos.

El silbo horrendo del huracan furioso clamaba incesantemente en sus oidos: «*¡Infiel! ¡Adúltera!! ¡Parricida!!!*»—Al estampido y fragor del trueno se mezclaba para ella una voz que decia: «*¡Maldita en este y en el otro mundo!*»—La lluvia que azotaba su rostro parecíale la caliente sangre que brotó de la herida de su víctima. Cada relámpago le mostraba la faz cadavérica y amenazadora del Encomendero de Acama; y no hubo uno solo de los infinitos rayos que en aquella horrible noche lanzaron las inflamadas nubes, que el corazon de la delincuente no hiciese vibrar herido por eléctrico cruelísimo golpe. Satanás preludiaba á su castigo, sin duda alguna.

. . . . . .

. . . . . .

Cuando, calmada la tormenta, aunque terrible pasagera, amaneció el siguiente dia claro y sereno, y el Patron quiso reunir su gente para regresar á bordo, si el huracan no habia destrozado el buque, echóse de menos

á Catalina y á Corta-orejas; y en vano empleó la tripulacion entera mas de dos horas en buscarlos diligente, si bien no internándose demasiado en la tierra por temor á los salvages.

—«He dado palabra á D. Alonso de salvar á esa muger y para eso me paga generosamente (decia el Patron); pero no puedo tampoco dejarme devorar por los indios. ¡No sé qué hacer!»

En verdad, que era dura la alternativa.

CAPITULO II.

DONDE SE DÁ UNA LIJERA IDEA DE LAS COSAS DE LA FLORIDA, Y PROSIGUE Y CONCLUYE EL EPISODIO DEL CAPÍTULO ANTERIOR.

JUZGAR por los datos, en verdad no muy terminantes, que envueltos, como es natural, en la nebulosa atmósfera de las preocupaciones de la época, nos suministran las crónicas relativamente á la Florida, era aquella region todavia en el último tercio del XVI siglo, una de las menos civilizadas de la América del Norte; y tanto que, comparándola á la Nueva España, podia con razon sobrada calificarse de pais enteramente bárbaro.

No obstante, los moradores de la parte Norte de

aquel pais, hallándose en contacto mas ó menos frecuente con los mejicanos y otras naciones relativamente cultas, vivian vida social en pueblos regidos por caciques y leyes ajustadas á sus necesidades y conocimientos; al paso que los habitantes de lo interior y del Mediodia de la Península, que ahora episódicamente nos ocupa, conservábanse en el estado salvage mas completo que imaginarse puede.

Nómadas todos los últimos, desconocian completamente la agricultura, alimentándose del producto de la caza y de la pesca; de los frutos espontáneos de la tierra, de raices secas, y, si hemos de creer á los historiadores casi contemporáneos del descubrimiento, de arañas, huevos de hormigas, gusanos, lagartijas, y todo género de culebras, entre las cuales unas de carne tan ponzoñosa que, comida por cualquiera otra persona que los indios de la Florida, le causa infaliblemente la muerte. Pero todavía, á pesar y ademas de la ya singularísima y no apetitosa lista de comestibles que acabamos de escribir, quiere el P. Torquemada que comiesen, y copiamos literalmente sus palabras: *tierra* y *madera*, y EL ESCREMENTO Ó ESTIÉRCOL DEL VENADO.

Estraña y sucia parece tal costumbre: pero ¿No pagan los chinos á peso de oro, para regalarse con ellos, los nidos de cierto pájaro que con sus propias secreciones fecales los edifica? ¿No comemos nosotros con deleite, vivo y palpitante, al infeliz molusco que llamamos ostra? Seamos, pues, indulgentes con los indios, y respetemos en el estado de barbárie aberraciones del gusto, no muy superiores por cierto á las que en el apogeo de la civilizacion hallarse suelen con sobrada frecuencia.

Pero, á mayor abundamiento, hay que alegar en favor de nuestros indios de la Florida que, si bien se nutrian de alimentos poco delicados unas veces, y no muy limpios otras, al menos no puede acusárseles, como á los

caribes y mejicanos, de haber incurrido en la horrenda costumbre de comer carne humana; costumbre que, por el contrario, tal y tan profundo horror les causaba, que en virtud de él puede esplicarse en gran parte el tenaz encarnizamiento con que constantemente miraron y combatieron á los europeos.

En efecto, el año de 1528, Pánfilo Narvaez, especie de tizon humano, al parecer por la Divina Providencia consentido solo para que, con su implacable envidia y locas empresas, hiciese resaltar mas cada dia la inmarcesible gloria de Hernan Cortés, no contento con haber comprometido en cuanto pudo el éxito de la conquista de Nueva España; y humillado, pero no corregido, con la ignominia de su derrota en el Anahuac, logró al fin á fuerza de intrigas y bajas adulaciones en la corte, que los ministros de Felipe II le agraciasen con el título de Adelantado y Gobernador de la Florida. En vano desde los primeros pasos de su empresa le advirtió el Destino el mal éxito que le preparaba, haciendo intérpretes de su enojo, al Cielo con tempestades, y al Occéano con borrascas: al compas de los rigores del hado, acumulaba aquel mal aventurado caudillo sus desaciertos. Supliendo en él la vanidad á la grandeza de ánimo, y la obstinacion á la razonada perseverancia, aportó al cabo á las playas de la inculta Península, preguntando por lo que buscan constantemente las almas codiciosas: por el oro, sin el cual no aciertan á engrandecerse los que Dios hizo pequeños de espíritu.

Allí y entonces, como en todas partes y siempre, castigóle la fortuna con sus desdenes, y castigóle con justicia, si bien severa, pues no atendiendo al parecer de los hombres esperimentados, y sin bastimentos, y con reducido número de caballos, por una penosa navegacion estenuados, y con tropa ya sin alientos á influjo de incesantes reveses, internóse en las inmensas llanuras de

aquella tierra en vegetacion escasa, en pantanos abundante, despoblada, y para él completamente desconocida, de la cual pudieran decir los indios, lo que Alfonso de Cantabria de las montañas de Cantabria,

«cuyos senos
«ofrecen á la sed del Africano,
«en vez de oro y placer, virtud y fierro.»

con solo trocar algunas palabras; porque, en verdad, flechas agudísimas y emponzoñadas hallaron los nuestros, en vez de los abundantes veneros de oro que la codicia de su General habia soñado.

No es ahora de nuestro propósito seguir á Pánfilo Narvaez en sus infinitos errores y absurdos desaciertos, ni tampoco en los durísimos trabajos y privaciones inauditas que, tan sin fruto como sin objeto, sufrió y sufrir hizo á los que gobernaba: bástenos decir que, afligido su ejército por el hambre, la sed, las enfermedades, y la constante incansable hostilidad de los indios, despues de haber vagado dilatados dias, corriendo sin rumbo un espacio de mas de trescientas leguas de tierra desierta y árida, tuvo que construir de mala manera algunas barcas, en las cuales, sin víveres, ni brújula, ni piloto, se embarcaron los restos de la espedicion, entregándose á merced de un mar inquieto y bravo, precisamente en la costa y estacion mas fecundas en espantosas tormentas.

Aconteció, en consecuencia, lo que acontecer debia: de isla en isla, de playa en playa, hoy la falta de alimento y de agua, mañana el abuso de un inesperado alivio; durante el dia las olas, por la noche las flechas de los indios, fueron sucesivamente arrebatando la vida á los infelices españoles, hasta reducir á insignificante número los maltratados restos del ejército espedicionario.

¿Quiere el lector formar cabal idea de qué hombre era Pánfilo Narvaez, y hacerse cargo de su aptitud para rivalizar con el ilustre vencedor de Otumba? Pues lea aún algunos renglones de este episódio, y podrá por sí mismo resolver la cuestion.

Acababa la derrotada flotilla de salir de una playa de la Florida, abandonando en ella á dos desdichados cristianos, griego el uno y africano el otro, que en obsequio de sus compañeros de desgracia se habian prestado á ir en busca de víveres con ciertos indios traidores, los cuales les dieron muerte, sin embargo de haber antes dado rehenes para asegurar sus personas. Era de noche; embraveciósе súbito el mar, y saltó furioso el viento, separándose á su impulso las tres únicas barcas que, aún flotando, quedaban de todas las que al agua se botaron para la huida. Quiso, no obstante, el Cielo piadoso, que al ser de dia se avistaran recíprocamente aquellos frágiles bajeles; y el tesorero de la espedicion, Alvaro Nuñez Cabeza de Vaca, cuya embarcacion habia mas que ninguna de las otras padecido, acudió á la Capitana solicitando que le dieran un *cabo*, y le remolcaran hasta tierra, supuesto que Narvaez llevaba consigo la gente mas robusta y menos fatigada. Es de advertir, y queremos hacerlo para poner bien de manifiesto la índole de Pánfilo Narvaez, que desde que este trató de penetrar en lo interior de la Florida, opúsose Cabeza de Vaca, sosteniendo que lo conveniente era esplorar la costa, manteniéndose siempre á vista de la escuadra, y en disposicion, tanto de acogerse á los buques en caso de un revés, como de abastecerse de víveres por su medio. A tan prudente consejo, no solo contestó Narvaez con menosprecio, sino que, atribuyendo ó aparentando atribuir á pusilanimidad las juiciosas observaciones del tesorero, invitóle con irónica deferencia á quedarse en las naves, al emprender él su desdichada marcha. En tal conflicto,

Cabeza de Vaca, que habia hablado como cuerdo, obró como subordinado y valiente, siguiendo á su General, y siendo uno de los mas sufridos y perseverantes de todos los individuos del ejército, en la dilatada série de sus cruelísimos reveses.

Pues, ahora bien: ese hombre que, con los ojos abiertos y previendo la catástrofe muy de antemano, por obediencia y pundonor llevaba corridos ya gravísimos riesgos, viéndose en el inminente de hundirse con los que tripulaban su barca en el seno de los mares, tiende los brazos á Pánfilo Narvaez, diciéndole: «*Dadme un cable ó perecemos todos.*»—¿Y cuál es la respuesta del que como caballero, autor y caudillo de la espedicion, estaba estrechamente obligado á dar ejemplo de abnegacion y heroismo, sacrificándose por todos aquellos á quienes su impericia y mala fortuna pusieron en tan duro trance?—Su respuesta fue negar el cable, diciendo: *que aquel era tiempo de mirar cada uno para sí*!!! (1).

Y si Cabeza de Vaca no lograra alcanzar la otra barca, en que por dicha suya iban los capitanes Tellez y Pantoja, caballeros dignos de tal nombre, de mejor fortuna, y de no tan indigno gefe, alli pereciera con todos los suyos.

Fácilmente se comprenderá que en tan desdichadas circunstancias y por tal hombre gobernada, la ruina de la espedicion fuese completa; y fuélo tanto, que de entonces acá no ha vuelto á tenerse noticia de los mas de los que por su desdicha la compusieron.

Salvóse, empero, Cabeza de Vaca milagrosamente, con alguno que otro de sus camaradas, despues de padecer durante años cautividad estrecha y horrendos trabajos; y en cierto punto de la costa, ya sin barco, ni armas, ni bastimentos, ni ropas con que cubrirse, que-

(1) Herrera, historia de las indias Occidentales, década IV, libro IV, capítulo VII.

daron cinco españoles, cuyos nombres ha conservado la historia, y eran los siguientes: Sierra, Corral, Palacio, Diego Lopez y Gonzalo Ruiz. Esos llegaron á tal y tan casi increible punto de infelicidad, que, viéndose en la alternativa de morir todos de hambre, ó *comerse* unos á otros, optaron por el último lastimoso estremo, llevándolo á cabo con, no sabemos si decir desdicha ó ferocidad tan sin ejemplo, que muertos y devorados fueron los cuatro primeros, hasta quedarse solo el quinto, Gonzalo Ruiz, *que quisiera mas la muerte* (dice la crónica) *que verse vivo en tan lastimoso estado.*

Pero el hecho es, y para probarlo entramos y nos estendimos tanto en la anterior digresion, que á la cuenta quiso el Destino que á los españoles, por culpas de un vano ambicioso, les cupiera la mala suerte de ofrecer á los indios de la Florida el horrible espectáculo de devorarse unos á otros los hombres, horrorizándolos de tal suerte, que por de pronto estuvieron para pasar á cuchillo á todos los prisioneros que en su poder tenian, y para lo futuro quedóles la preocupacion de considerarnos como á dañinas fieras.

Verdad es que, en tristísima compensacion de aque odio, fue tan grande el horror que desde la merecida desventura de Narvaez tomaron los españoles á la Florida, que en el espacio de once años, siendo como era la raza peninsular entonces, y singularmente la parte que de ella acudia al Nuevo Mundo, tan fecunda en valor temerario, como en meticulosa prudencia escasa, no hubo un solo hombre que, por amor á la gloria ó por codicia de mando, osara ofrecerse á esplorar sus tierras y subyugar á sus indómitos naturales.

Solo el año de 1539 Hernando de Soto, el célebre teniente del celebérrimo Francisco Pizarro, hizo proposiciones al Rey para conquistar la Florida, y admitiéronsele con tal prevencion de ser la empresa imposible ó

poco menos, que no solo no se le escatimaron las condiciones, sino que se le concedió como preliminar, nada menos que el gobierno de la isla de Cuba, punto que el esperimentado conquistador eligió para cuartel general y base de sus operaciones.

Fuera de nuestra jurisdiccion las hazañas de aquel gran soldado, bástanos consignar que, al cabo de cuatro años de incesante lucha, con teson sostenida, y tan hábil como valerosamente sustentada, sucumbió Fernando de Soto en la flor de su edad viril, no á las armas de sus enemigos, sino bajo la mano del árbitro de la vida humana, que le destruyó por medio de unas malignas calenturas. Ademas del tiempo y de la sangre que copiosamente se invirtieron en aquella jornada, gastó Soto cien mil ducados de su hacienda en ella, pero ni perseverancia, ni saber, ni denuedo, ni dinero, bastaron á domeñar á los incultos indios. Muerto el ilustre lugar-teniente de Pizarro, ni Luis de Moscoso de Alvarado, su inmediato sucesor, era hombre de proseguir la conquista, ni, cuando él quisiera, hubiéranle en la empresa asistido las tropas.

Con grandes trabajos, pues, y á costa de esfuerzos casi increibles, embarcándose en un rio que llamaron *grande* y presumian ser el de Santa Elena, salieron de la Florida, abandonándola despues de cruel y larga guerra, los españoles, en los últimos meses del año de 1543.

En 1559, siendo Virey de Méjico D. Luis de Velasco, el padre, emprendió la conquista de la Florida D. Tristan de Luna y Arellano, caballero de alto linage, con un ejército de dos mil castellanos y seiscientos indios: mas igualmente desgraciado que sus predecesores, si salvó la vida fue merced al socorro que le envió Velasco con el capitan Biedma primero, y mas tarde con Angel de Villafañe, en quien se tuvo por hazaña y gran servi-

cio que sustrajese al furor de los salvajes los restos de la espedicion desgraciada.

Antes de esa espedicion ya una vez, mas por vias pacíficas, volvió á intentarse la conquista, que fue en 1549, obteniendo el P. Dominico Luis Cáncer, con otros tres de su órden, licencia del Rey y un navio para ir á evangelizar en la Florida. Dos de los frailes, entre los cuales uno el mismo P. Cáncer, fueron asesinados, y los otros dos, llenos de espanto, hubieron de regresar á España.

Tal era la tierra en que Catalina y el bravo desaparecieron la noche de que en el capítulo anterior tratamos largamente, siendo de creer para sus compañeros de navegacion que, estraviándose en el bosque, dieran en manos de los salvages, y por consecuencia en brazos de la muerte; porque, si bien no antropófagos, los indios de la Florida mostráronse siempre feroces y crueles con estremo, sobre todo con los cristianos europeos.

Algo habia oido de eso el célebre Corta-orejas, pero siendo de suyo poco crédulo, y juzgando ademas de los indígenas del Nuevo Mundo en general, por los que tratara en Nueva España, esclavos unos, degradados otros, y ya sometidos todos á la dominacion castellana, temia menos á los moradores de la tan tristemente célebre península, que los temiera persona mejor informada y de Dios mas temerosa. A mayor abundamiento, dos volcanes abrasaban simultáneamente su pecho: el de la codicia de un tesoro, y el lúbrico brutal deseo de poseer la hermosura de Catalina. Y si un volcan basta para hundir en sus cenizas populosas ciudades, ¿Podremos estrañar que las llamas de dos, combinadas, diesen al traste con el juicio de un bandido? No por cierto; y por otra parte, con estrañeza ó sin ella, no nos queda mas recurso que el de aceptar los hechos tales como en realidad acontecieron, que fue como á referir vamos.

Cuando ya en el bosque y al pié de un árbol gigantesco, cayó postrada al rigor de su cansancio la delincuente esposa del asesinado Encomendero de Acama, no muy lejos de ella, y al abrigo tambien de otro árbol guarecido, estaba Corta-orejas, mohino y mal trecho como todos allí, pero fijo siempre su mal pensamiento en la muger y en el oro, y buscando ansioso un medio cualquiera que de ambos objetos le hiciese dueño.

Una hora ó mas duraria el vértigo de Catalina, y durante aquel tiempo, combinándose el remordimiento con la memoria y la prevision, hiciéronla padecer sin misericordia, mas tormentos que caben en un siglo de Infierno; porque al lado de la amenazadora sombra del ultrajado Esposo, aparecíase la persona simpática de don Alonso de Avila, apasionado, y jóven y rendido; y juntamente con esas dos figuras, al cabo nobles, la asquerosa del bravo, tendiendo á la víctima sus infames brazos; y donde quiera que la infeliz volviese la vista, hallábase con su crímen escrito en la sangre que del pecho de Juan Ponce brotaba en raudal copioso, y con su dicha perdida en la amarga sonrisa del engañado primer amante, y con su ignominia y muerte en la cínica feroz espresion del rostro de Corta-orejas. Una hora, decimos, pasó de esa manera Catalina, sin fuerza de razon bastante para dominar su escitada fantasía, y no de tal modo por el delirio poseida, que desconociese su posicion verdadera. Una hora fue aquella, como las de Prometeo; una hora durante la cual, á su sabor y sin misericordia, desgarró Satanás las entrañas de la muger predestinada á las eternas llamas.

Durante ese tiempo la tempestad estaba en su apogeo, sucediéndose con rapidez prodigiosa unos á otros el resplandor del relámpago, el estampido del trueno, y el fulgurar de las centellas que el seno de la atmósfera, ingentes, desgarraban. El mar, bramando iracundo, es-

Rapto de Catalina.

trellábase contra la desnuda costa; crugian desgajándose los árboles; silbaba el huracan en los peñascos; y, en una palabra, dijérase que iba el universo á desquiciarse.

Sin duda, envuelto en el aliento de la tempestad, dejó el báratro profundo, donde reinar presume su vanidad loca cuando en realidad es solo instrumento de la justicia divina, el rebelde Querube, para infundir en el alma, ya suya, de Corta-orejas el inícuo valor necesario á meditar friamente un doble crímen en tales momentos.

—«Ahora (pensaba el bandido ó decíale Luzbel), ahora que está desmayada, y nadie piensa mas que en sí propio, ahora es la ocasion de apoderarme de esa muger y de su tesoro, sin que haya quien se me oponga, ni ella con importunas voces me descubra..... ¿Y qué haré despues?..... ¡Bah, bah! Despues..... Despues, cuando la cosa no tenga remedio, la dama, en vez de hacer la melindrosa, comprenderá que le trae mas cuenta conformarse con su suerte, tenerme contento, y hacer de mí su protector, su marido..... Nos iremos al Perú, donde nadie nos conoce, y viviremos honradamente, como ricos que somos..... Rico y honrado, todo es uno.... Animo, pues, Corta-orejas; ánimo, y no dejes que se te escape tan calva ocasion de entre las manos.»

En virtud de tal raciocinio, el bueno de Corta-orejas, aprovechando solícito el resplandor de un relámpago, si no quizá la luz de alguna llama del infierno que el Demonio para guiarle hiciese salir de las entrañas de la tierra, acercóse al sitio donde yacia la infeliz Catalina, echósela al hombro como si fuera inanimado fardo, y tomando en la mano izquierda el paquete de las joyas y dinero, deslizóse, como el lobo cuando hizo presa en desdichado corderillo, de árbol en árbol, y de quiebra en quiebra, hasta la distancia de un cuarto de legua, tal vez, del parage en que los demas navegantes quedaron.

La fiebre del crímen abrasaba y sostenia al bravo; la

de los remordimientos, embargando su lengua, incapacitó á Catalina de proferir ni una sola queja. Lácio el cuerpo, caida la cabeza, y azotando sus brazos, como si flojas cuerdas fuesen, la espalda del robador impio, oprimia su espíritu horrible angustia, la sangre circulaba apenas en sus venas, y agolpándosele al corazon amenazaba sofocarla..... ¡Ah! ¡Dichosa ella, si entonces espirase! Pero la medida de sus delitos habíase colmado; llena estaba la copa del enojo de Dios; y el ángel de las venganzas, desplegando sus alas, mas sombrias que la oscuridad misma, en medio de las tinieblas de la tempestad, seguia con lúgubre vuelo, torva faz y amenazante brazo, la marcha de los dos malditos delincuentes, cuyos pasos con siniestros resplandores guiaba el Príncipe de las tinieblas.

Todo iba ordenándose como á la consumacion del crímen y al castigo de los criminales convenia: la perversidad de Catalina justo era que recibiese su merecido de mano de un ser todavia mas perverso que ella: pero no nos anticipemos á los sucesos.

Al cuarto de legua de camino, como deciamos, el peso del cuerpo casi inerte con que iba cargado, y lo penoso del andar en tinieblas, por tierra escabrosa y desconocida, recibiendo el golpe de contínua furiosa lluvia, y azotado por el huracan el rostro, agotaron casi las fuerzas de Corta-orejas, si bien eran hercúleas siempre, y fueron en aquella ocasion hasta sobrenaturales.

Hizo, pues, alto... ¿Dónde?—No lo sabia: hizo alto por no poder hacer otra cosa, para tomar aliento, y con ánimo de continuar su fuga luego, hasta donde hallase comodidad y ocasion de mayor descanso. A los pocos minutos, empero, de encontrarse sentado en un suelo húmedo y cenagoso, con la cadavérica Catalina en su regazo, y el paquete del oro siempre en la mano, un relámpago mas duradero que los anteriores, hízole divi-

sar á algunos centenares de pasos de sí una pajiza choza, cuya humildad misma la habia hasta entonces preservado de la furia del viento. La vista del puerto deseado no causa al viagero mas gozo, tras larga y azarosa navegacion, que la de aquella choza al robador de Catalina; porque un abrigo cualquiera en tal noche, era, en efecto, precioso hallazgo; pero en las circunstancias en que Corta-orejas se encontraba, parecióle equivalente á la salvacion de su vida y tesoro.

Sin embargo, en aquella choza podia y probablemente debia encontrarse con alguno ó algunos salvages, y en vez de la hospitalidad que necesitaba, con flechas á clavarse en su pecho dispuestas..... ¿Qué le importaba eso al bandido? Bajo el coleto de ante llevaba la cota de malla; la espada y la daga en la cinta; á pesar de los trabajos de la noche, robusto estaba su brazo; y ademas á donde la fuerza no, la maña alcanzaria sin duda. En todo caso, era claro que la muger cuya posesion anhelaba con frenética furia, iba á espirar si en breve no hallaba donde guarecerla de la inclemencia del Cielo, y aun cuando le quedaran el oro y las joyas, el bravo lo queria todo, y por lograrlo todo resolvióse á emprender aquella nueva temerosa aventura.

Formado, en consecuencia, su proyecto con enérgica rapidez, alzóse del suelo, cargó de nuevo sobre sus hombros á la desmayada fugitiva, y no andando nunca mas que cuando los relámpagos le alumbraban, pero entonces con ligereza suma, llegó en algunos minutos á los umbrales de la choza, al traves de cuyas frágiles paredes divisó el resplandor incierto de moribunda hoguera que, ardiendo en el hogar solitario, alumbraba aquella humildísima estancia.

Dejando entonces en tierra á Catalina, pero sin abandonar ni por un momento el paquete del oro y joyas, acercóse Corta-orejas á la choza, y sin otro preliminar

ni ceremonia, en vez de pedir vénia ó llamar, deshizo fácilmente el zarzo de cañas con follage revestido que de puerta le servia, franqueando asi de un solo golpe la entrada.

Dos hombres habia en la cabaña: el uno, jóven, robusto, de color cobrizo, pintarrageado el cuerpo, casi desnudo, y reposando en un lecho de hojas secas, sin mas abrigo que el de una ligera manta de algodon, era indudablemente un guerrero indígena. Cerca de sí tenia un arco, que pudiera dar envidia á los sarmatas mismos, con abundante provision de largas envenenadas flechas, y el hacha famosa con que los salvages de Norte-América acostumbran, no solo á lidiar, sino á desollar de un solo golpe el cráneo de los vencidos, para arrancarles entera la cabellera, que es el mas alto de sus trofeos.

La segunda persona que en la choza vió Corta-orejas, era un ser entre hombre y esqueleto, avellanado, enjuto, mal vestido ó mas bien súciamente desnudo, durmiendo en el suelo como un perro, y cuyas encanecidas barbas revelaban, sin embargo, que pertenecia ó perteneció habia á la raza europea.

Y dormian el uno y el otro mientras retumbaba el trueno en la bóveda celeste, y mugia el huracan devastando la tierra; y dormian, descansando el salvage en su ignorancia y en su fuerza, el hombre civilizado en su degradacion misma. Mas, al caer bajo la férrea mano del bandido la débil barrera que del mundo los separaba, y penetrar libremente el viento en la choza, despertaron súbito el uno y el otro, clavando á un tiempo los asombrados ojos en la singular inesperada figura que ante ellos se presentaba.

Entonces Corta-orejas, dulcificando cuanto pudo su ronco acento, dijo:

—«Soy un náufrago que, *con su muger*, se ha sal-

vado milagrosamente de las olas esta noche: vengo á pediros la hospitalidad para entrambos.»

Mirábale el salvage, mientras hablaba, sin alteracion en el rostro, sin revelar ni con el mas mínimo movimiento que la presencia del estrangero le causara miedo ó sorpresa: mas tambien con el mismo aire indiferente con que escuchaba el golpear de la lluvia sobre la techumbre de su choza. Pero asi que el español acabó de hablar, dijo en tono brutal algunas palabras en su propio idioma al viejo esclavo, el cual, despues de responder sumiso en la misma lengua, dijo á Corta-orejas, en malísimo castellano por cierto, estas palabras:

—«El *Aguila de las llanuras*, consiente en recibirte en su cabaña; puedes ir en busca de tu compañera y traerla.»

Mientras asi decia el triste anciano, en su rostro y miradas advertíanse indudablemente señales de repugnancia, y quizá de horror; ¿Por qué? No quiso ó no pensó el bravo en averiguarlo por el momento, pues lo que urgia, en efecto, era poner á Catalina al abrigo de la tormenta y restaurar él mismo sus casi agotadas fuerzas. Sin detenerse, pues, ni á dar gracias por la hospitalidad que se le dispensaba, ni á indagar por qué estraño prodigio se hallaba un hombre de su raza cautivo en aquel desierto, apenas oida la respuesta del esclavo, dió la vuelta al sitio donde á Catalina habia dejado, y tomándola en brazos, trasportóla seguidamente á la cabaña.

Breve fue el tiempo de su ausencia de la choza, y, no obstante, al regresar á ella encontróse con el salvage, ya de pié y armado, y al viejo europeo animando la llama del hogar, para preparar sin duda una ó dos piezas de caza recien muerta, que, pendientes de una estaca, eran el mejor adorno de aquella rústica estancia.

Corta-orejas depuso su carga en el lecho que poco antes ocupaba el indio; y, no sabremos decir si

por caridad ó egoismo, pero el hecho es que, despojando á Catalina de sus ropas, que estaban, como puede suponerse, en agua empapadas, abrigóla solícito con la manta del salvage, y algunas pieles de venado que el mismo singular Anfitrion le puso en las manos, sin mirarle á él á la cara, y aparentando no fijar su consideracion tampoco en la bella cristiana. Mas, como Corta-orejas no habia nunca ejercido el oficio de camarera de dama alguna, ni sus ideas en punto á pudor pueda decirse que fuesen precisamente de las mas severas, aconteció que, al desnudar á Catalina, las mórbidas formas de la viuda del Encomendero hubieron, al propio tiempo que á sus ojos, de revelarse á los del silencioso indígena de la Florida. Ahora, como las tales formas eran de belleza suma, y el salvage apenas contaba veinte y cinco años, y sus compatriotas femeninas, espuestas de contínuo á las inclemencias del Cielo, y á los mas duros trabajos condenadas por sus brutales dueños, estaban muy lejos de poder competir con las hermosuras civilizadas, dejamos á la consideracion del lector hasta qué punto seria real y efectiva la indiferencia que el bueno del indio aparentaba.

Como primera muestra de su enternècimiento, dijo el salvage una ó dos palabras al esclavo, á consecuencia de las cuales aquel, con toda la prontitud que la torpeza de sus años consentia, tomando una calabaza llena de cierto licor fermentado á manera de aguardiente, acercóse á la desmayada señora y, ayudándole el bravo, pudo hacerle tragar cierta cantidad, bastante á que, instantáneamente reanimada, recobrara el sentido.

¡Oh! ¡Infeliz Catalina! Mas le valiera perecer en su letargo, que recobrar con su razon la facultad de apreciar su estado!

Porque, apenas tendió la vista Catalina en torno de sí, viendo á Corta-orejas que con infernal sonrisa en los

labios y concupiscentes ojos la contemplaba; y al indio que, no menos lúbricas, fijaba en ella sus ardientes miradas; y al esclavo envilecido y torpe, incapaz de defenderla, díjose la desdichada: «¡Perdida soy! La mal»dicion de Juan Ponce va á cumplirse; y sacrificada en »este mundo, estoy para siempre ya en el otro condenada.»

Ya no creia, siquiera, en la misericordia Divina, que es haber llegado al supremo límite de la impiedad; ya no brillaba para ella esa luz divina de consuelo y de esperanza que, cual remoto faro, alumbra al pecador en las tormentas de esta vida; ya el arrepentimiento le parecia imposible, olvidando que en nuestra religion, y en ella sola, puede con verdad decirse:

»Dichoso aquel que aprovecha
»La eternidad de un instante!!!»

Entre tanto Corta-orejas, el Aguila de las llanuras, y el esclavo, formaban, cada cual silenciosamente, su respectivo proyecto, para aprovecharse de las diversas eventualidades que las circunstancias les ofrecian.

Conocemos á Corta-orejas y sus designios lo bastante para que no sea necesario decir, en cuanto á él, mas que muy pocas palabras: queria hacerse dueño de Catalina aquella misma noche, obligarla á regresar en su compañia á la mañana siguiente para incorporarse al Patron y marineros, quienes, segun sus cálculos, no se resolverian á embarcarse, aun cuando la tempestad cesara, dejando en tierra á dos pasageros tan importantes, que para ellos solo se habia fletado el buque.

La presencia en la choza del indio y de su esclavo, era lo único que le estorbaba realizar en el acto la primera parte, á lo menos, de sus pérfidos designios.

Hablemos ahora del cautivo europeo. Llamábase

Juan Fernandez, y si tal nombre parece vulgar, la persona lo era mucho mas todavia. Descendiente de judios y usurero en Sevilla, habiase embarcado con la espedicion de Pánfilo Narvaez el año 28 de aquel siglo, en calidad de sota-factor del ejército, imaginando que en América se apalcaba el oro como el trigo en las eras de la fértil Andalucia, y sobre todo que el negocio de víveres habia de ser tan productivo allá cual solia y suele serlo en los paises cultos, cuando *cultamente* se hacen unos á otros esterminadora guerra. Llegó, empero, á la Florida, y encontrándose con que lejos de poder especular con la racion del soldado, faltábale á él la suya propia diariamente, á la segunda marcha tuvo por conveniente desertarse y dar la vuelta á la costa, buscando la escuadra por su propia cuenta. Como es fácil de suponer, no se habia separado un cuarto de legua del ejército espedicionario, cuando ya eran dueños los indios de su miserable individuo; y tales fueron sus contorsiones, plegarias, alaridos y villanas lágrimas para salvar la vida, que, por desprecio mas que por lástima, condenáronle los salvages á que viviese esclavo, ya que de morir como bueno se declaraba indigno. Cerca de veinte años de servidumbre en el desierto completaron la degradacion de aquella sórdida codiciosa naturaleza, de forma que, cuando el bajel de Catalina Ponce aportó á las incultas playas de la Florida, Juan Fernandez tenia menos instinto y tan servil temor á su dueño como el menos inteligente y bravo de los individuos de la raza canina al mas brutal de los amos posibles. Sin embargo, la fuerza del natural es invencible: el ex-sota-factor aun siendo esclavo de pobres y desnudos salvages, halló medio, á fuerza de astucia y de sutileza, de hacerse un considerable peculio, comerciando subrepticiamente en pieles de venado y otras alimañas, con las tribus mas civilizadas que en el Norte habitaban. Tenia, pues, reunida y enterrada en parage de él

solo conocido, cantidad considerable de oro en planchuelas y joyas diversas. Su proyecto era, calculando que aquel hombre y aquella muger (Corta-orejas y Catalina), debian forzosamente de haber aportado en una nave cualquiera á la Florida, indagar el paradero del buque y acogerse á él con sus riquezas.

Llegamos, en fin, al joven salvage, perteneciente á la menos culta raza de las indómitas que aquella Península poblaban entonces; raza que en el antiguo mundo pudiera pasar por descendiente de Nembrot, y en el nuevo imitaba fiel sus costumbres. De la caza vivia y se sustentaba; la guerra era su esclusivo deleite. Sin hogar fijo, una especie de tienda de campaña, consistente en una ligerísima armadura de arcos de madera, que se cubria con esteras y pieles, constituia su habitacion durante la noche, en el punto á donde el azar ó la necesidad llevaban al salvage. Con la aurora plegaba su tienda el indio, como el árabe en el desierto; y la muger ó el esclavo cargaban con ella.

Por eso el *Aguila de las llanuras*, asi llamado porque ni en la tierra habia fiera, ni ave en el viento que á sus temibles flechas sustraerse lograra por fuerza ó por maña, desdeñando y repugnando hasta el lazo de la union conyugal, lazo harto frágil entre aquellas bárbaras gentes, vagaba por las casi desiertas playas de la Florida, como el leon en las arenas de la Libia, seguido por su esclavo que al Chacal reemplazaba.

Ver á Catalina, bella en realidad, y mas que bella lascivamente provocadora, aun en el estado de postracion en que se hallaba, y arder súbito en las venas del salvage la activa llama de los deseos, fue todo una misma cosa. «Esa muger será mia;» se dijo; y hé ahí su proyecto.

Pero ¿Cómo habia de ser suya?—Como la cabaña agena que le acomodaba, cuando el huracan arrebataba

ó el uso consumia la que hasta el momento le sirviera; como el venado que, por su desdicha, se le dejaba ver cuando los estímulos del hambre le afligian; como la vida del hombre que, hallándose en su camino, osaba resistirle ó no rendir párias á su valor y pujanza.—¿Cómo habia de ser suya?—Por la fuerza y la astucia combinadas; porque la lealtad y el respeto á los agenos derechos no son virtudes del estado salvage, ni de sociedades corrompidas tampoco.

Nada mas sencillo, nada mas obvio para el Aguila de las llanuras que apoderarse de Catalina, porque un solo hombre se lo estorbaba, y á ese hombre fácil era matarlo. Un caballero provocara á su rival á duelo singular, con el piadoso objeto de quitarle la dama; un elegante de nuestra moderna sociedad tratara de hacerse amigo del propietario, para disfrutar luego, y gratis de su alhaja; parecióle al indio mejor medio la traicion para llegar á sus fines. Son tres sistemas distintos, entre los cuales tengo la debilidad de preferir el primero á cualquiera de los otros dos, por mas que se diga que eso de romperse los cascos por una muger es locura digna de los tiempos bárbaros.

Pero volvamos al cuento diciendo que, mientras Catalina, vuelta en sí, meditaba amargamente sobre su deplorable suerte, y Juan Fernandez daba vueltas á un asador de palo, en el cual figuraba un suculento cuarto de venado; Corta-orejas, siempre con su paquete debajo del brazo, no apartaba los ojos del indio, espiando una ocasion á propósito para clavarle la daga en el pecho; y el indio mismo, fumando su *calumet* ó pipa, con gravedad imperturbable, acariciaba voluptuosamente con la mano derecha el mango de su hacha, esperando solo un momento propicio para hacerle saltar el cráneo á su huésped.

Situacion tan violenta no podia ser durable: mas un

zar, providencial acaso, precipitó la catástrofe.

Trueno espantoso hizo temblar la tierra en que la choza insistia: Catalina, prorumpiendo en desesperado grito, levantóse, desnuda como estaba, del lecho, clamando:

—«¡Perdon, Juan Ponce, perdon!!! ¡No fuí yo, sino Bocanegra! ¡Perdon, perdon!!!»

Como era natural, quiso Corta-orejas acudir en ausilio de la infeliz, y en el mismo instante el Aguila de las llanuras, haciendo silbar sobre la cabeza del bandido el hacha formidable, hubiérale tendido exánime á sus plantas, si aquel, con serenidad de ánimo casi increible, no esquivase el golpe, arrojándose sobre el salvage, cuyo cuerpo enlazó estrechamente, y trabando con él á brazo partido encarnizadísima lucha.

Entonces la adúltera parricida mejicana, presa de atroz delirio, ó ya por las furias infernales atormentada, asiendo un tizon ardiendo del hogar, y dando feroces alaridos, clamó:—«¡Fuego! ¡Sí; el fuego del in»fierno para nosotros los asesinos! ¡Malditos todos en »este y en el otro mundo!»

Y con el abrasado flamígero leño azotaba los rostros de los luchadores que, rodando por el suelo enlazados cual dos ponzoñosas serpientes, rugian iracundos, y destrozábanse con manos y dientes, y por todos sus poros exhalaban rencor inestinguible.

Un solo viviente allí no lidiaba, ni proferia siquiera un solo acento: Juan Fernandez, quien á vista de tal escena, cuyo horror no acierta nuestra inhábil pluma á describir cumplidamente, arrojado lejos de sí el mecánico instrumento que manejaba, lanzóse sobre el paquete de las riquezas de Catalina, y dejando á esa caer sobre el indio y el bravo, salió de la choza á todo correr en busca de su escondido tesoro.

. . . . . .

. . . . . .

Brillaba ardiente el sol en la mitad de su carrera la mañana que siguió á la tremenda noche que hasta aquí nos ha ocupado. Despejado y sereno el Cielo, no quedaba en él rastro alguno de la pasada tormenta; y las verdes aguas del mar Atlántico, pacíficas, cual si pocas horas antes no hubieran intentado levantar sus olas al empíreo, mecian blandamente un bajel que al pairo permanecia tan inmediato á la costa, que apenas distaba de ella un tiro de mosquete.

La fortuna quiso que, si bien abandonado á sí mismo y solo en un áncora asegurado, se salvara el buque por D. Alonso fletado para salvar á Catalina: el Patron y sus marineros, despues de haber, como dijimos, buscado con afan á sus dos pasageros, aunque sin osar internarse en la tierra, embarcáronse al cabo, con próposito de permanecer cierto tiempo cerca de la costa, por si el bravo y la dama, estraviados acaso, acudian á ella.

En tal estado y ya despues de medio dia, el vigia anunció que veia moverse en la playa algo entre fiera y hombre, á cuyo aviso, acudiendo el Patron con su catalejo, divisó en efecto un bulto cubierto de pieles y arrastrándose por el suelo, pero con cabeza humana. Era Juan Fernandez, quien, no osando andar como los racionales por temor de que algun salvage le divisara, íbase á rastra acercando á la orilla, con la esperanza de que los del barco le acogiesen á su bordo. Y no salieron fallidos sus cálculos: hizo el Patron armar una de las embarcaciones, y entrando en ella con los seis mas bravos de sus hombres, vogó á la playa, donde el ex-factor, palpitante de miedo y de esperanza, le recibió con humildes demostraciones, y locos estremos de gozo. Alegráronse los españoles de amparar á un compatriota desdichado, mas no por eso dejaron de preguntarle si habia visto á sus dos perdidos pasageros, á lo cual respondió

Fernandez con rotunda negativa: pero quiso su mala estrella que reconociese el Patron el paquete de los efectos de Catalina, que fue tanto como descubrir su mentira. Entonces, y amenazado severamente, ya hubo el miserable de confesar la verdad toda, y hasta de prestarse á servir de guia á los del bajel, para que llevasen á cabo su proyecto, mas generoso que prudente, de acudir en ausilio de Catalina y Corta-orejas.

Y llegaron, en efecto, al sitio donde la tienda ó choza del Aguila de las llanuras habia estado; mas era tarde: un monton de cenizas, y algunos huesos mal calcinados fue lo único que encontraron.

¿Abrasó aquel albergue el fuego del Cielo ó el de la tierra? Nunca pudo saberse.

Aterrado el Patron, reembarcóse apresuradamente con Juan Fernandez, á quien, presumiéndole la tripulacion toda, cómplice si no autor del asesinato de sus pasageros, se ahorcó solemne aunque sumariamente de una entena.

CAPITULO III.

QUE ENTRE LOS PROVERBIOS DEL SAPIENTÍSIMO REY SALOMON PUDIERA FIGURAR EL CASTELLANO QUE DICE: «*Bien venido seas, Mal, si vienes solo.*»

EPARÁMONOS de D. Fernando de Valdestillas en el momento en que el destino acababa de coronar la obra de su desventura con la mayor que acontecerle puede á un corazon amante, que es, sin duda, la de verse mal correspondido, sin que á la queja siquiera le quede algun derecho. Porque Elvira, siendo franca con él en tan críticas peligrosas circunstancias, procedia generosa y noblemente; porque Elvira, declarándose apasionada de Avila, cuando aquel se hallaba en peligro inminente de

morir de mala muerte, daba en ello una prueba de la grandeza de su alma; porque Elvira, en fin, diciendo: *Amo á mi esposo*, cumplia una sagrada obligacion, y no le era lícito, ni posible al infeliz doncel acusarla y condenarla, ni aun en el secreto de su conciencia, por generosa, noble y santa!

Si alguna vez pudiera comprenderse el suicidio seria en circunstancias tales; pues, muerta el alma, ¿Cómo ha de vivir el cuerpo? Y cuando desaparece hasta la esperanza de que palpite unísono con el nuestro el corazon que nos cautiva, ¿No se ha muerto el alma, para este mundo caduco, para esta lóbrega prision, donde, entre penas, desengaños, culpas y remordimientos nos agitamos?

Como quiera que sea, Fernando padecia un suplicio de esos que ni el consuelo tienen de ser comprendidos y de inspirar, por consiguiente, lástima. ¿Quién compadece á un caballero jóven, bello, rico, robusto, y entendido, porque de una muger determinada no es amado? Algun sin ventura, quizá, de los pocos que saben por su desdicha sentir; los demas mortales, unos con la sonrisa del desprecio en los labios, otros con el irónico semblante de la incredulidad, pasan por delante de él, y ven sus lágrimas, y observan su profunda melancolia, y quizá advierten ya los síntomas de la consuncion que le devora, encogiéndose de hombros, con desden supremo, y á lo mas esclamando: «¡Lástima que ese hombre se ponga de tal modo en ridículo!»

Lector amigo, si alguna vez padece tu alma una de esas agudas dolencias morales que trastornan el sér humano y hacen envidiables los tormentos del infierno, ocúltala cuidadosamente; que no sepa el mundo que tal lepra te aflige; reviste tu rostro de una máscara impenetrable de frivolidad escéptica; impregna tus palabras en un baño de insustancial indiferencia; disfraza los so-

llozos de tu destrozado corazon, envolviéndolos en sardónica risa; ó cuenta con que los mas huirán de tí como de un apestado, y *tus amigos*—y eso es peor—te rodearán para sorprender el secreto de tus padecimientos, y hacerte, publicándolo, la fábula del universo.

Felizmente para Valdestillas hallábase solo, ó poco menos, en Méjico, y tenia ademas que atender á negocios gravísimos; que de otra manera no sabemos si su cristiana educacion y piadosa índole fueran suficientes á resistir el peso de la cruz que le abrumaba. Pero despues de la cruel declaracion de Elvira, creíase y á fuer de caballero estaba verdaderamente mas obligado que nunca á intentarlo todo por salvar á D. Alonso; y, en efecto, dominándose en virtud de un esfuerzo de esos que se comprenden mejor que se esplican, dedicóse desde la misma noche de su conferencia con la Marquesa y las otras señoras de su parcialidad, á poner por obra el pensamiento, mas poético que realizable, que en la propia junta esponer le vimos.

Los indios de Tlatelolco, recordará el lector que constituian uno de los principales elementos del proyecto de D. Fernando: Cristóbal, mas por obedecer á su *Amo chiquito*, que porque ya abrigase esperanza alguna de llegar á buen puerto, arrojóse con afan á la árdua tarea de encender el fuego de la rebelion, y avivar la llama del denuedo en aquellos corazones por la servidumbre abatidos. Vanos fueron sus esfuerzos con la generalidad: aterrados los mas de los indios por las recientes prisiones, y considerándose, y con razon, como átomos imperceptibles en el órden social, comparados á los que en las cárceles gemian, pareciales delirio soñar siquiera en la resistencia; y otros pensaban, á la verdad con harto fundamento, que siendo la lucha entre castellanos, en definitivo resultado, y cualquiera que el vencedor fuese, como á vasallos y no mas que vasallos

habia de tratar á los indígenas. Miedo, pues, y razon aconsejaban de consuno á los indios que permaneciesen tranquilos espectadores de aquel trágico drama; y cuando el miedo y la razon se ponen de acuerdo, difícil es vencerlos. Mas, á mayor abundamiento, hallaban los designios de Valdestillas un obstáculo todavia mas formidable en la religion. En la religion, sí; pues siempre, y especialísimamente desde que la célebre fiesta del bosque de Chapultepec reveló á sus ojos con claridad evidente los temerarios intentos de Avila y los demas caballeros del bando del Marqués, Fr. Diego de Olarte por sí, y por medio de los religiosos á su autoridad sometidos, emprendió una verdadera cruzada contra el espíritu de rebelion que amenazaba privar á España de la mas brillante joya de su corona. El púlpito de la capilla de San José, especialmente consagrada en el convento de los franciscanos á catequizar á los indios, esplicándoles los misterios de nuestra fé, fue desde la época á que antes aludimos, y sin perjuicio de su particular y santo fin, una cátedra ademas de moralidad política, desde la cual se proclamaron con evangélica elocuencia las cristianas máximas de sumision al César, de fidelidad á la madre patria, de aversion á las rebeliones, de resignacion al martirio primero que acudir á la fuerza brutal para rechazar la de los ministros del Rey, aun cuando con evidencia fuesen tiranos.

Y como el indio converso no solo oia á su catequista en el púlpito, sino ademas en el confesonario; y como el fraile no solo entendia en los negocios puramente espirituales, sino ademas en los temporales del catecúmeno, viviendo con él familiarmente, interviniendo en las relaciones de familia, arreglando los matrimonios, endoctrinando á los hijos, casando á las hijas, siendo, en fin, para el pueblo conquistado un representante en la tierra de la Providencia divina, fácilmente se concibe que ro-

busta fructificase la semilla de la obediencia pasiva, con incesante afan é incansable perseverancia difundida por los Padres de la Orden Seráfica. Cierto es que los demas eclesiásticos regulares y seculares predicaban en igual sentido: pero el clero catedral, escaso en número y sobrado rico, ejercia corta influencia en el pueblo; y los dominicos por su índole especial, agresiva y dura, repugnaban á los naturales. Asi, y es hecho histórico demostrado hasta la evidencia, desde los principios de la conquista hasta el establecimiento de la Inquisicion en Nueva España, el elemento religioso-civilizador predominante en los antiguos dominios de Motezuma, fue la Orden de San Francisco, á cuyo celo apostólico y ejemplares virtudes se debe en su mayor parte la difusion del catolicismo en aquellas regiones.

Consecuencia de tales premisas hubo de ser forzosamente un amargo desengaño para el infeliz deshauciado amador de doña Elvira: Cristóbal, con lágrimas en los ojos y rubor en la frente, declaróle al cabo de algunos dias de trabajos, no menos activos que inútiles, que apenas osaba contar con cincuenta indios para arrojar el guante á los Doctores.

Y no fue tampoco mas dichoso el doncel en la parte del negocio que manejó personalmente, es decir: en reclutar cierto número de bravos y aventureros europeos para secundar y utilizar por su medio el proyectado motin de los indios.

En efecto, muertos Absalon y Almanegra, y ausente Corta-orejas, los tres hombres de mas importancia y popularidad entre la gente de armas tomar; dispersos los demas desde el 16 de julio, por su justo temor á las pesquisas judiciales; y no pocos ya reclutados para el servicio de la Audiencia por el activo é infatigable Samano, ¿Qué podia conseguir D. Fernando, mozo de buena fama, pero como jóven inesperto, y como enamorado ig-

norante de los antecedentes mismos de la conjuracion?

Consiguió solo despilfarrar no poco dinero, oir infinitas ilusorias promesas, y caminar, de decepcion en decepcion, al tristísimo convencimiento de su absoluta impotencia: convencimiento siempre y para todos humillante; convencimiento, en la posicion y carácter del mancebo que nos ocupa, capaz de conducirle á los límites de la desesperacion, si ya pasar no se los hubiera hecho la mala estrella que á sus amores presidia.

Quizá un solo hombre pudiera entonces, ya que no salvar á los presos, al menos reunir y galvanizar, por decirlo asi, los restos de la conjuracion, hasta el punto de resistir á mano armada á los Doctores triunfantes: pero á ese hombre la tierra, al parecer, se le habia tragado; pues de cuantas diligencias practicaron para indagar su paradero la amistad solícita de Fr. Diego, y el tierno amor filial de la esposa de Avila, no se obtuvo resultado alguno. Ni de D. Martin Suarez de Monroi, ni de su servidor el indio Francisco, daba razon persona alguna, aunque se despacharon mensageros en su busca á todas las provincias del reino; á los valles como á las sierras; á las ciudades y lugares de castellanos y de indios sumisos, como á los ranchos de los montaraces idólatras.

Que D. Martin huyese al riesgo la cara cobardemente; que presos sus amigos y su yerno tambien, y sumida en la afliccion su hija única, los abandonase á todos, era hipótesis tan absurda á todas luces, que ni por un momento se le ocurrió á nadie imaginarla.

Aquel hombre que con el título de *Mártir* se envanecia, cuya vida fue un prolongado, continuo y voluntario sacrificio de cuanto halagar puede á humana criatura; aquel hombre que supo imponer silencio hasta al natural orgullo de la paternidad, y resignarse á que el mundo ignorase que una muger tan de primer órden como Elvira era su hija: aquel hombre virtuoso, probo,

señor de sus pasiones, despreciador de la propia vida, firme, enérgico, de incontrastable fuerza de ánimo, en fin, no podia haber huido. Su ausencia en tales momentos procedia sin duda, de enfermedad, prision ó muerte; y júzguese cuál seria la angustia de la desdichada Elvira, mas convencida que nadie de que su padre no podia faltar de Méjico entonces, sino por una de las tres causas que dejamos ya indicadas.

Y á la verdad que nos pesa hacinar en estas páginas duelos y lágrimas, y aflicciones sin cuento: pero ¿Si así es la vida, cómo pintarla de otro modo?

Elvira, privada á un tiempo de padre y esposo; Elvira infeliz siempre, y nunca en sus afecciones por la suerte lisonjeada, ¿Qué habia de hacer sino llorar y orar, suplicando al que todo lo hizo de la nada que abreviase el plazo á la horrible tribulacion de su afligido espíritu? Y eso hacia; y si ante sus compañeras de infelicidad era la muger fuerte; si para Mencía la hermana cariñosa; si para Fernando el conspirador varonil; ante Dios postrábase como criatura humilde de barro deleznable fabricada, como sér débil en llanto anegado, como alma en agonía, que aspira solo á descansar muriendo.

En las demas señoras, la afliccion haciéndose crónica, y el poder de ilusorias esperanzas, robusteciéndose con la costumbre de alimentarse de ellas de continuo, hacian hasta cierto punto tolerable el tormento: pero como en Elvira la pasion siempre fue poética, y el raciocinio claro á par que enérgica la voluntad, no habia para ella consuelo posible; y, sin embargo, alentaba á las otras, y hecha espuela del doncel, no le dejaba instante de reposo, sin que, al parecer, las decepciones le abriesen los ojos, ni los reveses abatieran su esfuerzo.

En tanto el tiempo corria como acostumbra, sin que ni el furor de la impaciencia bastase á que su curso pre-

cipitara, ni las angustias de la agonia á detenerle en su carrera: el tiempo corria, sin que fuera de los muros de las cárceles transpirase nada de lo que en la lobreguez de sus calabozos pasaba. Impenetrables aquellas paredes á los suspiros y aspiraciones de los cautivos, guardaban solícitas, como un avaro su tesoro, la enérgica cólera de unos, los femeniles lamentos de otros, la resignacion cristiana ó filosófica del creyente y del sabio, lo mismo que el abatimiento del cobarde ó del apocado, y la desesperacion del incrédulo. Los carceleros, émulos de los mudos orientales, tan insensibles y mas crueles que las piedras, tampoco se prestaban á escuchar siquiera las súplicas de los parientes y amigos de las víctimas. Y los jueces, inexorables como el Destino, envueltos en sus negras togas, encubriendo con el nombre de vindicta pública lo que á venganza personal se reducia, tambien callaban, tampoco quisieron dar el menor alivio á la inquieta y ansiosa curiosidad de esposas y familias.

Tal era la situacion de los negocios y de las personas en Méjico, el último dia del mes de julio del año de 1566.

Don Fernando de Valdestillas, ya completamente desengañado de que no hallaba elementos para lidiar en las calles, ni brecha para penetrar en los calabozos, y advertido ademas por un alma caritativa de que sus manejos y los de Cristóbal comenzaban á llamar poderosamente la atencion del Alguacil mayor, si bien el hábito de San Francisco que vestian siempre amo y criado, hasta el momento ocultaban quiénes eran en realidad; Don Fernando de Valdestillas, decimos, ya entrada la noche y en trage seglar, habia acudido á la mansion de doña Elvira, para declararle de una vez y por última, que solo le quedaba el recurso de morir con su esposo, puesto que libertarle á mano armada parecíale de todo punto imposible.

Recibióle la hermosa desolada señora en su habitacion particular, en aquella misma en la cual puede el lector recordar que osó Fernando declarar su amor á la esposa de Avila. La muger de Gil Gonzalez, la casta Mencía, se halló presente á la conferencia que á referir vamos.

Nuestro doncel, apenado sí, pero con la serenidad que siempre asiste á aquellos cuya conciencia está tranquila, espuso en pocas palabras la situacion de las cosas; las invencibles dificultades que á sus intentos se oponian; la imposibilidad, en fin, de luchar con cincuenta indios y quince ó veinte aventureros, que era lo mas con que contarse podia, contra la fuerza legal y material de la Audiencia, del Alcalde, del Alguacil mayor, de D. Luis de Velasco y su ejército; en resúmen, contra el terror y religiosas convicciones de los indios, y contra el servil egoismo de los europeos.

Escucháronle Mencía y Elvira, deshaciéndose en lágrimas la primera, verdadera imágen ó mas bien personificacion de la desdicha fatídica, la segunda.

—«¿Es decir (articuló en ronco iracundo acento) que desistis de la empresa, don Fernando?

—Os engañais, señora (respondió el doncel con desesperada serenidad), yo no desisto ni desistiré nunca de mi propósito. Lo que digo es que no tengo medios para promover un motin en Tlatelolco, ni fuerzas para escalar las prisiones de Méjico.

—¡Palabras vanas! (insistió la dama). Tanto monta que digais *no puedo*, como si dijérais *no quiero*. Os damos las gracias por el tiempo que habeis perdido, y las molestias que os habeis tomado.

—Si don Alonso pudiera oiros, señora, quizá y sin quizá, se mostrara mas justo que vos conmigo.

—¡Ah! Si don Alonso estuviera libre y vos preso, *señor don Fernando*, no saldria de sus labios la palabra *¡imposible*, tratándose de libertaros.

—Ya yo se, señora, que Dios no anduvo tan pródigo conmigo como con vuestro esposo: mas mi conciencia me dice ahora que no tengo de qué acusarme; y á vos, Elvira, el tiempo se encargará de probaros, con mis hechos, que me juzgais soberanamente injusta.

—Señor D. Fernando, ni mi decoro ni mi conciencia, que tambien yo la tengo, si bien menos contentadiza que la vuestra, consienten entre nosotros mas relaciones que las indispensables para servir á mi esposo, y á nuestros demas amigos. Habeis ya encontrado que es imposible *ni intentar siquiera su libertad*: discreto y valiente sois; será como lo decis: pero no debemos hablarnos mas tiempo. Guárdeos el Cielo».

Si Fernando no hubiese ya entonces llegado al apogeo de la desdicha, la dureza y la injusticia del proceder de doña Elvira trastornáranle el juicio sin duda alguna: pero hay situaciones tales que, endureciendo el alma al fuego de la desgracia, nos hacen insensibles á todo infortunio que despues nos sobrevenga. Limitóse, pues, á contestar con un profundo saludo á la reverencia, que estamos por llamar insultante, con que la esposa de Avila habia terminado sus últimas referidas palabras, y solo dijo al retirarse:

—«Dios, que vé los corazones y penetra el secreto de las conciencias, nos juzgue á entrambos. Por mi parte, señora, os perdono todo el mal que me habeis hecho hasta ahora, y tambien el que me estais haciendo.»

Mencía, menos altiva, menos poética y valerosa que su cuñada, no pudiendo menos de conocer, aun en medio de su afliccion inmensa, que Elvira se habia mostrado con esceso cruel, esclamó apenas Fernando salia de la estancia:

—Llámale, hermana; llámale, que el pobre mozo no tiene la culpa de nuestra desdicha; y aun estoy por decirte que á costa de su vida rescatara él la de tu esposo.

—Por lo mismo no debo ni oirle, ni verle, Mencía (contestó Elvira con evidentes señales de profunda melancolia). Ese mancebo me amaba, y yo..... ha habido un momento en que *quizá* le amé tambien: ¿Quieres que cuando pierdo toda esperanza de salvar á mi esposo, y es el mismo Fernando quien viene á quitármela, no le despida para siempre de mi presencia? La muger que nunca se sintió débil, puede ser alguna vez indulgente consigo misma; pero aquella que, con el pensamiento siquiera, fue una vez flaca, no puede, no debe en ningun caso capitular con su conciencia. Fernando no volverá á verme.»

Aterrada la prosáica escelente Mencia por sentimientos de elevacion tan grande, y no osando luchar con Elvira, guardó por entonces silencio; y las dos cuñadas permanecieron juntas algunos minutos, entregándose entrambas al mismo pensamiento, la triste suerte de sus esposos, cada cual segun su índole y carácter. Mas poco duró tal quietud, porque habiendo pasado, como deciamos, pocos minutos, sintieron pasos precipitados en la escalera, y antes de que tuviesen tiempo de informarse de quién causaba aquel rumor, aparecióseles de nuevo en la estancia D. Fernando de Valdestillas, pálido el rostro, en llanto inundados los ojos, y respirando apenas. A vista de tan alarmante espectáculo, levantáronse las dos hermanas simultáneamente, dirigiéndose al mancebo, mas él, sin darles tiempo á que le hiciesen pregunta alguna y dominando, no sin trabajo, la dolorosa emocion que le afectaba, dijo en voz trémula:

—«Armaos de todo vuestro valor, doña Elvira; y no me odieis porque mi desdichada estrella me condena á ser siempre para vos mensagero de malas nuevas.....

—¡Acabad, por el Cielo santo! (esclamó con ansia la dama.) ¿Qué nueva desdicha acontece? ¿Ha muerto D. Martin? ¿Le han preso?

—Ni ha muerto, señora: ni le han preso.....

—¿Pero se trata de él?

—¡Por desdicha!

—Esplicaos, en fin, ¿Qué es de él? ¿Dónde se halla? Yo quiero y debo volar en su ausilio.

—Deteneos, Elvira, vais á verle.

—¿Vendrá?

— Ha venido.

—¿Está ya en Méjico?

—Está en vuestra casa.

—¡Mi padre en casa, y no en mis brazos!

—Pero viene.....

—¡Oh! ¡Por piedad, no prolongueis mi suplicio!

—¡Viene *herído*, señora!

—¡Oh Dios mio, Dios mio! Este solo golpe me faltaba, y no ha querido vuestra misericordia librarme de su furia!»

En esto ya D. Martin Suarez de Monroi, apoyándose en los dos caballerizos Gonzalo Nuñez y Juan de Victoria, y seguido del indio Francisco, entraba por las puertas de la estancia de su hija: pero ¡En qué estado! ¿Quién habia de reconocer, sin prolijo prévio exámen, al caballero que en lo aseado y compuesto de la persona revelaba ya la ascética severidad de sus principios, en aquel hombre medio desnudo, andrajoso, desaseado, larga la barba, en desórden el lácio cabello, macilento el rostro, y trémulo el paso, que sin fuerzas ni para tender los brazos á su hija amada, se dejó caer lánguido, y casi moribundo en el primer sitial del aposento? Ni era mas brillante el aspecto del pobre Francisco: pero como la miseria encuentra menos que hacer en el esclavo que en el rico, sus estragos se advierten, en consecuencia, mas en el último que en el primero.

Como quiera que sea, Elvira, en aquella ocasion verdaderamente aterrada sintiendo sobre su cabeza la

mano irresistible de la desgracia providencial, sin hallar en su altivez recursos, ni en sus ojos lágrimas, ni en su lengua palabras, cayó muda á los pies del autor de sus dias, y abrazándose á sus rodillas, quedóse como estátua de mármol inmóvil y helada.

Acudieron Mencía y D. Fernando al maltrecho caballero; Francisco apoyóse en el dintel de la puerta, y los caballerizos, por discrecion, retiráronse asi que dejaron cómodamente sentado á D. Martin Suarez, quien, con la mano izquierda comprimiendo su corazon, con la derecha apoyada sobre la frente de su hija, y los ojos como buscando el Cielo, permaneció algun tiempo en profundo silencio.

Mientras ese dura, diremos nosotros al público que, al salir de casa de Avila D. Fernando, tan despechado como sin necesidad de que nosotros lo encarezcamos puede figurárselo el discreto, apenas habia andado veinte pasos tropezó con un grupo de cuatro personas, compuesto de D. Martin, el Indio su servidor, y los dos caballerizos de D. Alonso, uno de los cuales, conociéndole luego, llamóle para darle cuenta de cómo se habian hallado él y su compañero al conspirador misterioso, mal herido y en estado ademas bajo todos conceptos lamentable, en el bosque de Chapultepec, sin que ya ni él ni su esclavo tuviesen fuerzas para llegar á la quinta siquiera. Es de advertir que Doña Elvira, dudando siempre, como suelen hacerlo los corazones apasionados, de haber perdido irrevocablemente al objeto amado, tenia dada órden á Nuñez y á Victoria, los mas leales y entendidos de los servidores de su marido, para que so pretesto de pasear los caballos, recorriesen incesantemente el bosque y sus cercanías; porque un presentimiento de esos que la lógica rechaza severa, pero el sentimiento acoge solícito, decíale siempre que en el bosque se hallaba su padre. Y en efecto, allí le encontraron

la tarde del 31 de julio, al ponerse el sol, los caballerizos, quienes quisieran dejarle en la quinta; mas Don Martin solo consintió en pasar en ella las horas que faltaban hasta que la noche cerrase, mandándoles, luego que oscureció por completo, que á Méjico le condugeran. Aunque con trabajos infinitos y dolores insoportables en una herida de flecha que el pecho le atravesaba, hizo el *Mártir* á caballo el camino desde la quinta á la ciudad; pero llegado á sus puertas, siempre cauto aunque ya moribundo, quiso ir á pié hasta la morada de su hija, donde ya le tenemos en el momento á que con la narracion llegamos.

El fue quien interrumpió primero el silencio de la triste escena que vamos describiendo, para alentar á doña Elvira, no con vanas esperanzas de humano remedio en sus males, sino con frases de resignacion piadosa, con acentos de profunda sumision á los decretos de la Providencia; porque ya, hasta para aquel hombre á la esclusiva idea de la conjuracion durante largos años consagrado, toda ilusion habia desaparecido por completo. Los caballerizos le enteraron de las ocurrencias de Méjico en la noche del 15 al 16, ocurrencias que ya por el relato de lo que presenció Francisco sospechaba; y á tan claro entendimiento no podia ocultarse que para siempre se habia deshecho el fantástico edificio, á costa de ímprobo trabajo y dolorosos sacrificios por él mismo levantado en el viento.

D. Martin no era ya, por tanto, en el instante en que le consideramos, ni el caballero audaz ni el conspirador infatigable que un tiempo conocimos, sino el hombre religioso, desengañado del mundo, convencido, en fin, de su pequeñez intrínseca, y que próximo al término de su mortal carrera, mira desapasionadamente las cosas de este valle de lágrimas, y se dispone sereno al tránsito angustioso y solemne á mejor é interminable vida.

Asi, despues de alentar á Elvira, tuvo tambien palabras de consuelo para la pobre Mencía, y volviéndose luego á D. Fernando, al través de cuyo atribulado juvenil semblante diríase que D. Martin leia los sentimientos del alma, díjole enternecido:

—«En cuanto á vos, mancebo, si por el dolor de vuestro infelice padre no fuera, dijéraos yo que os felicitaba por el próximo fin de las horribles angustias que estais padeciendo. Almas como la vuestra, Fernando, solo estan bien en el Cielo!»

A influjo de tanta resignacion y piedad tan sincera, fundiéndose la capa de hielo con que el esceso mismo de la pena habia revestido allí los corazones, enterneciéronse los pechos, y acudiendo el llanto á los ojos, desahogóse la afliccion en hondos suspiros y amargos sollozos, que D. Martin veia y escuchaba con una compasion semejante á la que el ángel de la guarda de un desdichado, sentirá sin duda en sus tribulaciones.

Pero si sus fuerzas morales superaban á las de todos los presentes, no así las físicas por trabajos increibles de reciente fecha, y los estragos de la herida agotadas; por manera que, tomándole súbito un desmayo, hubo necesidad de llevarle al lecho mismo de su hija, y atender esclusivamente al cuidado de su persona.

Francisco, el indio fiel, hizo entonces, como habia hecho en la caverna del bosque, el papel de médico; mas veíase en su semblante que le faltaba la confianza que en el asilo subterráneo le animó constantemente.

—«¿Es grave la herida? Le preguntó con indescriptible angustia doña Elvira; y el indio bajó tristemente la cabeza.

—¿Pero no hay esperanza ninguna? Insistió con desesperada energia la bella dama.

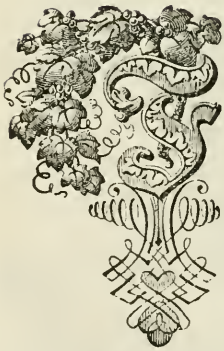
—¡En Dios siempre!» Replicó Francisco.

Ni el indio, aunque lánguido y estropeado, ni Men-

cia en lágrimas bañada, ni doña Elvira silenciosa y terrible como la desesperacion misma, ni D. Fernando sereno como el valor á la muerte resignado, se apartaron aquella noche un solo instante del lecho de D. Martin Suarez de Monroi, presa de ardiente fiebre, y visiblemente á su postrero instante aproximándose con velocidad espantosa.

CAPITULO IV.

EN EL CUAL SE DÁ CUENTA DE QUIÉN ERA D. MARTIN SUAREZ DE MONROI, LLAMADO EL *Martir*.



FAMILIARIZADO ya el lector con nuestra manera de escribir, harto parecida á la existencia del árabe en los desiertos, estrañará poco que en este capítulo, que bien hubiéramos podido llamar retrospectivo, retrocedamos, en efecto, con la narracion nada menos que al año vigésimo octavo del siglo XVI de la era cristiana: mas, por si algun escrúpulo le queda, alegaremos en nuestro favor la necesidad, gran señora, despótica soberana, á cuya voluntad absoluta y fuerza irresistible vivimos todos sujetos, desde el autócrata de todas las Rusias hasta el

mas abyecto de los esclavos africanos, ambos inclusive.

¿Cómo, sin retrogradar á tiempos pasados, pudiéramos esplicar hechos cuyas causas procedian de sucesos, no solo consumados, sino casi completamente olvidados cuando en las cárceles de Méjico vegetaban aherrojados el Marqués del Valle de Guaxaca, D. Alonso de Avila, y los demas caballeros sus amigos, de conspiradores acusados?—La cosa fuera imposible; y á tanto dicen los jurisperitos que ninguno está obligado.

Por tanto volvémonos de un salto al año de 1528, y salvando los mares tan sin esfuerzo como si voláramos, conducimos al lector á cierta rica primorosa estancia de una casa que pudiera pasar por palacio, en la ciudad conquistada por el santo y gran Rey D. Fernando III de Leon, cuya memoria canonizada por la iglesia, carece acaso de la importancia histórica que en realidad merece. Mas, dejando eso aparte, decimos, en prosa lisa y llana, que la escena se traslada á Sevilla, y tiene lugar en un espléndido aposento, en el cual vemos con los ojos de la fantasia, y al través del prisma de los siglos, á un hombre de madura edad, altivo continente, marcial semblante, y fascinador conjunto, sentado en un divan moruno, la frente apoyada en su mano izquierda, el brazo mismo sobre una mesa de papeles y joyas cubierta, y con la diestra acariciando la cabeza de un niño á sus pies arrodillado. Detengámonos un instante á considerar la figura del adolescente, y sin necesidad de grandes conocimientos en la ciencia de Lavater, descubriremos entre ella y la del hombre maduro tales y tantas analogías, que nos resolveremos á afirmar positivamente que son padre é hijo los que estamos viendo.

Sin embargo, tiene la fisonomia del adulto ciertos caractéres de dureza y violencia que faltan en la del niño; y en cambio se nota en el conjunto del rostro de

este un no sabemos qué de melancólica ternura de que carece el de su padre.

Para esplicar esas diferencias, sin atenuar la semejanza, bastará considerar las edades; porque en verdad, ni el hombre de cuarenta y tres años suele, generalmente hablando, ser tan tierno como el niño de catorce, ni es maravilla que al que comienza la vida le falte en el corazon la amarga hiel que de ordinario se revela en la espresion de la fisonomia del que lleva ya mas que mediada su mortal carrera.

Mas, en todo caso, es cierto que eran padre é hijo los dos personages que hemos puesto en escena, contando el primero cuarenta y tres años de edad, mientras que catorce apenas el segundo; y rayando casi en la identidad su semejanza recíproca, salva la notable diferencia de espresion que ya notamos.

Aquellos dos hombres, célebre ya el uno, al paso que imberbe aún el otro, eran Hernan Cortés, el inmortal conquistador de Méjico, y su hijo D. Martin, habido en Catalina Suarez su primera esposa.

Engolfado mas que nunca en el proceloso mar de la ambicion, Hernando, llegado á España en mayo de aquel año, no como un súbdito que acude á solicitar la gracia de su soberano, sino como un héroe que reclama la triunfal corona que le es debida, habia, si no perdido por completo de vista su punto de partida, habituádose por lo menos á considerarlo como un favor mas de la fortuna, persuadiéndose de que solo le hizo la voluble Diosa comenzar desde tan baja esfera, para que al verle remontarse á las superiores admirase el mundo el vigor de sus alas y la generosa altivez de sus pensamientos. Y, en efecto, difícil fuera reconocer al estudiante que, *ahorcando los hábitos*, se embarcó pobre y enfermizo en 1519, sin mas porvenir que el de una miserable escribania de aldea, en el gran Capitan que, habiendo con-

quistado en dos años, con menos de dos mil hombres, un reino digno del nombre de *Nueva España*, arriba á las poéticas orillas del Guadalquivir, en poderosas naves cargadas de oro y plata y pedrerias y joyas de valor inestimable, animales desconocidos, hombres nunca vistos, con enanos y juglares que le solacen, capitanes y soldados que le guarden, criados que le sirvan, y esclavos que le adoren. Y así llegó Cortés á España; y disipando, como el sol las nubes con su presencia sola, cuantas infames intrigas urdieran hasta entonces para perderle sus envidiosos, en horas conquistó la amistad de Carlos V, y en minutos la simpática benevolencia de la aristocrácia española.

Mas la flaqueza humana se revela siempre aun en los mas privilegiados mortales; y así como dice cierto autor latino, de cuyo nombre no me acuerdo, que á Sócrates le creyéramos un Dios si á la cicuta no sucumbiera: *Nisi morte ocubuisset*, *Deum crederes;* á Cortés pudiéramos llamarle completamente grande, á no haber incurrido en la debilidad misma que casi en nuestros dias ha repetido, en hora menguada para su propia fortuna, el prodigio de los tiempos modernos, Napoleon Bonaparte.

Y, vive Dios, que no rebajamos al glorioso emperador francés comparándole con el inmortal Conquistador español: cada uno de ellos fue el hombre de su siglo; y si la ocasion lo consintiera, y á tanto osara nuestro humilde ingenio, fácil y muy fácil fuera sostener el paralelo en lo grande, lo mismo que por desdicha podemos y debemos hacerlo en lo pequeño.

Napoleon, en efecto, imaginando que, si á su tálamo no llevaba una doncella de estirpe régia, nunca seria tenido por verdadero soberano, contrajo un enlace que no fue tal para él, sino lazo en que al cabo dejó la corona y la libertad, sin que la *fuerza de la sangre* moviese

á sus augustos parientes á otra cosa que á contraer estrecha alianza con los mas encarnizados enemigos de aquel, á quien servilmente idolatraron triunfante, y como á dañina fiera trataron así que la fortuna le volvió la espalda.

Hernan Cortés, asimismo, pareciéndole que ser *grande hombre* no bastaba para ser *grande* en la corte, aspiró á enlazarse con una dama de alto linage, cuya mano pudo hacerle domésticamente feliz, mas no alcanzó, por cierto, á preservarle ni de las intrigas palaciegas, ni de las ingratitudes régias.

¿Cómo esplicar esos fenómenos? Solo admitiendo que la vanidad, como elemento moral del hombre, en todos hace su oficio mas tarde ó mas temprano, y con resultados tanto mas sensibles, cuanta mayor es la altura del que á sus impulsos peca.

En fin, Hernán Cortés tenia tratado en junio de 1528 su casamiento con doña Juana Ramirez de Arellano y Zúñiga, hermana del conde de Aguilar, uno de los señores mas nobles y bien emparentados de toda Andalucia, y quizá tambien de Castilla.

El Conde, ya por las grandes riquezas que debia suponer en el Conquistador de un reino, donde el oro y la plata, pensaban los españoles, eran tan abundantes como el trigo en su tierra; ya, porque siendo persona de elevado carácter y altas miras, comprendiese que las hazañas de Cortés valian, por lo menos, tanto como la mejor ejecutoria posible del mas encopetado Rico-hombre, prestóse con gusto á darle su hermana: pero no sin tomar antes los informes y precauciones que la mas ordinaria prudencia aconseja generalmente en tales casos, y en aquel eran quizá mas de rigor que en otro alguno.

Muy desde los principios del descubrimiento de las Américas comenzó á decirse en España, y tal vez no sin fundamento, que entre los aventureros de todas clases y

categorías que pasaban al Nuevo Mundo, habia algunos, y no pocos, que, casados en Europa y dejando en ella á sus mugeres, repetian del sacramento del matrimonio en las tierras occidentales, ó por no perder la costumbre de vivir maritalmente, costumbre en realidad difícil de recobrar una vez perdida, ó por contribuir en cuanto de su parte estuviese á que preponderase la poblacion cristiana sobre la raza idólatra de los indios. Ya, como el lector conoce, picaba en historia la tal costumbre; pero lo mas duro del caso es que (segun se decia) hubo quien dió en aplicarla recíprocamente, es decir: en casarse primero en América con alguna muger rica, solo para ahorrarse la molestia de hacer fortuna; y regresando despues á España, casarse tambien por no vivir sin compañia, ni esponerse á morir sin herederos europeos.

Los *indianos*, pues, considerábanse y eran, en calidad de novios, tan codiciados como sospechosos; porque en verdad, fuera chasco tomar gato por liebre, y salir, ya comido el pan de la boda, con que la pobre esposa no tenia derecho á tan honrado título, sino al poquísimo envidiable de Barragana.

Por tales razones, amen de la de no haberse dejado ya de traslucir algo acá en la corte del César de las travesuras de Hernando en punto á mugeres, entendemos y declaramos que el Conde de Aguilar anduvo prudente queriendo averiguarle la vida á su futuro cuñado, antes de que lo fuese irrevocablemente. Que Hernan Cortés hubiese galanteado á mas damas que en primavera flores liba una abeja ó acaricia una mariposa, importábale poco al Conde que, á fuer de español, de caballero, de gran señor, y de cortesano de un Monarca tan poco escrupuloso en tales materias como lo fue siempre Cárlos V, no pretendia ciertamente pasar por rígido moralista; en cuanto á hijos naturales, tampoco pensó nunca mostrarse inflexible, con tal de que se les

hiciese á sus futuros sobrinos la parte del leon en el reparto de bienes; pero con lo que de ningun modo trataba de capitular era con que hubiese otra legítima esposa allende los mares, ó con que el título que ya Cortés y él ambicionaban, pasara á otros que á los descendientes de su hermana.

En cuanto al primer punto la dificultad no existia: Catalina Suarez, tan amada un tiempo, y por la cual tantas y tan estremadas locuras se hicieron, era muerta en Cuba, sin haber vuelto á ver el rostro de su marido desde el año de 1519. ¡Dichosa ella, si ignorase tambien sus continuas infidelidades!

Pero Catalina dejaba en pos de sí un hijo legítimo, un hijo habido pública y notoriamente, bautizado con gran solemnidad ante los primeros pobladores de Cuba, que la mayor parte aún vivian, y presentado á la fuente de gracia y regeneracion por el Adelantado Diego Velazquez, á la sazon amigo y protector, mas tarde encarnizado enemigo de Hernan Cortés.

Ese hijo, ese D. Martin 1.º, era indisputablemente el legítimo heredero de su padre, segun el derecho de primogenitura, dado que aquel fundara un vínculo y á titular llegase; y ese hijo vivia en 1528; y ese hijo estaba arrodillado á los pies de su padre solicitando su bendicion, en el momento en que á uno y á otro los hemos puesto en escena. ¿Cómo se hallaba aquel niño en Sevilla? ¿Cómo su padre, tan sagaz y previsor, no veia que la sola presencia del adolescente bastaba para hacer imposible el enlace que, con razon ó sin ella, ambicionaba ansioso?

Vamos á esplicarlo todo; mas para que sea con claridad, todavia tenemos que retroceder algunos años con el cuento. ¡Cómo ha de ser! Asi lo exige imperiosamente el interés dramático de la novela.

Si Hernando no fue nunca muy fiel, ni algo fiel, ni

nada fiel á su esposa, en cambio tampoco nunca olvidó que estaba en la obligacion de sustentar decorosamente á Catalina y á su hijo, y constantemente les hizo, por diferentes conductos, remesas de oro y joyas con que espléndidamente vivir pudiesen. Mas la primera esposa del héroe era una muger poco á propósito para grandezas, muy recogida y hacendosa, modesta en sus hábitos y encogida en su trato, tierna y devota, sin grande energía, pero en cambio de sólida virtud; y asi, en vez de hacer vana ostentacion de sus riquezas, prosiguió viviendo en Santiago de Cuba con menos fausto, acaso, que cuando su marido regentaba aquella Alcaldía, y repartiendo el tiempo entre la educacion de D. Martín, sus obligaciones religiosas, y el cuidado de su hacienda. Jóven aún, bella, casi viuda, peor que viuda pues era esposa abandonada, vióse naturalmente espuesta á dos géneros de tentaciones, ambos harto poderosos: el de la venganza, y el del amor; mas resistiólos todos, y ni con el pensamiento siquiera se dejó ir nunca ni á murmurar del infiel ausente, ni á faltarle á la fé prometida. Antes, por el contrario, hablando de continuo al niño, fruto de sus castos amores, de las altas dotes y heróicas hazañas del autor de sus dias, llegó á conseguir que el amor y la veneracion de D. Martin á su padre corriesen parejas con la piedad cristiana profundísima, que tambien con su ejemplo logró inspirarle.

Feliz combinacion de las dos almas de Cortés y Catalina, el espíritu de Don Martin fué desde sus primeros años elevado y tierno, grande y virtuoso á la par; y si la fortuna no le volviera el rostro en la cuna misma, si sus propios sentimientos y exaltadas virtudes no le atajaran luego invenciblemente el camino, de presumir es que hubiera llegado muy alto. Mas de otro modo estaba escrito, y fué como el Destino lo quiso.

Durante la espedicion de Hernando á las Hibueras,

una enfermedad de languidez, fruto acaso del llanto de los ojos suprimido y en el corazon atesorado, de penas y celos á costa de sobrehumanos esfuerzos ocultos, condujo á Catalina Suarez al sepulcro, que sin duda anhelaba para descansar de tantos y tan crueles padecimientos.

Sus últimas palabras fueron estas: «Martin, teme á »Dios y sírvele fielmente; despues de Dios obedece á tu »padre, sin exámen, sin réplica, por doloroso que sea el »sacrificio que de tí exija. Adios hijo mio; ruega por el »descanso del alma de tu madre.»

Y bendiciendo al desolado niño, exhaló el último suspiro, rindiendo blandamente el alma en brazos del ángel de su guarda, que, sin duda, lo llevó rápido á recibir en el Cielo la recompensa debida á sus modestas, pero constantes virtudes.

Tenemos, pues, á D. Martin ya presa de la desgracia en la edad de la risa, de la imprevision y de los juegos; solo en un pais recien poblado, en medio de los enemigos de su padre, y hasta ignorando si ese como á hijo le consideraba. Situacion mas triste, difícil es imaginarla, como no se añada la miseria á las desdichas que enumeradas dejamos; porque la pobreza, en efecto, es el remate y corona de toda desventura. Pero D. Martin no era pobre, ni mucho menos, sino en realidad muy rico; y lo que es mas, casi árbitro y señor absoluto de su hacienda, á pesar de sus cortos años. Esa circunstancia insólita y á primera vista inverosímil requiere esplicacion, y vamos á darla.

Catalina Suarez, á quien la muerte no cogió de sorpresa, ni la posicion futura de su hijo podia ocultarse, tuvo gran cuidado en ordenar sus negocios de manera que, al espirar ella, no interviniese la justicia para cosa alguna en los asuntos de su casa. Declarando, pues, á D. Martin heredero universal de los bienes y peculio de

que era señora, en virtud de su carta dotal y las sucesivas generosas donaciones de su marido, nombró curador de su hijo, durante la ausencia de Hernando y mientras él no disponia otra cosa, á cierto eclesiástico, su capellan ordinario, hombre de vida ejemplar, moralidad severa y adhesion probada á la familia. Llamémosle el P. Asensio y digamos de él que, con mediana capacidad y no gran fuerza de carácter, era mas á propósito para dirigir la conciencia de una muger naturalmente timorata, que los primeros pasos en la vida de un rapáz, religioso sí, pero tambien emprendedor, audaz, y en sus resoluciones perseverante. Sucedió, por tanto, que limitándose Hernan Cortés á responder de palabra al mensagero que le llevó á Nueva España la noticia de la muerte de su esposa, que aprobaba en su totalidad las disposiciones testamentarias de aquella; y pasando meses y meses, sin que diese muestras de ocuparse en la suerte de su hijo, la razon precoz de D. Martin y su esquisita sensibilidad alarmáronse á un tiempo, y no sin causa, justo es decirlo.

—«¿Qué pecados cometí yo, decia el pobre niño á su Curador, para que asi me abandone mi padre? ¿Averguénzase por ventura de mí, cual si fuese fruto de ilegítima union? ¿No era mi madre una santa? ¿No he sido yo siempre dócil á sus mandatos, cuidando al mismo tiempo de instruirme en las artes propias de un caballero, hijo de tan grande hombre como lo es aquel á quien venero, y por desdicha mia me abandona?»

El pobre del capellan acudia, para responder á tan sentidos argumentos, al vulgar recurso de ocupaciones y negocios graves, que debian absorver entera la atencion del héroe; y en verdad que, si disculpa pudiera haber para olvidarse de los propios hijos, fuéranlo las molestias, trabajos, contradicciones y enemigos con que á la sazon luchaba Hernando.

Mas D. Martin, tenaz de suyo, y con el corazon herido, íbase afirmando mas cada dia en la idea de que motivos para él impenetrables y poderosos, sin duda, le tenian apartado del seno paternal, condenándole á cruel abandono.

En tal estado llega á Santiago de Cuba la noticia de la partida de Hernan Cortés para España, viage largo, azaroso siempre y mucho mas que ahora en aquella época; viage que supone el proyecto de permanecer no poco tiempo ausente del teatro de sus hazañas; viage, en fin, que interpone todo el Occéano atlántico entre el padre y el hijo..... ¡Y sin embargo, ni una letra, ni un mensage para D. Martin!

¿Habíase ya comenzado á tratar del enlace de Cortés con doña Juana Zúñiga, y fue estudiado tan singular olvido? No nos consta, mas sí nos parece probable, atendiendo, entre otras circunstancias, á la rapidez con que el matrimonio á que aludimos se verificó en España. Mas sea de eso lo que fuere, el hecho es que el niño D. Martin, sintiéndose hondamente humillado, y en lo mas esquisito de su caballerosa sensibilidad herido, *resolvió*, sí, *resolvió* á pesar de su corta edad, aclarar de una vez el misterio de su situacion, tan intolerable como incomprensible realmente. La precocidad natural en las regiones tropicales, su educacion especial, y la sangre generosa que en sus venas circulaba, juntamente con las dotes que debió al Cielo, pueden esplicarnos lo singular y escepcional de caber resolucion razonada y propósito invariable en sujeto apenas de la infancia salido.

En todo caso, el bueno del P. Asensio, no acertando á resistirse á la elocuencia natural y firme voluntad de su pupilo, hubo de prestarse á ausiliarle en la ejecucion de sus proyectos, que realmente se llevaron á cabo sin la menor demora.

Realizada, en consecuencia, una considerable suma

en oro y plata, puestas en arrendamiento las haciendas, y fletado un buque para la Española, trasladáronse á aquella isla D. Martin, el P. Asensio y Garci-Perez, muchacho de la misma edad, poco mas ó menos, que D. Martin y en su compañia criado, como hijo que era de un servidor de la casa. Poco tiempo se detuvieron nuestros viageros en Santo Domingo; su objeto al arribar allí fue esclusivamente el de que en Cuba se perdiese, por decirlo así, el rastro de su viage, y poder llegar á España bajo nombres supuestos, sin que nadie supiera quiénes eran realmente. ¿Y por qué y para qué tales precauciones? Porque de otro modo, fuera la ida á Castilla una provocacion á Hernan Cortés; para no embarazarle en sus proyectos, si acaso los tenia que exigiesen el destierro de su hijo.

No perdamos de vista un solo instante al adolescente, si hemos de comprender con claridad la conducta del hombre en lo sucesivo: D. Martin no buscaba á su padre para imponérsele, por decirlo así, sino para saber él mismo á qué atenerse, para enterarse de la voluntad de aquel á quien Catalina moribunda le mandara obedecer ciegamente en la tierra, y cumplirla en todo y por todo, sin exámen y sin réplica, por doloroso que fuera el sacrificio que de él exigiera. Predestinado al martirio, tomaba desde luego aquel niño la vestidura de los candidatos al tormento y al fuego, tendiendo sus brazos para recibir la dolorosa palma que el tiempo le preparaba; quizá presentia, si no gozaba ya su alma, la amarga voluptuosidad que, padeciendo, sienten ciertos espíritus tristemente privilegiados.

Como quiera que fuese, parece imposible conducirse con mas prudencia y respeto que lo hizo D. Martin, llegando á Sevilla sin que nadie sospechara su familia, y á la casa de su padre con su religioso Curador, cual si fuera uno de tantos curiosos ó necesitados de

los que á visitarle ó pedirle limosna iban de continuo.

Merced al hábito del P. Asensio, hiciéronles entrar los criados á él y á su pupilo en una antecámara, para que en ella esperasen al Conquistador, en el momento de su llegada ausente de casa, pero que no debia tardar en volver á ella por acercarse ya la hora del mediodia.

En efecto, poco antes de las doce un movimiento general en la servidumbre hizo palpitar aceleradamente el corazon de D. Martin, y helársele la sangre en las venas al tímido religioso; Hernan Cortés, volviendo de concertar definitivamente su boda con doña Juana de Arellano y Zúñiga, merced á la declaracion que hizo el conde de Aguilar de que Catalina era muerta sin posteridad, pues su hijo único habia fallecido antes que ella, acababa de apearse á la puerta de su alojamiento, y se despedia de la multitud de cortesanos y gente del pueblo, que siempre le acompañaba en su tránsito por las calles de Sevilla.

Pocos minutos, despues, airoso, ágil, lozano como en sus verdes abriles, brillando en sus ojos un contento que de ocultar no trataba, entró Hernando en la antecámara donde trémulos le esperaban nuestros viageros, y al verlos esclamó, dirigiéndose al P. Asensio, pero sin fijar en su rostro la atencion:

—«Bien venidos son siempre los religiosos á mi casa, pero nunca mejor que hoy. El Cielo colma todos mis deseos; justo es que yo le pague haciendo bien á sus ministros. Diga lo que quiere, padre; y esté seguro de no salir de aquí con las manos vacias.»

Como los frailes fueron siempre pedigüeños, imaginó Cortés que aquel estaba allí en solicitud de alguna limosna; mas cuando el capellan de su difunta esposa, le respondió balbuciente:

—«Venimos de Cuba, Sr. D. Hernando...!

Y fijando en él la vista, reconoció luego su persona,

y á su lado echó de ver á un niño que, de rodillas, bañados en lágrimas los ojos, y con la ansiedad mas tierna que imaginarse puede pintada en el rostro, el ojo del Aguila penetró súbita y completamente la profundidad de aquel misterio.

En el primer momento la naturaleza triunfó del orgullo; involuntariamente los brazos del Conquistador se tendieron hácia su hijo, á quien en nueve años consecutivos no habia visto; involuntariamente tambien se humedecieron sus ojos.—Mas ¡ay! que pagado aquel tributo indispensable á los sentimientos naturales, el orgullo y la ambicion recobraron sus derechos todos, sin que los circunstantes tuviesen tiempo de advertir que, por un momento, el *grande hombre* habia dejado de ser *grande*, para ser *hombre* con entrañas de padre.

—«Despejad;» dijo imperioso, volviéndose á los que le seguian; y asi que vió ejecutada su órden, que fue apenas pronunciada, añadió, volviéndose al fraile y al niño: «Seguidme vosotros.»

Tambien en D. Martin hizo pronto su oficio el heredado orgullo; y sus lágrimas desaparecieron; y serenóse su corazon; y pudo contemplar sin miedo el rostro de su padre, ceñudo entonces; aquel rostro, sí, y aquel ceño que hicieron estremecerse á Motezuma en su trono, á los ejércitos mejicanos en los campos de batalla, donde para cada español habia, no obstante, un millar de indios guerreros. Digno vástago de tan escelso tronco, el niño que á la ternura cedia, rebelábase instintivamente contra la fuerza; y al penetrar en la estancia reservada del grande hombre, decíase D. Martin: «¡Todo menos mostrarme cobarde, madre mia!»

En cambio el P. Asensio arrepentíase de todo corazon de haber sido tan en estremo indulgente con su pupilo, y hubiera deseado que la tierra se le tragase cuando Cortés, arrojando lejos de sí la toca, y desciñéndose

precipitadamente espada y daga, como si de su propio furor recelase que á cometer un atentado podia conducirle, encaróse con él, y brotando llamas por los ojos, díjole con aterrador acento:

—«¿A qué venís á Sevilla? ¿Quién os mandó salir de »Cuba? ¿Qué es lo que pretendeis de mí, mal fraile, »tutor infiel, ambicioso hipócrita? Responded pronto, ó »vive Dios, que ni la corona ni el hábito os libertarán »de mi justicia!»

Semejante apóstrofe, poco apropósito para tranquilizar á nadie, y menos para alentar á un hombre pacífico y meticuloso á que su conducta defendiese con razones, acabó de ligar la ya trabada lengua del P. Asensio de tal modo, que por mas que lo procuraba fuéle imposible articular ni un solo acento; mas, en cambio, D. Martin, á quien de propósito ni miraba siquiera su padre, adelantóse y dijo resuelto, si bien profundamente respetuoso:

—«Si hay culpa, señor, en esta llegada, mia es toda. »He querido saber si soy húerfano ó tengo padre, y á eso »no mas he venido.»

Tanta entereza en tan pocos años, no pudo menos de sorprender y aun de cautivar á Hernando; y el rapaz era ademas tan gentil, tan airoso, tan semejante á su padre, que ese, mal que le pesara, hubo al cabo de mirarle con algun detenimiento y reconocerse en él reproducido.

—«¿Y no pudiérais haberme escrito, mozo inconsiderado?» Preguntóle despues de algunos instantes, y ya un tanto dulcificado.

—«Juzgué, señor, que fuera tan inútil como cuando repetidas veces lo hizo mi santa madre y vuestra esposa, que Dios haya.»

Imposible formular una acusacion tan tremenda con mas claridad, sin perjuicio de la veneracion siempre á un padre debida; imposible tomar nunca criatura huma-

na tan por completo la voz del remordimiento.

Así Hernando, en cuyo espíritu generoso no consiguió nunca la ambicion, aun arrastrándole en pos de sí las mas veces y alguna harto lejos, sofocar por completo los instintos del bien y de la justicia que en él depositara el cielo, conmovido hondamente por la presencia y palabras de su hijo, sintióse dominado por la razon, y para no confesarlo de plano tuvo que guardar silencio y ponerse á pasear con agitacion visible de uno á otro estremo del aposento.

En tanto el fraile se encomendaba á todos los santos del cielo; y el niño, puesta la confianza en Dios y su derecho, permanecia impávido, esperando la resolucion del autor de sus dias.

Qué fue lo que pasó en el alma del Conquistador durante los minutos de su paseo, lo ignoramos completamente: tremenda, empero, debió de ser la lucha entre la ambicion y el amor paternal, á juzgar por la angustia que se vió pintada en el rostro de aquel hombre tan habituado á los grandes riesgos como á las desesperadas resoluciones.

Al cabo, sereno ya el semblante y sosegada la voz, dijo al P. Asensio:

—«Dejadnos solos, y volved dentro de un hora. Ni una sola palabra de quién es este niño á quien quiera que sea, ó... ya me conoceis. Retiraos.»

Del purgatorio no saliera con mas prisa y satisfaccion el atribulado fraile que lo hizo de aquella estancia, sin haber desplegado sus labios, y dejando, en fin, solos al padre y al hijo, en situaciones relativas harto embarazosas, y de solucion, si no imposible, dificilísima cuando menos.

Es fenómeno constantemente observado, y lógico á nuestro entender, que la mayor parte de los grandes hombres sean débiles con las mugeres y los niños; así

como, recíprocamente, los que hacen alarde de no rendirse á la belleza, ni ser con la infancia complacientes, suelen pecar de estúpidos, de feroces, y aun de cobardes las mas veces. Arma terrible es la debilidad contra el fuerte, porque hay al parecer cierto género de villanía en usar de la fuerza misma contra aquellos que solo sus lágrimas pueden oponerle; y por eso quizá, si por la conciencia de su culpa no, Hernan Cortés á solas con un niño de catorce años, sentíase irresoluto y aun cobarde, habiendo hecho frente ya, y siendo capaz de hacérselo todavia en lo sucesivo, á las situaciones mas difíciles y peligrosas. Si D. Martin desembarcara en Sevilla y viera á su padre dos dias antes que lo hizo, acaso retrocediera el Conquistador de Méjico en su propósito relativo al enlace con doña Juana: mas los desdichados, así como madrugan siempre para la desventura, llegan tambien tarde á las felicidades. Ya la palabra de Cortés estaba empeñada, ya su honra comprometida en sostener lo que afirmó su lengua; y retroceder fuera, en verdad, nfamarse. Un hombre de índole brutal ó un intrigante, colocados en tal apuro, abusaran de su fuerza ó valiéranse del engaño, medios al parecer obvios ambos con un niño inesperto; mas tales recursos eran indignos del que habia encadenado emperadores y sometido reinos. Hernando con las pocas palabras que de boca de su hijo habia escuchado, conociéndose muy bien á sí mismo y á Catalina Suarez ademas, fácilmente adivinó que el camino mas corto y seguro para llegar á sus fines, era dirigirse al corazon del infeliz mancebo, interesando su precoz poética generosidad, y obligándole, por decirlo así, á ser él mismo su propio verdugo.

Sentóse, pues, en el divan, hizo que el niño se le acercase, acaricióle sincero, y luego que dió tiempo á la efusion de los tiernos filiales sentimientos de D. Martin, díjole grave, si bien cariñoso:

—«Ahora, D. Martin, quiero trataros como á un hombre, pues en realidad de tal me parece vuestra razon, á pesar del corto número de años que habeis vivido. Escuchadme bien, y preparaos á responderme como conviene á quien me debe la vida,»

Miró el niño á su padre con atencion, pero sin sorpresa; arrodillóse á sus plantas, como reo que á escuchar su sentencia se prepara, y el Conquistador prosiguió diciendo:

—«Martin: yo no soy, por mi cuna, mas que un simple hidalgo; mis hazañas me han engrandecido, pero á los ojos de los cortesanos no paso por *grande*.

—¿Y qué os importa? (interrumpió el inocente rapaz) ¿Qué os importa, cuando vuestra gloria llena dos mundos?

—¡Su madre! (esclamó Cortés, recordando con triste placer los dias de sus desinteresados amores con Catalina Suarez). ¡Siempre en los espacios imaginarios y á dos mil leguas de la tierra! Pero escuchad, Martin, y no me interrumpais. Vasallo nací, y vasallo moriré... Acaso pude un dia... pero no; no pensemos siquiera en ello... Yo necesito el favor de la corte, para que encarnizadas persecuciones no sean el premio de mis servicios... Mientras yo descubro tierras, convierto razas y conquisto imperios, es preciso que haya en las antecámaras del Monarca quien me defienda, quien impida que la prision ó el suplicio, quizá, me castiguen por el delito de no ser un áulico adulador y miserable... ¡Tú no comprendes eso, pobre niño...! ¡Quiera el cielo que nunca lo comprendas tampoco! En fin, aquí *á mas servir menos valer*, Martin: el mérito es nada, los servicios poco, la flexibilidad mucho, y el favor todo. Pues bien: hay un medio de que el bajel de mi fortuna no zozobre, sin obligarme á doblar de continuo la cerviz ante los validos del César, ni á respirar la atmósfera me-

fítica de las antecámaras. Ese medio es un casamiento; y ya le tengo concertado.

—¡Madre mia! ¡Madre mia! (esclamó con dolor inmenso el desdichado niño). Mas Cortés, prescindiendo de aquella interrupcion, prosiguió de esta manera:

—Un gran casamiento que, entroncando mi linage con uno de los mas ilustres del Reino, me asegura, Martin, el favor que necesito en la corte para llevar á cabo los inmensos proyectos que en mi cabeza germinan; porque Méjico no es el solo imperio del Nuevo Mundo, ni mi espada embotó sus filos al destruir el trono de Motezuma. ¿Querrás tú oponerte al engrandecimiento y gloria de tu padre?

—¡Yo, señor! ¡Yo, que daria toda la sangre de mis venas por una sola hoja de vuestros laureles! ¡Preserveme el Cielo de tal desdicha!

—Pues bien, hijo, en vuestras manos quiero poner mi suerte.

—¿En mis manos, señor?

—En las vuestras; quiero que solo, y libremente, decidais lo que haya de ser, Martin amado. Mi boda está tratada, pero se me exije que del mayorazgo que fundo y del título que espero, sean herederos esclusivos los descendientes de mi futura esposa.

—¿Y bien, padre mio?

—¿No me comprendeis aún?

—No señor.

—Vos sois mi hijo legítimo, mi primogénito: consentir en lo que me piden es privaros de una gran parte de vuestros bienes y de un título ademas....

—¿Y qué importa eso?

—Niño ¿Qué dices?

—Que yo he venido á Sevilla á buscar un padre, no riquezas ni títulos.»

Al escuchar tan sublime respuesta, con todo el can-

dor y sencillez de la inocencia pronunciada, sintióse el grande hombre muy pequeño al lado del niño débil y casi huérfano; y entonces sus lágrimas corrieron sin freno; y entonces, estrechando á D. Martin sinceramente contra su pecho, fue padre y mil veces dichosísimo padre.

Al cabo de algunos instantes de mútuas caricias prosiguió Hernando:

—«Acepto, hijo mio, tu generoso sacrificio, pero no sabré renunciar al orgullo de llamarme tu padre.

—Ni yo al de deberos la vida.

—Pasarás por uno de mis hijos naturales...! »

Oir tales palabras, arder toda su sangre como si el fuego celeste la inflamara súbito, apartarse horrorizado de su padre, y trocar la ternura en exaltacion furiosa, todo fué para el niño D. Martin obra de un solo rapidísimo instante.

Mirábale atónito Hernan Cortés, y él á Hernan Cortés con mas ira que asombro todavía: pero incapaces ambos, por el momento, de articular una sílaba siquiera, solo con las miradas se entendieron durante mas de un minuto.

Pasado ese tiempo, D. Martin fué quien rompió el silencio, diciendo en voz por el dolor y la cólera enronquecida:

—«¡Yo hijo natural! ¡Yo infamar la memoria de mi santa madre! Señor, antes moriré mil veces; mil veces, sí, primero que consentir en tal villanía. Vuestra es la vida que me dísteis, tomadla en buen hora, pero dejadme morir tan honrado como nací.»

Era tanta la justicia del pobre niño, y tal la celeste vehemencia con que su derecho y el honor de Catalina Suarez defendia, que el Conquistador, sintiéndose subyugado, contestó:

—«Bien, Martin: no hablemos mas del asunto. Vues-

tro padre desmentirá, por vez primera de su vida, su palabra y.....

—¡Vos, señor, desmentiros, y por mí! No, señor, no: eso es imposible.

—No hay medio, Martin: ó reconoceros por lo que sois, y me desmiento, ó bien.....

—Por piedad, no volvais á pronunciarlo..... Pero ¿No ha de haber algun medio.....? ¿No le ha de haber, Dios mio, no le ha de haber? Inspírame, Madre mia: haz que, cumpliendo tu postrimera voluntad, pueda yo obedecer sin deshonrar tu memoria al que tanto amaste en la tierra hasta exhalar el último suspiro.»

Y dejándose caer de rodillas en el suelo, elevábase al propio tiempo en espíritu D. Martin á la celestial morada, buscando en ella la inspiracion del martirio. Su padre padecia, en tanto, insoportable tormento.

Súbito un rayo celeste ilumina la mente del hijo de Catalina Suarez, y por su llama reanimado, levántase el niño, corre al Conquistador, y dícele:

—«Todo seria fácil si yo me hubiera muerto, ¿No es verdad, señor?»

Ruborizóse la frente y estremecióse el corazon de Hernando oyendo tales palabras, á las cuales solo acertó á responder:

—«Gracias al Cielo, vivís, D. Martin.

—Pero, decidme, os ruego, si es cierto que si yo no existiera.....

—No tendriamos dificultades.

—Pues bien, señor; si en pasar por vuestro hijo natural no puedo consentir, por respeto á la memoria de mi madre, yo tambien soy *Cortés*, padre mio, y no temo á la muerte.

—No deliremos, niño: la vida y la muerte en manos de Dios solo está darlas.

—Padre mio, mi vida os estorba.

—Silencio, os digo: mi boda es imposible; no hablemos ya de esto.

—¡Una palabra mas, por piedad!

—Ya os escucho.

—Mi pobre madre, sin duda apiadada de entrambos, me inspira en este instante un medio de conciliarlo todo. Nadie me conoce en Castilla; de Cuba he desaparecido sin anunciar el término de mi viage; ¿Qué significo yo en el mundo, para que haya quien se ocupe en averiguar si vivo aún ó terminé ya la existencia? Supongamos que he muerto; bendecidme, señor, por vez postrera, y yo os juro por la memoria de vuestra primera desdichada esposa, por la honra que tengo de ser de vuestra sangre, y por el Dios uno y trino que adoro humilde, que de hoy mas *D. Martin Cortés de Suarez* no vive para el mundo.»

En tal momento hemos presentado en escena á padre é hijo al comenzar este capítulo, cuya estension exige ya que brevemente le pongamos término, como lo haremos, limitándonos á resumir el resto de aquel penoso diálogo.

La posicion de Hernan Cortés era tal que, de no aceptar el generoso espontáneo sacrificio de su primogénito, tenia que resignarse á pasar por un falaz intrigante para con las poderosas familias de los Zúñigas y de los Arellanos, ó lo que es lo mismo, primero ante la corte, y despues ante el reino y el universo entero. Por lo que hace al heróico niño, Dios que le habia formado en la prevision de su fatal destino, dióle la abnegacion suficiente para inmolarse; y por consiguiente fácil fue la avenencia.

Hernan Cortés hizo mucho mas rico que ya lo era al hijo de Catalina; presúmese que le reveló donde en Nueva-España se ocultaban inmensos tesoros: mas renunciando tambien á su paternidad, recibióle juramento de

no revelar nunca, ni á nadie, á quién debia, despues de Dios, la vida.

Desde aquel momento D. Martin Cortés de Suarez, se llamó hasta el de su muerte, *D. Martin Suarez de Monroi*; del resto de sus aventuras trataremos en el próximo capítulo.

CAPITULO V.

OTRO DE LOS EPISÓDICOS, QUE ACLARA MAS DE UN MISTERIO, REVELANDO EL ORÍGEN DE LA BELLA DOÑA ELVIRA.

Sin dificultad puede imaginarse situacion mas singularmente escepcional que la de D. Martin, solo en el mundo, cual la palmera en el desierto, á la edad de catorce años; inmensamente rico, realmente de ilustre linage, pero condenado, no como el espósito á ignorar sus padres, sino á negar el mas glorioso de cuantos la aristocrática ambicion imaginar pudiese.

El P. Asensio y Garci-Perez, juramentados solemnemente, eran únicos dueños de su secreto, y ellos tambien esclusivamente su familia y amigos.

Ya dijimos, y aún probamos la precocidad de Don Martin, pero á mayor abundamiento, la desgracia sazona la razon tan de prisa como gasta el alma: aquel niño, árbitro absoluto de sus acciones, yendo á establecerse en Salamanca, hízose educar como pudiera el ayo mas severo. Ciencias, letras humanas, armas, ejercicios gimnásticos y devociones, consumieron su tiempo durante cuatro años consecutivos; y entonces, teniendo ya diez y ocho de edad, y sintiéndose capaz del mundo y sus azares, resolvió militar como á varon de su linage convenia.

Soldado voluntario en Italia, distinguióse luego, no solo por el valor que heredara, sino por su militar instinto, por su probidad acrisolada, y por una rigidez de costumbres insólita en tales años y ejercicio.

Rico y generoso, mas ordenado en su vida; campeon audaz en el campo de batalla, pero convidado sóbrio en la mesa; y hombre, desde mozo, de tan buen consejo como estraño á la galanteria, no pudo menos de llamar desde luego y poderosamente la atencion de sus camaradas y caudillos, para quienes era y debia ser un animado enigma. Mas de uno pretendió aclararlo, ya con insidiosas preguntas, ya con provocativos sarcasmos; las primeras le hallaron impenetrable, á los segundos respondió dos ó tres veces con la espada, y de modo que, por una parte, muertos sus adversarios no pudieron volver á molestarle, y por otra el escarmiento de tal castigo hizo que no hallasen imitadores los primeros provocativos.

Entonces, y como acontece siempre que el público curioso encuentra insuperable barrera que la verdad le oculta, la fantasia de los noveleros, inventando sin freno, hízole sucesivamente hijo natural ó bastardo de rico ó de Grande, de Príncipe, y aun de Rey, ó Emperador; sin faltar quien le tuviese por disfrazado he-

redero de Preste Juan de las Indias, ó por un Morisco de alta gerarquia.

En situacion tan delicada solo una conducta ejemplar, como la suya, pudo salvarle de incurrir en general desprecio; solo un valor á todo prueba hacerle respetable; solo hazañas heróicas darle la consideracion social de que la falta de una familia le privaba.

Dios le otorgó fuerzas para todo, y en dos años de campaña D. Martin, contando apenas veinte de vida, logró adquirir fama de gran soldado, de perfecto caballero y de varon virtuoso, amen de infinitos partidarios, mas bien que amigos, entre la soldadesca, cuyo amor supo ganarse dándole siempre ejemplo de bizarria en los combates, de sufrimiento en los trabajos, de modestia en los triunfos, de constancia en las derrotas, y tratándola ademas afable y generoso.

Como ya por entonces las ingratitudes de la corte con Hernan Cortés eran notorias, y por la correspondencia que el P. Asensio entretenia sin interrupcion con personas importantes en Nueva España, estaba D. Martin al corriente de los sucesos de aquellas apartadas regiones, parécenos probable que comenzasen en la misma época á germinar en su corazon y en su cabeza los sentimientos y las ideas, que mas tarde le arrastraron á tramar la conjuracion que nos ha dado asunto para este libro.

Nada mas natural, en efecto, ni mas lógico, supuestos los antecedentes que conocemos, que el ocurrírsele á D. Martin el pensamiento de llevar su heróica abnegacion al estremo, no solo de condenarse á pasar en el mundo por un ser aislado, sin padres ni familia, sino de consagrar su ingénio, caudal y existencia, al engrandecimiento de aquellos á quienes ya tanto habia sacrificado, y sobre todo á la gloria de un nombre que no le era lícito llevar perteneciéndole legítimamente. Es opinion

comun que solo en la carrera del crímen ó del vicio se engolfan los hombres de manera que, dado el primer paso, los andan todos irremisiblemente, sin detenerse hasta el postrero posible: nosotros pensamos de otra manera. La virtud tiene tambien, una vez sincera y perseverantemente practicada, irresistibles atractivos; y si el voluntario sacrificio de las pasiones llega á hacerse pasion él mismo, como sucede con frecuencia, entonces el alma se precipita exaltada al fuego santo de la abnegacion, hallando inefables delicias y voluptuosos goces en lo que, á los ciegos ojos de los materialistas, pasa por cruel martirio.

Tal, por lo menos, era el caso de D. Martin; y parécenos que anduvo lógico, porque en esta vida pararse es siempre retroceder, y eso perder el fruto de cuanto anteriormente se ha sembrado.

No obstante, debia de ser indistinto aun en su mente el pensamiento de la conjuracion al anunciarse la espedicion de Carlos V contra Tunez, pues dejando la Italia, acudió á España para tomar parte en aquella guerra mas santa que venturosa.

En las arenas del Africa, como á las orillas del Arno, mostróse D. Martin digno hijo de su ilustre padre, hasta el punto de que el Aguila Imperial fijase en él su vista perspicaz, recompensando sus servicios con la gineta de capitan de infanteria, grado con que regresó á Europa despues de la pérdida de la Goleta.

Prolijo seria seguirle paso á paso en su vida militar, bastando á nuestro propósito consignar que se distinguió en ella durante largos años, y en cuantas guerras sostuvo en el continente europeo y sus mares, la ambicion ó el deseo de gloria de Carlos V, mereciendo por sus servicios esclusivamente, que aquel grande hombre le promoviese al cargo de Maestre de Campo, equivalente, como dijimos otras veces, al de oficial general en nuestros dias.

Detendrémonos, sin embargo, á referir todavia un suceso de aquella época de la vida del hijo de Catalina Suarez, ya porque en él hallaremos la esplicacion de algun misterio, ya para dar idea del espíritu caballeresco, moribundo á la sazon en Europa, que aún dominaba en los ejércitos españoles, cuando los regia el vencedor de Francisco I; ya, en fin, en justificacion de los elogios que á D. Martin hemos prodigado.

Tres años antes de abdicar el cetro, esto es, en el de 1552, sitiaba el Emperador á Metz, en Francia, cuyo Rey Enrique II, ambicionando la corona imperial y sin fuerzas para conquistarla, habíase hecho protector de ciertos príncipes alemanes, rebeldes á la sazon á su legítimo soberano. Era en el rigor del invierno, y sus hielos, tanto si no mas que las armas de Guisa, Nevers, y Alberto de Brunswick, opusiéronse invenciblemente á la alta capacidad del imperial caudillo, y al valor de los españoles, alemanes, flamencos é italianos que su ejército componian. Vano es luchar contra el cielo: la estrella de Carlos V palideció ante los muros de Metz, como palidecido habia la de Alejandro bajo el abrasado cielo de la India, y como estaba escrito tambien que palideciese la del gran Napoleon en las yermas llanuras de Moscou. Helábanse los hombres, perecian los caballos, faltaban los víveres, y con ellos las municiones; ya no el cañon, ni el mosquete, ni la lanza, ni la espada, sino el frio y el hambre y las enfermedades, diezmaban sin tregua á los sitiadores; y el desaliento cundia, y la desercion era tan general como contínua. Un solo *Tercio*, el peor compuesto del ejército, atendido el vário orígen y detestable procedencia de la mayor parte de sus soldados, acertó á resistir sin notables bajas las calamidades de aquel sitio; y ese tercio mandábalo nuestro D. Martin Suarez de Monroi.

Al ordenar el César que del ejército de Italia se le

enviasen tropas para aquella campaña, los que allá en su nombre gobernaban aprovecharon la ocasion para desembarazarse de un sin número de aventureros y bravos de todos paises, condiciones y aun religiones, que, procedentes de las guerras anteriores, habian ido, por decirlo así, hacinándose en el antiguo Lácio, y devastaban su fértil suelo al propio tiempo que su poblacion desmoralizaban. Alistarlos no fue difícil, porque con el cebo de un buen enganche y la esperanza de saquear los dominios del Rey Cristianísimo, acudieron mas de los que se buscaban: pero no era tan obvio hallar un gefe para tales bandidos.

Consultado el Duque de Alba sobre el negocio, respondió; «Si D. Martin Suarez de Monroi no manda ese »Tercio, tanto valiera enviarnos la peste;» y en efecto, quizá solo el que habia de llamarse *el Mártir* era capaz de imponer respeto y ajustar á las reglas de la militar disciplina á una horda de bandidos, para el mas dócil y escrupuloso de los cuales pasaba por cosa de juego hollar de palabra y obra todos y cada uno de los preceptos del decálogo.

Mas D. Martin, á quien el *Gran Duque de Alba* se dignó escribir para que tomase aquel mando, hízolo desde luego, y con tan buen éxito que, quien bajo sus órdenes viera á hombres, sobre poco mas ó menos todos de la especie de tres que hemos conocido, á saber: Absalon, Alma-negra y Corta-orejas, creyéralos soldados de alguna órden religiosa, como los Templarios, por ejemplo, allá en los tiempos de su mayor ascetismo; tales se mostraban de sumisos y poco ladrones los domesticados aventureros.

Cuando la desercion minaba las filas del ejército, el tercio cosmopolita contó apenas tres ó cuatro prófugos, merced á la perseverante vigilancia de su Maestre de Campo, y á la severidad inflexible con que aplicó desde

luego todo el rigor de las leyes militares al que en lo mas mínimo osaba infringirlas. Víveres y combustibles faltaban en todos los cuarteles: D. Martin, acometiendo con aquellos desalmados empresas que, con otros y para otros, pasaran por desesperadas, ya contra la plaza misma, ya contra la caballeria ligera del duque de Nevers que interceptaba los convoyes, consiguió que á lo menos de lo estrictamente necesario no careciesen nunca los suyos, y en muchas ocasiones abasteció á sus mas necesitados compañeros, y hasta al Emperador mismo. Quizá y sin quizá, viérase prisionero y pereciera de hambre ó de frio un noble y muy jóven caballero que en aquel sitio hacia su primera campaña, soportando con mas alientos morales que fuerzas físicas el rigor de la estacion y las continuas privaciones. Flaco, estenuado, y cadavérica la faz, pero negándose á retirarse al cuartel de los enfermos, el caballero á que aludimos, contando apenas veinte años de edad, y siendo simple voluntario en la caballeria, vióse cierto dia envuelto en una vigorosa salida que inopinadamente hizo de la plaza el duque de Guisa; y faltándole, no el valor, pero sí las fuerzas, hiciéronle su prisionero los franceses. D. Martin, que mandaba aquel dia la trinchera, contento, y no sin causa, de haber rechazado á su poderoso enemigo con pérdida considerable, bien echó de ver que se le llevaban un hombre prisionero, mas no obrara como cuerdo General si por tan insignificante pérdida comprometiera las tropas de su mando, ó consintiese que la caballeria dejara de recogerse al campamento, como acababa de mandárselo. Llevábanse, pues, los franceses al voluntario, cuando aquel, desesperando del socorro y perdiendo la paciencia al ver que los suyos se retiraban, comenzó á decir en altas voces:—*¿No hay quién liberte á D. Martin Cortés? ¿No hay quién rescate al hijo del marqués del Valle?*»

Como los huesos de toda la especie humana surgirán un dia del polvo al escucharse el son tremebundo de la trompa que ha de anunciarnos el Juicio final, así el hijo de Catalina Suarez, oyendo la voz del que nombre y herencia inocentemente le usurpaba, saltó fuera de sus reales clamando:—«¡Sus! A ellos mis valientes! ¡Sus! Trompetas, tocad á degüello! ¡A ellos que se nos llevan al hijo del Conquistador de Méjico!»

Y electrizada la tropa por la voz y ejemplo de su caudillo, cargó intrépida á los contrarios, acuchillándolos hasta las puertas de la plaza, y rescatando, por de contado, al prisionero, á quien Suarez hizo llevar á su propia tienda, cuidándole hasta su completo restablecimiento con la misma ternura, que si fuera su propio hijo. De aquel dia fechaba una amistad íntima, sincera y nunca interrumpida entre el que tenemos preso en Méjico, llevando el título de Marqués del Valle, y el que realmente llevarlo debiera.

Decidióse Cárlos V, no sin resistencia y aunque personalmente enfermo, á levantar el sitio; y como era natural, sus tropas fueron vigorosamente atacadas durante toda su marcha hasta Thionville. En aquella retirada don Martin Suarez, siempre con su tercio en la retaguardia, peleó de dia y de noche, á pie y á caballo, reproduciendo los prodigios de su padre en Nueva España; y prendado el César de tanto denuedo y tan rara pericia, quiso darle una muestra de su aprecio concediéndole el hábito de Santiago.

—«V. M. se dignará perdonarme, Señor (respondió, pálido como la muerte, el agraciado), mas no puedo admitir.»

Miróle Cárlos de Gante, que conocia mucho á los hombres, y adivinando, en parte al menos, la secreta causa de tan estraña negativa, dijo:

—«Vive Dios, que teme las pruebas. ¿Seriais plebeyo, Don Martin?

—Noble, Señor; y por respeto no digo que tanto como el primero; mas...no puedo, en efecto, hacer probanza de mi nobleza.

—Vuestras hazañas son la mejor ejecutoria; yo os dispenso las pruebas.

—Hábito, sin ellas, seria, Señor, un Sambenito.

—Por mi vida que no os entiendo.

—Señor, yo soy noble, pero un juramento me obliga á encubrir linage y nacimiento, aunque ilustre el primero y legítimo el segundo.

—Bien está: ya os dije que dispensaba las pruebas; y ahora añado que os mando vestir el hábito.

—Dígnese V. M. otorgarme una gracia mas.

—Hablad.

—No exijir que la roja espada de Castilla figure en mi pecho hasta que á V. M. conste con evidencia que por mi nacimiento no soy indigno de tal honra.

—Ya me consta por vuestros bizarros hechos; de otra manera, ¿Cómo, si ignoro vuestro linage?

—Hay un hombre, Señor, vasallo de V. M., pero vasallo tal, que su palabra vale todas las informaciones imaginables. Dígnese V. M. preguntarle, y su respuesta decida.

—¿Y quién es ese tan singular vasallo?

—El Conquistador de Méjico.»

Cárlos V que era hombre de corazon, prestóse á la exigencia de D. Martin Suarez, mandando escribir á Hernan Cortés sobre el asunto; y siendo su respuesta la siguiente:

«Sacra, Cesárea, Real Magestad: D. Martin Suarez »de Monroi es tan noble como yo, y si esto que digo no »bastare á satisfacer á V. M. ó al mismo D. Martin, yo le »absuelvo por la presente de su juramento y promesa.»

Don Martin vistió de allí adelante el hábito de Santiago.

Poco despues de la abdicacion del Emperador, dejó Suarez el servicio militar, no conviniendo á su carácter un reinado como el de Felipe II; y el año de 56 hizo á Méjico su primer viaje.

Mas antes de hablar de ese punto, y terminada la historia de su vida militar, debemos dar cuenta de sucesos de la privada que atañen directamente al asunto de este libro.

Unos diez años del sitio de Metz hallábase D. Martin Suarez, con su bandera, empleado en el ejército de Flandes, y convaleciente de una peligrosa herida en Amberes, cuando, derrotado á las inmediaciones de Brescott el príncipe de Orange, puso sitio á aquella famosa ciudad el general dinamarqués Rosen, que en union con las tropas francesas y las alemanas del duque de Cleves, hacia la guerra entonces en los Paises Bajos á Cárlos V.

Contaba á la sazon siete lustros de edad el hijo de Catalina Suarez; su aspecto naturalmente agradable por la armonía y regularidad de su conjunto y pormenores, embellecido por cierto aire varonil y resuelto fruto de los hábitos militares, y realzado ademas por una tinta de melancólica constante preocupacion, dícese que hizo palpitar acelerado á mas de un pecho femenino; pero él, indiferente á todo menos á la gloria de las armas, ó no advertia sus triunfos, ó dábales tan poca importancia que para nada los tomaba en cuenta.

Sin embargo, seriamos injustos suponiendo á Suarez insensible al amor: semejante monstruosidad era harto impropia de persona, de su linage y prendas morales, para admitirla solo en virtud de las apariencias, en aquello como en otras muchas cosas á la realidad contrarias. D. Martin, en efecto, religioso por índole y por crianza, y con la piedad al fuego de la desdicha acrisolada

desde sus primeros pasos en la vida, era sí declarado enemigo de todo libertinage en los demas, y para sí mismo incapaz sí de concebir la posibilidad de un amor que honesto, casto, y al matrimonio encaminado no fuese. Hombre, ademas, de su siglo, y por su escepcional posicion mas aferrado aún que otros á las ideas aristocráticas, creyera pecar mortalmente pensando en unir su destino al de muger que á tan noble linage como el suyo no perteneciera; y, en consecuencia, si á enamorarse llegara, habia de ser forzosamente para casarse, y de una dama de alta prosápia. Relaciones amorosas, fuera de esas condiciones, pasaban por delito á sus ojos; y dentro de ellas vedábaselas su mala suerte; porque ¿Cómo habia de obtener nunca la mano de una ilustre doncella, quien el nombre de sus propios padres revelar no podia?—Reflexiónese un momento sobre la situacion singular de aquel hombre, y se verá que mas le valiera mil veces ser en realidad un triste espósito, que haber nacido hijo de un grande hombre, y no poder, sin embargo, confesarlo.

Como quiera que sea, repugnándole el libertinage instintivamente, profesando por principios horror profundo á la seduccion, y de casarse poco menos que imposibilitado, Suarez evitaba cuidadosamente el trato de las mugeres hermosas y jóvenes, trato que solo á quebrantar los preceptos de la moral podia conducirle, cuando no á padecer inútiles dolores.

Mas contra las leyes de la naturaleza se lucha en vano: ellas han dotado el corazon del hombre de un instinto que invenciblemente le arrastra á rendirse á los pies del sexo débil; ellas quisieron que el amor fuese el agente universal de la reproduccion de los séres; y mas tarde ó mas temprano, menos ó mas profundamente, fuerza es que todo ame en este mundo y aun en el otro.

Residia por aquellos tiempos en Amberes una fami-

lia, noble y bien acomodada, á juzgar por el decoro de su porte en todos conceptos, compuesta de un caballero de edad mas que madura, una señora anciana, y una jóven de rara hermosura, que al primero llamaba tio, y abuela á la segunda. Aquellas tres personas pasaban por castellanas, en razon á su idioma, trages y hábitos: pero en realidad ignorábanse su orígen y procedencia, pues apenas tenian trato en la ciudad con persona alguna, fuera de sus principales magistrados Lanceloto Ursulo y Nicolás Shermer, hombres ambos á cuyo temple de alma poco comun debió el César la conservacion de Amberes en aquella desdichada campaña, y que dispensaban á la incógnita familia que nos ocupa todo género de miramientos y consideraciones.

Sin embargo, al retirarse á la ciudad los maltratados restos del ejército del Príncipe de Orange, á consecuencia de la derrota de Brescott, siendo indispensable alojar aquellas tropas, sin perjuicio de las que ya guarnecian la plaza, forzosamente hubo de contarse con la casa de los desconocidos, como con las de todos los demas habitantes. Mas tales eran el respeto y la consideracion de los Magistrados á las personas que nos ocupan, que en medio de los afanes consiguientes á la entrada en su ciudad de un ejército, y ejército vencido que es aún harto mas peligroso é indisciplinado que el vencedor, y habiendo de atender, como lo hicieron, á la defensa de la plaza ya por las armas de Rosen asediada, hallaron tiempo y tuvieron sangre fria para tratar de que la carga del alojamiento fuese lo menos molesta posible á sus misteriosos protegidos. Y, en efecto, deseando mandar á la tal casa un hombre grave, mesurado y de buenas costumbres, eligieron á nuestro don Martin Suarez de Monroi, á quien, segun la voz pública, faltaba solo para santo el estar canonizado. Nicolás Shermer fue en persona á notificar á la retirada familia

la necesidad en que se hallaba de recibir un alojado, y esplicarle al propio tiempo qué persona era la que tal honra obtenia. No obstante, los desconocidos, es decir: la señora anciana y el maduro caballero, resignáronse y no mas á recibir tal huésped, llevando tan lejos la suspicacia ó la prudencia, que, con haberles asegurado Shermer que Suarez era la virtud misma, alojáronle en un cuarto del piso bajo de la casa que habitaban, cuarto cómodo y elegante, mas en completa y absoluta incomunicacion con el resto de la familia. Un esclavo africano instaló al Capitan y á Garci-Perez en su alojamiento, escusando, á pretesto de una dolencia crónica, al amo de la casa, pero ofreciéndose en su nombre á cuanto el alojado necesitar pudiese. Por lo demas nada faltaba en el retirado aposento: ricos tapices, cómodas almohadas, bufetes y escritorios de primoroso trabajo, buenas pinturas, silleria de lujo, ropa blanca esquisita y perfumada, lecho mullido, todo, en una palabra, todo cuanto al material bienestar de un hombre contribuye, otro tanto halló Suarez, y de otro tanto gozó con esa indiferencia filosófica que llega á hacerse en el soldado de oficio segunda naturaleza. Garci-Perez, por su parte, se vió respectivamente tan bien tratado como su amo, y quizá mejor, pues al preguntar dónde y cómo podria el cocinero (D. Martin se trataba como un gran señor que era) ejercer su oficio, respondiéronle que no se inquietara por tal cosa, y que el señor Capitan seria servido como á su calidad correspondia. Calló discretamente el escudero aquella novedad, presintiendo que su dueño, de saberla, rehusaria recibir tales obsequios de personas para él completamente estrañas, y aun desconocidas; y como no acostumbraba Suarez ni á mezclarse en las atribuciones de su Maestresala, ni á tomar cuentas, sentóse á la mesa, cuando se la pusieron, y comió de los manjares verdaderamente

esquisitos que le presentaron, dando al concluir las gracias al que nos da el pan cuotidiano, mas omitiendo, por ignorancia, las en el caso debidas á sus magníficos invisibles huéspedes.

De estos, el caballero y la anciana señora, despues de haber ordenado á sus servidores lo conveniente para el buen trato del Capitan, y tomadas cuantas precauciones creyeron conducentes á incomunicarle con su familia, tan severamente como si de la peste padeciera, cesaron de pensar en su persona: mas la dama jóven, que si no se desesperaba, aburríase por lo menos en su claustral reclusion, aguijoneada por el espíritu de la curiosidad, que es Demonio gran señor en los infiernos y en la tierra poderoso príncipe, entró en tentacion irresistible de conocer al hombre contra el cual se tomaban tales precauciones, sin embargo de asegurarse que era un cumplido caballero y perfecto cristiano. Ausiliada, pues, por una doncella—¿Cuándo faltan doncellas para tales ministerios?—y practicando con las tijeras de su costura un orificio en cierto tapiz del aposento del alojado, consiguió fácil, y al parecer impúnemente, su deseo, mirando, en efecto, á su sabor y sin ser vista, á D. Martin Suarez de Monroi, mozo entonces de veintiocho años, aparentando apenas veintidos, merced á su ejemplar conducta; de marcial agraciado porte; de fisonomía varonil y espresiva al propio tiempo que melancólica; y que vestia el trage militar con esa elegancia sin aparato, con esa soltura sin ordinariez, con esa arrogancia sin fanfarronada, que distinguen siempre al valiente de buena ley del maton baratero. ¡Ahora, dígasenos de buena fé, si para una muger bella, sensible, de altos pensamientos, y murada en su casa como si fuera fortaleza, semejante espectáculo podia ser cosa indiferente! Y no lo fue, en efecto: aquella noche la hermosa incógnita soñó mucho, y en todos sus

ensueños tuvo papel de primer galan el ascético militar; y á la mañana siguiente el orificio del tapiz dobló su diámetro; siendo ya casi ventana la segunda noche, en el momento de cenar solo y silencioso D. Martin Suarez.

Serian como dos horas antes de la fatídica y solemne en que canta el gallo y se aparecen las temerosas visiones: la ciudad reposaba, descansando en la vigilancia de una parte de su milicia municipal que, en union con algunos pocos soldados veteranos, guardaba sus muros; cuando súbito resonaron á un tiempo los cavernosos ecos del cañon de alarma, los agudos sones del clarin, el ronco estrépito de los atambores, y el clamoreo de las campanas tocando á rebato.

Suarez, como si tal suceso esperase, limpióse la boca con la servilleta, levantó la cabeza y dijo á su escudero:—«Las armas, Garci-Perez;» pronunciadas cuyas palabras, púsose en pié sosegadamente, y desnudóse la ropa que vestia, para ceñir coraza y capacete, con espada y daga; y, gineta en mano, encaminarse á las murallas seguido por Garci-Perez y otro criado, cada uno de los cuales llevaba su respectivo arcabuz, mecha encendida, por decontado.

Menos belicosa la bella observadora, mas dominándose lo bastante para no revelar su presencia con algun indiscreto grito, asistió palpitante el seno, pálida la color, y atribulada el alma, al militar tocador de Suarez, y vióle salir del aposento con la misma pena que si al suplicio le llevaran. ¡Pobre niña! ¡Aquel hombre que ni de vista la conocia, llevábasele el alma entera!

La causa del rebato fue que Rosen, á cuyas intimaciones de rendicion contestaron Ursulo y Shermer con las lombardas que la plaza artillaban, y que sin fruto, ademas, la habia cañoneado durante dos dias, quiso antes de levantar el asedio probar fortuna en un asalto, quizá con la esperanza de que, dirigida la defensa por

unos pobres mercaderes (Orange no estaba en la ciudad), le habia de ser fácil sorprenderlos, y acaso intimidarlos. Engañóse solemnemente: los soldados ciudadanos fueron, como por regla general suelen serlo siempre que se trata de la defensa de sus hogares, guardas vigilantes de la ciudad, y los dinamarqueses, franceses, y alemanes luteranos, que al asalto se lanzaban con cierta confianza, hallaron que el acero de los mercaderes y oficiales flamencos era género de mucha mejor calidad y mas duro temple de lo que ellos presumian y quisieran.

No obstante, Rosen, buen soldado y terco y picado al juego, no dándose por vencido á la primera repulsa, volvió á la carga dos y tres veces, sosteniendo con vivísimo fuego de artillería y mosquetería sus columnas de ataque; y como por su parte los antuerpienses hicieron punto de honra de quedar con la palabra en aquella mortífera discusion, la noche fue, en realidad, lo que en la tecnológia de los campamentos se llama *caliente*, sin embargo de lo frio del clima.

Al amanecer tuvo el general dinamarqués que tocar retirada, dejando á no pocos de los suyos muertos en los fosos de Amberes, y levantando definitivamente el campo; los ciudadanos, entonces, pudieron apreciar su victoria y los dolorosos sacrificios que les costaba. Treinta ó cuarenta muertos, y hasta doscientos heridos tuvo la plaza en aquella jornada gloriosa: muertos y heridos la mayor parte vecinos del pueblo, cabezas ó hijos de familia, gentes industriosas, á quienes sus padres entendieron criar para el manejo de la lanzadera que no de la lanza: mas el hombre propone y Dios dispone.

En la parte, por menos fuerte, mas combatida del muro, habia de hecho tomado el mando aquella noche un guerrero, á quien no conocian la mayor parte de los que voluntaria é instintivamente le obedecieron sumi-

sos; y merced, tanto á lo acertado de sus disposiciones, cuanto á la firmeza de su ánimo, y al esfuerzo de su irresistible brazo, fueron siempre rechazados los obstinados ataques del enemigo: mas al retirarse aquel, una bala perdida, bala de hierro y por un mosquete disparada, dió en tierra con el valeroso adalid, llenando de dolor y espanto á cuantos le rodeaban.

¡Oh! y con cuánta razon (perdone mi noble profesion primera) esclama el Ingenioso Hidalgo en su inmortal discurso sobre las armas y las letras, diciendo: «Bien hayan aquellos benditos siglos, que carecieron de »la espantable furia de aquestos endemoniados instru»mentos de la *artilleria* (1), á cuyo inventor tengo pa»ra mí que en el infierno se le está dando el premio de »su diabólica invencion, con la cual dió causa á que un »infame y cobarde brazo quite la vida á un valiente ca»ballero, y á que sin saber cómo ó por dónde, en la mi»tad del coraje y brio que enciende y anima á los va»lientes pechos, *llega una desmandada bala, dispara»da de quien quizá huyó y se espantó al resplandor »que hizo el fuego al disparar la maldita máquina, y »corta y acaba en un instante los pensamientos y la vi»da de quien la merecia gozar luengos siglos*! »

¿Qué pudiéramos añadir nosotros á tales y tan elocuentes palabras, del hombre de mas claro entendimiento de cuantos vieron la luz en los dominios españoles, para deplorar la desgracia de D. Martin Suarez, que él era el guerrero desconocido á quien la bala de un prófugo tendió, al parecer exánime, sobre los propios recien conquistados laureles? Nada que no fuera redundante ó tibio; para evitar cuyos escollos, diremos lisa y llana-

(1) Cervantes usa aquí de la palabra *artilleria* en su genuina primitiva acepcion, aludiendo á las armas de fuego en general, ó mas bien á la invencion de la pólvora.

mente que, recogido por Garci-Perez y un gran número de los que á sus órdenes pelearon durante la noche, lleváronle á su alojamiento, donde los primeros físicos de Amberes acudieron á curarle, y á informarse de su estado quizás la ciudad entera, comenzando por sus magistrados y concluyendo por los aprendices de sus fábricas.

La herida fue en la cabeza, dichosamente superficial, y la bala, aunque amortiguada en parte, su velocidad por la resistencia del morrion, conservando la fuerza necesaria para no quedarse dentro del cráneo, si bien no la bastante para hacer en él grandes estragos, anduvo hasta cierto punto piadosa con el paciente.

Desde luego adivinará el discreto que en tales circunstancias la reserva de los misteriosos huéspedes debió relajarse notablemente; y débeseles, en efecto, de justicia la declaracion de que asistieron á D. Martin con tanto amor y esmero cual si fuera su propio hijo. Mas la dama jóven fue completamente escluida de tales cuidados, creyendo, sin duda, el caballero y la anciana que ellos y los criados bastaban para la asistencia del herido.

¡Precauciones vanas son siempre cuantas se toman contra el amor, como el corazon de una muger esté verdaderamente interesado! La bella reclusa no figuraba de dia en la alcoba de Suarez: mas una vez recogida la familia, y acomodados Garci-Perez y cierta dueña enfermera en la estancia inmediata, abríase, silenciosa como el secreto mismo, una puerta falsa del dormitorio, y una niña rubia, blanca, vaporosa y trémula, aparecíase, como quizá los ángeles á los predilectos del Omnipotente, á la cabecera de la cama del mal ferido caballero. ¡Con qué ansiedad observaba la tímida pudorosa vírgen la respiracion difícil, el estupor calenturiento, la inquietud nerviosa de D. Martin, durante el período ascen-

Don Martin Suarez, herido en Amberes.

dente de la crisis! ¡Con qué delicia, mas tarde, los claros síntomas de una evidente mejoría, revelándose en lo plácido del sueño, y en lo fácil y acompasado del respirar! ¡Y cómo y cuán invenciblemente iba infiltrándose en todo su ser la llama activa de un amor volcánico, en las largas silenciosas horas de aquellas veladas tan llenas á un tiempo de amargo placer y voluptuosos padecimientos!

Si no temiéramos el desprecio de los espíritus fuertes, y la burla de los escépticos, diriamos una cosa..... ¿Y por qué no decirla? ¿Por qué avergonzarnos de creer, en virtud del sentimiento, lo que hoy desconoce y afecta despreciar la ciencia, pero acaso proclamará mañana cual axioma inconcuso, como ha tenido ya que hacerlo con infinitas verdades que negó un tiempo su necio orgullo? Digamos, pues, y alto, y resueltamente, que el *magnetismo*, ese poder indefinible á par que para muchos ya innegable, ese fenómeno que para mal de su crédito ha caido en poder de charlatanes, esa causa de los efectos simpáticos, ese efecto de causas desconocidas, envolvia en su irresistible atmósfera al hijo de Catalina Suarez; digamos sí, que antes de conocer á la bella apasionada jóven, comenzaba á amarla; y que en los deliquios de su dolencia aparecíasele la blanca, indistinta, y candorosa figura de la desconocida, como la del de un celeste mensagero enviado para compensar, con algunas horas de inefables purísimos placeres, los dilatados años de su prolongado martirio.

En fin, una noche el Capitan herido, sorprendiendo á la pobre niña á la cabecera de su cama, adivinó fácilmente el secreto de aquel corazon pudoroso; y en breve le rindió tambien el alma sin condiciones.

Dos séres puros de todo vicio, agenos á las artes de la galantería, solitarios en el universo (pronto veremos cómo), y vaciados por el Supremo Hacedor en la

privilegiada turquesa de la virtud piadosa, pronto estuvieron de acuerdo; porque ni pretendian ocultarse su amor, ni gozarlo sino legítimamente, á la faz del Cielo y de los hombres.

Restablecido, pues, D. Martin de su herida, y llamando al caballero su huésped, declaróle sin omitir circunstancia cuanto hasta entonces mediara entre él y la bella incógnita, y terminó pidiéndole su mano.

—«¡Su mano! (esclamó el caballero.) ¡Mucho pedís! ¿Quién sois?

—Un caballero, un Capitan de la infantería española, un hombre que debe al Cielo caudal bastante para sustentar á *Elvira* como á princesa.

—Elvira (que asi se llamaba la dama), Elvira es de tan alto linage.....

—Cualquiera que él sea, no ha de deshonrarse enlazándose al mio.

—Escuchadme, D. Martin: para obtener la mano de Elvira habeis menester: primero, probar vuestra nobleza, y que ella sea ilustre; y luego que obtengamos para vos el consentimiento de *quien* solo puede disponer de ella. Comencemos por la primera condicion; llena que sea, la segunda á mi cargo queda.»

El perpétuo obstáculo á todos sus designios detenia entonces su carrera, como siempre, como en cuanto á su corazon y gloria importaba. ¿Cómo probar su nobleza, sin revelar quién era su padre? ¿Y cómo revelarlo, sin faltar á sus juramentos?

Hasta entonces D. Martin habia triunfado fácilmente de sí mismo; porque tal era el fondo de abnegacion de su alma, que sin grande esfuerzo sacrificaba las grandezas humanas, y daba tortura á los propios sentimientos en obsequio de su voluntaria, mas al cabo sagrada obligacion: pero ya en aquel momento no era él solo el inmolado, sino Elvira, niña, inocente y apasionada, la

que á padecer iba tambien el horrible martirio. Y Suarez, ademas, estaba enamorado, profundamente enamorado; y su corazon, en resúmen, rebelóse con tal fuerza contra la idea de renunciar á Elvira, que en realidad ni el pensamiento de hacerlo se le ocurrió un solo instante.

En tal conflicto sola una resolucion estrema podia salvarle, y D. Martin supo tomarla y ejecutarla. Obtenida fácilmente una licencia para convalecer de sus heridas, voló Suarez á España y al rincon de Andalucía donde su padre vegetaba por los cortesanos aborrecido, por el Emperador olvidado; y echóse á sus pies, y confesóle su pasion, haciéndole árbitro de su destino.

No era Cortés de los hombres que olvidan en la vejez lo que fueron en la juventud. D. Martin, ademas, pesaba de continuo sobre su alma como un remordimiento. ¿Cómo habia de tener corazon para mostrarse insensible á sus penas, sordo á sus ruegos, egoista hasta el punto de hacer imposible la felicidad de aquel hijo que todo y tan generosamente se lo habia sacrificado? No: el Conquistador de Méjico, incapaz de todo sentimiento villano, ni pudo ni quiso condenar á su hijo á eterna soledad en el mundo; y lejos de ser inflexible, concedió mas de lo que se le pedia.

De su propio puño escrito y con su firma y sello autorizado, entregó á D. Martin un papel declarando la legitimidad de su nacimiento, y amen de ese todos los documentos justificativos de su matrimonio con Catalina Suarez, que fue como darle la llave del paraiso terrenal.

Lleno de júbilo y de esperanzas, regresó el enamorado capitan á Amberes, y prévio juramento de eterno secreto, mostró á los guardadores de Elvira los papeles que la legitimidad y nobleza de su nacimiento acreditaban; papeles realmente bastantes á satisfacer al mas escrupuloso en la materia, y que, por tanto, llenaron cumplidamente los deseos de los misteriosos personages. Pero

faltaba el consentimiento de la persona que *sola podia disponer de la mano de doña Elvira*, consentimiento indispensable, y acaso no fácil de obtener, pues que la tal persona era nada menos que la del emperador Carlos V.

Sí, la del Emperador Cárlos V; porque doña Elvira, fruto de uno de los infinitos galanteos que tuvo en los diversos paises de Europa á su dominio sometidos, estaba encomendada al caballero y anciana que conocemos, y eran parientes de su madre, noble señora alemana, en Castilla establecida, y á poco de dar á luz el fruto de su fragilidad, difunta. Mas cauto ó menos apasionado que algunos de sus sucesores, quizá bastante profundo político para adivinar lo que el prestigio monárquico pierde con ciertos escándalos, Cárlos de Gante, sin derechos ni aspiracion al renombre de casto, abstúvose constantemente, así de tener favorita titular y declarada, como de reconocer públicamente y de dar en el mundo lo que hoy llamariamos *posicion oficial* á sus hijos naturales ó bastardos. D. Juan de Austria mismo, el inmortal vencedor de Lepanto, ignoró quién era su ilustre padre, hasta que ya en la tumba reposaban los huesos del que fué señor de entrambos mundos. Nada mas natural y lógico, en consecuencia, que el misterio de la crianza y vida de la amada de D. Martin Suarez.

Escribió al Emperador el pariente de Elvira, noticiándole que solicitaba la mano de aquella un caballero noble, rico y valeroso, ocultando el nombre á ruego del interesado, que deseaba no declararlo, en su caso, sino de palabra y al César mismo. La respuesta, que no se hizo esperar, fué la siguiente: «Cásese doña Elvira con »ese caballero, pues que vos me respondeis de su no»bleza, y ella le ama: pero jure su esposo, antes de serlo, »no revelar á nadie el secreto del nacimiento de la que »va á honrarle con su mano. Yo les doy mi bendicion á

»entrambos, y á ella en dote cien mil ducados, que os »haré entregar por mano de mi tesorero. Guárdeos el »Cielo.—C. I.»

Casi inútil nos parece añadir pue, ocho dias despues de recibida la contestacion del César, era D. Martin feliz esposo de la amantísima Elvira, y en realidad, aunque el mundo lo ignorase, hijo casi del hombre mas grande de su siglo. ¡Asi es la fortuna: caprichosa y bizarra en todo! Por una parte haciendo de D. Martin un sér en peores condiciones que los espósitos mismos, y por otra levantándole hasta el trono de ambos mundos.

Mas no eran las riquezas ni la ilustre prosapia lo que al dichoso Capitan cautivaba en Elvira, sino la ternura de su corazon, la virtud sincera de su alma, y la angélica igualdad de su carácter. Dichoso, como pocas veces logran serlo en vida los hijos de Eva, Suarez habia dejado el servicio activo, yendo á establecerse á Nápoles, bajo cuyo poético cielo se prometia pasar el resto de su existencia en brazos del amor, y atendiendo á la enseñanza de sus hijos; pues, para que nada faltase á su felicidad, á poco tiempo de ser dueño de Elvira, ya en la bella esposa se echaron de ver los síntomas de la maternidad precursores. ¡Ay triste condicion la del hombre! ¡Oh fragilidad deleznable la del edificio de las terrenales venturas! De aquello mismo en que fundaba Don Martin la presuncion de llegar al estremo límite de la posible bienaventuranza, procedió la mayor y mas amarga de las aflicciones de su vida: al dar á luz el primer fruto de sus amores, Elvira dejó este mundo, por indigno quizá de poseer dos ángeles á un tiempo.

¿Será preciso que digamos que la Elvira que en Méjico conocemos, es la hija de aquella cuya breve historia dejamos rápidamente compendiada?

Don Martin, merced á su piedad cristiana y al innato amor paternal, acertó á dominar el incurable des-

consuelo que su corazon afligia; á dominarlo, decimos, hasta el punto de soportar la vida, y hacer frente á sus eventualidades, y consagrarse á humanos intereses, mas nunca pudo, ni quiso, estinguir, con el recuerdo de su amada esposa, la causa perenne de la llaga profundísima en su pecho para siempre abierta.

La muerte, empero, de su esposa produjo en aquel espíritu, de suyo melancólico y exaltado, notables estragos, apartándole irrevocablemente de la trillada senda del proceder comun, y lanzándole con vigoroso impulso á la region de las empresas poéticamente absurdas; á esa region en la cual buscan los entendimientos puramente especulativos la fórmula de lo *absoluto*; los científicos la *cuadratura del círculo*; los codiciosos la *piedra filosofal*; los filósofos ascéticos la *perfeccion*; y los políticos *un buen Gobierno*.

Entonces maduró en la cabeza de D. Martin el pensamiento de fundar en Méjico una monarquía independiente, y de colocar en su trono, no á sí mismo ni á su descendencia, sino á los hijos de su padre habidos en la muger, para enlazarse con la cual hubo Hernando de aceptar, ya que otra cosa no fuese, el sacrificio de su primogénito. Y obsérvese bien que Suarez, aun en aquello mismo á que pocos se arrojan sin miras personalísimas, proponíase continuar la obra de abnegacion inaudita desde sus mas tiernos años comenzada.

Claro en su mente el proyecto, calculados los medios, apreciadas las dificultades, y hecha la resolucion de no economizar persona, tiempo, ni dinero, comenzó Suarez por separarse de su tierna hija, mandándola á establecerse en Méjico, bajo la salvaguardia del pariente de la esposa que de perder acababa; pariente que, siendo por su naturaleza como las plantas parásitas, necesitaba siempre un árbol de cuyos jugos se alimentara. Confióle D. Martin á Elvira, conociéndole por hombre

probo y religioso; hízole pasar por padre de la niña; y mandólos á entrambos á Méjico, punto que era el blanco final de sus miras y pensamientos.

Entretanto él, volviendo al servicio activo, y atendiendo á ganar amigos ante todas cosas, formábase una clientela de hombres tan avezados á los peligros, como dispuestos á emprender cuanto se les mandase, con tal de que en perspectiva viesen oro y placeres; y á sí mismo se adiestraba en las artes del gobierno y de la milicia.

Murió el Conquistador de Nueva España el año 54, abdicó Carlos V el 56, y ya entonces creyó Suarez llegado el tiempo de regresar al Nuevo Mundo, con objeto de poner por obra su colosal temerario proyecto.

Diez años de incesantes trabajos, de gastos dispendiosos, de reserva impenetrable, de habilidad consumada, de audacia invencible, condujeron el negocio al punto que el lector conoce; quizá le aproximaron al triunfo: pero faltóle la fortuna en el momento crítico, ó mas bien, no estando en sazon el fruto, justo fue que quien intentaba cogerlo se estrellase. Ya lo dijimos una vez, pero no estará demas repetirlo: en política tan malo es anticiparse á los tiempos, como volver á lo pasado; por eso las *conspiraciones* son, poco menos que constantemente, infelices, y las *revoluciones* arrollan cuanto locamente se atreve á oponerles resistencia.

CAPITULO VI.

DE CÓMO SE ACABARON LAS DESDICHAS DEL MÁRTIR.

Doña Elvira Suarez, ó mas bien *Cortés*, educada en Méjico con el mismo severo recogimiento que lo fue su madre en Europa; creyéndose hija, en efecto, del caballero que por su padre pasaba; y hasta ignorante de las inmensas riquezas que poseia, porque D. Martin así lo quiso, mostróse no obstante desde sus primeros años, altiva y entera quizás con esceso. Circulaba en sus venas, mezclada con la sangre generosa de Hernan Cortés, la ilustre de la casa de Austria. ¿Qué mucho que en su cabeza germinaran pensamientos heróicos, y en su carácter fermentase la innata soberbia de los príncipes

de la casa de Habspourg? Su individualidad, por otra parte, fue siempre una escepcion á la ley comun de la naturaleza. Así, desde que la razon comenzó en ella á desarrollarse, dejó por completo de ser niña, ó mejor dicho, hasta jóven, y aun muger; porque Elvira nunca se entregó á juegos infantiles, ni á labores de su sexo propias; jamás á galanteos por honestos que fuesen, sino á la reflexion, á la lectura de libros ascéticos, y al estudio de la historia. En las horas de recreo, sola en su jardin, ya contemplando la bóveda del cielo, ya fijos los ojos en el inmenso horizonte, y dejando que libre vagase su fantasia, la hija de Suarez no se entregaba á voluptuosas esperanzas, ni á risueñas ilusiones; su aspiracion constante, si tal puede llamarse el deseo de lo imposible, era haber nacido en los que imaginaba felices tiempos de la edad media, señora independiente de algun feudal castillo, solicitada por antipático poderoso Baron, y negándole su mano, y defendiendo ella misma su libertad al frente de sus vasallos, vestida la coraza, el bruñido casco en las sienes, y empuñando la cortante espada. No negaremos que en el campo de batalla apareciese cierto novel desconocido caballero, blancas las armas y sin empresa el escudo, que lanzándose, como el huracan sobre los mares, al centro de las huestes enemigas, y siendo su paso para los que detenerle intentaban, lo que la guadaña del segador para las mieses, llegara hasta el brutal pretendiente, y trabando con él encarnizada lucha, le arrancase la vida, mereciendo ceñir por tan alta victoria corona de laureles y mirtos tejida. Tampoco podemos ocultar que el pecho de la belicosa castellana se ablandase á vista de tantas proezas y tan singular varonil hermosura, pues ya se entiende que forzosamente habia de ser bello el incógnito. Ni omitiremos que el tal caballero, despues de durísimas pruebas y fabulosas hazañas, llegando á oir de los rojos la-

bios de la hermosísima pudorosa dama el dulce *sí* á que aspira todo amante, confesábase, como de un delito, de ser hijo de reyes y á reinar predestinado: pero en resúmen, si amor habia en las imaginaciones de Elvira, porque juventud sin amor viene á ser como dia sin luz, lo cual es simplemente absurdo, era aquel un amor tan á lo heróico, tan en batallas, tronos y laureles envuelto, que así se parecia al comun entre los mortales, como un grande hombre á un ministro moderno.

De tal muger pretendió ser esposo D. Alonso de Avila, contando apenas de 28 á 29 años de edad, unos seis antes de aquel en que tuvieron lugar los sucesos hasta aquí referidos, es decir: no pasando Elvira de los diez y siete abriles.

Don Martin entonces vagaba por las provincias internas de Méjico, reclutando gente entre los indios; y el Marques del Valle aún no era ido á establecerse en Nueva España.

Sabemos ya que la villana conducta de Catalina habia lanzado á D. Alonso en la mas completa disolucion imaginable; tambien que, prendado de Elvira, solicitó su mano, y que ella, libre de otra pasion, y no enamorada de su pretendiente, limitóse á prestarse á lo que su padre dispusiera. Mas el que Elvira creia su padre, era solo su curador, y como en negocio tan grave claro está que no podia resolver por sí mismo, hubo de acudir á Suarez noticiándole lo que pasaba.

Boda que mas cuadrase á los designios políticos del hijo de Catalina Suarez no podia presentársele á Elvira; porque D. Alonso, á pesar de sus notorios defectos, poseia altas dotes, inmensa fortuna, y una influencia, ademas de la suya personal, histórica, por decirlo así, en el Vireinato de Nueva España. Pocas líneas nos bastarán para que se comprenda bien lo que á primera vista parezca tal vez enigmático.

Alonso de Avila, hermano del padre del D. Juan Tenorio Mejicano, fue uno de los pocos españoles que, combinando el denuedo casi temerario con el espíritu de prevision mas perspicaz, y la franqueza del soldado con la prudencia del mercader, lograron á un tiempo enaltecer su fama y enriquecerse en el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo. Primero Contador en la isla española, y socio en la famosa compañia mercantilmente conquistadora del licenciado Casas, pasó ya acaudalado á Cuba, y fue uno de los tres capitanes que acompañaron á Juan de Grijalba en su espedicion á Yucatan. Mas tarde, uniéndose á Hernan Cortés, vémosle primero mandando una compañia en el ejército espedicionario, luego Regidor de la Veracruz al fundarse aquella villa, despues Contador del ejército y, sin perjuicio de las funciones de tal, tomando parte muy señalada en la guerra, y siendo uno de los mas fieles amigos y mas importantes subalternos del Conquistador. Compañero del célebre Sandoval en mas de una espedicion, y autor del pensamiento, al propio tiempo que audaz ejecutor de la resolucion de atacar y destruir á Pánfilo Narvaez, cuando aquel menguado quiso atajar los pasos de Cortés en la magnífica senda de sus victorias, puso en él los ojos su caudillo para enviarle á la corte en calidad de negociador y mensagero, haciéndole, en efecto, embarcarse con otros para Castilla. Avila, contrariado por los elementos y la fortuna, pierde una gran porcion del espléndido tributo de que era portador, y parte de sus naves en las Azores, el resto lo deja en poder de ciertos corsarios franceses que le conducen prisionero á la Rochela; mas recobra al cabo su libertad, llega á España, y aunque pobre y por la fortuna maltratado, se hace oir, obtiene justicia y mercedes para Hernan Cortés y para sí mismo, y vuelve al Nuevo Mundo á proseguir la obra del descubrimiento y de su personal nego-

cio. Tenaz en ambas hasta sus últimos años, hállasele siempre combatiendo en primera línea, administrando en las regiones mas incultas, conservando su fama, y no perdiendo el tiempo, sin embargo, para aumentar su hacienda. Su nombre, en consecuencia, era inmensamente popular entre los conquistadores, respetado ó temido por los indios, y considerado con razon y universalmente como sinónimo de afecto y lealtad á la persona, gloria y posteridad de Hernan Cortés.

Ahora bien, como el D. Alonso que conocemos era quien habia recogido la herencia, así moral como tangible, de su esforzado tio, realmente pensó bien D. Martin Suarez, que ningun yerno podia presentársele que mas cuadrase á sus designios políticos.

Verdad es que la fama del desenfrenado libertinage de aquel mancebo debiera retraer, á persona tan timorata como Suarez, de otorgarle la mano de la inocente Elvira: mas conviene tener presente que, viviendo don Martin por entonces mucho mas en los campos que en las poblaciones, ignoraba en gran parte los desórdenes de la vida del D. Alonso, desconociendo positivamente los pormenores de sus escandalosas aventuras, y atribuyendo al natural hervor de la sangre y falta de madurez consiguiente á los pocos años, aquellas de las calaveradas del noble caballero que á sus oidos llegaron.

Añádase á tales consideraciones el inmenso poder que ejerce, hasta en el hombre mas sensato, la preocupacion de una idea esclusiva y fija, y comprenderáse desde luego que, prescindiendo de escrúpulos que en otras circunstancias le parecieran invencibles, otorgase su consentimiento para el enlace de doña Elvira con don Alonso, sin mas condiciones que las que brevemente espondremos.

Fue la primera, y es justo consignarlo aquí, revelar á la desposada cuál era su orígen, y esplorar su volun-

tad en cuanto al matrimonio mismo. A la revelacion de su ilustre cuna, Elvira creyóse transportada al quinto Cielo; y como tambien para ella lo difícil era lo único que valia la pena de hacerse, prestóse sin resistencia á jurar que ni á su propio marido revelaria tal secreto, sino con espresa autorizacion para ello del autor de sus dias. Por lo respectivo á casarse, repitió que, no amando ni aborreciendo á su pretendiente, estaba pronta á obedecer á su padre.

D. Martin no quiso tampoco que Avila conociese la verdadera familia á que se enlazaba, hasta que diera pruebas de discrecion bastante para confiarle un secreto de tal importancia; y esa fue la segunda y última de las condiciones exigidas para consentir en aquel enlace, supuesta la aquiescencia de la interesada.

Otro hombre, en el siglo y circunstancias mismas, rehusara tomar por esposa á una muger, por seductora que en realidad fuese ella misma, y alta que su estirpe pareciera, desde el momento en que se le dijese: «noble es, pero no queremos ni esplicarte cómo, ni menos revelarte quiénes son sus padres.» D. Alonso le halló un atractivo mas al matrimonio en lo singular de tan escepcionales condiciones. Y por otra parte, queria humillar á Catalina Ponce; presentarse ante sus ojos traidores, dueño de una muger con evidencia mas hermosa que ella; y hacer ostentacion de sus riquezas en el lujo de su esposa; y, en una palabra, vengarse de la infiel que por la esperanza, nunca realizada, de vivir nadando en oro, le habia vendido.

Pasando, pues, por todo, casóse con Elvira, ignorante de quién era por linage, y sin curarse de inquirirlo, ni saberlo hasta que, á consecuencia del lance del 25 de abril, fue menester para demostrar la inculpabilidad de su esposa, probarle tambien que el hombre con quien

la sorprendió hablando desde la reja no era su amante, sino su padre.

Y ahora que hemos llegado otra vez al punto mismo en que la narracion principal interrumpimos para poner en claro sucesos anteriores, sin cuya inteligencia fuera imposible la total de los que podemos llamar corrientes, razon es que prosigamos nuestra marcha directa.

Todo el dia primero de agosto del año 1566 lo pasó D. Martin Cortés de Suarez entre congojas y desmayos, incapaz de pronunciar dos palabras seguidas, ni, por consiguiente, de entrar en esplicaciones sobre el orígen de tan lastimoso estado; y si bien el indio Francisco pudiera darlas, no estaban para pedírselas, ni la afligidísima Elvira, ni la abatida Mencía, ni el desesperado Fernando de Valdestillas. Del último conviene advertir que, no perdiendo de vista sus ocultos importantes designios, hizo mas de una salida de la casa de Avila, ya para el convento de San Francisco, ya para conferenciar con su inseparable fidelísimo Acates, el buen Cristóbal.

Como puede presumirse, lo primero que á Elvira se ocurrió fue la idea de llamar en auxilio de su padre á los mas notables facultativos de la ciudad; pero el paciente, adivinando tal designio, opúsose á él con resolucion tan enérgica, que hubo necesidad de obedecerle.

—«¡Seria inútil! (añadió melancólicamente Francisco á las palabras de su amo):» la flecha estaba emponzoñada, y hace mas de veinte y cuatro horas que su veneno inficiona la sangre de señor amo. ¡Seria inútil, completamente inútil la asistencia de los médicos!»

El dia 2 los síntomas de la agonía se hicieron tan evidentes que, al frisar el sol en la mitad de su carrera, creyó Elvira quedarse huérfana: mas súbito comenzaron á ceder las siniestras afecciones, disminuyendo sensible y rápidamente el mal estar del herido, y dejándole espe-

dito y libre el uso de su razon, de que hasta entonces estuvo casi del todo privado.

¡Engañosa mejoría! La naturaleza vencida renunciaba á la lucha sí, mas en cambio el veneno, enseñoreándose sin oposicion de su víctima, muy en breve iba á borrarle del número de los vivientes.

Si el amor filial de Elvira pudo un momento hacerse ilusion sobre el estado del enfermo, no así el ánimo sereno del Mártir mismo, quien, presintiendo su próximo fin y queriendo aprovechar el brevísimo plazo que la muerte le otorgaba para el arreglo de sus negocios asi temporales como espirituales, apresuróse á decir, luego que pudo:

—«Que llamen, Elvira mia, á Fray Diego de Olarte; y »tú, mi dulce prenda, tú, pobre, maltratado y postrero »vástago de una familia á todo linage de penas predes»tinada, óyeme en tanto que llega el ministro del Altí»simo á recibir la confesion de mis culpas, preparán»dome dignamente á reunirme en la mansion de los jus»tos con el ángel á quien tú debes la vida, y yo los úni»cos momentos de ventura que gocé en esta vida.»

Cumplida la órden del moribundo, mandando á llamar al Provincial de San Francisco, corrió Elvira, en lágrimas silenciosas anegada, á postrarse de hinojos á la cabecera de la cama; Mencía, en un sitial, parecia el emblema de la angustia; y D. Fernando, ya entonces en hábito de fraile otra vez, de pie á los del lecho, cruzados los brazos y fija la mirada en el mal herido caballero, ofrecia tal contraste con las tiernas figuras de ambas señoras, que no osamos encomendar su descripcion á nuestra inhábil pluma.

D. Martin tomó la palabra y en frases lacónicas, como su estado lo requeria, recapituló, sin embargo, por completo los azares de su vida, acusándose de haber sacrificado á Elvira en aras de su ambicion del martirio.

como á él mismo le inmolara su padre en las de la ambicion aristocrática. No le pesaba de la conjuracion en sí misma, sino de haber comprometido en ella á tantos desdichados, y singularmente á D. Alonso y al jóven Valdestillas; y en resúmen, si no arrepentido del pensamiento, mostró estarlo mucho de las consecuencias de sus quiméricos planes. Habló luego de sus riquezas, indicando con claridad los puntos y personas en que las tenia depositadas, y quiso que, si su hija moria sin sucesion, como era mas que probable, pasaran todas á los pobres, haciendo especial señalamiento de pensiones á la familia de Garci-Perez, á Francisco, á Cristóbal, á las viudas y huérfanos de los que perecer pudiesen ajusticiados á causa de la conspiracion, y á la orden seráfica igualmente. Orillado ese punto, y queriendo tambien satisfacer la curiosidad mas que natural de su hija, relativamente á todo el tiempo que de Méjico habia faltado en la última para todos funesta temporada, esplicóse de este modo:

—« Cuando ya restablecido de la herida que recibí en »la cárcel de Méjico, procurando en vano la libertad del »infeliz Bocanegra, mandé á Francisco á la ciudad con »carta para D. Alonso tu esposo y mi desdichado hijo, »una impaciencia de que ordinariamente adolezco poco, »se apoderó aquella noche de mi espíritu, obligándome »á salir de la caverna que hasta entonces me albergara. »La mano de Dios, que ciega á los hombres cuando su »ruina conviene á los altos designios providenciales, »pesaba sobre mí aquella noche. Apenas hube penetra»do en el bosque, tan sin objeto racional como innece»sariamente, caí en el lazo que de luengos dias me »preparaba el rencor inestinguible del idólatra Poyahuitl, »á quien, con Alonso y D. Fernando, impedí la noche »de la fiesta consumar un horrible sacrificio. Aquel »tigre con la tenaz perseverancia propia de su raza, con

»la paciencia de la vileza, con la astucia de la vengan-
»za, con el encarnizamiento de Satanás su dueño, habia
»constantemente seguido mis pasos, espiado mis accio-
»nes, y preparado mi destruccion, que al fin ha conseguido.

»Unos cuantos indios bravos, por él fanatizados,
»y ocultos en las cavernas de los Toltecas, arrojándose
»de improviso sobre mí, aprisionáronme fácilmente, ó
»porque no tuve tiempo de empuñar la espada, ó mas
»bien porque era llegada mi hora. Una vez en sus manos,
»creí que á morir iba sin tardanza, aunque tan feroz-
»mente atormentado como es costumbre de los salvages
»hacerlo con sus enemigos: pero el esceso mismo del
»rencor del indio, y un refinamiento de su crueldad
»dilataron por algunos dias el fin de mi vida.

»Sabia el malvado el descubrimiento de la Conjura-
»cion, acaso ha contribuido á él eficazmente, y quiso que
»antes de morir supiera yo tambien la muerte afrentosa
»de mis amigos, sino que con ellos espirase en el su-
»plicio. Mas, atento siempre á los intereses de su infame
»idolatría, llegó á persuadirse de que en premio de ha-
»berme capturado y de entregarme indefenso en manos
»de los Doctores, pudieran esos otorgarle permiso para
»practicar libremente los misterios del nefando culto,
»en algun rincon siquiera de esta tierra, templo toda
»ella no há muchos años de los falsos Dioses.

»En mi presencia discutió el consejo de los indios
»todos esos estremos: estuvieron discordes los parece-
»res, y en tanto que alguno triunfaba, teníanme, como
»á bestia indómita, atado en el fondo de una cueva hú-
»meda y lóbrega, alimentándome lo bastante no mas
»para que sintiera bien todo lo miserable de mi estado.

»Mas como en tanto los soldados de la Audiencia,
»por una parte, y tus mensajeros, Elvira mia, por otra,
»recorrian incesantemente los alrededores de la ciudad,
»buscándome aquellos para el cadalso, los últimos para

»salvarme; los indios, temiendo siempre la furia de los »castellanos armados, no osaron salir de sus cavernas, »ni aun para venderme á mis encarnizados enemigos.

»Asi transcurrieron una y otra semana, sin dejarme »ya otra esperanza de salvacion que la de la mi: ericor- »dia divina; y, mientras, el fiel Francisco, esquivando el »encuentro de indios y de españoles, y alimentándose »esclusivamente de silvestres frutas, buscábame con »afan incansable dentro del bosque. La mano del Señor »le condujo en fin á la cueva en que yo gemia; su co- »nocimiento de las costumbres de los indígenas, á cuya »raza pertenece, y una inspiracion providencial verda- »deramente, le proporcionaron los medios de llegar »hasta mí.

»No ignorando Francisco ni que yo no estaba preso »en Méjico, ni que el rencor de Poyahuitl me perseguia »implacable, figuróse desde luego que el idólatra ó me »habia ya sacrificado, ó me guardaba preso, lo cual pre- »cisamente era en alguna de las cavernas del bosque, »que, por ser muchas y á largas distancias unas de otras, »daban desdichadamente lugar á interminables dudas. »Hubo, pues, de recorrerlas todas sucesivamente hasta »dar con la que ocultaba á mis perseguidores; hallada »la cual, restábale aún la dificultad de averiguar si en »ella me tenian cautivo, en efecto, amen de la de esco- »gitar medio para libertarme. En tal conflicto, su ingenio »y amor á mi persona le sugirieron la mas discreta as- »tucia que imaginarse puede, y fue la que voy á refe- »rirte. Habia Francisco observado que, en busca de »alimento, salian ordinariamente dos de los indios de »Poyahuitl todas las mañanas, regresando con la provi- »sion por la tarde; y haciéndose el encontradizo con »ellos, díjoles: «Hermanos, gran número de blancos »armados recorren el bosque, y héles oido que buscan »á ciertos mejicanos ocultos en las cavernas de los tol-

»tecas vecinas al arroyo (precisamente mi cárcel). Si »en manos de los españoles caen, su vida no será larga.» »Dichas tales palabras, prosiguió mi fiel servidor su ca»mino como si á la ciudad fuese, pero en realidad, »dando un rodeo, á colocarse en observacion de mi »mazmorra. Su estratagema produjo todo el efecto que »de ella esperaba Francisco: los dos indios dieron la »alarma á sus compañeros que, aterrados todos, disper»sáronse en el acto, dejándome á mí abandonado, y »conviniendo en volver á reunirse aquella misma noche »en otro punto del bosque. Apenas mi libertador vió »desembarazada la caverna de mis enemigos, apresuró»se á penetrar en ella; y gracias á su fidelidad ingeniosa »y valiente, tu padre, Elvira, recobró de nuevo la li»bertad y sus armas, que los indios no osaron llevarse »consigo por no llamar, sin duda, la atencion de los es»pañoles, si alguno encontraban. Pero eran tales mi de»bilidad y entumecimiento, que durante algunas horas »no pude ni moverme del sitio en que estaba, siendo ya »el amanecer del dia que siguió inmediatamente á la he»róica empresa de Francisco, y fue el postrero de junio, »cuando, algun tanto reparadas mis fuerzas á beneficio »de la libertad y el alimento, pude resolverme á salir de »la caverna. En su lóbrega boca estábamos aún, cuan»do se nos presentaron delante Poyahuitl, el salvage »Chichimeca á quien él mismo iba á inmolar en el bos»que, como puede recordarlo D. Fernando, y no sé bien »si seis ú ocho indios bravos, ademas. Acometiles resuel»tamente con la espada, mientras Francisco con piedras »primero, y mas tarde con una *Macana* que acaso ha»lló en la cueva. Poyahuitl fue uno de los primeros que »sucumbieron á mis golpes; dos ó tres le acompañaron »á los infiernos; los restantes huyeron luego despavori»dos; y en fin, nos hallamos un momento sanos, sal-

»vos, y libres á mayor abundamiento. Entonces resolví »pasar aún lo que restaba de aquel dia en el bosque, es»perando la noche para venir, Elvira, á estrecharte con»tra mi corazon, y concertar contigo los medios, si al»guno quedaba, ya que no de llevar á cabo nuestra ma»lograda empresa, al menos de salvar al Marqués del »Valle, á tu esposo, y á los demas caballeros, de las gar»ras de los Doctores. ¡Dios lo dispuso de otra manera: »así convendrá á sus santos designios!—Silenciosos y »descuidados de todo riesgo, reposábamos Francisco y »yo no lejos del sitio en que estuvo la *Torre del Caza»dero*, y á la sombra de los frondosos árboles que lo »circundan, cuando súbito desgarró mi pecho dolor agu»dísimo, y un grito, feroz como el ahullido del lobo, re»sonó en la espesura, y mi servidor, tomándome la es»pada, lanzóse, como el neblí sobre la garza, al parage »de donde partió la flecha que mortalmente me dejaba »herido; porque, en efecto, hija amada, á traicion mue»re tu padre. Francisco, alcanzando á mi asesino, vengó»me arrancándole en el acto la vida: era el indio Chichi»meca, D. Fernando, era el indio Chichimeca que, no »pudiendo perdonarme el haberle sustraido al cuchillo »del sacerdote idólatra, y ébrio de rencorosa ira con la »reciente pérdida de su fanático maestro, quiso y logró »vengarse tan villana como completamente. Si Gonzalo »Nuñez y Juan de Victoria no me hallaran en el bosque »donde yacía moribundo, allí pereciera en brazos de mi »fiel servidor, incapaz tambien ya de trasportarme ni á »la quinta de mis hijos: pero el Cielo quiere que muera, »al menos recibiendo los auxilios de la religion santa que »humilde profeso. ¡Bendita sea una y mil veces la mise»ricordia divina!»

Apenas pronunciadas por D. Martin tan edificantes palabras, presentóse en la estancia Fr. Diego de Olarte,

con el desconsuelo que escusamos encarecer, mas siempre por su constante conformidad con los decretos del Omnipotente sostenido.

Dejáronlos solos á él y al moribundo los demas circunstantes, y durante algunas horas permanecieron juntos aquellos dos hombres dignos el uno del otro por sus virtudes, si bien en las del fraile habia mas de humilde y resignado que en las del antiguo Maestre de Campo en Castilla, y jefe de una conjuracion en Méjico.

¿Sabia el Provincial quién era en realidad D. Martin?—Fiel á su juramento el hijo de Catalina Suarez, abstúvose de revelar á Fr. Diego el secreto de su nacimiento; mas Olarte, como familiar que fue de Hernan Cortés, no hubo menester de grandes esfuerzos de imaginacion para adivinar el á sus ojos trasparente enigma. La semejanza, primeramente, entre padre é hijo; luego la edad; despues los apellidos *Suarez* y *Monroi*, de su madre aquel, de uno de sus abuelos paternos el otro; y la especie de fanatismo, en fin, con que aquel hombre se consagraba en cuerpo y en alma al servicio de la familia de Hernan Cortés, mas que á voces decian la verdad del caso al conquistador en religioso trasformado. No obstante, jamás se dió por entendido, ni con el interesado ni con persona alguna, de que tal secreto no ignoraba, y solo el dia de su muerte, y al absolver de sus culpas al padre de Elvira, le declaró que le conocia por hijo del que ganó á Méjico para la Corona de Castilla.

—«Triste suerte (esclamó D. Martin, estrechando la mano de Fr. Diego), triste suerte nos cabe á los hijos de Hernan Cortés; yo muero asesinado; el Marqués, si se salva como espero del suplicio, vejetará oscuro... El vástago de doña Marina... Me estremezco al pensar en su destino... Los demas por insignificantes se libra-

rán de las persecuciones..... Pero nuestra raza no dará ya de sí otro grande hombre!!!

—Solo Dios es grande, D. Martin (interrumpió el religioso). ¿Qué importa, en su presencia, la gloria del mundo?

—¡Oh, eso es cierto, padre mio! ¡Muy cierto! Y sin embargo, pésame de no haber sido lo que mi padre, pésame tan de corazon como de las ofensas que hice al que en breve va á juzgarme.»

Poco tiempo despues de dichas esas palabras, y de haber tiernamente bendecido á su hija, entregó D. Martin Suarez su alma al Criador, con la serenidad del justo que en su misericordia, y no en los propios méritos confia. La tumba ofreció descanso á su cuerpo, el Cielo sin duda recompensa á sus virtudes.

Doña Elvira recibió el tremendo golpe con tanta entereza como resignacion: sus manos cerraron por vez postrera los ojos del autor de sus dias; ella le cubrió el rostro con rico cendal; ella quiso encender los blandones que el fúnebre lecho rodeaban; y ella tambien, de rodillas, asistió al Provincial de San Francisco en las oraciones que, en conmovido acento, recitó largo tiempo sobre el cadáver del primogénito de su amigo y caudillo.

Mencía y Fernando de Valdestillas, admirando valor tan grande, resignacion tan sublime, no se apartaron un solo instante de la mortuoria estancia; y el pobre Francisco, abrazando los helados pies del que fue su amo, interrumpia solo de cuando en cuando con amargos sollozos, ya la venerable voz del ministro del altar, ya el lúgubre silencio que allí reinaba.

Tal y tan triste fue el cuadro, que al penetrar sin anunciarse en la estancia de doña Elvira, entonces en capilla funeral convertida, contemplaron con asombro los ojos del Alguacil mayor Juan de Samano..... ¿Del

Alguacil mayor Juan de Samano...? Sí, lector benévolo, el mismo; que, en persona y con escaso acompamiento, pero como si entrase en real enemigo, acababa de penetrar en casa de D. Alonso de Avila, llegando hasta la habitacion de la esposa de aquel caballero, sin que ninguno de los criados, todos aturdidos con la prision de su amo, y por el recientísimo fallecimiento de Suarez trastornados, tuviera valor suficiente para impedírselo.

Era ya entrada la noche del 2 de agosto cuando tan inopinadamente se aparecia aquel heterogéneo y antipático personage ante el lecho de muerte de un hombre por cuya captura hubiera él dado una buena parte de su hacienda, y habia hecho en realidad muchos y repetidos aunque inútiles esfuerzos: quien primero echó de ver su presencia en la estancia mortuoria fue, dichosamente, Fray Diego de Olarte. Y decimos *dichosamente* Fray Diego de Olarte, porque si antes que él le viera D. Fernando de Valdestillas, parécenos, no solo posible, sino mas que probable que, olvidando todo género de consideraciones, en el acto se arrojara sobre él ahogándole quizá sobre el cadáver de su asesinado amigo. Juan de Samano era en Méjico la impopularidad personificada; para todos los plebeyos temible, cuanto para los nobles odioso; y en el momento á que nos referimos, considerado con razon como el mas implacable de todos los enemigos de los presos.

¿Qué podia, pues, llevarle, y tan inoportunamente á casa de D. Alonso de Avila, el hombre cuya vida estaba mas en peligro en aquellas circunstancias?

Sospechar que en busca de D. Fernando de Valdestillas iba, habiendo averiguado su disfraz, era lo mas natural y fue realmente lo que se le ocurrió á Fray Diego; pero como, aun cuando asi fuese, el único medio posible, si alguno habia, de sustraer al doncel á tan inmi-

nente riesgo, consistia en burlar á fuerza de serenidad las pesquisas del Alguacil mayor, hubo el santo Provincial de resolverse á hacer frente á la tormenta, confiando solo en la misericordia divina.

Encaróse, pues, con Juan de Samano, y díjole con entereza:

—«Respetemos el reposo de los muertos, señor Alguacil mayor; no son momentos los presentes para que visiteis vos esta casa.»

Al oir tales palabras, á un tiempo volvieron á la puerta los ojos Mencía, doña Elvira y D. Fernando, quien por fortuna ocupaba un ángulo del aposento, al cual daba sombra la cabecera misma del lecho en que D. Martin yacia, siendo por tanto imposible que Samano distinguiese sus facciones, en gran parte ademas ocultas por la capucha del hábito franciscano. Mas á mayor abundamiento, absorto el magistrado municipal en la contemplacion del fúnebre cuanto inesperado espectáculo á que asistia, ni remotamente se acordaba entonces del hijo del Comunero.

Ni para detenerse á examinar una por una las sombrias figuras de aquel cuadro tuvo tiempo el Alguacil mayor; porque reconocer la esposa de Avila al perseguidor de su marido, y arder inflamada la sangre en sus venas, lanzarse al lecho, levantar el cendal que el cárdeno rostro de Suarez cubria, y esclamar con un rugido de leona herida:

—«¡Juan de Samano, este es el cadáver de mi padre! ¿Venís á buscarme para que amortaje el ya mutilado de mi esposo?»

Fue todo tan simultáneo, rápido y violento, que á ninguno de los circunstantes dió lugar á movimiento, palabra, ni imaginacion siquiera.

¡Cuán bella y aterradora á un tiempo parecia Elvira á los que absortos y estremecidos la contemplaban! ¡Y

cuán grande debe ser el poderio de un movimiento de esos que espontáneamente parten de lo mas profundo de las almas privilegiadas, pues que á veces logran humillar al tirano ante su víctima, como, en efecto, consiguió el de la afligida señora que nos ocupa, no solo dar esfuerzo á la débil Mencía é imponer silencio al venerable Prelado, sino tambien enfrenar el cínico descaro del Alguacil, y paralizar la ira del doncel valeroso cuanto enamorado!

Nadie osó responder á sus palabras; todos, clavando en el suelo los ojos, esperaron palpitantes á que continuar le pluguiese, ó hablar les mandara.

—¿«Qué nos quereis Samano? (Prosiguió diciendo Elvira despues de una breve pausa). ¿Qué podeis ya buscar en esta casa, si no es algun cadáver, despues de haberos llevado al que, como su dueño, era aquí el alma de todos? Decid pronto qué mas desea vuestra saña, y libertadnos de vuestra odiosa presencia.»

Un tanto recobrado, aunque no del todo sereno, respondió el magistrado:

—«Ignoraba, señora, la nueva desgracia que os aflije...

—¡Oh¡ ¡No la llameis desgracia! (repuso Elvira): mas vale que mi padre haya muerto en mis brazos, que al filo del hacha de vuestros verdugos! En fin, ¿Qué es lo que me quereis?

—Anunciaros, en nombre de la Real Audiencia, que se os concede permiso para visitar á vuestro esposo....

—¿Y no podré yo ver al mio? (interrumpió presurosa Mencía).

—Tambien, señora, tambien podeis: pero ha de ser esta noche misma.

—¿Y por qué esta noche misma? (preguntó Elvira).

—Lo ignoro (replicó el Alguacil mayor); soy mandado, y ejecuto lo que se me previene. No sé mas. Si os place, seguidme ahora...

—¡Ahora! (Esclamaron á un tiempo las dos cuñadas, señalando el cadáver de D. Martin, y fluctuando entre el natural deseo de ver á sus maridos, y el no menos justo de no separarse de aquel cuerpo aún no completamente helado).

—Ahora y conmigo. (Volvió á decir el inflexible Samano).

—Pues bien, ahora y con vos. (Esclamó Elvira; y arrodillándose en seguida, y estampando un ardiente beso en la yerta mano del Mártir, dijo:) Perdonad, padre mio, si vuestra hija os abandona en tales momentos.—¡Triste suerte la vuestra, pues hasta vuestro cadáver se mira condenado á la soledad y al desamparo!—Perdonad si os dejo: mis deberes de esposa me llaman á un calabozo y al lado de aquel á quien ¡Ay de mí! no me será dado, tal vez, cerrar con piadosa mano los ojos, cual he cerrado los vuestros. ¡Adios, padre amadísimo! ¡Adios!»

Levantóse dichas esas frases, y volviéndose á D. Fernando, que cubierto el rostro con la capucha, y en una agonia de espíritu indescriptible, permanecia inmóvil, díjole:

—«Os confio este sagrado depósito: velad y orad á su lado, para que el espíritu del *Mártir* inspire y santifique el vuestro!—Vamos, Mencia; vamos á la cárcel. Os seguimos, Samano.»

Separóse el Alguacil mayor de la puerta, con indeliberada galanteria, para dejar paso á las dos atribuladas esposas, y ya iba á marchar en pos de ellas, cuando le detuvo Fr. Diego asiéndole del brazo; y mirándole de hito con ojos penetrantes, como si en el rostro quisiera leerle los pensamientos, preguntóle en voz baja, pero con firmeza:

—«¿No puedo yo, Samano, acompañar á las esposas de D. Alonso y de Gil Gonzalez, á visitar á sus maridos?

Quizá la presencia de un religioso no fuera inútil hoy en los calabozos de la cárcel de Méjico.

—Por hoy sí; mañana... no sé!» Respondió bruscamente el ministro de las iras de los Doctores, y salió de la estancia mortuoria, desprendiéndose con violencia de las manos del santo religioso.

CAPITULO VIII.

EN EL CUAL SE REFIERE COMO PREGUNTABAN LOS DOCTORES Y RESPONDIAN LOS CABALLEROS, CADA CUAL CON DISTINTO OBJETO, Y HACIENDO TAN POCO CASO LOS PREGUNTANTES DE LAS RESPUESTAS, COMO LOS RESPONDIENTES DE LAS PREGUNTAS.

ENSANDO algunas veces, mas de las que imaginan muchos que, viéndome dotado de alguna mayor actividad de la comun entre nosotros los hijos de Pelayo y del Cid, me juzgan mucho menos meditabundo de lo que en efecto soy, acaso para mi desdicha; pensando, digo, profunda y detenidamente, sobre la singular entidad que los naturalistas llaman *el hombre*, confieso haber fluctuado entre la opinion que le supone inteligente y libre sobre todos los

séres de la creacion, y la doctrina del fatalismo que le considera, en resúmen, como á un autómata, mas ó menos perfecto, pero reducido á moverse segun leyes á su existencia anteriores, de su voluntad independientes, y tan precisas y obligatorias que le encadenan siempre, en lo grande como en lo pequeño, durante sú breve y nada ameno tránsito de la cuna hasta el sepulcro. Religion aparte, porque como dice el Casti: *Dove é fede non bisogna ragione*, ni los aciertos de los tontos, ni los desatinos de los sábios, ni la fortuna de los incapaces, ni la desdicha de los grandes hombres, se esplican mas que por el fatalismo; y una de dos: ó el hombre que ha llegado á saber á punto fijo lo que pesan Júpiter y Saturno, noticia que por cierto le interesa poco, es incapaz de conocer á su propia especie; ó bien el talento es inútil para la vida, la ciencia estéril para la felicidad, y la generosidad del ánimo una carga y no un privilegio. Suprimamos, por un momento, la vida eterna; y ¿qué nos quedará en esta? Fatalismo, fatalismo puro, ó lo que es peor, el triunfo del principio de todo mal. Por todas partes sucumbiendo el valor á la traicion; donde quiera la ignorancia presuntuosa triunfando de la ciencia modesta; pobre la virtud y perseguida; opulento y lisongeado el crímen; los Gobiernos estraviando á los pueblos; los pueblos, soportándolo todo menos un buen gobierno! Fatalismo ó injusticia, no hay arbitrio, no hay medio entre esos dos estremos, cuando no se humilla la cerviz ante el poder incomprensible que todo lo ha creado.

Mas, de veras, no fue nuestro ánimo decir cosa alguna de las que dejamos escritas al tomar hoy la pluma: dejámoslas en el papel porque ya las tenemos estampadas, y concretámonos á nuestro real pensamiento; y decimos *real*, por lo efectivo, no porque seamos príncipes, ni grandes, ni siquiera títulos de Castilla, circunstancia

verdaderamente singular en España y en los liberalísimos tiempos que alcanzamos.

Nuestro pensamiento, pues, al empezar el presente capítulo, con cierta repugnancia que luego esplicaremos, era y es ahora que necesariamente hay en la vida del hombre algo de fatídico y obligatorio, algo que les arrastra por determinado sendero, algo que le aparta de ciertas cosas y le lleva á otras; ese algo, en fin, que llamamos *las inclinaciones*, y traducirse pudiera por fuerza de nuestra voluntad independiente.

Mesmer con el magnetismo, Gall con la frenológia, Lavater con la fisionómia, Fourrier con su teoria de las vocaciones; antes que todos esos sábios, los Gentiles con el Destino, y los Astrólogos con sus horóscopos; ¿Qué han intentado, sino formular la razon del fenómeno incomprensible, aunque universal, de las inclinaciones?

Un niño canta siempre que puede, otro llora á despecho de la misma alegria; este convierte en arma ofensiva el abanico de su madre, y el otro en incensario el morrion del autor de sus dias. ¿Por qué así? ¡Ah! ¡La diferencia de las inclinaciones! ¿Y qué es eso mas que la *fatalidad*?

En fin, sea lo que quiera, nosotros tenemos nuestras inclinaciones y nuestras repulsiones, nuestras simpatias y nuestras antipatias, como cada hijo de vecino; y entre las últimas se cuenta la invencible que profesamos á cuanto huele á proceso y jurídicas actuaciones. La golilla del alguacil nos horripila; la toga de un juez nos da sudores y frios; y sin perjuicio del respeto que, seriamente hablando, se debe á los que ejercen el santo cuanto terrible ministerio de administrar justicia á los pueblos, hemos deseado siempre, y continuamos deseando de todo corazon, no vernos nunca envueltos en papel sellado, ni civil, ni criminalmente.

La justicia militar es, no lo negamos, espeditiva,

pero menos melancólica en sus formas que la ordinaria; un hombre comparece ante un Consejo de guerra, y en horas traslada su domicilio á la eternidad, ó se ve en la calle absuelto y libre; pero si cae en poder de letrados, le frien la sangre de tal modo con autos, traslados, pruebas, alegatos y réplicas, que al llegar el momento de ser ahorcado, casi se da por bien servido, con la esperanza de que no han de volver á importunarle ni el procurador ni el escribano.

Y por eso, es decir: por la aversion que tenemos á los procesos, nos repugnaba comenzar este capítulo, y hemos divagado tanto y tan sin tino antes de entrar en materia.

Pero ya es forzoso hacerlo; ánimo, pues: manos á la obra, y salgamos del paso lo mas pronto posible.

Desde la prision del Marqués del Valle y sus parciales, aunque nada pudieron averiguar los parientes de los cautivos, ocupóse la Audiencia, sin levantar mano ni un solo instante, en la instruccion del proceso contra los acusados; mas, á la verdad, no con el criterio imparcial, no con el ánimo desapasionado que tales negocios exigen. Los Doctores fueron enemigos, no jueces de los acusados; y sentimos menos escribirlo así, de lo que, si de otro asunto se tratara, lo sentiriamos; porque en materias políticas nunca acontece de otro modo; siempre hay un vencedor que proscribe al vencido, jamás un juez imparcial que aplique friamente las leyes. Toda sentencia política es, por eso, y generalmente hablando, una iniquidad en quien la dicta, y una ejecutoria de martirio para el que á ella sucumbe.

Sin embargo y á pesar de su decidida voluntad de hallar criminales donde el crímen se premeditó, sin duda, por algunos, no por todos, mas por ninguno llegó á tener ni un principio siquiera de perpetracion, no hallaban los Doctores medio de condenar á nadie á la

pena capital, con apariencias, al menos, de justicia.

Separadamente y repetidas veces interrogados los cautivos caballeros, protestaban siempre de su personal inocencia y absoluta ignorancia de que nadie en Méjico conspirase contra el Rey ni la Audiencia. Si se les reconvenia con la fiesta de Chapultepec, contestaban que tambien los Doctores habian acudido á ella; que si la dejaron antes de terminarse fue por su voluntad propia; que si hubo brindis desatinados en la cena, culpa seria del vino; que, en fin, á menos de suponerlos dementes, no podia acusárseles de reunirse para conspirar entre millares de personas, ó en un comedor con las puertas abiertas y los criados sirviendo á la mesa. Las honras tributadas al Marqués (decian) estaban todas dentro del círculo de las costumbres españolas, y mas bien que desacato á la autoridad del Monarca, debian reputarse como muestras de respeto al trono, del cual procedian todas las distinciones aristocráticas.

Hablar mal de los Doctores, murmurar de sus providencias y sostener los fueros de la nobleza, ni era cosa peregrina en ninguna de las dos Españas, la nueva y la antigua, ni se habia considerado nunca como delito de lesa Magestad; y en todo caso no tocaba á los interesados calificar tal hecho ni aplicarle pena, sino recurrir al Rey para que su autoridad soberana resolviese.

En cuanto á las fiestas del bautizo, no probaban mas que la riqueza y generosidad del Marqués, así como lo bien quisto de su persona y familia entre el pueblo y la nobleza, cosa harto natural donde tan insignes fueron y tan conocidos eran los servicios prestados al Rey por su ilustre padre.

Tales, en resúmen, fueron constantemente las respuestas y descargos de la mayoría de los acusados; mas de lo ocurrido con algunos de ellos, preciso es que ha-

gamos especial mencion, comenzando por D. Bernardino Pacheco de Bocanegra, implicado en el proceso de conspiracion por su carta á D. Martin Suarez de Monroi.

En ella, el infeliz amante de Catalina Ponce, despues de pedir á su único amigo consejo y ausilio en el difícil trance en que á la sazon de escribirla se encontraba, decíale que, una vez desembarazado de aquel negocio, regresaria á cumplir su palabra de morir lidiando, si necesario fuese, contra *la tiranía de la Audiencia y en obsequio del Marqués, no obstante lo que le repugnaba ligarse para nada con D. Alonso de Avila.*

En disculpa de tan enorme imprudencia solo pudiéramos alegar, defendiendo á Pacheco, primeramente el desconcierto natural en sus ideas al escribir aquella carta, pues que lo hizo, como sabemos, en su alquería de la Veracruz, acabando de sustraer á Catalina á su dueño y señor Juan Ponce, y no sabiendo aún á dónde llevarla para libertarla del castigo que su culpa merecia; y en segundo lugar, pudiéramos decir que, confiando su misiva al malaventurado Chacon, de cuya fidelidad tenia largas y evidentes pruebas, nunca pudo figurarse que aquellas letras llegasen á manos de sus enemigos.

Cuánto se engañaba los hechos lo probaron: la mejor carta, en materia de conspiraciones, es la que no se escribe.

Pero aquella estaba escrita, y el doctor Ceinos se la presentaba á Bocanegra, quien le respondió con estóica indiferencia:

—«Doctor, yo no soy un conspirador, sino un *asesino alevoso*; la horca, no la cuchilla es ya el término natural de mi vida. Ni niego, ni confieso que esa carta sea mia; pero no sé nada de Conjuracion, y ni por halagos ni por amenazas, ni por ayunos ni por tormentos, diré otra cosa.»

Y en efecto, aunque se le amenazó con el potro, llegando hasta á desnudarle como si en él fueran á ponerle, no desplegó mas sus labios. Otro tanto hiciera si con tenazas ardiendo le despedazaran; porque D. Bernardino no era hombre de rendirse mas que á sus propias pasiones.

No anduvo mucho mas decidor en sus declaraciones D. Martin Cortés, el hijo de Marina.—«No conspiro; no »he conjurado.—El Marqués del Valle no es, ni ha sido, »ni será nunca traidor; y miente quien tal diga.—No »sé nada de Conjuracion.—D. Alonso de Avila es un »cumplido caballero; su delito serlo tanto.—Os despre»cio y no me canseis con mas preguntas.» Sobre poco mas ó menos esas fueron constantemente sus respuestas.

En cuanto al Dean D. Juan Chico de Molina, diremos que adoptó un sistema diametralmente opuesto al de Bocanegra y del Bastardo, diluyendo cada palabra del juez que le interrogaba en un golfo insondable de corolarios sin teorema, comentarios sin testo, tergiversaciones metafísicas, y distinciones teológicas; y prolongando así sus respuestas hasta rendir el brazo del Escriba que la notaba, y marcar al golilla que presidia el acto. Imposible de toda imposibilidad estractar un solo pensamiento de aquel cúmulo de frases, ni dilucidar un hecho á la luz de sus embrolladas indicaciones: la Audiencia, dándose por vencida, propúsose decidir sobre la suerte del locuaz eclesiástico sin oirle nuevamente.

Por lo que hace al Marqués del Valle de Guaxaca, debémosle la justicia de consignar aquí que, una vez preso y á solas con su grandeza, mostróse entero y digno como al ilustre nombre, bajo cuyo enorme peso sucumbia, era debido.

Firme sin jactancia, reservado sin afectacion, leal con sus amigos, inflexible con sus contrarios, rechazó

el Marqués todas las acusaciones, sin dejarse arrastrar por la cólera, ni dominar por el miedo.

Nadie, segun él, conjuraba en Méjico, como no fuese contra la familia de su inmortal Conquistador, cuyos enemigos, dueños del poder, convertian en crímenes las mas inocentes demostraciones de amor á su memoria, y de respeto á los que el sér le debian. Pronto á responder al Rey, ó á los jueces imparciales que S. M. nombrase, de todos los actos de su vida, el Marqués protestaba la incompetencia de los Doctores, recusándolos por apasionados y ofendidos; y solo violentamente compelido, se prestaria nunca á presentarse en los estrados de la Audiencia.

Lo exagerado de la persecucion hizo casi un héroe de aquel hombre que, si en su casa le dejaran tranquilo, pasara por la tierra como la golondrina por el espacio, sin dejar de su vuelo rastro alguno.

Y ahora hablemos ya de los hermanos Avilas, objeto privilegiado de la saña de los vencedores, con causa hasta cierto punto el uno, sin visos de ella el otro, pero ambos, por una fatalidad inesplicable, perseguidos con odio inestinguible.

El bueno de Gil Gonzalez, si bien caballero en el fondo del alma como el que mas lo fuese, rudo labrador en sus formas, asi que de conjuracion y planes subversivos comenzaron á hablarle, cortó el revesino al preguntador, diciéndole:

—«Apenas ha dos dias que llegué á Méjico; en ellos solo he visto á mis hermanos, y no he hablado mas que de asuntos de familia. La Conjuracion la soñó vuestro miedo: los Avilas contribuyeron, sí, á la conquista de estos reinos, y por eso mismo los detestais vosotros, que en perderlos estais empeñados. Ninguno de nosotros supo nunca qué cosa es traicion.

—Algo habreis oido á vuestro hermano D. Alonso....

—No es cierto; y cuando lo fuera, ¿Presumís, seor Doctor, que soy tan villano que mi propia sangre os entregara cobarde, por temor á esas cuerdas y garfios, que para amedrentarme, sin duda, me poneis á la vista?

—¿Sabeis la pena de los traidores?

—Sé que nací caballero, y que debo morir antes que deshonrarme. No perdais el tiempo; de mis labios no escuchareis ya mas palabras que estas: *los Avilas no saben ser traidores, ni pueden ser cobardes.*»

Don Alonso fue el único que, por decirlo así, entró de lleno en las miras de los Doctores, prestándose á contestar lacónica pero terminantemente, á todas sus preguntas, con una franqueza sin límites, y un vigor harto natural en su carácter.

—«¿Teneis (le preguntaron) noticia de que se trama una conjuracion en Méjico?

—Sí; (respondió sereno.)

—¿Contra quién?

—Contra vosotros.

—¿Conoceis á sus autores?

—Sí.

—Nombradlos.

—El primero soy yo: D. Alonso de Avila.

—Pero ¿Tendreis cómplices?

—Los tengo.

—¿Quiénes son?

—Vosotros los primeros; luego todos los hombres honrados de Méjico.

—El acusado olvida con quién habla.

—No por cierto, sé muy bien quiénes sois, y voy á probároslo. Vos, Doctor presidente, sois un viejo rencoroso, que me hareis degollar porque los papeles de mi escritorio os han probado que.....

—¡Deslenguado! Si no calla, le haré poner una mordaza.

—Y se acabará el interrogatorio; y no habrá proceso. Por mi parte me es indiferente; que traigan la mordaza.

—Dejadle hablar (interrumpió Villalobos); los intereses personales deben ceder á los públicos.»

Mordióse los labios Ceinos, pero hubo de resignarse á tragar la conyugal amarga píldora que el incorregible D. Alonso acababa de propinarle; y mal que le pesara dijo:

—«Prosiga.

—Prosigo (insistió con irónica flema el esposo de Elvira). Deciamos, Doctor Ceinos, que tratais de degollarme en odio de vuestra consorte, la un tiempo bella doña Beatriz; y tambien debo añadir que por el delito de haber yo nacido noble, siendo vos plebeyo. Ya veis que os conozco.

«En cuanto al Doctor Villalobos sus motivos son mas puros: primeramente, mi difunto tio tuvo con él ciertas diferencias sobre maravedises; y en segundo lugar, el amor paternal.....

—¡Haced que calle ese desalmado! (esclamó, rojo como un cangrejo bien cocido, el irritado golilla.)

—Perdonad (replicó lleno de júbilo el Presidente): pero, como vos deciaís no ha mucho, los intereses públicos son antes que los personales. Prosiga el acusado.

—Prosigue el acusado y confiesa que en el Doctor Orozco el odio es simple, pues no le conozco muger, ni hija, ni hermana, ni aun criada que valga la pena de ofenderle. Quiere degollarme porque soy caballero y valiente, mientras que él pechero y cobarde. Ya veis, señores, que os conozco; y ahora voy á probaros, ademas, que sois vosotros mis principales cómplices. Digo mal: sois los únicos conspiradores eficaces, resueltos y perseverantes, que en Nueva España trabajan sin tregua para separarla de la antigua. Vosotros, enviados acá

para gobernar segun las leyes de Indias, tiranizais, sin mas regla que vuestra voluntad caprichosa, á grandes y pequeños, ricos y pobres, nobles y plebeyos. Vosotros, nacidos del polvo, y elevados sobre el cúmulo de vuestras bajas incesantes humillaciones, sois mas altaneros que la Soberbia misma; y fieras insaciables, convertís en pasto de vuestra codicia á un pueblo entero de indios y castellanos. En vez de trabajar en la propagacion de la fé, os afanais en acumular mal adquiridas riquezas; vendeis la justicia, prostituis la autoridad, insultais á los débiles, adulais al poderoso, corrompeis las costumbres con vuestro mal ejemplo, sobornais á los ministros del Rey, y haceis grangería de sus vasallos. ¿Y osais preguntarme por mis cómplices en la Conjuracion? Pues bien: yo os digo que sois vosotros, y serán todos aquellos que la inícua senda por vosotros trazada sigan, los que hareis que un dia deje Méjico de ser y llamarse Nueva España.

»No os engañeis: el verdugo, al segar mi garganta, aplazará el dia de la rebelion: mas para sofocar sus gérmenes no hay mas que un medio: gobernar con equidad, gobernar honradamente, gobernar bien, en suma.

»Y ahora no os asombreis de que todos aquí os aborrezcan, fuera de aquellos que comparten el fruto de vuestras rapiñas.

»Y ahora oidme lo que bajo solemne juramento os declaro: Gil Gonzalez de Avila está inocente del crímen de que á mí me acusais, y yo confieso haber proyectado. Entregándome al verdugo, no sereis mas que crueles y vengativos; mas si á mi hermano sacrificais, sereis ademas *asesinos.*»

Como cualquiera puede figurárselo, diéronse los Doctores por mas que satisfechos con el interrogatorio de que sumariamente acabamos de dar cuenta, y no trata-

ron de renovar una escena en que moralmente llevaban, sin disputa la peor parte, y la hubieran siempre llevado; porque D. Alonso, á morir resuelto, ya sabian ellos que no era hombre de cederles el terreno mientras alentar pudiese.

Lo peor del caso para aquellos benévolos jueces era que, esprimido el jugo de todo el proceso, no daba desí bastante veneno para degollar con apariencias de justicia á persona alguna; y de galeras, como del destierro, vuelven los hombres, andando los tiempos, muchas veces para vengarse de los que los han maltratado. Si acudieran al tormento la cosa mudara de aspecto, porque muy desdichados habian de ser para que entre tantos acusados no hubiese dos ó tres, cuando menos, que declarasen cuanto pluguiera al verdugo: pero D. Luis de Velasco amenazaba con retirar por de pronto sus tropas de Méjico, y dar ademas cuenta circunstanciada al Soberano, si á tal estremo llegaban los Doctores contra los caballeros. Fuese humanidad, espíritu de corporacion, ó cálculo político, el Capitan General, Virey futuro, salvó entonces indudablemente muchas cabezas del hacha, y todos los cuerpos de los acusados de la presion de las cuerdas, las heridas del hierro, y la accion de las llamas.

Terminada la causa y á punto de pronunciarse la sentencia, teníanla suspensa los jueces desde los últimos dias de julio, cuando el primero de agosto, recibió Ceinos una carta que, por espreso ganando horas, le mandó su agente en la Veracruz, anunciándole que acababa de desembarcar en aquel puerto D. Gaston de Peralta, Marqués de Falces, Virey electo de Méjico. El corresponsal del Doctor presidente, concluia diciendo:

«Héle visto (al Marqués) al saltar en tierra, y hablá»dole de la Conjuracion; su respuesta fue literalmente la »que sigue: «*La Audiencia sueña con esas cosas hace*

»*tiempo: en habiendo un caballero al frente del go-*
»*bierno, no conjurará la nobleza.*»—«Pero hay presos,
»le repliqué, se está instruyendo un proceso.»—«*En*
»*abriendo las puertas de la cárcel* (respondió), *no ha-*
»*brá presos; ni en quemando los autos, proceso.*»—Sir-
»vaos de gobierno.—Tres dias piensa D. Gaston detenerse
»aquí, que, con dos que le aventaja en el camino mi
»correo, son cinco, los cuales bien aprovechados bastan
»para mucho.»

—«Bastarán (esclamó Ceinos ardiendo en ira) á que las puertas de la cárcel se abran inútilmente, y los autos se quemen en vano, para alguno, cuando menos.»

Y convocados sus colegas inmediatamente, *fallaron que debian condenar y condenaron* á ser degollados por *traidores* á los dos infelices hermanos D. Alonso y Gil Gonzalez de Avila.—¡A Gil Gonzalez! ¿Y por qué?—Porque era del aborrecido linage, y para completar el argumento.

Indudablemente la opinion pública achacaria la muerte de D. Alonso á ruin venganza de los Doctores, por aquel caballero siempre humillados en todo y por todo; indudablemente se hablaria mas de las aventuras galantes de la galantísima doña Beatriz y de la culta Ines, que de la conjuracion política. ¿Cómo responder á tan palmarias acusaciones y evidentes cargos? ¡Cómo! Sencillísimamente: degollando tambien á Gil Gonzalez, quien, viviendo siempre en el campo, á nadie habia humillado, y amante de su esposa no galanteaba á ninguna otra dama. Tal lógica parece, sobre feroz, absurda; y sin embargo, es mas comun de lo que puede creerlo el lector, por su dicha ageno á los negocios políticos.

¿Y por qué no condenaron los Doctores á muerte ni á otra pena mas suave al Marqués del Valle, á su hermano D. Martin, al Dean Molina, á los Castillas, á Bocanegra, ni á ninguno de los restantes caballeros? ¿Qué

importaba matar á los Avilas, si la bandera de la conjuracion se dejaba ilesa, y capaces de defenderla á los mas de sus ilustres campeones?

Porque no presidia un pensamiento de gobierno, ya que de justicia no fuese, á los actos de aquellos magistrados; pues para evitar las contingencias de una conjuracion, en aquellos tiempos de éxito imposible, bastara tomar en tiempo oportuno algunas medidas preventivas, lo cual les escusara llegar al estremo en que se hallaban, y aun en el cual pudieran dejar bien puesta su autoridad sin bañar sus manos en sangre inocente.

Porque los Avilas, poco simpáticos á D. Luis de Velasco, no contaban con su poderosa proteccion; mientras que, si el Capitan General viera amenazadas las cabezas de los principales ó de los mas de los nobles de Méjico, sin duda alguna habia de acudir á defenderlas.

Porque el libertinage, galanterías, disipaciones, despilfarros, duelos y aventuras estrepitosas del malaventurado D. Alonso, hacíanle pasar en concepto de las gentes timoratas por un bandido sin Dios y sin ley; porque, en fin, era preciso que se vengasen en la sangre del esposo de Elvira las fragilidades de las esposas y de las hijas de infinitos habitantes de Méjico, entre los cuales sabemos que figuraban con harto derecho dos de sus jueces.

Víctima espiatoria y casi voluntaria de la conjuracion de Méjico, oyó D. Alonso indiferente su sentencia, que le fue notificada al comenzar la noche del 2 de agosto; mas al escuchar que tambien á su hermano Gil Gonzalez condenaban á muerte los Doctores, helósele de horror y cólera la sangre en las venas.

—«¡Asesinos! (Esclamó iracundo.) ¿No os dije, y no sabeis vosotros, que mi hermano está inocente?—¡Que su sangre caiga sobre vuestras cabezas, que la maldicion de Dios oprima vuestras frentes por toda la eternidad!

¡Oh, padre mio, padre mio! ¡Bien veis que no tengo yo culpa de la iniquidad de estos verdugos! ¡Bien sabeis que ni aun defenderme he querido por no envolver en mi ruina al hijo de vuestra justa predileccion, al honrado hermano que entrañablemente adoro!—Sin duda la muerte de Gil es el castigo de todas mis culpas: Dios se apiade de mi alma, tomando en cuenta el dolor agudísimo que mi corazon destroza!!!»

Pero ¿qué valen declamaciones ni raciocinios contra la venganza, si profanando la espada de la ley se arma con ella? Insensibles los Doctores á las sentidas justísimas quejas de D. Alonso, prosiguieron su obra notificando tambien á Gil Gonzalez la sentencia inícua que á morir le condenaba sin fundamento alguno.

—«¡*Es un asesinato*!» dijo friamente el caballero labrador, cuando hubo terminado el Escribano la fatal lectura; y no añadió palabra á tan lacónica como merecida calificacion de aquel acto de barbarie inaudita.

Quisieran los dos hermanos pasar juntos las horas que de vida les quedaban; pero, á pretesto de que atendieran mejor á la salvacion de su alma, y en realidad por temor de que reuniéndose, aun en la capilla, y aherrojados, y con centinelas de vista, fraguasen y llevaran á efecto algun proyecto de fuga, negóseles rotundamente aquella gracia; ofreciéndoles, sin embargo, que antes de salir al patíbulo se les permitiria darse el postrer abrazo.

Tales y tan tristes escenas ocurrian dentro del recinto de la cárcel, sin que el público tuviese noticia ni siquiera de que el proceso de la conjuracion se habia fallado; pues la Audiencia, temiendo siempre el amor ó por lo menos la inclinacion del pueblo á los conjurados y singularmente á D. Alonso de Avila, á nadie instruyó de su resolucion mas que á D. Luis de Velasco, y aún á ese despues de haber entrado en capilla los reos.

Sobresaltósele el corazon al noble caballero al escuchar tan furibunda nueva; sobresaltósele sí, no pudiendo menos de esclamar á sus solas:

—«¡Desdichada la nobleza, si algun dia cae en ma»nos de estos letrados! ¡Degollar asi á dos ilustres caba»lleros!—Viven los Cielos, que estoy por arrancárselos »de entre las garras á esos tigres..... No: eso fuera »salvar á los Avilas á espensas mias: los Doctores me »pintarian al Rey como cómplice en la conjuracion, y á »Felipe II le basta con la sombra de un recelo para pros»cribir á un hombre!.... Luego ese Marqués de Falces, »que llega de un momento á otro, chocará con la Au»diencia precisamente, y del choque es posible que re»sulte mi Vireinato. Lo siento, mas no puedo evitarlo: »que los Doctores respondan á Dios y á los hombres de »la vida de los Avilas, que yo en tal negocio ni entro ni »salgo.»

Raciocinio de hábil político, lector amado; raciocinio de equilibrista discreto; de Poncio Pilatos, en fin, que es uno de los mortales mas diestros en eso de *jugar con la candela* sin abrasarse los dedos en este mundo, aunque sí el alma en el otro, de que la historia nos conserva recuerdo.

Don Luis, pues, respondió á la Audiencia que á él no le tocaba juzgar á los reos, ni menos á los jueces; que la sangre de los vasallos del Rey, y sobre todo la de los nobles, era preciosa; mas que el Tribunal podia con derecho dictar las sentencias que le pluguiese, salvo el dar cuenta en su dia al Monarca de ambos mundos primeramente, y luego al Rey de Reyes.

Con eso y negarse redondamente á dar de su ejército escolta que condujese las víctimas al suplicio, mas no á que permaneciesen las Banderas que capitaneaba sobre las armas hasta despues de la ejecucion; montando á caballo, salió de la ciudad para el campo, y ere-

yóse al abrigo de toda reconvencion y remordimiento.

Juan de Samano en cambio, empleando toda la fuerza armada de que disponia, hizo ocupar con inteligencia y oportunidad todos los puntos que pudieran llamarse estratégicos en la metrópoli del Anahuac; y repartiendo el enjambre de sus esbirros por calles y plazas, respondió confiadamente á la Audiencia de que ni una mosca podia volar en Méjico sin que él lo supiese á tiempo para apoderarse de ella antes de que llegara á donde estorbar pudiese.

Ni Manuel de Villegas estaba ocioso; antes, como Alcalde ordinario convocando la hueste municipal, estendia una vasta red de rondas sobre la ciudad que, asombrada y de pavor llena, contemplaba tan estraordinarias precauciones presintiendo vagamente, quizá, su objeto, mas ignorante del número y nombres de las víctimas, y por lo mismo pintándose el porvenir con negros durísimos colores.

Tal estaba Méjico durante la agonía de D. Martin Suarez de Monroi, á quien el Cielo, una vez con mortal tan desdichado piadoso, quiso economizar la angustia de saber antes de salir de este mundo que en él estaban ya irrevocablemente condenados al martirio el inocente Gil Gonzalez, y el simpático culpable, de intencion al menos, D. Alonso de Avila, su yerno, y en los últimos tiempos tambien su amigo.

Ignorantes de cuanto ocurria las personas asistentes al lecho mortuorio del hijo de Catalina Suarez cuando ante ellas apareció Juan de Samano, dieron en el primer instante al mensage de que aquel su enemigo fue portador, si no grata, por lo menos no tan lúgubre interpretacion como en realidad tenia; esceptuando, sin embargo, á Fr. Diego de Olarte, quien desde luego receló de qué se trataba.

Elvira y Mencía hallaron natural y justo, ademas,

que al cabo de dieziocho dias de incomunicacion, se permitiese á los presos recibir en la cárcel á sus esposas; y si bien no dejaron de parecerles irritantes, asi el señalamiento de aquel determinado momento, como la forma en que la comunicacion se concedia, atribuyendo esas circunstancias al mal querer y pequeñeces de los Doctores, pensaron solo en aprovechar el tiempo y volar á los brazos de los pobres cautivos.

Por lo que respecta á D. Fernando de Valdestillas, su ánimo no estaba para reflexiones ni raciocinios de especie alguna; su corazon, hondamente lacerado, ya no podia recibir ni impresion que sus padecimientos aumentara, ni alivio que su dolor mitigase. Con la pérdida de toda esperanza de ser correspondido, con la seguridad de que Elvira amaba á su esposo, con la íntima conviccion de serle imposible salvar á sus amigos, el triste doncel solo anhelaba una ocasion de sacudir la pesada carga de su insoportable vida, asistiendo en tanto á los acontecimientos de este mundo, como quien escucha un discurso en lengua á sus oidos peregrina.

Pero, menos apasionados nosotros, y mas curiosos que el infeliz hijo del Comunero, naturalmente quisimos indagar la razon del paso dado por el Alguacil mayor, y he aquí lo que á nuestra noticia ha llegado.

Don Alonso, de quien sabemos y conviene siempre tener presente que, no solo preveia de mucho tiempo atrás su muerte, sino que de veras la deseaba por aburrimiento de la vida, que es, de paso sea dicho, la mas incurable de las desesperaciones posibles; D. Alonso, cuando le hubieron notificado su sentencia, cruzóse de brazos, y púsose á pasear por el calabozo donde quedó en capilla, no acertamos á decir si haciendo exámen de conciencia en el ascético genuino sentido de la frase, si recordando sus aventuras; mas, en efecto, trayendo á la memoria los sucesos de su varia azarosa existencia. Pe-

ro Gil Gonzalez, que tenia poquísimas ganas de salir del mundo, aunque le sobraba corazon para morir dignamente, y cuya vida podia resumirse en pocas palabras, diciendo: *Honrado labrador, cumplido caballero, buen esposo y escelente padre*, carecia, en consecuencia, de aventuras que recordar, y lo primero en que pensó fue en ver por última vez á su amada Mencía.

Es de advertir que, una vez condenados y en capilla puestos los pretendidos reos, entrególos la Audiencia á la custodia y voluntad de Juan de Samano, como Alguacil mayor que era de Méjico, y, por tanto, encargado de todo lo concerniente á la ejecucion de la justicia; por manera que á él, en la cárcel constituido para atender mejor y mas de contínuo á la guarda de personas de tamaña importancia, hubo de dirigirse Gil Gonzalez en solicitud de que se permitiese á su esposa verle en la capilla.

Por todo lo que hasta aquí dijimos de Samano ha podido comprenderse que ni sus entrañas pesaban de blandas, ni sus intenciones de seráficas: mas con todo, hombre de armas él mismo, y conocedor en materia de valientes, cautivábale hasta cierto punto la serenidad pasmosa con que aquellos sus enemigos se disponian á morir en el cadalso. Por otra parte el Alguacil era persona de esas en quienes lo cruel de los sentimientos no escluye lo cortés y blando en las formas; y así, cuando llamado por Gil Gonzalez acudió á su capilla, hízolo ya vestido de negro, y con aire y modales correspondientes á la deferencia debida á un caballero en tan amargo trance puesto.

—«Parece (le dijo el reo) que tratan los Doctores de hacernos morir como á perros, sin muchas ceremonias. ¿No hemos de ponernos bien con Dios, antes de comparecer en su presencia, ni de dar un abrazo á nuestras familias al separarnos de ellas para siempre?

—Perdonad (repuso Samano, afectado ó aparentando estarlo); la Real Audiencia ha querido dejaros en libertad completa para que elijais confesor ó confesores...

—¡No es poca su condescendencia!

—En cuanto á las familias...

—Veamos, ¿en cuanto á las familias?

—No he recibido órdenes.

—¡Ah! ¿Con qué no podemos verlas? ¿Temeis que nuestras esposas os arranquen la presa de entre las manos?

—Digo que no he recibido órdenes, mas, sin embargo, tomaré sobre mí traeros á vuestra familia.

—A mi esposa, Juan de Samano; mi pobre hijo es demasiado niño para ver á su padre en capilla.

—Debo advertiros que mañana...

—¡Ah, mañana! Bien: hoy para mi esposa; mañana, para Dios. ¿Cuando veré á Mencia?

—Antes de un hora.

—Os lo agradezco.

—Pluguiera á Dios que estuviera en mi mano...

—Bueno está, señor Alguacil mayor; traedme á Mencía, y Dios juzgue en lo demas vuestras intenciones.

—¿No querrá D. Alonso, ver tambien á su esposa?

—Sí querrá: traed tambien á Elvira.»

Y en efecto, Samano, sin consultar á D. Alonso, con quien deseaba tener en tales circunstancias el menor contacto posible, resolvió conducir personalmente á la cárcel á las dos desdichadas esposas de los infelices hermanos.

Ya dijimos que entraba en el plan de los Doctores que del amago al golpe mediara brevísimo tiempo, esto es: que Méjico ignorase la sentencia de los Avilas hasta poco antes del instante de presenciar su ejecucion; pues presumian aquellos magistrados, y no sin fundamento, que de tener tiempo para concertarse lo

que de la nobleza quedaba en libertad, el estado llano, y la plebe misma, pudiera acontecer que intentasen, ya por vias pacíficas, ya con las armas en la mano, libertar á los reos del suplicio, consiguiéndolo tal vez, ó cuando menos dilatando su muerte lo bastante para dar lugar á escándalos y conflictos gravísimos.

Que, si para aquel caso contaran los gobernantes con la decidida cooperacion de D. Luis de Velasco, lejos de arredrarse ante la notoria merecida impopularidad de su sentencia inícua, hicieran alarde del escándalo mismo, y con deleite aprovecharan la ocasion de cebarse en nobles, ciudadanos y plebeyos, no admite duda en nuestro concepto: mas Velasco *toleraba* la ejecucion de los Avilas, sin aplaudirla, ni menos aconsejarla: y por otra parte, un motin en vísperas de la llegada del Marqués de Falces, fuera darle á aquel caballero un arma poderosa contra la Audiencia misma.

Por eso fue el secreto indispensable en todos los preliminares del trágico suceso, y por lo mismo, hallándose los intereses de Juan de Samano completamente identificados en la materia con los de los Doctores, á quienes en la apariencia obedecia y en realidad gobernaba, al deferir á los justos naturales deseos de Gil Gonzalez, y anticiparse á los de D. Alonso, obró atinadamente yendo él en persona á buscar á Doña Elvira y á Mencía, y no diciéndoles ni aun á aquellas señoras mismas de qué se trataba, y por qué con tal premura eran á la cárcel llamadas.

Quizás haya persona á quien admire que el Alguacil mayor no negara á los reos el consuelo por uno de ellos solicitado, siendo, como era aquel funcionario, su mayor enemigo, y habiendo mas que nadie contribuido á provocar y precipitar la cruel sentencia que á muerte los condenaba; pero quien asi raciocine conoce poco á los hombres y menos á los de la especie de Samano.

Cuanta mayor es la iniquidad esencial de las acciones de los tales, con tanto mas esmero procuran revestir blandas formas, y aparentar filantrópicos sentimientos. El fanatismo suele ser brutal, la crueldad siempre suave, siempre pérfidamente hipócrita.

CAPITULO VIII.

EN EL CUAL SE PINTAN MELANCÓLICAS ESCENAS MAS COMUNES EN LOS DESENLACES DE LAS CONJURACIONES DE LO QUE Á LOS CONJURADOS CONVINIERA.

URANTE el camino de su casa á la cárcel, que hicieron á pié las dos cuñadas por no detenerse á esperar que les preparasen una silla de manos, precediéndolas el Alguacil mayor, y seguidas del primer criado que á verificarlo estuvo pronto, iban asidas una de otra, en profundo silencio y ansiedad creciente á medida que al término de su breve viaje se aproximaban.

Desde luego las rondas y patrullas que en el tránsito fueron encontrándose, y la tristeza evidente en el aire de las pocas personas que por las calles discurrian, y

ese indefinible aspecto que una ciudad toma en momentos tan lúgubremente críticos como los que nos ocupan, fueron sucesivamente infundiendo pánico terror en los ya contristados corazones de las afligidas esposas: mas cuando al aproximarse á la prision que guardaba á los Avilas para no entregarlos mas que al verdugo, advirtieron el sin número de centinelas que rodeaban el edificio, y las estraordinarias precauciones de no dejarlas adelantar un paso sin que antes diera el santo el Alguacil mayor, y luego se nombrara, y despues pusiese de manifiesto la persona para que de su identidad no cupiera duda, ya los recelos, convirtiéndose en evidencias, acongojáronlas de modo que Mencia en particular estuvo á punto de perder el sentido.

—«¡Animo, hermana mia! (Díjole la valerosa Elvira, sacando fuerzas de flaqueza). ¡Animo, Mencia! Mostrémonos dignas del nombre que llevamos; y que no vean esos *miserables sopistas* que flaquean las esposas de los Avilas!

—¡Ah! (Replicó la muger de Gil Gonzalez). ¿No ha de flaquear la hiedra cuando es derribado el tronco á que vive asida?»

El dolor hizo poética á la muger mas prosáica del mundo en circunstancias ordinarias... Pero ya con férreo tétrico son se movian cerrojos y candados; ya, rechinando en sus duros goznes, abríanse las macizas pesadas puertas de la cárcel; ya, patente el ingreso de aquella mansion del crímen y de la desgracia, del llanto y de la desesperacion, mostraba sus lóbregas sinuosidades, donde moribundas lámparas con vacilantes llamas, ardian solo para que el horror de tan miserable espectáculo fuese perceptible, mas no para disipar las negras nieblas que allí estaban como en su alcázar y natural asiento. Al crujir de las armas de las centinelas que acompasadamente se paseaban, al resonar de la pesada marcha de los lla-

veros que iban y venian silenciosos como fantasmas, al gruñir, en fin, de los feroces perros que al fabuloso Cancerbero reemplazaban en el vestíbulo de aquella infernal morada, penetraron trémulas, en sus mantos envueltas, y opreso el corazon por la helada mano de la congojosa duda, Elvira y Mencía, guiándolas el Alguacil mayor con solícita cortesía y melancólico continente.

Ni aquella alma endurecida por la codicia, ni aquel espíritu avezado á todas las crueldades de la conquista y de la guerra civil, ni aquel hombre, en fin, que con la muerte de los Avilas lograba sus deseos de muchos años, y recogia el fruto de intrigas incesantes, pudo permanecer del todo insensible en el solemne instante á que nos referimos.

Por dicha, pocas veces llegan los mortales á sofocar del todo en sus corazones los generosos instintos de la naturaleza; la humanidad no se borra completamente ni de los mas duros pechos; y la mano misma del asesino alevoso se estremece al clavar el puñal en el seno de su indefensa víctima.

Samano, pues, al conducir á las dos esposas, cuya viudez estaba tan próxima, á los calabozos en que, contando por instantes el breve tiempo que de la eternidad los separaba, yacian los hermanos Avilas, sèntia una opresion y desasosiego, un descontento de sí propio, un temor al porvenir que, como precursores de la justicia divina, preludiaban ya á los remordimientos que mas tarde ó mas temprano acosan á todo delincuente, á menos de que una bestia bruta sea.

¡Oh cuántas menos crueldades cometieran los tiranos, si todas hubiesen de perpetrarlas por su mano, ó cuando menos de asistir siempre á la agonia de sus víctimas!—Pero ya saben ellos lo que hacen matando solo con la palabra, y dejando á sus viles sicarios que la cuchilla descarguen, ó el dogal aprieten!.... En fin, vol-

vamos á la cárcel de Méjico, si bien no quisiéramos haber llegado á tan melancólicas escenas con nuestro cuento, al comenzarse festivo, alegre y ligero. Asi es la vida; asi tambien el tiempo: risa en la juventud, flores en primavera; y en invierno yelos, y en la vejez tristezas!!!

El Alguacil mayor caminaba á espacio, temiendo el instante en que, con solo ver cada una de aquellas señoras á su esposo, habia de hacerse cargo de la situacion en que le encontraba; porque un calabozo entapizado de negro, y en él un altar con Crucifijo y cirios encendidos, revelan tan á voces su objeto, que una sola mirada sobra para que el menos avisado lo adivine.

—«¿Dónde están? (preguntó Elvira mas impaciente ó menos abatida que su cuñada).

—Vuestro esposo, (respondió Samano, dirigiéndose á Mencía y haciendo seña al llavero que le precedia de que abriese un calabozo), vuestro esposo en esa estancia: entrad, Señora.»

Y apresurando su marcha, para no presenciar los primeros transportes de dolor de la muger de Gil Gonzalez, llevóse en pos de sí á la de D. Alonso, hasta conducirla á la capilla de aquel, que estaba en el estremo de la cárcel opuesto al que ocupaba la de su hermano.

—«Aquí es:» dijo al llegar á la puerta, y retiróse precipitadamente antes de que el llavero concluyese de tirar los cerrojos.

En el discurso de su vida, sembrada de contradicciones y amarguras, el autor de estas páginas ha presenciado muchas catástrofes, asistido á no pocos dolorosos espectáculos, y vístose él mismo mas de una vez ya en calabozos, ya en grave riesgo de sucumbir al furor de enconadas pasiones políticas: pero nada, gracias al Cielo con él piadoso, ha superado las fuerzas de su espíritu mas que la consideracion de lo que padecen,

no aquellos que mueren á mano airada, sino los que, dependiendo de ellos y amándolos tiernamente, se quedan en el mundo aislados en medio de una multitud que el primer dia dice:—«¡Qué lástima de gentes!»—El segundo: «¡Es preciso consolarse; la cosa no tiene ya »remedio!»—Y el tercero esclama con impaciencia: »¡Estais importunos! ¿Quién se acuerda ya de eso?»

Todo lo cura el tiempo; no hay herida que el tiempo no cicatrice: cierto, esceptuando, sin embargo, aquellos á quienes el dolor mata antes de que el tiempo los cure: pero el tiempo tampoco le da á la esposa la consideracion que pierde, ni el amparo que le falta al morir su esposo; ni á la doncella la sombra paterna, antemural poderoso de su honra, garantia de su virtud, y espanto de viles seductores; ni al mancebo la enseñanza y ejemplo, el consejo autorizado, el guia práctico en los escabrosos caminos de la vida. ¡Oh no! Nada ni nadie reemplaza en el hogar doméstico al gefe natural de la familia, al padre y al esposo; y eso lo sienten, mas que lo saben, las mugeres y los hijos; y por eso, en trances como el que nos sugiere estas melancólicas reflexiones, hasta el hijo desobediente, hasta la esposa infiel misma, acuden, desgarrada el alma y en pedazos deshecho el corazon, á decir el último adios al que en vida ofendieron, y moribundo reconocen ser el alma de su social existencia.

Y si tal acontece á las que á sus deberes faltaron, ¿Qué será de aquellas que, limpia la conciencia, pueden estrechar á su acongojado seno, antes de que pase al poder del verdugo, al hombre cuyo apellido llevan honradamente?

Si nuestra pluma fuera ahora la que envidiamos á Young ó á Cadalso, bastara apenas á bosquejar los dos fúnebres cuadros que nos esperan; porque en verdad no hay palabras suficientes á encarecer, ni el dolor hu-

milde de Mencía, ni la pena altiva de doña Elvira. Supla la fantasia del lector lo que nuestro inseguro pincel á retratar no alcanza, y ponga la sensibilidad sus esquisitas tintas alli donde las de la pobre paleta del autor manchan inhábiles el lienzo.

Abrirse el calabozo donde Gil Gonzalez, sentado cabe el altar, meditaba con melancólica serenidad sobre el cruel capricho de la fortuna que, de la quietud de su pacífico retiro, le arrojaba tan sin culpa suya bajo el hacha judicial; herir los ojos de Mencía el resplandor opaco de los amarillentos cirios, y el triste, aunque piadoso aspecto del Redentor crucificado; y exclamar la infeliz:—«*Van á matarle*!!!» y caer sin conocimiento en brazos de su esposo, no sabemos qué cosa fue primero.

—«¡Mencía de mi vida! (Murmuró Gil asiendo á la desmayada señora:) «vuelve en ti: piensa en nuestros hijos!»

¡Nuestros hijos! Quien no los tiene ignora seguramente el poder invencible de esa frase, talisman omnipotente en el corazon de una madre, íris de paz en las tormentas conyugales, norte de la vida cuando cesan todos sus demas atractivos, báculo con cuyo apoyo soporta el hombre hasta la carga misma de la miseria, lazo que con la posteridad nos une, único antídoto contra la gangrena del egoismo.

¡Nuestros hijos! Esas palabras son á un tiempo la historia y el porvenir de los padres; el resúmen de sus afectos; el símbolo de su honra; el cimiento de su orgullo; el consuelo de todos sus males, y el orígen tambien de todas sus penas.

¡Nuestros hijos! ¿Pues, si por ellos no fuera, cómo habian de soportar los desheredados de la fortuna la ruda lid y desesperada lucha contra las exigencias de la necesidad, y las tentaciones del vicio á que nacen de por vida condenados?

¡Oh, sí! La voz de Gil Gonzalez, recordando á Mencía sus hijos, penetró en el alma de la afligida esposa, rompiendo las tinieblas de su angustia, como desgarra el rayo solar el seno de la mas densa nube; y apareciendo en aquel mísero lacerado corazon la imágen de las inocentes prendas de una union hasta entonces tan feliz como casta, diéronle fuerzas para soportar su martirio.

Y recobró Mencía los sentidos; y cayendo de rodillas ante el que en el Golgota derramó su sangre por redimir á la humanidad culpable, mereció que el ángel de la resignacion confortara su espíritu con el bálsamo de la esperanza en Dios; y luego, sentada en el banco del preso, enlazando cariñosamente su cuello, bañando con lágrimas sincerísimas el rostro del padre de sus hijos, pudo hablar de ellos y de su futura suerte, si no con serenidad, al menos sin desesperacion, y de manera que Gil Gonzalez llevase á la tumba el consuelo de saber que, aun muerto él, seguiríanse sus consejos en cuanto á la enseñanza de los que el ser le debian.

De vez en cuando rebelábase Mencía, contra la iniquidad de la sentencia, negándose á creer que fuera posible la perpetracion del jurídico asesinato de su marido; mas Gil Gonzalez le decia:—«Es una atroz injusticia, »sin duda, la que en mi persona va á cometerse; pero »no podemos evitarla, amada de mi corazon, ni soy yo »el primero de los hombres que muere traidoramente »asesinado. No perdamos, pues, el tiempo en inútiles »declamaciones y vanas quejas; hablemos de tí, y de »nuestros hijos, para que despues me queden libres al»gunas horas, á fin de prepararme al juicio del Hacedor »Divino.»

Entonces, volviendo el diálogo, como un arroyo estraviado, á su primitivo cauce, Gil dictaba otra vez reglas de conducta á Mencía, y ella de nuevo protestaba

con sinceridad profunda consagrarse á llorar al que idolatraba, y dar tan cristiana cuanto hidalga educacion á sus hijos.

Notemos aqui un fenómeno en el órden moral importantísimo, á saber: que una vida ajustada siempre á las reglas de la sana moral, y la ausencia en ella de pasiones violentas, si no siempre aseguran el posible bienestar en la tierra, producen al menos la inmensa ventaja de preparar el espíritu de manera, que en las mas desechas tempestades y crueles tormentas, halla siempre recursos en sí mismo para resignarse, y cruzar, ilesas su dignidad y entereza, el piélago insondable de las desdichas humanas.

La escena que nos ocupa lo prueba asi con evidencia: en los dos esposos que en ella figuraban la afliccion era honda sin duda alguna, mas tambien serena sin altivez, tambien digna sin teatral aparato; preparándose él á morir en el suplicio, y ella á la viudez, con resignacion cristiana y heróica conformidad.

¿Qué pasaba en tanto en el calobozo-capilla de Don Alonso de Avila? Allí no menos fortaleza, quizá mas elevacion de ánimo, pero tambien mucha menos ternura, infinitamente menos humildad ascética.

—«¡En fin! (esclamó Elvira entrando en la lúgubre estancia.) ¡En fin, Alonso, esos malvados van á satisfacer en la vuestra, la sed de sangre noble que los devora!

—En mí, Elvira mia (respondió Avila besando la mano de su esposa), importara poco: pero tambien asesinan á mi pobre Gil.....

—Es hermano vuestro, Alonso, y es caballero. ¿Paréceos poco delito?

—No puedo, Elvira; no puedo avenirme con la idea de que mi hermano, inocente de toda culpa en este caso, ignorante de mis proyectos, tan ageno á mis gloriosos

malogrados pensamientos, como á mis locas mocedades, haya de morir en el cadalso. Os digo—y perdóneme Dios—que hay para dudar de la justicia de la Providencia, si tal acontece.

—No blasfemeis, esposo mio, en tales momentos: la Providencia ofrece á los buenos en el martirio el medio de conquistar la gloria eterna.....

—Es cierto, Elvira; asi lo creo, respetando humilde, en cuanto á mí sobre todo, los inescrutables designios del Altísimo: pero ¿qué quereis que os diga? Me rebelo contra el inícuo asesinato de Gil Gonzalez. Sí; es un infame villano asesinato el que esos hombres cometen; es, en fin, porque quiero descubriros hasta lo mas profundo de mi pensamiento, es matar mi alma al propio tiempo que mi cuerpo.

—¿Por qué, Alonso, por qué?

—¿No comprendeis, Elvira, que la sangre de mi hermano va á caer sobre mi cabeza, al hacer rodar entrambas el hacha del verdugo? ¿No comprendeis que voy á comparecer ante el Juez Supremo con el nefando sello de los fratricidas estampado en la frente?

—No delireis, Alonso mio; no delireis, por el Cielo Santo. ¿Seria posible que á vos, el mas valiente caballero de Nueva España, os abandonase el esfuerzo, cuando esta flaca muger, cuyas entrañas destroza el dolor de perderos, se muestra serena?

—¿Qué decís, Elvira? ¿*El dolor de perderme*?

—Alonso, ¿es vuestra esposa, por ventura, alguna despiadada pantera?

—Sois una dama honrada y quizá sensible tambien; habeis sido casta y fidelísima esposa; vuestra virtud fue siempre harto superior á mis merecimientos; y no dudo de que sinceramente deplorais mi mala suerte: pero.....

—Acabad, Alonso: por duras que sean vuestras palabras, mas merezco.

—Séame testigo *aquel* que dentro de breves horas va á juzgarme, de que no me creo con derecho, Elvira, para reconveniros: antes quiero y debo implorar de vos el perdon de ofensas que no merecisteis nunca: pero, vuelvo á decirlo, entre la compasion que vuestra alma noble y generosa, como lo es, no puede negarme, y el dolor que debe sentir nuestra hermana Mencía al perder un esposo amado y digno de serlo, hay harta diferencia, Elvira!»

Mientras asi hablaba melancólicamente D. Alonso de Avila, deplorando allá en lo íntimo de su corazon la desdicha de no haber acertado nunca á inspirar á muger alguna, y menos á la suya que á las restantes del largo catálogo de las que poseido habia, un amor de esos que, identificándose con la existencia, refunden dos almas en sola una, contemplábale Elvira, depuesta su altivez nativa, con lágrimas de ternura en los ojos, y palpitante el alabastrino seno.

—«¿Y quién *te ha* dicho (esclamó al concluir Avila, articulando con dificultad las voces por contínuos sollozos interrumpidas), quién te ha dicho, Alonso mio, que no eres tú tanto y mas digno de ser amado que tu hermano? ¿Quién te ha dicho que tu esposa, que tu Elvira, no te ama con toda la ternura de su corazon, con todo el fuego de su alma, con toda la exaltacion propia de la sangre del guerrero ilustre que en sus venas discurre? Mírame á tus pies de rodillas, Alonso amado, pidiéndote perdon de mis locas altiveces y orgullosos desdenes, causa quizás única, como con dolor profundo lo confieso, de muchos de tus estravios; y ofreciéndote tarde—muy tarde, sí, para nuestra ventura—el amor de esposa, la pasion de amante, la obediencia de esclava, el arrepentimiento de culpable!

—¡Oh mi Elvira, mi bien, mi dulce señora! ¿Qué estás diciendo? ¿Sueño yo, por ventura, ó estoy ya mas

allá del cadalso y de la tumba en la celeste morada, y ha revestido las formas de mi Elvira alguno de los ángeles del Señor predilectos? Habla, mi bien: vuelve á decir que me amas; que tu dulce voz, que tu mágico acento penetren de nuevo en mi alma. Habla otra vez; y ven á mis brazos, y dure los siglos de la eternidad mi engaño, si es ilusion del sueño la ventura que gozo!

—Verdad es, Alonso mio; verdad es; yo te amo, sí; yo te adoro. Tu valor, tu desinteres, tu grandeza de ánimo; la caballerosidad, la nobleza de tu corazon, triunfaron de la esquivez del mio y de las sugestiones del orgullo, y ..... porque debo decírtelo todo, sí, todo.—Triunfaron tambien de otro amor, culpable por ilícito, pero que nunca llegó á mancillar mi honra.

—¡Ven, ven otra vez á mis brazos! ¡Oh la mas bella como la mas sublime de las mugeres! ¿Por qué te he conocido tan tarde? ¡Quizá los espíritus celestes solo á los moribundos se revelan!

—¿Me perdonas, Alonso?

—¡Te adoro, Elvira! ¿Es mio, enteramente mio, tu corazon?

—Como de Dios la fé que profeso. Y tu Alonso ¿eres ahora de tu Elvira completamente?

—¡Oh mi bien, soy tan tuyo, tan del todo tuyo, como será mañana mi cuerpo del verdugo! »

Y en aquel calabozo entapizado de negro, sin mas luz que la de las fúnebres antorchas que sobre el altar ardian, sin mas testigos que la imágen angustiosa del hijo de María en la cruz enclavado, sin mas porvenir que el de algunas horas de agonia, y con el cadalso en próxima perspectiva, aquellos dos esposos que en largos años de libertad, opulencia y magnífico estado nunca pudieron avenirse, trocaron sus almas, encadenaron sus voluntades, y estrechamente enlazados, sintieron palpitar unísonos sus dos magnánimos corazones.

¡Oh sí! Cuanto Elvira habia soñado de grandezas y quiméricos triunfos; cuanto D. Alonso gozado en voluptuosas orgías, fue humo, vanidad, viento y decepcion, comparado á la ventura celeste de sus almas uniéndose al borde de la tumba, y entreviendo en la eternidad un mundo donde para siempre vivir en lazo indisoluble, sin sobresaltos ni temores.

Avila y Elvira fueron dichosos, completamente dichosos algunos instantes; mas dichosos que ellos mismos lo creian posible, en la capilla de la cárcel de Méjico.

Tanto peor para el que lo dude, pues en tal caso nos permitirá decirle que tiene sentidos, pero no un alma sensible, prenda, á la verdad, mas importante para figurar en una novela que para sacar partido de este pícaro mundo.

No faltará tampoco quien acuse á Elvira de inconsecuencia, y al autor de su historia de no haber sostenido como debia su carácter, pues no se consiente en libros como el presente que la heroina ame nunca mas de una vez, y esa tan de veras que, si de amor no muere, al menos llegue á necesitar la Uncion Santa. Ya no recuerdo en qué Parte ó Capítulo probé, á mi modo, que es un absurdo decir que solo se ama una vez en la vida, siendo el amor un sentimiento innato, una dote propia, lo mismo que el talento y que el valor, de que cada cual usa en el discurso de su existencia, aplicándola segun los casos y las circunstancias; ya dije, y repito porque asi lo creo, que puede amarse y mucho, y sincera y apasionadamente, veces distintas y sucesivas, mientras duran las facultades amatorias, lo mismo que un hombre no gasta su valor en la primera hazaña, ni su ingenio en el primer caso difícil que salva, y los encuentra y usa siempre que el peligro lo exige ó la ocasion lo requiere. Mas por lo que á Elvira en particular respecta hay que tener presente su posicion escepcional en todos sentidos,

y que si naturalmente hubo de apartarse de su marido mientras vió en él al libertino desenfrenado, al ocioso insustancial, nada mas lógico que el que la cautivase luego que se hizo precisamente todo lo contrario.

El infeliz D. Fernando de Valdestillas tuvo la desgracia de ser el instrumento destinado á despertar en el corazon de Elvira el adormecido perezoso instinto amatorio; si las circunstancias por una parte, y la sólida virtud de la esposa de Avila por otra, no los separasen invenciblemente, no dudamos de que la bellísima nieta del Conquistador de Méjico le amara hasta el fin de sus dias; mas Elvira, que nunca sacrificó sus deberes ni por un instante al amor de D. Fernando, que jamás le miró sino como imposible, que siempre se consideró á sí misma culpable en el hecho de no amar á su esposo; sin violencia ninguna, sin ser inconsecuente á su carácter, lejos de eso conforme á él, pudo y debió entregarle su corazon á D. Alonso en los momentos en que lo hizo.

¡Y qué momentos! En verdad los mas apropósito para cautivar un alma como la de aquella hermosura, dotada de una exaltacion entusiasta y sin límites, y por el cúmulo de desdichas que en pocos dias cayeron sobre ella á un estado de escitacion violenta casi inconcebible llegada.

Y si, como lo dijimos muy desde que de Elvira á hablar comenzamos, su corazon no podia rendirse á una pasion vulgar, su alma necesitaba un *amor imposible*, ¿Cuál mas imposible que aquel que, á un hombre á muerte condenado y ya en capilla puesto, se consagra?

Finalmente, si todos esos argumentos no bastan, alegaremos el decisivo, la *última ratio* de los historiadores; *así fue*, lector carísimo; *asi fue*, y contra los hechos no hay raciocinio que valga.

Volviendo ahora á nuestros amantes esposos, di-

gamos que, no por entregarse, como lo hicieron, á su lícito exaltado amor, olvidaron del todo las amargas circunstancias en que se encontraban, ni los deberes que ellas les imponian.

Don Alonso, atormentado siempre por el recuerdo del sueño ó aparicion en que la sombra de su padre le habia hecho responsable de la vida de su hermano Gil Gonzalez, insistió mas de una vez en lamentarse de la sentencia inícua que al inocente confundia con el culpable; y ya, por último, dijo á su esposa:

—«¿No ha de haber, Elvira amada, medio alguno de sustraer á mi hermano á la horrible inmerecida suerte que le aguarda? ¡Ah, si nuestro padre estuviese en Méjico! ¡Ah, si Fernando de Valdestillas no nos hubiera dejado!»

La infeliz Elvira, que, por no afligir inútilmente á su marido, habíale hasta entonces ocultado el reciente fallecimiento de D. Martin Suarez; y por no despertar en el corazon de D. Alonso la memoria de los antiguos celos, evitado tambien hablar del hijo del Comunero, no pudiendo, al oir que así invocaba el generoso sentenciado aquellos dos nombres, reprimirse mas tiempo, esclamó con doloroso acento:

—«¡Ay, Alonso mio, tu Elvira, que mañana será viuda, es huérfana ya de pocos momentos acá...

—¡Cielos! ¿D. Martin ha muerto?

—¡En mis brazos, Alonso!

—¿Cómo, Elvira, cuándo?

—Alevosamente asesinado por un indio fanático; y su cuerpo aún no estaba frio cuando de él me he separado para venir á darte el último adios!

—¡Oh fatalidad incomprensible la que sobre nosotros pesa! ¡Oh rigor implacable de la suerte con la descendencia de un hombre por su grandeza para siempre ilustre!—¡Pobre esposa mia! ¡Infeliz, Elvira! Todo lo

pierdes en un momento mismo: Dios te dé fuerzas para soportar tanta desdicha.

—Y á tí, mi Alonso, para morir á un tiempo como cristiano y como caballero!

—No me faltarán, mi dulce señora, no me faltarán, yo te lo juro por tus divinos ojos: Pero ¿Que va á ser de tí, una vez terminada la tragedia de mi vida?

—¿Qué va á ser de mí, Alonso? ¿Y tú no lo adivinas? ¿Puedo yo vivir en medio de los asesinos de todo cuanto en el mundo he amado? ¿Puedo en realidad ni aun vivir, cuando nada me es posible amar?

—¿Habré yo de recordarte, amada esposa, que la vida no es nuestro bien, sino nuestra carga, y que no nos es lícito soltar la cruz que en suerte nos cabe, por inmensa que sea su pesadumbre?

—No, Alonso mio, no he menester que me recuerdes mis obligaciones de cristiana.

—No te entiendo, entonces.

—Así que, dejando este valle de lágrimas, vuele tu espíritu generoso á la mansion de los bienaventurados, Alonso, tu esposa entrará en un claustro para no salir nunca de aquel retiro.

—¿Tan jóven y tan bella, y tan noble y tan rica, amada de mi alma, reducirte á la estrechez de una celda y á la soledad de un monasterio? No, mi bien, nó: yo no puedo consentirlo. Inmensa es y debe ser ahora tu afliccion; quiero lisongearme con la esperanza de que mi memoria no se borre de tu pecho; pero... En fin, Elvira, no hay pena que el tiempo no alivie, no hay melancolia que á los años no ceda, no hay corazon de muger hermosa que mas tarde ó mas temprano... ¡No te rebeles hoy contra tu esposo, y óyele paciente por la vez postrera!—Pasarán años, quizá, sin que otro amor te sea posible; al cabo de ellos un dia pudiera parecerte lo contrario. Huye de Méjico, vete á Europa, llevándote

contigo á nuestros criados, sobre todo á Juan de Victoria y Gonzalo Nuñez que celosa y honradamente nos sirvieron siempre...

—No mas, Alonso: mi resolucion está tomada y es invariable: un convento para siempre: y ese convento cerca de tu sepultura.

—Elvira mia, esa resolucion es un delirio. ¿Sabes tú lo que son dias, y meses, y años de soledad constante?

—¡Oh, no será larga esa soledad que tú tanto temes para tu Elvira, y ella anhela con toda su alma! No será larga, nó: mi pena es compasiva; es de las que matan pronto.

—No me digas tal, si no quieres que el dolor acabe antes que el verdugo con mi vida!

—¿Tanto temes reunirte de nuevo con tu Elvira? Antes de un año, el corazon me lo dice, estaré contigo, Alonso amado!

—¡Y morir cuando soy tan dichoso! ¡Morir cuando así, y tan de veras me ama la mas perfecta de las mugeres! ¡Morir cuando por vez primera amo sin culpa! ¡Morir, Dios mio, al saber que un ángel poseo!

—Alonso, resignémonos con la voluntad de Dios: nuestro amor no es de la tierra: solo en el Cielo puede gozarse! »

Otra vez al llegar el diálogo al punto en que lo interrumpimos, sofocó la pasion todos los demas penosos sentimientos que aquellos dos amantes corazones no podian menos de agitar en tan amargas circunstancias; otra vez, olvidando, estrechamente enlazados, el sitio en que se hallaban y el tremendo dia que á pasos agigantados iba acercándoseles, fueron momentáneamente felices los dos esposos.

Mas tal ilusion no podia prolongarse mucho; y en efecto, Avila volvió pronto á la idea que le atormentaba; la sentencia de su hermano, con cuya evidente injusti-

cia no acertaba á resignarse, ni era fácil en verdad hacerlo.

Dominado, pues, como por un remordimiento, por aquella preocupacion, volvió á decirle á Elvira:

—«Mi muerte es sin duda espiacion, dura quizá, mas al cabo merecida, de mis culpas y estravios: pero la de Gil..... la de Gil, una infamia..... la crueldad mas gratuita, mas inútil que cupo nunca en corazon de tigre.

—Cierto, Alonso. ¿Mas, es nuestra la culpa por ventura?

—Mia es hasta cierto punto, y lo será mas, si no consagro lo que de vida me resta á salvar la de mi infeliz hermano. ¿Qué es de Fernando de Valdestillas? O yo le conozco mal, ó, si él está en Méjico, no ha de consentir que impunemente asesinen á Gil.»

Elvira, en respuesta, refirió á su marido puntual, aunque brevemente, todo lo que el lector conoce de las aventuras ó mas bien desventuras del hijo del Comunero desde que, separándose en Tlaxcala de su anciano padre, acudió á Méjico en hábito de novicio de la órden seráfica, hasta el momento en que le habia dejado velando, con Fr. Diego de Olarte, el cadáver de D. Martin Suarez de Monroi. Conocia demasiado bien D. Alonso á los hombres en general y á la gente de Méjico en particular, para que le sorprendiera de ningun modo el giro que, á causa de la prision del Marqués y los principales de su parcialidad, tomaron los negocios políticos, ni menos que el terror se hubiese apoderado de los ánimos de nobles y plebeyos, de indios y castellanos igualmente: pero al mismo tiempo, teniendo fe profunda en la hidalguía de los sentimientos, y en el valor resuelto de D. Fernando, érale imposible persuadirse de que aquel poético esforzado mancebo se rindiese como los demas al poder de las circunstancias.

—«Tú, Elvira (decia), eres injusta con ese mozo: le faltan instrumentos, sí; quizá por carecer de esperiencia, y estar por su desventurada pasion preocupado, no halla en sí mismo los recursos que un hombre como yo encontrara para salvar á sus amigos: pero abandonarlos, pero contentarse con verter estériles lágrimas sobre sus tumbas....! No, Elvira, no: Fernando es incapaz de tal cobardia!

—¡Oh! ¡Sin ser cobarde puede hoy desesperar de salvaros!

—A mi no es posible: pero á mi hermano.....

—¿Por qué á Gil mas bien que á tí, Alonso mio?

—Porque yo soy aquí la víctima predilecta, y mas diré: predestinada. Dios quiere que yo muera en el cadalso, y será. No asi de Gil, Elvira. Es preciso que yo vea á Fernando.

—¿Y cómo?

—Fácilmente.

—Esplícate..... »

Al decir así la bella Elvira, resonaron los cerrojos y abrióse la puerta del calabozo, apareciendo en ella, pálido como un cadáver, Juan de Samano, quien dijo con voz balbuciente:

—« Comienza á amanecer, señora, y es preciso que os retireis.

—¡Tan pronto! (Esclamó aterrada la bellísima dama.)

—Necesito algun descanso, Elvira amada, si no he de comparecer ante el pueblo ojeroso y caido, cual si tuviera miedo. Retírate ahora, y.....

—¿Volveremos á vernos?

—Sí, Elvira: todavia una vez para despedirme de tí. ¿No es verdad Samano?

—Como gustáreis, D. Alonso.

—Ya la oyes, mi bien: retirate. »

Quiso Elvira hablar y no pudo: los sollozos anudaron las voces en su garganta; y cediendo, en fin, por completo á la humana debilidad, siendo una vez en su vida muger y no mas que muger apasionada y sensible, desmayóse en brazos de su esposo. Entonces Avila, hondamente conmovido, mas dominándose con heróico esfuerzo, dióle un tiernísimo beso en los apagados ojos, y dijo á Juan de Samano:

—«Aprovechad ahora la ocasion de llevaros á esta desdichada; haced que á mi quinta de Chapultepec la conduzcan para que el clamoreo de las campanas no hiera sus oidos, y que no vuelva... que no vuelva á verme. Si esta escena se repite, puede privarnos á mí del valor que tengo, y á ella misma de la vida.»

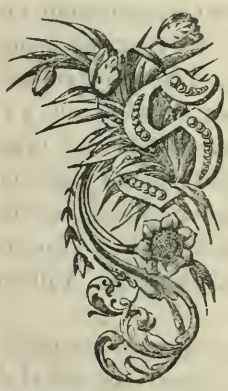
Dos llaveros ejecutaron la órden de Avila, procurando suavizar sus rudas manos para sustentar en ellas el cuerpo desmayado de la bella Elvira; el Alguacil mayor, que ya en el mismo lastimoso estado habia tenido que sacar á Mencía del calabozo-capilla de Gil Gonzalez, murmuró entre dientes:

—«¡Maldito encargo me dieron los Doctores! ¡Matar á un hombre con la espada es un juego en comparacion de hacerle agonizar tan penosamente en capilla! ¿Alcanzará la misericordia de Dios á los que á tanto se arrojan?»

Ya el espíritu inflexible del remordimiento comenzaba á esgrimir su duro azote contra los asesinos de los Avilas!

CAPITULO IX.

DE UNA APARICION QUE TUVO DON FERNANDO DE VALDESTILLAS, Y DE LA MALA NOCHE QUE PASARON LOS DOCTORES CEINOS Y VILLALOBOS LA DEL DOS AL TRES DE AGOSTO DEL AÑO DE 1566.



ALGAMOS un momento de la mefítica lóbrega atmósfera de cárceles, calabozos y capillas, á respirar el puro ambiente del clima mejicano, ya que no en el campo como quisiéramos, y nuestro angustiado pecho necesita, al menos en un, no sabemos si llamarle jardin ó cementerio del convento de S. Francisco de Tlatelolco; pues aunque á la verdad no es alegre el espectáculo que nos espera, al cabo variamos de escena, y por triste que ella sea nunca puede ser tan ingrata y repugnante como lo será siempre con-

siderar de cerca á infelices condenados por la Justicia (asi la llaman) á morir en el patíbulo, ya por culpas propias, ya por agenos errores, si no en satisfaccion de las rencorosas pasiones de sus pretendidos jueces y en realidad asesinos.

Habia en la época de nuestro triste relato un gran patio interior en el convento de San Francisco, poblado de cedros y cipreses en distintas calles repartidos, y bajo cuya melancólica sombra estaban las sepulturas de los religiosos que el Señor se dignaba llamar á mejor vida.

En ese, como deciamos, jardin ó cementerio, porque las fúnebres cruces alternábanse allí con árboles y flores; en ese cementerio, repetimos, de ordinario sombrío y silencioso durante las altas horas de la noche, al sonar la última campanada del reloj anunciando el término del dia dos y el principio del tres de agosto, pudiera ver el curioso, si alguno lo fuese tanto que hasta aquel recóndito parage llevara sus indagaciones, entrar dos hileras paralelas de religiosos, gravemente melancólicos los rostros, con encendidos cirios en las manos, y en voz sumisa, mas con solemne ritmo, entonando uno de los salmos del oficio de difuntos. La cruz con manga negra, los ciriales, los turiferarios, el hisopo y calderilla, precedian á un atahud por seis frailes llevado, y en pos del cual iban tres sacerdotes revestidos con ornamentos de luto, cerrando el acompañamiento hasta media docena de indios cristianos, á cuya cabeza figuraba nuestro buen amigo el tlaxcalteca Cristóbal; y otro tanto número de europeos de condicion media, á juzgar por sus trages.

Mas por cumplir con las formas que por necesidad, decimos que el cuerpo en el atahud encerrado era el de D. Martin Cortés de Suarez, el del hijo de Catalina la primera esposa de Hernando, el del padre de Elvira, el

del *Mártir*, en fin, inventor y autor de la funesta conjuracion que tan desastrosamente estaba á punto de desenlazarse.

Luego que las mugeres de los dos hermanos Avilas salieron de la estancia mortuoria para seguir á Juan de Samano á la cárcel de Méjico, Fr. Diego de Olarte y Fernando de Valdestillas, en una conversacion que ante el cadáver de su infeliz amigo tuvieron, despues de haber convenido en que indudablemente anunciaba la condescendencia de los Doctores con las esposas de los presos algun gravísimo y no fausto cambio en la suerte de aquellos, creyeron tambien oportuno, tanto para evitar que se renovase el dolor de Elvira, cuanto para nó dar pretesto á mas persecuciones y pesquisas judiciales, proceder desde luego á la inhumacion del cuerpo de don Martin. Acordado así, dictó el Provincial las disposiciones convenientes para improvisar un fúneral, piadoso al menos, ya que en la ostentacion no correspondiera á la categoria que en el mundo hubiera debido ocupar el primogénito del Conquistador de Nueva España; y, en efecto, llevado el cadáver al convento en una silla de manos por los criados de D. Alonso, hiciéronsele á puerta cerrada exequias de cuerpo presente, y condújosele en seguida al cementerio de la comunidad, concediéndole los honores de aquella sepultura, tanto por los beneficios que la Orden debia á su ilustre padre, cuanto por la piedad cristiana y amor á los frailes franciscanos que tuvo y probó con hechos durante su vida el asesinado caballero mismo.

Don Fernando de Valdestillas quiso ser uno de los que con sus propias manos cavaran el hoyo en que para siempre iba á descansar el cuerpo de D. Martin, y tambien él, en ausencia de todo pariente, se abrogó el privilegio de arrojarle encima el primer puñado de tier-

ra, diciendo, mas con el corazon que con la lengua:

«BLANDA TE SEA, *al derramarla encima.*»

Ya el lector supondrá que Fr. Diego seria el oficiante en la triste ceremonia, concluida la cual, y pronunciando el postrer voto que los hombres pueden hacer por sus semejantes, voto que bellamente espresa la Iglesia con estas sencillas palabras: «¡*En paz descanse*!» retiráronse todos los del fúnebre cortejo, quedando solo ante la sepultura el desesperado doncel hijo del Comunero.

¿Y qué pretendia, qué buscaba, qué era lo que esperar podia Fernando á tales horas, en aquel parage, y en tan tristes circunstancias?

Pretendia recoger un instante su agitado espíritu; buscaba la calma necesaria para meditar con fruto; esperaba una inspiracion del Cielo para salvar á sus amigos. ¿Y de quién mas que del Cielo, y dónde mas que en la sepultura del Mártir podia prometerse lo que mas que vivir anhelaba? En Méjico no halló mas que egoistas empedernidos, ó espíritus aterrados; de Fr. Diego no habia que esperar sino palabras de paz, consejos de resignacion, preceptos de obediencia pasiva; y asi no era posible salvar á los que ya sobre sus gargantas tenian suspendida de un cabello la espada de la justicia, en arma de venganza convertida.

Y por otra parte, Elvira le habia encomendado la guarda del cadáver de su padre, y Elvira tambien aconsejado que procurase inspirarse del espíritu del *Mártir*. ¿Dónde podia cumplir mejor el precepto, y seguir con mas puntualidad el consejo que alli, en el cementerio y sobre la tumba apenas cerrada?

Quedóse, pues, solo cuando se retiraban todos; y

Don Fernando en la tumba del Mártir.

echando atrás la cogulla del hábito, dejóse caer de hinojos sobre la sepultura, levantó los ojos á la estrellada bóveda celeste, y con acento de dolor profundo á par que de fé sincera, esclamó:

—«Alma generosa del noble mortal cuyos caducos »restos descansan bajo mis rodillas, si hasta el asiento »inmortal que á tus virtudes y padecimientos otorgó sin »duda la Justicia Divina, llegan los débiles acentos de »una atribulada frágil criatura, vuelve á mí tus ya in»corruptibles ojos, atiende á mis humildes ruegos, y »dígnate inspirarme un pensamiento que salve á mis in»felicísimos amigos, ó me haga, al menos, morir con »ellos.—Morir sí; morir que será nacer para quien, desde »que la luz del sol ha visto, solo á padecer está avezado, »para quien ama sin esperanza, para quien teme de »contínuo dejarse ir á la desesperacion misma.—Oye»me, D. Martin, asi la prenda de tu amor, la para mi »en funesto dia nacida Elvira, salga tambien pronto de »este valle de lágrimas, donde inocente apura hasta las »heces el cáliz de la amargura.—Oyeme, sí, mártir de »tí propio, modelo de abnegacion y de virtudes; óyeme »y envia á mi espíritu un rayo de la celeste luz que el »tuyo iluminaba!»

Entonces.... pero, antes de escribirlo, detengámonos un instante siquiera á considerar que hablamos de un mozo de apenas veinte años de edad, poéticamente organizado, creyente y religioso por educacion y por índole; esclavo de un amor desdichado; envuelto, por decirlo así, en una atmósfera de muertes y trágicos sucesos, casi desde que saltó de la cuna; y en fin, que se hallaba en un cementerio, de noche, solo, sobre la tumba de un hombre venerable, padre de su amada, ejemplar modelo de increibles virtudes, y que acababa de espirar ante su vista.

Todas esas circunstancias, justificando un grado de

exaltacion fuera de las reglas ordinarias de la vida, harán admisible tambien un alucinamiento, sin tales datos, absurdo sin duda en concepto de aquellos que, raciocinándolo todo, consideran con escéptico desden el mundo de los sucesos fantásticos. Por lo que respecta á los corazones humildes que no se avergüenzan de creer aunque no comprendan, asi como á las fantasias verdaderamente poéticas, no tenemos recelo alguno de que de inverosímil tachen nuestro relato, que proseguimos, una vez hecha la anterior é indispensable salvedad.

Y deciamos, ó á decir íbamos, que al terminar Don Fernando de Valdestillas su apasionada invocacion al espíritu del Mártir, siempre con los ojos fijos en el Cielo, vió, sí, *vió*, ora fuese realidad, ora ilusion de su exaltada mente, vió que una estrella errante, desprendiéndose rápida del firmamento, cual suelen de la tormenta los rayos, descendia directamente sobre la tumba de D. Martin: mas antes de llegar á ella suspendió súbito su precipitada carrera. Entonces, abriéndose el lucero, y convertido en radiante círculo de infinitos brillantes astros, dejó ver en su centro la figura magestuosa de un ser que en lo general de las formas hombre parecia, pero que en la plácida magestad de su semblante, y en la espresion de inefable amor y misericordia de sus miradas y sonrisa, revelaba mas alta procedencia que la de los hijos de Adan. Cándida vestidura le cubria, boreal aurora le servia de trono, y una palma empuñaba su diestra.

—«¡*Don Martin*! Esclamó Fernando con asombro, mas sin temor alguno.

—»¡*Don Martin*! Reconociendo en la aparicion los rasgos característicos de la fisonomia del padre de Elvira.

—¡*El Mártir*! (respondió el aparecido, con un acento que compendiaba todas las armonias de la naturaleza.) ¡El Mártir que viene á ofrecerte su palma, Fernando!

—Si la palma es la muerte (repuso el doncel), bien venida sea.

—¡La muerte es la vida! (volvió á decir la aparicion.) «Tu hora se acerca; ya el coro de los ángeles te aguar»da..... Evita el escollo de la desesperacion; prepara tu »espíritu á comparecer ante el Juez Supremo..... Tú »tambien serás inscrito en el número de los *mártires*..... »Tú tambien, á costa del breve tiempo de tu voluntario »suplicio en la tierra, comprarás la beatitud eterna..... »Mi espíritu será contigo hasta el postrer instante..... »Rescatarás la sangre inocente, y la tuya será fecunda »como la del *cordero*..... Fé y esperanza en Dios, que »su caridad no ha de faltarte.»

Y al pronunciar tales acentos desapareció la vision, y Fernando, fuerte, sereno, intrépido, como el campeon que seguro de la bondad de sus armas salta á la arena del combate, levantóse de la tumba y salió del cementerio repitiendo:

—«¡*Fé y esperanza en Dios, que su caridad no ha de faltarme*!.»

Sin negar, ni mucho menos, el poder de Dios para hacer milagros cuando á sus altos fines conviene, creemos, no obstante, que cuanto de referir acabamos debe considerarse como un fenómeno de alucinacion, producido por las circunstancias dolorosas y sinsabores amargos que al hijo del Comunero abrumaban; fenómeno escepcional, sin duda, mas no tanto que no nos fuera fácil citar aquí, si la ocasion lo consintiera, mas de un caso análogo para demostrar hasta qué punto puede estenderse el poderío de una imaginacion exaltada.

Por otra parte, en el XVI siglo era doctrina corriente entre los teólogos, y creencia universal en los cristianos, que, ya en expiacion de culpas en este mundo no satisfechas, ya por especial permision de la Providencia y para determinados fines, solian aparecerse entre los

vivos las almas de los finados, exigir de ellos á veces sufragios, otras restituciones, y aun darles consejos, cuando no anunciarles su próximo fin, exhortándolos á prepararse cristianamente para la muerte. Las apariciones, en consecuencia, tanto para los espíritus humildes y crédulos ó exaltadamente fanáticos, cuanto para el vulgo ignorante y supersticioso, pasaban en los tiempos á que nos referimos, no como quiera por hechos innegables y por consiguiente posibles, sino por fenómeno frecuente; tan frecuente que pocas personas, de la especie indicada, dejaban de creerse mas ó menos víctimas de las *Almas en pena*; y para libertarse de su encarnizada persecucion gastaban muchos en sufragios y obras pias gran parte de su hacienda, y todos tiempo infinito en oraciones y penitencias. Verdad es que ya entonces la civilizacion comenzaba á hacer justicia de muchas supersticiones, y que no faltaban hombres que, sin dejar de ser por eso muy buenos cristianos, negasen crédito á los mas de los hechos á que aludimos, atribuyéndolos, con sobrado fundamento, á estravío de la imaginacion de los pacientes de buena fé, y á supercheria de los charlatanes que, para vivir á costa del prójimo, de todo se aprovechan. Calderon en su *Dama duende* nos ofrece una muestra de razonada incredulidad, que no podemos resistirnos á copiar aqui, siquiera para que el tono filosóficamente festivo de aquel gran poeta dramático alivie el ánimo del lector de la tristeza que nuestro pendiente relato debe causarle á la altura en que hoy se encuentra.

Don Manuel (el Galan) encuentra su estancia revuelta, habiéndola dejado cerrada; recibe papeles sin saber cómo; y en una palabra, es, en sentir de su criado *Cosme*, juguete de algun duende ó cosa parecida. En tal estado, discurren asi los dos nombrados personages:

«MANUEL. En duda tal
El juicio podré perder,
Pero no, *Cosme*, *creer*
Cosa sobrenatural.
COSME. ¿No hay duendes?
MANUEL. Nadie los vió.
COSME. ¿Familiares?
MANUEL. Son quimeras.
COSME. ¿Brujas?
MANUEL. Menos.
COSME. ¿Hechiceras?
MANUEL. ¡Qué horror!
COSME. ¿Hay súcubos?
MANUEL. No.
COSME. ¿Encantadoras?
MANUEL. Tampoco.
COSME. ¿Mágicas?
MANUEL. Es necedad.
COSME. ¿Nigromantes?
MANUEL. Liviandad.
COSME. ¿Energúmenos?
MANUEL. ¡Qué loco!
COSME. ¡Vive Dios que te cogí!
¿Diablos?
MANUEL. ¿Sin poder notorio?
COSME. ¿Hay *almas del Purgatorio*?
MANUEL. ¿Qué me enamoren á mí?»

Y véase en ese pasage, el mas claro y aun osado que contra las supersticiones generalmente admitidas conocemos en la literatura española de aquellos tiempos, á Calderon negando (medio siglo muy largo despues de la época que en este libro describir procuramos), y negando resueltamente *Duendes*, *Familiares*, *Brujas*, *Hechiceras*, *Súcubos*, *Encantadoras*, *Mágicas*, *Nigromantes*

y Energúmenos, que no fue negar poco; y llevando su audacia hasta sentar que los *Diablos carecen de poder notorio*: pero deteniéndose, si bien no de muy buen grado, delante de las *Almas del Purgatorio*, y para no negar lo que todos creian, forzado á valerse de un ingeniosísimo subterfugio; porque D. Manuel no contradice las apariciones de los espíritus, sino que se entretengan en enamorarle á él.

Resulta, pues, á nuestro entender probado, no que debamos hoy creer en los *Aparecidos*, sino que al juzgar á los que sí creian en ellos hace tres siglos, forzoso es tomar en cuenta el estado de la civilizacion de su época, las ideas entonces universalmente admitidas, y en resúmen, que las palabras *creyente* y *supersticioso* son, como todas, representacion de ideas relativas á los tiempos y circunstancias, no fórmulas de un pensamiento absoluto.

Por tanto, D. Alonso de Avila dando entera fé á la aparicion de su padre, que debió ser en realidad un ensueño y no otra cosa; asi como el jóven D. Fernando de Valdestillas creyendo, como en su propia existencia, en la vision del espíritu del Mártir, no deben parecernos ni supersticiosos fanáticos, ni crédulos ignorantes; sino simplemente hombres de su siglo, hombres que dotados ambos, cada cual en su género y á su manera, de apasionados ánimos y ardientes fantasías, ambos tambien en posiciones en que forzosamente llegaron al grado máximo de la exaltacion posible de todas sus facultades, creian ver de bulto y personificadas las elucubraciones de su imaginacion calenturienta.

Asi el esposo de Elvira se resignó á la muerte sin intentar siquiera la defensa de su cabeza, no porque en realidad le faltara el ánimo, ni porque en sus instintos estuviera el martirio, sino porque creia obedecer los preceptos del mismo Dios, de la boca de su padre

oidos; y así D. Fernando de Valdestillas recobró súbitamente su valor sereno, su fuerza moral inconmensurable, un momento antes abatido aquel y paralizada esta, en el instante en que creyó tambien que el Cielo estaba de su parte, y que el espíritu del Mártir le alentaba.

Que ese poder de los sentimientos poéticos, porque poesía es en resúmen hasta la fé misma; que ese poder, decimos, de los sentimientos poéticos en el corazon del hombre, debilitado hoy por lo que se llaman progresos de la civilizacion, valga mas ó menos que el dominio absoluto del cálculo, viven los cielos que no lo discutiremos. Crea cada cual lo que mejor le parezca: pero lo que sí afirmamos es que, sin mucha poesía en el alma (cuenta que decimos poesía, no versificacion), ni se acometen, ni se llevan á cabo las grandes empresas. ¡Es tanto mas fácil y lucrativo especular en carbon, ó prestar dinero sobre prendas, que consumir la vida investigando la verdad moral, ó arriesgarla en escalar las montañas para arrancarle al firmamento sus secretos y á la atmósfera sus arcanos, ó perderla defendiendo los derechos de todos contra la tiranía de algunos!

Pero ¿A dónde vamos, Dios poderoso? ¿A dónde vamos?—Tiempo es ya de volver al canto llano, prosiguiendo en la relacion de las desventuras de los personages que tenemos ha mucho tiempo en escena, y tan tristemente van retirándose de la del mundo.

Don Fernando, pues, alucinado ó sereno, cada cual juzgue lo que quiera, salió del cementerio del convento y dirijióse á la celda que en él ocupaba, llegado á la cual tendióse en el cenobítico lecho, encomendándose fervorosamente á Dios, y durmióse... «¡Cómo! ¿En tales circunstancias durmió aquel poético mancebo?—¡Ah, señor autor, señor autor! ¿No sabeis que el sueño es lo mas prosáico que imaginarse puede?»—Lo

siento mucho, señor crítico, pero fuera de los *encantados* que, segun dice el ingenioso hidalgo, no cierran nunca los ojos, y de los locos que apenas duermen, á todos los demas hijos de Eva nos somete el sueño, mas ó menos tiempo, á su soporífico cetro. Dormirse ó morir, no hay mas arbitrio: y las vigilias del mísero doncel eran ya muchas y largas; y á mayor abundamiento, el sueño huye de los párpados del irresoluto, pero no se niega nunca á refrescar con sus alas el espíritu de los que, tomada ya una resolucion estrema, son capaces de llevarla á cabo tan sin pensamiento de retroceso, como sin posibilidad de flaqueza, llegado que sea el momento crítico. Tal era el caso de D. Fernando; necesitaba dormir algun tiempo para equilibrar las fuerzas del cuerpo con las del alma; y se durmió cuando quiso dormirse, y profunda, y sosegadamente, seguro de despertarse en tiempo oportuno, y de que la máquina puramente física tendria entonces el vigor necesario para obedecer los impulsos del agente imperecedero que la mueve.

Sí; el sueño de la inocencia que, divorciada ya del mundo, tiene en el Cielo fijo el pensamiento, descendió á refrigerar el corazon angélico de Fernando, al propio tiempo que el del valor constante á prestarles fuerzas á los hermanos Avilas para entregar en breve sus gargantas á la segur homicida, sin que el vulgo atónito viese en sus rostros el menor signo de cobardia ó flaqueza. Dios que es el padre comun de los desgraciados; Dios á quien son mas gratas las lágrimas del bueno que los inciensos del hipócrita; Dios, en fin, que es la misericordia suma, quiso que durmieran las víctimas, mientras que los sacrificadores triunfantes velaban inquietos, ya temiendo que aún se les huyesen de entre las manos sus míseros enemigos, ya presintiendo lo que abruma el peso de una sola gota de sangre inocente.

Porque, en verdad, los Doctores velaron aquella lúgubre noche, inquietos, desasosegados, temerosos, como si ellos fueran los que el cadalso esperaba, y no á los dos caballeros contra quienes la injusta sentencia fulminaron en su rencor inestinguible.

Velaron, sí; Orozco en su estudio solitario, leyendo y releyendo la ley contra los delitos de lesa Magestad, y diciéndose: «¡*Son traidores: deben morir*!» ¡Como si palabras bastasen á borrar iniquidades! Ceinos, en su lecho, pero atormentado incesantemente por el temor de una sublevacion del pueblo; Villalobos, sin osar retirarse á su estancia, haciendo hablar en culto á su hija, y escuchando en vez del acento de Ines, la voz de los Avilas que ante el tribunal divino le emplazaban.

Los tres jueces, de comun acuerdo, callaban religiosamente el secreto de la sentencia de los Avilas, al público por temor de sublevaciones, á sus familias y amigos, ya por evitar indiscreciones, ya por cierta especie de rubor que á todos nos obliga á encubrir, á nuestros deudos y personas íntimas mas que á nadie, las flaquezas ó crímenes en que incurrir podemos.

Y sin embargo de tanta reserva, á poco mas de la media noche, vió con asombro el Doctor Ceinos entrar en su alcoba á su esposa doña Beatriz, desgreñado el cabello, pálido el semblante, encendidos los ojos, hecha, para decirlo de una vez, una furia del Averno, sin que le faltase ni la tea incendiaria, pues llevaba en la diestra una luz encendida.

—«¡Qué horas de venir son estas! (Esclamó el Presidente de la Audiencia, años hacia desacostumbrado á nocturnas visitas de su consorte.) ¿Qué me quereis, doña Beatriz?

—¿Qué os quiero? (Replicó la furia, acercándosele tanto que le chamuscó los bigotes con la luz.) ¿Qué os quiero, Doctor Ceinos? «Quiero que no consumeis

»el horrible asesinato que estais preparando; Quiero »deciros que, si haceis degollar á D. Alonso de Avila, »sereis un villano cobarde, y que yo, vuestra esposa, »yo misma seré la primera que proclame á la faz del »universo vuestra infame alevosía; yo misma, yo iré á »echarme á los pies del Rey para decirle por qué dis»teis muerte al desdichado caballero, y á pedirle que »haga justicia. Eso quiero, Doctor Ceinos; eso haré, si »ahora, en este mismo instante, no revocais la inícua »sentencia que esta mañana firmásteis.»

Todo lo esperaba, todo lo temia el Presidente, menos que su muger supiera que D. Alonso iba á morir, y mucho menos aún que, de llegar á saberlo, tuviera voluntad y audacia bastantes para impetrar su perdon. Figúrese el lector cuál seria su asombro al contemplar á aquella muger, convicta y confesa, ademas, de infidelidad con Avila, y oirla, no pedir sino exigir amenazando, la revocacion de la sentencia de los réos ya en capilla á la sazon puestos.

Al ocupar Villegas los papeles de D. Alonso, consistentes solo, como dijimos en tiempo oportuno, en documentos de familia y administracion de sus bienes, y en billetes galantes, halló largas, eruditas, apasionadas, y muchas epístolas de la culta Inés; y menos en número, no muy elegantes en el estilo, pero sí tan significativas como aquellas, unas cuantas de Doña Beatriz, entre las cuales descollaba la escrita hallándose herido el infiel galan, para avisarle del peligro que corria por parte de la Audiencia.

Avila, harto de Inés, y hastiado de Beatriz, no leyó, como sabemos, sus postreros billetes; pero Manuel de Villegas y Juan de Samano, no contentos con profanar ellos con sus prosáicas miradas los misterios de la doctoral galanteria, tuvieron la feliz ocurrencia y sana intencion de poner en manos de Villalobos las epístolas de

su hija, y en las de Ceinos las cartas de su esposa, que fue probarles á los dos la liviandad de entrambas señoras.

Mas á Villalobos le quedaba el recurso de achacar á la *inocencia* y á la *seduccion* las fragilidades de su sapientísima hija; y á ella el arbitrio de llorar elegíacamente para obtener el perdon de sus culpas. Luego el corazon de un padre, aunque sea juez, suele ser de suyo blando y á la compasion indulgente con sus hijos inclinado: por manera que, con graznar Villalobos cuatro vulgaridades sobre la perversidad del siglo, y jeremiar ella una docena de párrafos ininteligibles sobre los engaños de los hombres y las decepciones de un corazon sencillo, hicieron las paces el padre y la hija, volviendo el primero á creer que Inés era una Lucrecia, y la misma Inés á oirse llamar recatada doncella con serenidad imperturbable. Lo único grave que de aquella tempestad resultó, fue la resolucion firme que hizo Villalobos de encontrar culpable á D. Alonso y degollarle por ende.

Dificilísima, empero, fuera la soldadura del negocio en casa del Doctor Ceinos, si los años, los achaques y la posicion que ocupaba en el mundo, no enfrenaran su iracunda condicion; porque ni las fragilidades de Beatriz admitian la disculpa de la ignorancia ó de la inesperiencia, ni el carácter de su marido era de los que fácilmente se avienen á sufrir resignados un notorio agravio. Ceinos, entregado esclusivamente á la ambicion, á la codicia y á los negocios, curábase en verdad poco de escudriñar la conducta de su muger, á quien no amaba, y sin cuyo cariño podia vivir satisfecho. A su edad el corazon entra por muy poco en la felicidad de la vida. Mientras pudiese ignorar que era infamado, seguramente no se diera el Doctor por entendido de su afrenta; pero las cartas á D. Alonso llegaron á poder de Ceinos por conducto de Villegas y con conocimiento de Sa-

mano, y el testimonio de aquellos papeles era de tal naturaleza que un ciego tuviera que rendirse á su evidencia. En el primer instante, pues, el Presidente de la Audiencia resolvió encerrar para siempre á la culpable en un claustro, y aun, si necesario fuese, considerarla complicada en la conjuracion y juzgarla ni mas ni menos que á los demas acusados; pero Beatriz, que era lo que los franceses llaman *une maitresse femme*, armándose de su propia culpa, opuso resuelta el escándalo á la justa cólera del ofendido esposo. El *escándalo*, cabeza de Medusa de la égida tras de la cual se hacen invulnerables la mugeres de mala índole; el *escándalo*, que aterra al honrado como al ambicioso, al escéptico como al timorato; el *escándalo*, ante el cual se le caen al valiente las armas de la mano, y triunfa la prudencia hasta de la cólera del mas orgulloso.—«Publica tu ofensa con mi fra»gilidad, castigándome; y el mundo me compadecerá »reclusa, y á tí te escarnecerá engañado. Publica tu »agravio en buen hora: mientras yo gimo en un conven»to, tu serás la fábula del universo. A mí, encerrada, no »podrán las gentes escarnecerme; á tí, libre, la socie»dad te arrojará á la cara de continuo, y siempre, la des»honra que tú mismo proclamaste.»—¿Qué oponer á semejante raciocinio?—Una de dos: ó sufrir en silencio ó clavar un puñal en el corazon de la culpable. Lo primero es mas fácil: lo segundo en nuestros tiempos, fuera de moda, y ademas medio seguro de morir en el patíbulo, lo cual nada remedia.

Asi Ceinos, hallando á su muger invulnerable, no pudiendo por su edad y profesion acudir al espediente de ensangrentar la escena, y convencido ademas de que el marido viejo que se confiesa engañado por su esposa, si no niña mucho mas jóven que él, notoriamente todo lo que logra es dar que reir á las gentes, hubo de resignarse á una reconciliacion aparente con Beatriz, no sin

llamar antes á Villegas y á Samano para declararles que las cartas que le habian entregado no eran de su *virtuosa consorte*, sino fingidas por el *infame D. Alonso*, el cual, no habiendo podido abrir brecha en la fortaleza de su castidad, queria sin duda alguna vengarse calumniándola por medio de tan villana invencion. El Alguacil mayor y Manuel de Villegas, sabiendo por una parte á qué atenerse en cuanto á la virtud y castidad de Beatriz, y por otra importándoles poco de lo que ser pudiese, no solo se dieron por satisfechos, sino que, entrando completamente en las miras del Doctor, felicitáronle por su dicha en poseer dama de tan relevante dotes.

En tal estado vivia aquel matrimonio, casi en absoluta recíproca incomunicacion, fuera de los actos indispensables para cubrir las apariencias, cuando doña Beatriz, llevando al estremo su audacia, osó presentarse en la alcoba de Ceinos á deshora de la noche y para pedirle la revocacion de la sentencia de D. Alonso. Pero ¿cómo supo aquella señora lo que tan cuidadosamente encubrian los Doctores? Porque Fortun, el page favorito, el huron de novedades, el personage por insignificante en todas partes introducido y en ninguna mirado, llegó á saber aquella noche por uno de los llaveros de la cárcel, su grande amigo, que los Avilas estaban ya en capilla; y tambien aquella noche, al ir á tomar, como lo acostumbraba, las últimas órdenes de su señora despues de recogido el Doctor, refiriróle punto por punto á Beatriz lo que acontecia.

Seamos justos con todo el mundo: la muger liviana, la que con un pagecillo se consolaba de la pérdida de un caballero tan apuesto como el esposo de Elvira, la que con audaz cinismo le imponia á su marido la carga de evidentes agravios, al escuchar que el infiel á quien con encarnizamiento habia hasta entonces perseguido,

iba á morir á manos del verdugo, sintió en su corazon el fuego de esa compasion ardiente de que el Cielo ha dotado al sexo débil, en compensacion sin duda de su debilidad misma. Y apartando de sí á Fortun, y posponiéndolo todo á su dolor, y resuelta á obtener á costa de su libertad y fama, si necesario fuese, la vida de Don Alonso, mandó primero al page á casa de Villalobos para que á Inés enterase de lo que pasaba, y fuese ella misma en seguida á interpelar á Ceinos tan vigorosamente como lo hemos ya visto.

Incorporóse el Doctor en el lecho, y despues de mirar fijamente algunos instantes á su esposa, esclamó:

—«¿Estais loca, Beatriz?

—No, Ceinos, contestó ella; pero quizá lo esté si vuestro crímen llega á consumarse. Encerradme, si quereis, en un convento: yo diré que voluntariamente me retiro al claustro; vestidme con áspero cilicio, condenadme á perpétuo ayuno: todo lo acepto, todo con gratitud, si á D. Alonso perdonais la vida que le quereis quitar á traicion y sin justicia. ¿Os estorba ese hombre? ¿Le odiais porque yo le he amado? ¿Le temeis porque es el valor mismo? Condenadle entonces á perpétuo encierro, lejos, muy lejos de Nueva España: asi vuestra cólera quedará satisfecha, vuestro temor asegurado, y no os mancharcis, al menos, con la sangre de un inocente.!»

La elocuencia de la pasion movia los labios de Beatriz: Ceinos, aterrado ante la espresion sublime del heroismo con que aquella muger, vulgar hasta entonces, se le ofrecia en reemplazo de la víctima al sacrificio destinada; heroismo que superaba su inteligencia y no podia menos de superarla, porque el raciocinio se queda siempre corto siguiendo al sentimiento, porque las mugeres, cuando sienten, valen infinitamente mas que los hombres, asi como cuando de sensibilidad carecen, son

el mas despreciable de todos los séres creados; Ceinos, deciamos, ni á responder ni á resolverse acertaba.

Pero redimir la cabeza de D. Alonso de la cuchilla del verdugo fuera ya un imposible para el Presidente mismo de la Audiencia, aun cuando en su empedernido corazon caber pudiese algun generoso sentimiento; y Beatriz, al mismo tiempo, cumpliria su palabra de escandalizar el universo, si en aquel momento, sobre todo, no se le daba alguna esperanza. ¿Cómo salir de tal apuro?—Mintiendo.

Ceinos, pues, fingió primero cólera, despues enternecimiento, luego opuso dificultades que él propio iba desvaneciendo, acabando por ofrecer que propondria á sus colegas que suspendieran la ejecucion de los Avilas hasta que, consultado el Rey, decidiese definitivamente su suerte.

En cambio Beatriz, sinceramente conmovida, fue una vez tierna con su anciano esposo, arrodillándose á los pies del lecho, besándole la mano, y prometiéndole la enmienda de las pasadas culpas; con lo cual por aquella noche se aplacó la tormenta, y pudo el Doctor recoger un tanto su espíritu, ya que no conciliar el sueño que huyó, naturalmente mas que nunca, de sus párpados.

¿Qué acontecia, en tanto, en casa del Doctor Villalobos? Poca cosa: Fortun, despues de penetrar, no sin dificultades por lo avanzado de la hora, en el santuario de la décima Musa, revelábale el triste secreto de la sentencia; Inés, llorando antes algunos minutos medio en latin, medio en castellano, con el mensagero de Beatriz, despedíale pudorosa; y luego, vistiéndose primero de luto, y recordando las clásicas lamentaciones de Artemisa y Dido, pasaba á la estancia de su padre, de quien pocos minutos antes se habia separado, y declamábale con gesto académico y acento de actriz trágica, un trozo

tan culto y embrollado que el buen Doctor hubo de rogarla que se esplicase en romance si queria ser entendida.

En resúmen: Inés sintió que se tratara de degollar á D. Alonso, pero siendo como era culta y sabidora, dejóse seducir un tanto por lo trágico de la situacion, que en realidad podia ser para ella fecundo manantial de tiernas elegías y desesperadas canciones. La muger culta es una especie de mónstruo, cuando no dañino, estravagante al menos.

Villalobos esplicó á su hija como las Leyes de Partida, y antes que ellas las góticas, y todavia antes las romanas, y el derecho de gentes, y la costumbre universal de todos los pueblos, condenaban á muerte á los *traidores*, entendiéndose por tales, no solamente los que faltaban á sus juramentos, desertaban de sus banderas, vendian á su patria, ó á los enemigos prestaban servicios, sino tambien á todo el que no hallando bueno el gobierno que le oprimia, intentaba cambiarlo; y el que descubria las iniquidades de los gobernantes; y el que, perseguido, no se dejaba hacer tranquilamente; y el que se burlaba de sus ridiculeces; y en fin, cuantos de una ú otra manera oponian obstáculo al libre uso y abuso de la autoridad suprema. A tan cómoda y luminosa teoria no halló Inés que oponer otro argumento que el de preguntar cómo se le probaba á D. Alonso que habia incurrido en caso de traicion: á lo cual fácilmente respondió Villalobos, contestando que era notorio que Avila se mofaba de continuo de los Doctores, poniendo en ridículo sus providencias, y no respetándoles las mugeres ni las hijas, como la doncella sabia por propia esperiencia. Replicó la culta que las traiciones amorosas, inclusas las del

«Traidor Vireno, y fementido Eneas»,

no constaba que se castigasen con pena tan grave como la degollacion, á menos de que llegaran al punto que la de Gomez Arias con la *niña* que vendió á los moros de Benamejí.

Pero Villalobos insistia en que degollar á D. Alonso no era por sus fechorias galantes, sino por la conjuracion, de la cual faltaban á la verdad pruebas materiales, mas en cambio eran abundantísimas las morales.

Reducido el negocio á discurso, claro está cuál seria el resultado: Inés fue vencida y preparóse á llorar su viudez lo mas clásicamente que pudiera.

Véase la diferencia de la muger galante á la culta: la primera, frágil sin duda, no abdica el sentimiento; la segunda, sin ser necesariamente un modelo de castidad, sacrifica en aras del saber los impulsos de la ternura y aun de la compasion misma.

En caso de optar forzosamente, nuestra eleccion está hecha: venga la frágil pero sensible; y cargue el que quiera con la doctora suficiente.

CAPITULO X.

QUE DA RAZON DEL MERCADO DE TLATELOLCO Y DE LO QUE EN ÉL ACONTECIÓ EL DIA 3 DE AGOSTO DE 1566.

Hay un género de anteojos que estuvieron muy en moda años hace, llamados *Kaleidoscopios*, palabra compuesta, cuya significacion, segun los helenistas, es: *formas bellas veo*, pero que en realidad debiera haber dicho *varias* en lugar de bellas, pues realmente lo que acontece se reduce á que, dándole vueltas al instrumento, unos mismos objetos se presentan á la vista de infinitas variadas maneras combinados, formando dibujos bellos unas veces y otras quizá lo contrario. Pues ahora bien: el mundo para el observador curioso viene

á ser lo que un Kaleidoscopio en manos de cualquier desocupado: especie de linterna mágica que, variando sus cuadros sin gran respeto á las leyes de la lógica y de la consecuencia, ora con apacibles espectáculos recrea, ora con tremebundas apariciones espanta; ya provoca la risa, ya escita el llanto; ya da lugar, y es para nosotros lo peor del cuento, al soporífero bostezo. Hombres y sucesos, naciones y épocas, siglos y razas, todo presenta distintos y aun entre sí contrarios aspectos, segun el giro que da el observador al tubo óptico que maneja; y si asi no fuese, ¿Cómo esplicariamos la simultaneidad con que lloran unos y rien otros, y gozan estos cuando aquellos padecen? ¿Cómo, si en el punto de vista no estribara todo, habia de ser constantemente la vida un rio que, recibiendo á un tiempo sus aguas de manantiales salobres y dulces fuentes, ora por las primeras, y mas tarde por las segundas solas, nos parece formado?

Asi, lector benévolo, si la diferencia de tonos, la diversidad de estilos, y el contraste, á veces duro, de los cuadros que en este moribundo libro te ofrecemos, llegan por ventura á disgustarte, rogámoste humildemente que no descargue tu enojo sobre el autor de la *Conjuracion de Méjico*, sino sobre el KALEIDOSCOPIO QUE MANEJA, haciéndote cargo de que el prisma de la Novela solo alcanza, en buena ley, á poetizar el mundo un tanto cuanto, mas no debe estenderse á trocar su índole tan por entero que parezca lo que no es, ó deje de parecer lo que fue siempre.

Y si ahora se quiere saber la razon de ese introito, dirémosla con solo anunciar que, cambiada la escena, ni vamos á la cárcel, ni al convento de san Francisco, ni á la quinta de Chapultepec donde doña Elvira y Mencía, durante sus desmayos allá trasportadas, deploraban los rigores del Hado; ni proseguimos escudriñando los

misterios del hogar doméstico en las casas de los Doctores, sino que, para respirar libremente y dejarnos de ceremonias, damos con nuestras personas en el mercado de Tlatelolco, antes de que completamente se hubiese el sol desprendido de los brazos de Tétis, y coloreando aún el cielo mejicano las rosadas tintas de la Aurora, el dia 3 de agosto de 1566.

Figurémonos una plaza de vastas dimensiones, cuyo regular cuadrilatero perímetro circuyen por completo tres frentes con soportales y tiendas bajo de ellos, formando el cuarto y principal lienzo el convento de San Francisco, consagrado bajo la advocacion del Apóstol Santiago, glorioso patron de España. En el centro de aquella plaza, levantábanse dos pilares macizos y paralelos: la *horca*, instrumento de muerte y símbolo de urisdiccion que nuestros mayores omitian raras veces entre los adornos municipales; y vecina á ella veíase una fuente, obra de los misioneros, que al colocarla en tal sitio no parece sino que quisieron ponerse en evidente oposicion con los que, mientras ellos pensaban en satisfacer as necesidades físicas y espirituales del pueblo, curábanse solo de aterrarlo con los suplicios.

Tal era el *Tianquiztli*, *Tianguez* en el lenguage franco de los conquistadores, y Mercado en idioma castellano, de Tlatelolco, un tiempo el primero, mas principal, abundante y rico de los dominios de Motezuma, y ya en la época á que nos referimos reducido á mínimas proporciones, relativamente hablando, por el establecimiento de otros dos sus rivales en las plazas de San Juan y San Hipólito. Conservaba, no obstante, aquel sitio en el año 66 del siglo XVI, todavia muchos de sus antiguos caractéres; entre otros la division completa de los diferentes comercios entre sí, y el respeto con que cada cual se abstenia de ocupar puesto que por costumbre perteneciera á otro, sin necesidad de qué para ello in-

terviniese precepto de las autoridades, ni sancion penal de ninguna especie.

Por lo que respecta á las tiendas, la mayor parte pertenecian á castellanos de raza, mestizos ó mulatos, que, unos con pequeño, otros con mayor caudal, se dedicaban á comercios que podemos llamar permanentes, por hacerse en objetos de uso constante en la sociedad mejicana, y necesitar de un fondo de razonable cuantia; mas las vituallas de todos géneros, y las obras de mano esencialmente indígenas, asi como las de escaso valor, eran objeto del tráfico de los naturales de la tierra misma.

No se crea por eso ni que el mercader ambulante ú ocasional dejaba de comerciar en los artículos que constituian el fondo del sedentario, ni que este no especulara con las mercaderias propias del negocio de aquel; antes por el contrario, si la peleteria, plumeria, mantas, y obras de oro y plata, generalmente hablando, debian buscarse en las tiendas, solian tambien hallarse en poder del indio á quien la necesidad de otras cosas, ó la falta de alimento, ó los apremios del recaudador del tributo personal, obligaban á deshacerse de aquellos objetos que sirvieron un tiempo á su lujo y comodidades; y en compensacion no faltaban tiendas donde se vendieran aves y comestibles que de ordinario eran la granjeria de los pobres.

En todo caso la abundancia y diversidad de géneros que al mercado concurrian antes de la conquista, y que, en mengua de la civilizacion, debemos confesar que fue gradual y rápidamente disminuyendo despues de ella, son irrefragable testimonio de la fecundidad del bello clima del Anahuac, y si no de la industria tal como hoy la entendemos, al menos de la capacidad para ejercerla de sus naturales.

Veianse allí, en efecto, las bellas y finas esteras lla-

madas *petates*, con tal primor labradas, que las de colores se equivocaban fácilmente con las alfombras de Persia, y reemplazábanlas sin menoscabo de la grandeza de sus dueños en las estancias de los mas encopetados magnates; cueros de venado crudos y curtidos, con pelo y sin él, apropósito para broqueles, rodelas, forros, correage y calzado; pieles de otros animales y de aves, conservando en estas, con la pluma, la natural riqueza de su esmalte y la vária diversidad de sus colores; y, en fin, los tejidos de algodon que impropiamente se conocian por los conquistadores con el nombre genérico de *mantas*, pues los habia de infinitas especies, y servian para multitud de diferentes variados usos, como *mantas*, en efecto, colchas, tapicerias, mantos de aparato y abrigo, maxtales, alfombras, y todo lo que hoy se llama ropa blanca. Combinado aquel tejido con el pelo de conejo, y plumas, y aun despues de la conquista con hilos de seda, plata y oro, formábanse telas de gran coste y precio, con que se engalanaban las indias ricas, y tambien las damas españolas en los saraos y festines. Con la pluma sola se tejian otros paños de abrigo sin peso, que, segun Torquemada, parecieran bien *aún en la cama de cualquier señor*.

Adelantado y mucho debia de estar en los dominios de Motezuma el arte de los alfareros, pues que una gran parte del mercado lo ocupaban con sus productos, incluyendo en ellos desde la porcelana trasparente hasta el barro mas grosero, y desde la tinaja al salero, dice el coronista, todo de buen gusto en el dibujo, calidad escelente en pasta y cocido, y bello aspecto en los colores.

Piedra, madera, cal, ladrillo y cuanto á la construccion de edificios atañe, llevábanse en barcas desde las lagunas, por los canales de las calles, hasta la inmediacion del mercado, al cual iban los dueños ó corredo-

res en busca de marchantes; mas la leña, el carbon, y la ceniza, vendíanse en puestos sobre la plaza misma.

Seccion especial y estensa fue la de la volateria antes del descubrimiento, y aun despues de él algunos años, hasta que disminuyendo los indios en número, decayendo de ánimo, y no pudiendo sufrir las vejaciones de los europeos que, con bárbaro abuso de la fuerza, les destruian las redes y causaban otros semejantes perjuicios, quizá por mero capricho; fue disminuyendo rápidamente aquel artículo. Herrera atribuye tal fenómeno á la *demasiada libertad que los indios tenian*, asercion absurda á que con santa indignacion contesta el historiador franciscano, diciendo: «*aún no les ha quedado bastante* (libertad á los indios) *para dormir en sus casas muchos de ellos, segun andan huyendo de servicios inmensos que sobre ellos pesan.*»

Lo cierto en la materia, ademas de la degradacion y casi esclavitud de la raza indígena, es que con la aclimatacion del ganado europeo debieron agotarse en gran parte los pastos que antes servian casi esclusivamente al sosten y mantenimiento de la volateria; que introducidas otras industrias mas lucrativas, naturalmente se redujo á menores proporciones la de la caza; y que con las nuevas costumbres y manera tambien nueva de alimentarse y vestirse, cesaron las aves de constituir el fondo, por decirlo asi, del comercio mejicano como antes lo eran. Mientras de ellas se comia, se vestia, y se tomaban hasta los adornos y distinciones sociales, claro está que habian de buscarse con mucho mas afan que al quedar reducidas, mas tarde, á ser un artículo secundario entre otros muchos principales.

Si añadimos que las manufacturas de oro y plata, en objetos primorosamente fundidos ó labrados á mano, hicieron la admiracion de nuestros mas entendidos y diestros plateros, los cuales, sin embargo, descollaban

entonces entre los mas famosos del orbe civilizado, no habrémos hecho escaso elogio de la habilidad de los mejicanos; pues debe tenerse presente que, careciendo de hierro, faltábales en consecuencia la primera materia para la construccion de herramientas, ó lo que es lo mismo, el principal agente de todo artefacto.

Inútil sobre prolijo fuera enumerar aqui la multitud de semillas, pastas y otros comestibles ya en crudo, ya preparados, que se vendian en todos los mercados de indios; bástenos decir, por memoria, que tenian muchas tiendas á manera de nuestros cafés, cuyo comercio esclusivo consistia en el *Atole*, especie de pasta de harina de maiz mas ó menos densa, que unas veces era comida y bebida otras, semejante á las gachas ó puches; y al *chocolate*, originariamente compuesto de una mezcla del Atole de maiz con el cacao. De esta última simiente, como en Europa de la almendra, y del chocolate mismo, hacian grandísimo y contínuo consumo los indios, por cuya causa, no solo se vendia en tiendas, como dijimos, sino por las calles en puestos ambulantes. Con rapidez se propagó entre los conquistadores el uso del chocolate, si bien mejorado, sustituyéndose al Atole la mezcla del azucar y la canela, mas agradable, si bien mas estimulante que las glutinosas gachas con que los indígenas se contentaban.

Careciendo los indios, por regla general, de monedas, trocaban en sus tratos mercancía por mercancía, segun las necesidades de cada cuál; pero como semejante método, con permiso de los socialistas, ha parecido siempre y es en efecto embarazoso en alto grado, á falta del dinero, valíanse las mas veces aquellos naturales del cacao, género abundante y de primera necesidad para todos. En algunos pueblos usaron para signo representativo de la riqueza de ciertas mantas pequeñas de algodon que ellos llamaban *Patolquachtli*, y los españoles, cor-

rompiendo el vocablo, *Patoles coacheles*; pero ademas consta que, aun antes del descubrimiento, comenzaban á servirse los mercaderes de ciertas planchuelas de cobre muy cargado de oro, en forma de T, anchas de tres ó cuatro dedos, y de espesores correlativos al valor convencional que representaban, siendo ese ya un género de moneda, como tambien lo eran ciertos canutos del mismo metal que igualmente daban y recibian en cambio de las mercaderias.

Para completar esta breve noticia sobre los mercados, réstanos solo consignar el hecho de haber entre los indios corredores que andaban de unos en otros, llevando á cada parte lo que en ella mas falta hacia; para el buen órden y arreglo de las diferencias entre los mercaderes, dependientes subalternos de justicia en las plazas mismas; y en un edificio de la de Méjico, un tribunal á manera de jurado, compuesto de doce ancianos, quienes verbal y sumariamente fallaban los pleitos á medida que iban ocurriendo.

En los tiempos de nuestra historia, sin embargo de la decadencia del *Tianguez de Tlatelolco*, los alguaciles castellanos circulaban de contínuo en él, no sabemos, ni sabia Torquemada tampoco, si para conservar el órden ó hacer su negocio; pero, en fin, circulaban de contínuo; y en la *Tecpan*, ó casa del Cabildo, frontera al convento, residia el gobernador de aquel barrio, quien sumariamente administraba justicia (manera de decir) á indios y europeos.

Los primeros albores del crepúsculo matutino comenzaban á clarear apenas en la solitaria plaza, haciendo perceptibles los duros contornos del horrible símbolo de la jurisdiccion soberana en Tlatelolco, cuando de la porteria del convento de Santiago salieron dos indios, envueltos en sus mantas de algodon hasta los ojos, silenciosos, y mirando en torno de sí cautelosamente,

antes de resolverse á tomar marcada direccion en su camino. Mas asi que se hubieron persuadido de que ni un alma habia en el mercado; de que ni un solo balcon habia abierto; de que ninguna tienda, ni las de Atole y chocolate siquiera, daba señales de comenzar su comercio, encamináronse á la fuente, y colocándose entre ella y la horca, de manera que la sombra proyectada por ambas masas los ocultaba completamente, entablaron en voz sumisa el siguiente diálogo.

—«Y bien, Cristóbal, ¿Qué me quieres?

—Francisco, que me ayudes en una empresa.....

—¡Empresa! ¿Y cuál podemos acometer nosotros, viejos y esclavos, que no sea un delirio?

—Déjate de razones, Francisco: al servidor le toca solo ejecutar las órdenes de su dueño.

—¡De su dueño! ¡Ah! El pobre Francisco no tiene ya dueño. El *Mártir* descansa al lado de sus padres.

—Pero los hijos, los hermanos, los amigos del Mártir, viven aún, y viven oprimidos, y el verdugo tiende ya las manos á sus cuellos.

—Silencio, Cristóbal: no hables del verdugo. ¿Ignoras dónde estamos?

—¡Bien lo sé, Francisco: *estamos al pié de la horca*!

—¡Silencio, por Dios santo! La sangre se me hiela...

—¿Temeria Francisco á la muerte?

—A la muerte no: Francisco ha vivido bastante para no estar enamorado de la vida: ¡Pero al verdugo! ¡Pero á la horca!

—¿Qué importa el género de muerte, si al cabo se muere? Que el castellano, que cree deshonrados á sus hijos cuando el verdugo le mata, tiemble el suplicio en buen hora: pero á nosotros, Francisco, á nosotros que ni tenemos hijos, ni patria, ni honra, porque los esclavos nada tienen, ¿Qué nos importa espirar en brazos del verdugo, ó en los de una enfermedad?

—En fin, Cristóbal, ¿Qué me quieres?

—Ya te lo dije, que me ayudes en una empresa difícil, arriesgada, quizá imposible.

—¿Y cuál es esa empresa?

—Salvar á los caballeros presos.

—La Serpiente de Tlaxcala se olvida de su prudencia.....

—La Serpiente de Tlaxcala es siempre la misma. ¿No te digo que vamos á acometer una empresa quizá imposible?

—¿Por qué acometerla entonces?

—Porque *él* lo quiere.

—¡*El*! ¿Quién?

—*Amo chiquito.*

—¿D. Fernando?

—Sí: el hijo del Comunero y de *la flor de Chalco*; el amigo de los hijos de Hernan Cortés y de D. Alonso de Avila.

—¿Por qué no acude á los castellanos, Cristóbal?

—Porque los mejores están en las cárceles.

—Y los demas acobardados.

—Acaso baste una chispa para provocar un incendio.

—¿Y los indios han de ser la chispa?

—Sí, Francisco.

—¡La Audiencia la apagará, pisándola! Cristóbal y Francisco acabarian cerca de donde estamos, si fuesen tan locos que se arrojaran á intentar lo que no osan ni imaginar los conquistadores.

—Es preciso, Francisco, servir á nuestros amos, y suceda de nosotros lo que Dios quisiere.

—Francisco no tiene amo: el Mártir le ha dejado libre, y ademas Francisco y Cristóbal son dos ancianos, buenos en el consejo, inútiles con las armas en la mano. ¿Qué han de hacer dos viejos?

—Cristóbal y Francisco son hombres de consejo: sus

hermanos de Tlatelolco oyen sus palabras con atencion, y los mancebos seguirán sus inspiraciones.

—Sepa yo de una vez tu pensamiento.

—¿Francisco ayudará á Cristóbal?

—Francisco es leal, y no revelará en ningun caso ni á persona alguna el secreto de su amigo.

—Pues bien: *Amo chiquito* presume que la muerte de algunos de sus amigos está próxima; que acaso hoy mismo perezca D. Alonso en el suplicio. Fr. Diego de Olarte teme lo mismo.

—¡Oh, sí! ¡Los Doctores matarán á D. Alonso! Eso es cierto.

—Y D. Fernando quiere y debe impedirlo á toda costa. Si hoy nuestros hermanos se rebelasen en Tlatelolco, si la Audiencia tuviera que emplear aqui sus soldados, acaso se suspenderia el suplicio de Avila, acaso fuera posible libertarlo de la cárcel asaltándola con algunos bravos.

—¿No me ha dicho Cristóbal que ese mismo pensamiento se trató ya, sin fruto, de poner por obra?

—Sí, Francisco; pero entonces el tiempo no apremiaba como ahora; entonces ante lo escaso del número vacilamos.....

—Ahora los pocos de entonces serán todavia menos, y las dificultades mayores.

—¡Oh, por misericordia, Francisco, no me desalientes! Si D. Alonso muere en el suplicio, morirá de dolor Amo chiquito, y Amo viejo morirá tambien.

—Francisco quisiera redimir á D. Alonso, y á Don Fernando, y á su padre; pero Francisco no puede, y se resignará con la voluntad de Dios, como dicen los misioneros.

—Probemos antes fortuna: hablemos á los que van á venir al mercado de la enormidad de los tributos, de la ureza con que se cobran, de las iniquidades de la Au-

diencia. Quizá al presentarse el regidor á poner la tasa, y acudir los alguaciles á despojarles de una parte de su trabajo, se indigne su ánimo, ya por nosotros predispuesto á la rebelion. Una palabra trae otra y de las palabras se pasa fácilmente á las obras: un indio conocido preso, una piedra arrojada á los corchetes, pueden, acaso, producir un conflicto; y ¿Quién sabe...?

—Francisco sabe que desde el pié de la horca hasta colgar de ella no hay mucho camino.

—¡Si Francisco abandona á sus amigos en peligro, Cristobal sabrá morir con ellos!»

Tales palabras pronunciaba el generoso anciano tlaxcalteca, cuando le obligaron á interrumpir su discurso, primero el rumor de acelerados pasos de caballo, y luego la aparicion de un corchete de los de Samano, que caballero en su rocin se encaminó en derechura al convento de Santiago. Dichas por aquel hombre, sin apearse, algunas palabras al portero, apenas las hubo oido el hermano lego, tapándose el rostro con las manos en señal de horror, entróse apresuradamente por los claustros adelante en demanda nada menos que del Padre Provincial.—Fr. Diego oraba ya, ó mas bien oraba aún, pues no se habia acostado aquella noche, para que Dios se dignase asistir al espíritu de D. Alonso en su última hora, de cuya proximidad inmediata no le dejaron la menor duda las palabras de Samano la noche anterior al salir de la estancia en que yacia el cadáver de Suarez.

Asi cuando el atribulado portero le dijo:

—«Reverendísimo Padre, los señores de la Audiencia requieren á Vuesa Paternidad, para que vaya inmediatamente á la cárcel de Corte, con los religiosos que le plazca, á fin de ayudar á bien morir á dos hombres que van á ajusticiar.»

El santo religioso, sin manifestar sorpresa, ni mas sentimiento del que ya tenia, respondió:

—«Diga, hermano, que iremos á donde la voluntad del Señor nos llama, dentro de breves instantes.»

Y en efecto, el portero trasmitió al corchete la respuesta de su Prelado; partióse con ella el Alguacil; y en tanto mandaba Fr. Diego reunirse á su comunidad entera para darle cuenta del suceso, y hacer que pasara en el acto al coro á ponerse en oracion por las almas de los infelices á quienes la llamada Justicia humana obligaba á comparecer prematuramente ante la divina.

Terminadas sus disposiciones en la materia, eligió tres religiosos para que le acompañaran; y mandándoles que le esperasen en la iglesia, fuese á la celda donde D. Fernando de Valdestillas meditaba en su suerte y proyectos, aguardando el resultado de las gestiones que poco tiempo antes encomendara al celo de su buen Cristóbal.

Qué pasó entre el hijo del Comunero y el Provincial de San Francisco durante la media hora que á solas estuvieron en acalorada conferencia, no hemos podido averiguarlo á pesar de nuestras esquisitas diligencias, por lo cual habrá de contentarse el lector con que le digamos que, al cabo del tiempo dicho, salieron ambos de la celda del primero y, deteniéndose solo algunos minutos para orar en el templo, tambien del convento, en compañia de tres religiosos por Fr. Diego elegidos.

En el breve espacio que medió entre la llegada al monasterio del corchete portador del mensage de la Audiencia, y la salida de los frailes para la cárcel de córte, el aspecto de la plaza del Mercado habia variado completamente, pues el lector recordará que primero estaba sola y desamparada, y ahora le diremos que, no sin asom-

bro, la vieron ya los franciscanos llena de hombres armados, los cuales, distribuidos metódicamente en grupos, ocupaban todas sus bocacalles, cual si temiesen una invasion enemiga.

En efecto, Juan de Samano y Manuel de Villegas, no pudiendo ni acaso queriendo oponerse á que los sentenciados se confesaran, como terminantemente significaron ser esa su voluntad, con religiosos de la órden de San Francisco, y muy en particular con su prelado; temian, sin embargo, que aquellos frailes, ya conocidos por su adhesion á la parcialidad del Marqués, y temibles ademas por su influencia en el pueblo, concitasen los ánimos de los indios contra la Audiencia. No satisfechos, pues, con el cúmulo de fuerzas desplegadas hasta el momento, pues ya desde la noche antes las tropas de Velasco ocupaban todos los caminos que á Méjico conducian, y las escuadras municipales con la gente allegadiza los puntos principales de la ciudad, creyeron oportuno posesionarse del Tianguez de Tlatelolco, centro de aquel barrio, lugar ocasionado á trastornos por la reunion de gentes en el mercado, y sitio ademas del convento que sirvió mas de una vez, en épocas anteriores, de asilo y fortaleza á los del bando entonces vencido.

En consecuencia, al corchete mensagero seguia de cerca un centenar de hombres de armas, que sin dar tiempo á Cristobal y Francisco para que de su escondite saliesen, sentaron sus reales en la plaza, ocupando sus bocascalles y no dejando entrar en ella á los mercaderes mas madrugadores, que tardaron poco en comenzar á presentarse.

Por lo que respecta á los frailes, los hombres de armas tenian órden de dejar libre el paso á los que con el Provincial fuesen, y en efecto, permitiéronles salir de la plaza; mas un sargento, con una docena de soldados, echó en seguida á andar tras ellos.

—«¿Qué significa esto? esclamó Fray Diego, advirtiendo á los pocos pasos tan estraño acompañamiento.

—Significa (respondió el sargento)., que se me ha mandado acompañar á su Paternidad hasta la cárcel.

—¿Acompañarnos ó guardarnos?

—Acompañar he dicho.

—En ese caso, podeis volveros.

—Perdone vuesa Paternidad; pero he de cumplir lo que se me ha ordenado.

—¡Villanos! (murmuró Valdestillas, no pudiendo contenerse).

—¡Silencio, hermano! (se apresuró á interrumpirle Fray Diego.) Acordémonos que hay quien sufre mas que nosotros.»

Dichas esas palabras y algunas otras á D. Fernando en voz tan baja que no pudieron oirse, prosiguió el grupo religioso su marcha, y detrás de él su escolta, cuidando de que ninguno de los raros transeuntes que en el camino hasta la cárcel encontraron, se acercara á los frailes.

En tanto Francisco y Cristóbal, al abrigo de los pilares de la horca ocultos, hallábanse en dificilísima posicion; pues de permanecer en ella, claro estaba que mas tarde ó mas temprano habian de ser descubiertos; y pensar en que ni hasta el convento les fuera posible llegar sin ser antes vistos, detenidos y presos, no cabia dentro de los límites de racional discurso.

Para cualesquiera otros dos indios redujérase el riesgo á soportar algunos pescozones ó palos de mano de los soldados, ó cuando mas, á la perspectiva de pasar una semana en la cárcel, dado que como delito se considerase la costumbre, harto comun en los de su raza, de haber pasado la noche con el pavimento por cama, y el cielo por techado; pero los dos ancianos eran conocidos por servidores de personas tan declaradamente enemigas

de la Audiencia, que con razon sobrada temian ser desde luego implicados, cuando menos, en el proceso de la conjuracion, por el mero hecho de hallarse juntos en aquel parage y á tales horas. Francisco, en honor de la verdad, yendo mucho mas lejos que Cristóbal con el discurso, recelaba que verle los soldados y colgarle de la horca que tan azorado le tenia, serian cosas casi simultáneas.

Sudando, por tanto, de congoja, y maldiciendo la hora en que por su entusiasta compatriota se habia dejado sacar del convento, permanecia el prudentísimo servidor del infeliz D. Martin Suarez, echado boca abajo en el suelo entre los dos pilares; mientras que el Tlaxcalteca, sentándose á su lado, y apoyando la cabeza en las manos, meditaba intensamente en la indagacion de algun ingenioso espediente para ponerse en franquía y en punto donde pudiera obedecer las instrucciones del Doncel su amo.

La verdad es que, ens emejantes situaciones, el discurso es inútil; la fatalidad lo hace todo; y no hay como echarse en brazos de Dios, y dejar que las cosas sigan su curso.

Poco mas de una hora era transcurrida desde que las fuerzas de la Audiencia ocuparon la plaza, cuando precisamente aquella medida de precaucion comenzó á realizar lo que acaso, y sin acaso dadas las circunstancias, intentara inútilmente la astucia de la serpiente de Tlaxcala; porque, en efecto, los primeros indios que al entrar en el mercado fueron detenidos, siendo pocos, hubieron de resignarse silenciosos; pero á los primeros sucedieron no solo otros, sino *otras*, y esas otras irritables y chillonas; por manera que en breve comenzaron las voces, las quejas, las reconvenciones y los clamores en todas las calles afluentes al por entonces vedado Tianguez.

Reflexiónese que *no vender* era *no comer* para aquellas pobres gentes y sus familias, sin que ni aun por eso se les eximiera de ninguna de las cargas que los abrumaban; y se comprenderá fácilmente que con rapidez se propagara á los varones el descontento de las hembras, mas bullicioso desde luego en ellas, pero en cambio mas iracundo y concentrado en ellos.

Al principio los hombres de armas, tomando la cosa á burla, respondieron con chocarrerias á las quejas, con desvergüenzas á los denuestos, y con blasfemias á las maldiciones; mas, á medida que el número de los vendedores crecia, y sus clamores subian de punto, naturalmente hubo de hacerse mas vigorosa tambien la resistencia, y acudióse á las amenazas para llegar lógicamente á las obras.

Una verdulera, mas espresiva en su pantomima que ninguna otra, quiso arañar á un soldado, el cual dió con ella en tierra de un empujon.—¡*Al asesino!*—clamó la caida; y—«¡*Al asesino!*»—respondieron en coro centenares de voces. Entonces el Cabo que guardaba la bocacalle donde ocurria el lance, formando en masa su gente, cargó alabarda en ristre á los indios, que precipitamente le cedieron el terreno; pero que desde las esquinas comenzaron tambien á lanzar un diluvio de guijarros y piedras sobre la tropa, hasta obligarla á replegarse á la carrera sobre la plaza.

Bastó aquel incidente para que se hiciese general la conflagracion, y se tratara ya nada menos que de hacer uso de las armas de fuego, como lo solicitaban ostigados los que entre aquella milicia las llevaban; mas su gefe, que habia recibido instrucciones terminantes de la Audiencia para evitar á toda costa una lucha abierta con el pueblo, tuvo fuerza de carácter suficiente para mantener á los improvisados guerreros dentro de los mas estrictos límites de la defensa. Hizo, pues, que sus hombres se pu-

sieran al abrigo de las piedras, dejando á los indios dueños de gritar en las calles cuanto les pareciera conveniente.

Era ya tarde, sin embargo, para que la prudencia sola bastase á cortar el fuego de la sedicion, tanto mas temible, cuanto menos de político tenia; porque los intereses materiales, y el hambre sobre todo, no las ideas, son los que lanzan resueltamente á los pueblos en las vias revolucionarias. Y cuenta que no decimos que no sean las ideas las que en la esencia hacen las revoluciones; sino que los intereses son los que empujan á las masas ignorantes contra el régimen que las oprime.

Crecian, pues, la indignacion y la audacia de los defraudados vendedores, lejos de calmarse con la prudencia del gefe de las tropas; la masa popular iba ganando terreno hácia la plaza, como la marea tierra adentro; la soldadesca bramaba de ira; Francisco estremecíase pensando que naturalmente se retirarian al centro de la plaza, y le descubririan y.... *la horca* era su idea fija; en cuanto á Cristóbal, dábale gracias á Dios de haberle enviado como llovido del cielo aquel motin, sin cuidarse de lo que pudiera ser de su persona.

Asi las cosas, y prévios algunos instantes de esa engañosa calma que precede siempre á las tempestades y á las crisis, tanto morales como materiales, los amotinados que carecian absolutamente de plan determinado, y de gefes, y hasta de objeto, porque aun cuando en la plaza entrasen, no era posible que acudiese á ella marchante alguno; los amotinados, decimos, movidos por la cólera, como las olas se agitan á impulso del huracan, impeliéndose unos á otros, y ganando siempre terreno solo por no retroceder en su marcha, llegaron, en fin, á emparejar con las bocas de las calles que del mercado partian, ó lo que es lo mismo, á penetrar en la plaza misma.

Ya entonces los hombres de la Audiencia y su gefe

mismo comprendieron que las contemplaciones pudieran serles funestas, y resueltos á repeler con toda su fuerza, y usando de sus armas todas, la invasion que inminentemente les amenazaba, comenzaron por donde era natural, y el previsor Francisco temia que comenzasen, es decir; por replegarse todos al centro del Tianguez, para formar allí en masa. El centro del Tianguez, significa la *fuente y la horca*, significa el asilo de nuestros dos indios, significaba para el que fue servidor del Mártir, un dogal á la garganta y el verdugo sobre sus hombros. Asi cada paso de los armados era un golpe en su corazon; asi á medida que sentia aproximarse la tropa, íbase adhiriendo de tal modo al suelo, que, si en su poder estuviera, hundiérase en él siete y aun catorce estados. Por el contrario Cristóbal, ébrio de júbilo con el espectáculo á su corazon grato, de la inesperada insurreccion, hízose todo él ojos y oidos, para no perder ni un movimiento, ni una sílaba del tumulto, pensando tan poco en su personal riesgo, que casi le tocaban los armados con las hastas de sus alabardas, cuando llegó á hacerse cargo del peligro.

Confesemos que la situacion era crítica para entrambos indios, y tanto mas desagradable para Francisco, cuanto menos por su parte la habia provocado; pero tambien es justo decir que con estarse tendido boca abajo, respirando apenas, cerrados los ojos, y agitándose como un epiléptico, no parecia probable salir de tan angustioso lance. No fue tal el proceder del servidor de los Valdestillas, quien conformándose al proverbio que dice: «*A mal tiempo buena cara:*» en vez de esperar á que algun soldado, advirtiendo su presencia en tal parage, le saludara acaso introduciéndole entre costilla y costilla algunas pulgadas de acero, si no machacándole la mollera con la culata del mosquete, levantóse de pié derecho y púsose delante del gefe de la tropa. Digámos-

lo de paso, en semejantes aventuras vale mucho mas habérselas con los gefes que con los subalternos; y el instinto del Tlaxcalteca le guió por consiguiente tan bien ó mejor que pudiera la mas consumada ciencia.

—«¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? ¿Cuánto tiempo hace que estás oculto? ¿Por dónde has venido? Responde presto y la verdad, ó te cuelgo irremisiblemente de esa horca:» esclamó el capitan de los municipales apenas vió á Cristóbal; y Francisco, en cuyos oidos resonaron sus palabras como los ecos de la trompa de los cazadores en los del ciervo acosado y moribundo, díjose allá en sus adentros:

—«¿No lo decia yo? Antes de cinco minutos están nuestras almas en la eternidad, y nuestros cuerpos columpiándose entre esos dos maldecidos pilares! ¡Dios tenga misericordia de nosotros!»

En tanto el Tlaxcalteca respondia sosegadamente:

—«Mi compañero y yo, porque no estoy solo.....

—«¡Esto me faltaba! ¡Ahora ese menguado me delata! (pensó Francisco estremeciéndose, pero sin variar de postura.)

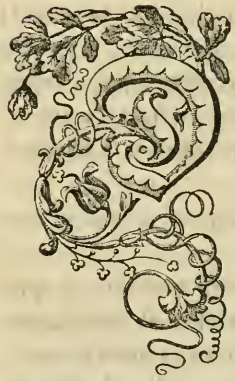
—«Mi compañero y yo (proseguia diciendo Cristóbal) somos dos pobres indios, ancianos como veis, y pobres como todos. Esta noche la hemos pasado aqui, y esperábamos la caridad de los religiosos para desayunarnos, cuando aparecísteis en la plaza con vuestros soldados: tuvimos miedo y nos escondimos.

—¡Capitan, (interrumpió un cabo) esa gente se nos viene encima!

—Dos hombres para custodiar á estos indios, y que no los pierdan un solo instante de vista; si intentasen fugarse, clavarlos contra el suelo. Ahora, vamos á enseñarles los dientes á esa canalla!» Respondió el gefe; y apartándose de Cristóbal, puso en órden su gente para cargar á los vendedores que, en efecto, invadian la plaza tan acelerada como bulliciosamente.

CAPITULO XI.

DE CÓMO EL INDIO CRISTÓBAL DESPEJÓ EL MERCADO DE TLATELOLCO; Y DON LUIS DE VELASCO RAZONABA EN EL GÉNERO DIALÉCTICO DE PONCIO PILATOS.



IVIDIDA la hueste municipal en dos porciones, menos numerosa la una que la otra, pero aquella compuesta de los arcabuceros y mosqueteros, mientras que la última de piqueros y alabarderos esclusivamente, dispuso su caudillo que las armas de fuego quedasen en reserva, mientras él con las blancas, marchando en el órden compacto, procuraba despejar la plaza ó cuando menos tener á respetuosa distancia á los amotinados indios.

Estos, inermes, embarazados por sus mercancias, y

mezclados con las mugeres, con evidencia se comprende que, no pudiendo oponer resistencia á picas y alabardas, hubieron de abrirse delante de la pequeña falange de los de la Audiencia, como al tajamar de un buque se abren las aguas que aquel surca, mas tambien apenas pasado el escuadron, apiñábase de nuevo la masa popular, y de nuevo comenzaba el clamoreo, y con mas furia que nunca se repetia el diluvio de guijarros, piedras y aun frutas, porque de todo hizo proyectiles la saña de los vendedores.

Dos ó tres veces corrió la plaza en diferentes sentidos la falange de los municipales, sin hallar resistencia inmediata; viendo deshacerse delante de sus armas á los amotinados, como fantasmas cuando mano temeraria intenta asirlas: mas al regresar á la fuente, donde la reserva permanecia á pié firme y mecha encendida, las cosas estaban lo mismo que antes, ó peor, pues con la impunidad iba subiendo de punto la insolencia de los amotinados, y con el cansancio decayendo el ánimo de la soldadesca.

¿Por qué no hacer uso de las armas de fuego, á cuyo solo estruendo era mas probable que, como banda de perdices, se dispersaran aterrados los indios? ¿Por qué contemporizar con los rebeldes, sabiéndose que hacerlo conduce solo á envalentonarlos, y llevar las cosas á punto de que se convierta en guerra civil una lucha que acabara fácilmente en su principio?

Asi raciocinarán muchos de nuestros lectores, á los cuales nos tomaremos la libertad de hacer presentes algunas consideraciones, en descargo del hombre que mandaba las fuerzas del gobierno en la plaza de Tlatelolco la mañana á que nos referimos.

En primer lugar, y eso lo tenemos dicho, prevínosele terminantemente que evitase á toda costa cualquier conflicto sério con el pueblo, y singularmente con los

indios; porque la Audiencia, conociendo ya su impopularidad, de una parte, y de otra recelosa de que D. Luis de Velasco habia, si no de abandonarla por completo, sí al menos de mostrarse tibio en aquel lance, pues la ejecucion de los Avilas se hacia muy contra su dictámen; la Audiencia, decimos, temblaba siempre que, si ocurria un motin sério en Tlatelolco, pudiera estenderse á Méjico, propiamente dicho, el incendio revolucionario, y malograrse su venganza, al propio tiempo que naufragar el poder y las personas que lo ejercian.

Pero amen de sus instrucciones, detenian al Capitan las circunstancias en que se encontraba, y la calidad del enemigo contra quien combatia. Las circunstancias, porque las fuerzas de Velasco, todas ó casi todas hallábanse en el campo, aunque inmediatas á la ciudad; y el resto de las propias de la Audiencia y sus parciales, empleadas en la custodia de los presos, avenidas de la cárcel, etc., etc., á mas que razonable distancia del arrabal de Santiago; por manera que, contar con pronto refuerzo, fuera sueño de la esperanza y no cálculo fundado. Cien hombres, pues, de los cuales apenas treinta con armas de fuego, y hombres allegadizos, soldados bisoños, en resúmen, tenia el Capitan para oponer á todos los indios de Tlatelolco y de las cercanías de Méjico, que al mercado acudian ordinariamente; y frontero el convento de San Francisco, en el cual podian muy bien estar ocultos pocos ó muchos castellanos parciales del Marqués, y que en todo caso serviria de asilo á los revoltosos. ¿Fuera prudente, ni cuerdo siquiera, comprometerse, no siendo absolutamente indispensable, en desesperada lucha contra los indios?—Y á mayor abundamiento, los amotinados eran gentes de baja esfera, y estaban desarmados, y habia entre ellos mas ancianos, niños y mugeres, que varones capaces del combate.

Romper contra tales enemigos el fuego de la mosqueteria fuera un acto de barbarie tan cruel que, con no ser aquellos tiempos y en tales materias modelos de filantropía, repugnaba instintivamente al Capitan de los municipales, y parécenos debia repugnar á todo corazon bien templado. Esto sea dicho sin ofensa de los que, en nuestra edad civilizada, opinan que siempre y en todo caso, cuando el pueblo tiene la audacia de levantar la voz, aunque sea para pedir justicia, debe respondérsele preliminarmente á cañonazos, salvo el examinar luego el negocio para..... fusilar á los que de la asonada escapen con vida, y á mayor abundamiento infamar la memoria de los muertos.

Cada cual tiene su opinion: nosotros las respetamos todas, y deseariamos que se hiciese lo mismo con la nuestra, valga lo que valiere.

Mas todo tiene sus límites en este mundo, y asi como no nos parece absolutamente justo que á las peticiones populares se responda por regla general á tiros, tampoco opinamos que los soldados deban dejarse hacer pedazos teniendo en las manos armas con que vender al menos caras las vidas, ya que lleguen circunstancias en que á salvarlas de otro modo no acierten. Asi, pues, al cerrarse en torno de los que en la plaza de Tlatelolco tenemos, la masa de los indios del modo mismo con que, cuando el fuego prende en las *sabanas* de los desiertos de aquel clima, circunda al estraviado solitario caminante, no dejándole mas arbitrio para salvarse, que oponer incendio á incendio (1), entendemos que era llegado el caso de acudir á los re-

(1) Suele, en efecto, prenderse fuego á las yerbas secas que cubren las *sabanas* ó llanuras desiertas en América, y entonces no le queda mas recurso al viagero de tal calamidad amenazado, que trazar en torno de sí un círculo tan vasto

cursos estremos, y salir á toda costa de posicion tan angustiosa. Tal fue la resolucion del gefe de las tropas, recibida con unánime aclamacion por aquella, ya cansada de oir denuestos, y de correr inútilmente en pos de un enemigo á quien nunca alcanzaba.

Ya las bocas de arcabuces y mosquetes se dirigian á la rebelde masa popular, y las primeras filas de esa, estremeciéndose, quisieran huir, mas en vano, porque la multitud á su espalda apiñada no se lo permitia; ya las ardientes mechas iban á descender sobre el inflamable cebo; ya, levantada en alto su gineta, movia el caudillo los labios para pronunciar esa terrible voz de «*Fuego*» que envia el espanto como precursor de la muerte á los escuadrones contrarios, cuando Cristóbal, hasta entonces al parecer espectador indiferente de toda aquella escena, sustrayéndose con rápido movimiento á la vigilancia de sus guardas, á la verdad mas atentos al combate que á los presos, púsose delante del Capitan y díjole:

—«Con primera descarga matar indios pocos ó muchos: siempre tienes miles con furia y venganza, contra castellanos ciento, sin rayo.»

El argumento, hiciéralo quien lo hiciera, no tenia réplica ninguna: indudablemente caerian algunos de los amotinados, ya heridos, ya muertos, y el espanto seria grande al dispararse contra ellos arcabuces y mosquetes: pero ascendian ya á mas de dos mil personas las reunidas en la plaza, y era muy posible que el miedo mismo les aconsejase una resolucion desesperada; y como de veras cargasen á los castellanos, solo

como puede, despojarlo de todo combustible, y luego incendiar los vegetales que forman el perímetro. De ese modo el fuego va alejándose sucesivamente de su persona, en vez de acercársele.

un milagro los salvara. Por tanto el Capitan, mirando á Cristóbal de hito en hito, respondióle:

—«¡Y bien! Cuando eso sea, supongo que no vienes á aconsejarme que me deje ahogar aquí por esa canalla.

—¿Por qué Capitan no hablar con indios?

—La mayor parte de ellos ni me entenderán siquiera.

—Si Capitan querer, no faltar quien hablar en indio á indios.

—¿Tú, por ejemplo?

—Yo poder.

—¿Y qué les dirias?

—Lo que Capitan mandar.

—¿Y qué interés te mueve á darme ese consejo y ofrecerme tus servicios?

—Si Capitan matar indios, y sí indios matar soldados; indios ó soldados poder matar mí en batalla.

—No esta mal hilado eso para un salvage.—Veamos: diles que por hoy no hay mercado, que se vuelvan á sus casas, y que nadie se meterá con ellos.

—¿Y si no querer ir?

—Que les haré fuego sin misericordia.

—¿Y si no tener miedo?

—Los esterminaré á todos desde el primero hasta el último.

—Capitan no estar blando, y el indio estar terco. ¿Por qué no decir palabras de paz?

—¿Qué les dirias tú, en tal caso?

—Decir que Capitan y soldados no tener culpa de lo que mandar Audiencia; que si indios querer mercado, pedir á Doctores.

—¡Oyes, indio, me parece que eres pájaro de cuenta!

—No estar pájaro, estar hombre.

—Pájaro y muy pájaro de cuenta: pero, en fin, diles lo que quieras con tal de que me dejen la plaza despeja-

la en diez minutos; al cabo de ese tiempo hago fuego, y salga lo que saliere!

—Si quieres que hablar yo á indios, das órden.

—La daré; pero escucha antes lo que tengo que advertirte: en el momento en que en tus palabras, acciones ó gestos advierta el menor síntoma de traicion, empiezo por colgar de esa horca á tu compañero, á quien el miedo tiene ya casi cadáver; y en cuanto á tí, mucho has de correr si una bala no te alcanza. ¿Me entiendes?

—Mucho bien entiendo tí, Capitan.

—Pues entonces anda bendito de Dios, y cuenta con una buena recompensa, si me despejas pronto la plaza.»

Diciendo asi, el Capitan mandó á un tiempo que se dejara paso franco á Cristóbal, sin perjuicio de que dos de sus mejores arcabuceros le siguieran siempre con su punteria, como el cazador á la perdiz que al vuelo se propone matar; y que á Francisco se le acomodase un dogal al cuello para guindarlo de la horca en el momento en que en su compañero se advirtiese el menor síntoma de traicion.

Cuáles serian el espanto y tribulacion del último, cualquiera lo imaginará fácilmente; pues, en primer lugar, digan lo que quieran ciertos facultativos sobre la estrangulacion, el hecho es que á todos nos repugna pasar por ella; y en segundo, como para Francisco, una vez muerto D. Martin Suarez, cesó todo interés en los negocios de los castellanos, era doblemente cruel verse arrastrado tan insólita como inopinadamente al suplicio de los malhechores. Fiel á un amo que le habia tratado bien constantemente, mientras se trató de servirle no se detuvo nunca el indio que nos ocupa ante fatiga ni riesgo de ninguna especie: mas cuando Suarez ya no existia, ¿A qué ni por qué cansarse ni esponerse? Francisco, pues, en el lance que tan mal para su persona iba

disponiéndose, considerábase y era en realidad víctima de agenas culpas, y sobre todo de la complacencia indiscreta que le movió á salir del convento y seguir hasta *el pié de la horca* á la serpiente de Tlaxcala.

Ahora diremos que la razon que Cristóbal tuvo para hacer teatro de su conferencia con Francisco aquel sitio de mal agüero, fue primeramente el recelo de que en el convento oyese algun fraile curioso la conversacion, y la revelara indiscreto ó cobarde; y en segundo lugar y á mayor abundamiento, parecióle preferible llevar desde luego á su compatriota al parage que habia de serlo de escena.

Hecha esa esplicacion, volvamos al asunto principal diciendo que, mientras Francisco se encomendaba á Dios, dándose ya por ahorcado, Cristóbal sin curarse de los dos arcabuces, cuyas bocas seguian sus movimientos con la misma perseverancia que los ojos de la enamorada Clicie el rastro luminoso del esplendente carro de Apolo en los cielos, encaminóse sosegadamente hácia sus compatriotas amotinados, cubierta la cabeza con su manto, alta la mano derecha en señal de parlamento, límpida la mirada, animado el semblante, y lleno, en fin, de magestuoso decoro en su porte.

Desapareció el siervo, eclipsado por el patriota ardiente ó por el conspirador exaltado; dijérase que la vejez misma les cedia el puesto al vigor de pensamiento, y á la juventud de corazon que á nuestro buen Cristóbal animaban.

—«¡Escuchadme! (esclamó en la lengua mejicana que »hablaba tan elocuentemente como con torpeza la de »Castilla). ¡Escuchadme!

«Los castellanos me envian de paz á vosotros; que »algunos de vuestros ancianos y mas esforzados varo»nes vengan á oir mis palabras.»

El propio idioma ejerce en todos los hombres una

influencia mas fácil de sentir que de esplicar, en virtud de la cual aquella turbulenta muchedumbre, casi frenética minutos antes, se prestó sin dificultad al Parlamento, consintiendo mas bien que diputando á algunos de los que en ella pasaban por personas de mas importancia, que fueran á tratar con Cristóbal, hombre, por otra parte, muy conocido y respetado de los indios del pueblo.

Reunidos los prohombres en torno del parlamentario, esplicóles aquel sucintamente el estado de los negocios en Méjico, algo como en verdad era, mucho mas cual á sus intentos convenia. Los caballeros presos lo estaban, segun Cristóbal, mas por su deseo de aliviar las cargas de los indios, poniendo coto á las exacciones del Fisco y de los Doctores, que por haber intentado coronar al Marqués del Valle: los que iban á ser inmolados aquel dia, por consiguiente, eran víctimas de su amor al pueblo, y en prueba de ello ya se veia que la Audiencia preludiaba á sus persecuciones estorbando el Mercado, medida equivalente á privar á unos de las provisiones indispensables á su alimento, y á otros de vender el fruto de su trabajo.

Una vez ajusticiados los principales, proscriptos los importantes, y por el terror sujetos los demas nobles de orígen castellano, ¿Quién protegeria á los misioneros contra los oficiales reales y los jueces? Y cuando los misioneros sucumbiesen, ¿Qué escudo, qué amparo, qué consuelo, les quedaban á los míseros indios?—En vez, por consiguiente, de encarnizarse contra un centenar de hombres, mandados al cabo en aquella ocasion, y mercenarios siempre, ya que el yugo les parecia intolerable, lo que hacer debian era abandonar por entonces el mercado, donde solo balazos y golpes de pica podian prometerse; marchar á Mejico y con voces, al menos, oponerse á las ejecuciones que sin duda en aquel mis-

mo dia ó en el siguiente iban á verificarse de órden de la Audiencia. Ningun riesgo mas grave que el hasta entonces corrido iban á buscar los indios, y quizá su sola presencia y voces bastaran para detener á los Doctores en el curso de sus crueldades, que en definitivo resultado refluirian sobre los pobres, pues faltando los ricos faltaria el trabajo, y con él tambien el preciso sustento.

Tal fue, en sustancia, el habilísimo discurso de Cristóbal á sus compatriotas, los cuales, ya cediendo á lo especioso del razonamiento, ya obedeciendo al natural instinto que hace siempre preferible el peligro remoto al que presente se mira, entraron por completo en sus miras, y vueltos á la multitud, sin dificultad consiguieron que en poco tiempo desocupara la plaza de Tlatelolco, para dirigirse silenciosa, amenazadora y compacta, al antiguo Tenuchtitlan.

—«¡Indio cumplir su palabra.» Dijo Cristóbal al Capitan que, con no menos asombro que placer, contemplaba las oleadas de la muchedumbre agolpándose á las bocacalles para salir de la plaza, tan presurosa como para entrar en ella se habia mostrado.

—Cierto (replicó, al cabo), y tambien el castellano cumplirá la suya. Pide la recompensa que quieras, y como esté á mi alcance, júrote á fé de bueno concedértela en el acto.

—Indio, no pedir mas que libertad de compañero y libertad suya.

—¡Soltad á ese hombre! (gritó el Capitan.) Ya estais libres el uno y el otro, aunque tú, amigo, no me pareces tan inocente como quisieras; pero, en fin, me has hecho un gran servicio, y tienes mi palabra. Andad con Dios, y él os guie para no venir de nuevo á parar *alli*.»

El bueno del gefe de los municipales señalaba, diciendo asi, á los pilares de la horca, y eso en tono, co-

mo dicen los italianos hablando de ciertas óperas, *semisério*. Cristóbal respondióle con una sonrisa que asi podia significar: «*No la temo*, como «*poco me importa*;» pero Francisco, tocándose y retocándose el cuello para convencerse de que, en efecto, ya no llevaba el dogal funesto, no pudo menos de esclamar sentidamente:

—«Junto horca no me verás á mí, si demonio no traer por los cabellos!»

Y en el acto, sin esperar á su camarada, ni volver atrás la vista, ni mirar donde la planta sentaba, dió á correr con prisa tan cómica, que los soldados, gente siempre alegre y regocijada, le acompañaron hasta perderle de vista con una salva de gritos y silbidos, tal como la que en nuestras plazas de toros acoge ordinariamente á los alguaciles.

En contraposicion de tal conducta, el servidor de los Valdestillas con sosegado paso y severo continente, atravesando la plaza, metióse en el convento de los franciscanos, no con ánimo de buscar allí un asilo para su persona, como erradamente lo presumió el Capitan, sino con el propósito de salir luego por una puerta falsa, para incorporarse en Méjico con los indios amotinados, y encender mas y mas su cólera, y llevar la asonada tan lejos como pudiese, ya para salvar, ya para vengar á los caballeros.

Y véase cómo se frustran á veces los mas atinados cálculos de los profundos políticos; véase cómo no siempre es absolutamente cierta en la práctica la máxima de que, abatiendo las cabezas mas altas, es como se sofocan las rebeliones; pues que un siervo osado y desconocido se hallaba casi á punto de inutilizar las providencias y burlar las previsiones del gobierno de Nueva España.

Pero dejemos el punto doctrinal á la consideracion

del discreto, asi como los pasos de Cristóbal á la ventura por algun tiempo, y veamos qué sucedia en otros parages de la metrópoli del Anahuac y sus cercanias, la madrugada misma del 3 de agosto, dia tristemente memorable en la historia de la Conjuracion de Méjico.

La quinta de Chapultepec nos llama primeramente: en aquella, un tiempo morada del placer y foco del fausto de los Avilas, reinaban á la sazon el llanto, el desconsuelo, la soledad y el abandono mas completo. Desiertos los magníficos salones, solitarios los deliciosos jardines, solo en la estancia de doña Elvira quedaba rastro de la humana vida; pero ¡Qué rastro! Sollozos sin término, fúnebres plegarias, desgarradores ayes, y suspiros que el corazon partian. La servidumbre, ya de luto como por encanto vestida, retrataba en sus rostros la humillacion y abatimiento de la poderosa familia sobre la cual descargaban los hombres el golpe de villana venganza, retirándole, al parecer, su proteccion la Divina Providencia: todo, en una palabra, conspiraba á la afliccion, nada habia que un rayo siquiera de remota esperanza ofreciese.

Asi se pasó la noche: Doña Elvira casi toda ella de rodillas y orando, Mencía en un estado de postracion parecido á la muerte, ó entregándose á frenético delirio; porque, si la nieta de Hernan Cortés tenia, como su cuñada, mortalmente herido el pecho, tambien infinita mas fuerza de carácter, tambien un fondo de resignacion en el alma, un caudal de magnánimas ideas en el entendimiento, que la ayudaban á soportar aquella desdicha estrema con un esfuerzo de que era incapaz la escelente, pero vulgar, esposa de Gil Gonzalez.

Asi se pasó la noche, decíamos, entre lágrimas, oraciones, sollozos y votos estériles, hasta que ya abatidas las fuerzas de entrambas las afligidísimas señoras, al romper el alba, una y otra, sin cesar de padecer, sin

que el sueño hiciese tregua en realidad á sus dolores, quedáronse, no sabemos si decir durmiendo ó aletargadas, durante el espacio de una ó dos horas. Aprovechando la ocasion las camaristas y dueñas que hasta entonces las asistieran, salieron de la estancia para procurarse ellas algun descanso efectivo; que pocas veces sienten los criados por sus amos de modo que les falten el apetito y el sueño.

Elvira, volviendo en sí antes que Mencía, acudió á buscar en la galeria que conocemos lo que siempre hace falta mientras al mundo visible pertenecen las criaturas de barro, aire que respirar, luz que nos ilumine; y contemplando el sol que, entre nacaradas nubes y rubios celages, comenzaba á elevarse magestuosamente sobre el horizonte, no pudo menos de esclamar con dolor profundo:

—«¡Ay! Tú no luces para el mísero Alonso; ¡Ay de mí! Que mañana tus rayos se levantarán sobre su tumba, quizá—¡Qué horror!—sobre su cadáver insepulto, y á las feroces miradas de sus enemigos espuesto en el patíbulo!—¡Pobre Alonso mio! ¡Tan caballero, tan valeroso, tan magnánimo, tan bizarro en sus juveniles estravios mismos, y va á morir á las villanas manos de un verdugo!... ¡Va á morir, digo!.... ¿Y por qué? ¿Quién me dice que no ha muerto?... ¡Oh, sí, ya le mataron los miserables Doctores! ¡Ya le mataron! ¿Por qué, si no, haberme traido á Chapultepec?... Y yo, muger cobarde, esposa desnaturalizada, yo me estoy aquí gimiendo en vez de acudir á sus brazos por vez postrera, ó al menos á tributar á sus mortales restos las últimas honras!—¡A Méjico! ¡A Méjico! Allí al lado de mi Alonso, allí es mi sitio... ¡Mencía! ¡Mencía! ¡Vamos á Méjico!!!»

Al escuchar la voz de Elvira que enérgicamente la llamaba, saliendo Mencía de su estupor, prestóse á emprender á la ciudad su jornada, como se prestara á arro-

jarse de cabeza al mar, ó á cualquiera otra cosa que le propusieran; pues tal la tenia el sentimiento que no daba razon ni de sí misma.

En pocos minutos estuvieron ensillados cuatro caballos, montando en los cuales las dos hermanas políticas, de negro vestidas y los rostros cubiertos con antifaces del mismo color, y los caballerizos Nuñez y Victoria, salieron todos á galope tendido en direccion á Méjico, por aquel mismo camino en que poco tiempo antes triunfó Elvira de los Doctores, hubo el populacho de arrollar á Juan de Samano, y fue con ovacion triunfal, ó mas bien con régia pompa recibido el Marqués del Valle de Guaxaca, á la sazon preso de Estado. Mas no tenian las esposas de los Avilas serenidad suficiente, ni tiempo que lugar les diera á considerar el hondo cuanto doloroso contraste entre las escenas de la famosa malhadada fiesta, y la que entonces en su mismo teatro representaban: llegar á Méjico y llegar pronto, ese era y debia ser entonces su esclusivo pensamiento. Volaban, pues, los corceles de las damas, sin misericordia por el látigo escitados, y en pos de ellos volaban á impulso del férreo acicate las monturas de los dos fieles caballerizos, servidores aún mas celosos en la desgracia que durante la prosperidad lo habian sido de aquella familia. Volaban los cuatro caballos, marcando apenas su huella en el camino, levantando en torno de sí una densa nube de polvo, y hendiendo el aire cual si comprendieran que en su lijereza estribaba la vida de dos ilustres caballeros. Volaban, y casi al recinto de la imperial ciudad eran llegados, cubierta la piel de sudor copioso, y en blanca espuma bañados los pretales, cuando súbito una voz grosera esclamó: «¡*Alto*, *vive Dios*!» Y dos ginetes armados de punta en blanco, atravesándose en el camino, obligaron á nuestros caminantes á detenerse mal que les pesara.

—«¡Atrás! (dijo el mismo soldado que primero habló.)

—Vamos á Méjico (repuso Elvira).

—Pues por eso (insistió el mílite).

—Somos de allá.

—Seais de dónde quisiéreis: esta es la órden. ¡Atrás!

—¿Conocéisme?

—Ni me importa.

—Soy (esclamó la irritada señora) Doña Elvira, la esposa de D. Alonso de Avila!» Y diciendo asi descubrióse el pálido bellísimo rostro.

¿Qué encanto tiene, qué mágica influencia ejerce la desgracia estrema é inmerecida, dignamente soportada, para imponer respeto á los mas groseros entre los hombres, y obligar á la consideracion hasta á nuestros mas encarnizados enemigos?

Sea la causa la que quiera, el fenómeno es constante: la historia reputa mónstruos y como á tales infama á los pocos que la desdicha insultan viéndola de cerca; y los dos soldados que á las esposas de los Avilas detuvieron, aunque fieles en la observancia de su consigna, estaban muy lejos de pertenecer á la especie de los móstruos. Asi, al nombrarse doña Elvira, sabiendo aquellos hombres la desdicha que la abrumaba, como la tropa sabe siempre las cosas mas secretas, ambos inclinaron las armas en señal de respeto, y adelantándose el que desde luego llevó la palabra, dijo suavizando la voz cuanto pudo:

—«Tenemos, señora, órden espresa de no dejar que nadie entre hoy en Méjico por esta parte, y como soldados no podemos menos de obedecerla: pero no están lejos nuestros cabos, y si vuesa merced lo desea, uno de nosotros irá á consultarles.

—Lo deseo y os lo ruego encarecidamente. Cada minuto perdido puede acaso costar una vida.

—Ortuño, parte al galope á informar al Cabo de lo que pasa.»

Y en efecto, el segundo soldado, obedeciendo á su camarada, salió á escape sin pérdida de tiempo.

Cinco minutos despues volvió diciendo:

—«El General viene en persona, señora, á responder á vuesa merced.»

Así era la verdad: la Audiencia inquieta, y D. Luis de Velasco no muy seguro del efecto que el suplicio de los dos infelices caballeros produciria en Nueva España, velaban incesantemente, cada cual por su parte, aquella en lo interior, este en las afueras de la ciudad, por lo que en casos tales se ha convenido en llamar la conservacion del órden público. Inundadas como la ciudad estaban sus cercanias de hombres de armas; «*porque segun tenian miedo* (dice Torquemada) *los que ejecutaban esta justicia, aun con guarda no se aseguraban*; y entre otras providencias se tomó la de interrumpir la comunicacion de la metrópoli con el resto del pais durante todo aquel dia con su noche, tratándose, en resúmen, á Méjico entero cual si en la conjuracion fuese cómplice.

Velasco, como todos los equilibristas, género de hombres políticos del cual nos libre Dios como encarecidamente se lo rogamos, imaginábase libre de toda responsabilidad en el asesinato jurídico de los Avilas, ya negándose á dar auxilio para su ejecucion, ya evitando el presenciarlo, ya, cuando menos, no aprobándola esplícitamente, y aun en confianza diciendo que le parecia cosa dura y sobradamente rigorosa tal castigo: mas al mismo tiempo, *como lo primero es el órden público*, á saber: su personal quietud para tales gentes, contribuia con las fuerzas de su mando por un lado á que no se les frustrase el golpe á los Doctores, y por otro á impedir

toda demostracion del pueblo en favor de los sentenciados. No se admire nadie de tal aparente contradiccion, porque es regla constante de los hábiles inclinarse, en caso forzoso, al lado del mas fuerte para ayudarle á triturar al débil, con lo cual consiguen que se termine pronto la lucha, y que haya paz, á costa sin duda las mas veces del sacrificio de la inocencia, pero al cabo paz.

Sin embargo, cuando D. Luis de Velasco, que habia escogido por cuartel general una granja inmediata al camino de Chapultepec, en la prevision verosímil, aunque en realidad infundada, de que en la Quinta de Avila establecieran el suyo los conjurados aun libres, si algunos habia; cuando D. Luis de Velasco, repetimos, supo que doña Elvira con escaso acompañamiento solicitaba paso para Méjicó, olvidándose de sus políticas aspiraciones, recordó esclusivamente que era caballero, y que como tal estaba obligado, no solo á la galantería con las damas, sino tambien á la compasion con los desdichados todos. Todavia entonces la nobleza imponia deberes; todavia en aquella época no bastaban heredados blasones, ni hábitos por merced recibidos, para ser tenido por buen caballero, sino que á vueltas de vicios que no negamos, exigíanse virtudes que en parte los compensaban. Hoy, con dinero, todo pasa; y, vive Dios, que poco ganamos en el cambio.

Pero, reflexiones aparte, el hecho es que Velasco, montando á caballo y seguido por pocos de los suyos, apresuróse á salirle al encuentro á doña Elvira mas que lo hiciera, y con mayores muestras de obsequioso rendimiento á que se prestara su altivez aristocrática, si en el apogeo de la ventura se hallase la desolada esposa de D. Alonso.

Espúsole aquella señora con digno laconismo la deplorable situacion en que se hallaba, y la sagrada obligacion que tenia de acudir á Méjico, ora para procurar

la redencion de la vida de su marido, ora para asistirle en sus últimos instantes; y no sintiéndose el Capitan General con fuerzas bastantes para estorbar aquel justísimo y natural propósito, respondióle:

—«Proseguid, señora, caminando; y el Cielo guie vuestros pasos de manera que logreis vuestro deseo, en el cual sinceramente os acompaño.

—¡Ah, Sr. D. Luis! (Repuso Elvira). Si vos quisiérais.....!

—Yo, señora (se apresuró á interrumpir Velasco), no tengo parte alguna, sábelo el Cielo, en la desgracia que os aflige: he dicho mi parecer, aunque no se me preguntaba, y no me han escuchado.

—Fuerza os sobra (esclamó Mencía, incapaz siempre y mucho mas en aquella ocasion, de cortesanos artificios). Fuerza os sobra, si quisiérais emplearla para estorbar el asesinato de nuestros maridos!

—La justicia del Rey ha fallado (replicó grave don Luis), y aunque yo deplore la triste suerte de vuestros esposos, señoras, mi obligacion es respetar sus decisiones. Y ahora, creedme: no perdais mas tiempo, que es harto breve el que teneis delante.

—A Dios, D. Luis de Velasco (dijo Elvira rompiendo al galope la marcha). Algun dia la nobleza mejicana llorará, aunque tarde, el agravio que hoy consiente se le haga en la persona de los Avilas.»

—«¡Quizá tenga razon! (se decia á sí mismo Velasco, »mirando, pensativo, alejarse la reducida cabalgata.) Si »este ensayo les sale bien á los Doctores, la influencia de »la nobleza se anula en la Nueva España, como se anuló »en la antigua despues de la rota de Villalar..... Porque »alli no fue vencida la plebe, sino los fueros de las Ciu»dades, con los cuales perecieron, en resúmen, los privi»legios y la influencia positiva del cuerpo de la nobleza »española... Asi aterra hoy Felipe con letrados y frailes,

»y desde un monasterio á los que sujetar no pudieron »con las armas los Reyes de Aragon y de Castilla... ¡Ah, »Cisneros! ¡Cisneros! Tú heriste de muerte el poder de »los Infanzones y Ricos-hombres del reino, al parecer en »pro del pueblo; y cuando entre ese y el trono desapare- »ció la barrera de la aristocracia, los Reyes cesaron de »contemplarle, tratándole como á cosa propia...! Pero »ya ese mal no tiene remedio: la fuerza cedió el puesto »á la astucia, las armas á la toga... Estorbando la muer- »te de los Avilas, mostrárame yo sin duda cumplido ca- »ballero, mas tambien me acreditara de infeliz político, »y quizá al fin de la jornada figurase mi cabeza en un »tajo cómo las de Padilla y Bravo allá en España.... No »hay mas de contemporizar ahora, mantener el sosiego »en Méjico, y escribir á la Corte para que se enfrenen »las demasías de estos Doctores; quizá el Rey abra los »ojos y ponga el Vireinato en manos del único hombre »que puede gobernarlo sin temer rebeliones, ni nece- »sidad de atropellar fueros.»

Cada cual juzgará de ese razonamiento como mejor le parezca: por nuestra parte diremos solo que se nos figura muy parecido al que debió de hacer el Presidente de Palestina, que antes citamos, cuando los judíos se obstinaban en que fuese el Salvador el crucificado, y no Barrabás que tanto lo merecia.

CAPITULO XII.

QUE, NO HABIENDO REGLA SIN ESCEPCION, SE DAN CASOS DE SER PROVECHOSOS LOS ESCRITOS ANÓNIMOS.

NA vez en Méjico, merced á dos hombres de armas que Velasco envió con las damas para que de nuevo no fuesen interrumpidas en su marcha, calculando Elvira que en tales momentos cuatro personas á caballo llamarian la atencion mas de lo conveniente á sus designios, comenzaron las dos cuñadas por apearse, y enviando á su casa los corceles con los caballerizos, ellas solas y envueltas en sus mantos completamente, encamináronse en derechura al palacio del Marqués del Valle, situado, como sabemos, en la plaza mayor de

Mejico. El aspecto general de las calles era en sustancia el mismo que la noche anterior, si bien mas grave, amenazador y melancolico, pues habiendo ya corrido la noticia de que los Avilas estaban en capilla, á pesar de cuantas precauciones se tomaron para ocultarla, por una parte la fermentacion popular reprimida apenas en lo aparente, y por otra las redobladas precauciones de la Audiencia, eran claros síntomas del mas violento estado en una ciudad posible. Los castellanos embozados en sus negras capas, y con el ala del chambergo cubiertos casi los rostros; los indios como amortajados en sus blancos mantos de algodon; unos y otros silenciosos, mirándose de soslayo con significativa espresion de miedo ó de ira, discurrian taciturnamente por entre las diversas patrullas que, con la pica ó el mosquete al hombro, ya dispersaban un grupo, ya con un brutal: «¡*Adelante ó atrás, caballeros*!» despejaban el campo en todas direcciones. Pero el grupo deshecho aquí, volvia á formarse veinte pasos mas allá; y el curioso espantado en esta esquina, parábase en la inmediata, hasta que una nueva ronda le espantaba otra vez. Sin voces, sin actos hostiles de ninguna especie, el aspecto de los pobladores de Méjico aquel dia, era amenazador realmente, tan amenazador, tan temible, que los soldados, por instinto mas que por consigna, requerian el cebo del arcabuz ó enristraban la alabarda al ver tres personas juntas, y volvian las esquinas con recelo, y no consentian que nadie se les acercase mas de lo que una pica alcanza.

Evidentemente habia divorcio entre la sociedad y su gobierno; evidentemente Méjico maldecia á los jueces, compadeciendo á los sentenciados ó quizá simpatizando con ellos; evidentemente, si el pueblo no careciera de concierto y gefes, ó la Audiencia sí del apoyo moral y físico que le prestaban Velasco y sus Banderas, aquel dia se perdiera Nueva España. «*Era*

tanto el alboroto (dice nuestro predilecto historiador) *que se tuvo por cierto que la ciudad se alzaba.* » Para escribir, solos cuarenta años despues del suceso y en Méjico mismo tales palabras, y obtener el libro que las contiene la aprobacion y licencia de los gobernantes, preciso es que la sedicion fuera en 1566 inminente en realidad, y á mayor abundamiento por los desaciertos y desafueros de los Doctores con evidencia provocada. Y fuélo, en efecto; mas no debemos ahora anticiparnos á los acontecimientos, sino referirlos por su órden con la claridad posible.

Doña Elvira y Mencía, desconocidas y acaso mal juzgadas, porque apenas transitaban por las calles mas mugeres que ellas (otro síntoma precursor de las rebeliones), atravesaron gran parte de la ciudad sin que indio, ciudadano, ni soldado les dijesen el menor requiebro, hecho que consignamos como escepcional, y en prueba de lo profundo de la preocupacion que los ánimos dominaba; pues para que los españoles dejen de requebrar á una muger tapada ó descubierta, preciso es que estén completamente fuera de caja, como decirse suele.

Pero, si no requiebros, tampoco embarazos hallaron en su camino hasta llegar á la plaza, que con asombro y terror vieron convertida en *Plaza de armas*, ó si se quiere en Ciudadela; tales eran el número y cantidad de hombres y armas en ella hacinados, tales el conjunto y pormenores de su belicoso aterrador aspecto.

En cada bocacalle un cuerpo de guardia, mosqueteros con la horquilla clavada en el suelo y la mecha ardiendo, y una ó dos piezas de artilleria, tambien prontas á romper el fuego. Delante de cada uno de esos puestos una avanzada de arcabuceros, con algunos ginetes de descubierta; á retaguardia, es decir: dentro de la plaza misma, su correspondiente reserva de picas, lan-

zas, partesanas y alabardas. Algunos cabos y oficiales iban y venian de parte á parte, inspeccionando los puestos, visitando los centinelas, esplorando las avenidas, y regresando á dar cuenta de sus observaciones ya á Manuel de Villegas, ya á Juan de Samano que alternativamente pasaba de la cárcel á la plaza, y de esta á la casa de la Ciudad en la misma situada, y donde la Audiencia debia en breve reunirse. Cual si un ejército enemigo invadiera ya la antigua corte de Motezuma, ó mas bien como si los que la plaza ocupaban fuesen rebeldes al gobierno legítimo, recientemente sublevados, y esperasen de un momento á otro el ataque de las fuerzas de aquel, asi estaban los semblantes de pálidos, los ánimos de inquietos, las vistas de azoradas, y las lenguas de mudas. No parecian, ni en realidad eran aquellos hombres soldados españoles; porque esos, siempre alegres, burlones y decidores, asi en los triunfos como en los reveses, tienen por costumbre buscar ó esperar la muerte con la indiferencia en el corazon y la sonrisa en los labios; no parecian ni eran los allegadizos campeones de la Audiencia de la misma raza que los inmortales conquistadores de Méjico, ni hermanos tampoco de los que en Europa formaban los invencibles tercios de la gloriosa infanteria castellana. ¿Ni cómo habian de serlo ni parecerlo, corchetes que trocaron de improviso la vara por el mosquete; codiciosos aventureros que, defraudados en sus locas esperanzas de enriquecerse, tomaban la pica por no perecer de hambre; y bravos que ayer afiliados á la Conjuracion, se disponian hoy á contribuir al esterminio de los que ya no podian pagarles?—Por otra parte, aun los soldados de buena ley, cuando en tal servicio se les emplea, pierden al desempeñarlo su dichosa indiferencia y natural alegria; porque si la muerte en el campo es la gloria, la muerte en el suplicio la infamia ó el martirio, y al corazon huma-

no repugna instintivamente, tanto ser parte en la una como en la otra.

Asi, pues, nada mas natural que el fúnebre silencio que entre los guardadores de la Plaza Mayor de Méjico reinaba al llegar á ella, ó mas bien á sus avenidas, las infelices esposas de los Avilas, en cuyos corazones resonaron, sin embargo, dolorosamente los ecos de monótono tétrico martilleo... Algunos indios, pobremente ataviados, y por un cómitre ó corchete duramente dirigidos, clavaban en el suelo ciertos pies derechos, sobre ellos tablas, y sobre las tablas tendian negras bayetas, todo delante de la puerta de la casa de la ciudad... ¡Construian el cadalso en que estaban condenados á morir D. Alonso y su hermano!

¿Por qué, sin verlo, pues las avanzadas las detuvieron desde luego, adivinaron Elvira y Mencía lo que aquellos rudos golpes significaban? ¡Ah! Porque hay en los desdichados un sentido esquisito para las desgracias, cuyo funesto organismo les revela, como por ensalmo, el mal que les amenaza, antes, mucho antes, que le fuera posible adivinarlo por los síntomas comunes al observador desapasionado.

Mas como quiera que fuese, al escuchar el duro resonar de los martillos, Mencía tuvo que apoyarse en Elvira para no rendirse á la pesadumbre de su espanto, y Elvira que decirse á sí misma: «¡*Soy nieta de Hernan Cortés*!» para soportar á un tiempo su propia y la agena angustia.

—«¿A dónde van las curiosas? les decia al propio tiempo un centinela. ¡Hoy es mal dia para gangas: vuélvanse á casa *y rezen por el alma de los que van á ajusticiar*!»

Aquel hombre, sin saber lo que hacia, estaba clavando desapiadadamente un puñal en los corazones de las dos infelicísimas señoras: mas la muger de D. Alon-

so, cuya resolucion de no rendirse al hado adverso superaba á los rigores mismos del Destino, replicóle:

—«¿No podrémos entrar en la casa del Marqués del Valle?

—¡Hum! ¡hum! ¿Del Marqués del Valle? ¡No tendrá hoy la tal casa muchas visitas!

—Pero en fin: ¿puede ó no entrarse en la casa del hijo del Conquistador de Méjico? ¿Temeis hasta las lágrimas de las mugeres que allí pueden á llorar reunirse?

—Yo, Reina mia, nada temo, voto á:.... Pero lo que no quiero es recibir algun trato de cuerda por dejarlas pasar contra la órden, ó por entretenerme en conversacion con ellas. Por aquí no llegarán nunca á las casas del Marqués: den la vuelta á la calle, y acaso por la puerta falsa las dejen entrar. ¡Buenos dias, doncellas, si lo fueren!»

El consejo era bueno; y siguiéronlo al pie de la letra las dos cuñadas; mas al llegar, en efecto, á una de las puertas no principales del palacio, halláronse con que, como todas ellas, estaba severamente guardada. Otra muger menos varonil que Elvira cediera ante el cúmulo de obstáculos y dificultades que, como en los palacios y selvas encantadas de los libros de caballeria, iban sucesivamente y cada vez mas insuperables oponiéndose á sus designios todos: mas en el carácter de la esposa de Avila no hacian mella los reveses, antes por el contrario, escitando su altivez nativa, dábanle aliento para luchar cada vez mas animosa y perseverante: asi Anteo tomaba de la tierra, al caer en ella, fuerzas para luchar con Hércules.

Ver el cuerpo de guardia que iba á estorbarle el paso, y resolverse á lo único en realidad posible en tales circunstancias, so pena de retirarse, fue para Elvira instantáneo.

—«Señores (dijo descubriéndose al Cabo y á los sol-

dados): miradnos bien; somos las esposas de los caballeros que van á ser *asesinados*; venimos á llorar nuestra desdicha con la Marquesa. ¿Quién de vosotros osará impedirnos el paso? Hágalo el que de tan vergonzoso valor esté dotado, en la seguridad de que opondremos el pecho inerme de dos mugeres afligidas á su villano acero. Matándonos, abreviareis nuestro suplicio. ¡Mencía, mi amada hermana, entremos!»

Y diciendo y haciendo entró efectivamente en el palacio, sin que ninguno de los que aquella puerta custodiaban osara ni hacer la mas leve demostracion de impedírselo.

La Marquesa, de quien hace tiempo no hablamos, tuvo la primer noticia de la catástrofe horrible que se preparaba, al ver aquella noche ocupada la plaza, y circunvalada su casa por la hueste de la Audiencia, debiendo solo á la diplomática benevolencia de D. Luis de Velasco, que por medio de secreto mensage le dió aviso de quiénes eran los sentenciados, no pasar por la horrible duda que fuera consiguiente á ignorarlo. Grande fue sin duda alguna su afliccion, muy grande, por la desdicha de los Avilas, pero, sin acusarla ni remotamente de egoismo, podemos decir que bendijo á Dios por la merced que le hacia libertando, por entonces al menos, á su esposo y cuñado del hacha funesta. Tal era la situacion de su espíritu, cuando antes de amanecer el 3 de agosto fuéronse presentando sucesivamente en el palacio, la andaluza Leonor, doña Juana de Sosa, y las demas mugeres, hijas ó madres de los caballeros presos, todas en lágrimas deshechas, todas temblando que á la muerte de los Avilas siguiera de cerca la de aquellos por quienes estaban respectiva y mas directamente interesadas; y todas, en fin, llamadas á la mansion del heredero de Hernan Cortés, por un aviso uniforme y ademas singularmente misterioso.

«*Don Alonso de Avila y su hermano Gil Gonzalez* »*de Avila están en capilla para ser mañana ajusticia-* »*dos: vuestro esposo (padre, hijo ó hermano) tendrá* »*quizá pronto igual suerte. Id sin demora á casa de* »*la marquesa del Valle, concertaos con ella; y con sú-* »*plicas y lágrimas, á lo menos, procurad salvar á los* »*infelices sentenciados hoy, para no llorar mañana la* »*muerte de vuestros deudos. Con el papel que os envio* »*podreis transitar por todas partes, sin que nadie os* »*ponga embarazo.*»

Tal fue la especie de anónima circular que recibieron al amanecer del 3 de agosto todas las damas interesadas en la suerte de los presos, menos doña Elvira y Mencía, á quienes no creyó sin duda su desconocido autor necesario dirigírsela, ni en todo caso la recibieran por hallarse, como sabemos, ausentes de la ciudad hasta el momento en que, rápidamente atravesada la distancia que de Tlatelolco la separaba entonces, entraron en el palacio de Hernan Cortés, hoy de Monteleone.

Precisamente en el instante de presentarse en la cámara de la Marquesa las dos cuñadas, discutia el femenino cónclave, en distintos grupos dividido, ya la grave cuestion de averiguar quién fuese el autor del singular misterioso aviso que alli las congregaba, ya la menos dificil pero infinitamente mas importante, de resolver lo que en el caso debia de hacerse en obsequio de los Avilas, sin perjuicio de los demas caballeros aun *sub-judice*, como dicen los letrados, que viene á significar, libremente traducido: *aún con la cabeza en la garganta del lobo.*

Las damas optimistas, porque de todo habia en la junta, atribuian el anónimo á D. Luis de Velasco, apoyándose en la noticia que el Capitan General tuvo muy buen cuidado de hacer circular, de que no aprobaba la sentencia fulminada contra los dos hermanos, é infirien-

do de ahí que, al aconsejarles que, *al menos con súplicas y lágrimas* procurasen salvarlos, buscaba solo un pretesto para oponerse resueltamente á que se llevara á cabo el jurídico asesinato.

Mas á eso respondia la fraccion pesimista, que siendo Velasco un hombre por el egoismo, la ambicion personal y el orgullo dominado, parecia delirio creerle autor de aquel aviso, y mas quizá suponer que, si él quisiera luchar con la Audiencia, acudiese á tan pueril recurso como el de hacer llorar y rogar á unas cuantas mugeres. No habiendo persona amiga (proseguian las melancólicas) á quien suponer autora del anónimo, pues tal recurso era ageno al carácter de la altiva doña Elvira, y no se le ocurriera en un siglo á la cándida Mencía, forzosamente debia de fijarse la atencion en los enemigos, esto es: en los Doctores mismos, cuyo cálculo pudiera muy bien ser el de lanzar á las damas en un paso imprudente, para acelerar su venganza contra los caballeros, á pretesto de las demostraciones de aquellas, por inocentes y hasta legítimas que fuesen todas.

«Salgamos á la calle (decian), y nos seguirá el *pue»blo*; pidamos misericordia con lágrimas, y el *pueblo* »nos hará el coro con voces sediciosas; alcemos nosotras »el grito, y el *pueblo* arrojará piedras á los Doctores. »¿Què sucederá entonces? Que una docena de arcabu»ceros dispersará al pueblo; que nos quedaremos solas; »y que, triunfante la Audiencia, no solo degollará irre»misiblemente á los Avilas, como ya se lo ha propuesto, »sino tambien á nuestros deudos, acusándolos de amo»tinar la ciudad aun estando presos, y probándolo, mal »sin duda, pero cuanto basta á su propósito, con decir »que, si por su influencia y precepto no fuera, nunca »nosotras intentáramos, ni menos consiguiéramos pro»mover una asonada. ¡Doloroso es ciertamente ver mo-

»rir asesinados á nuestros infelices amigos; pero arries-»gar tambien, sin fruto para ellos, las cabezas de los que »amamos, fuera, sobre necio, criminal á mayor abun-»damiento!»

Estarse quieto, no hacer, dejarse llevar por la corriente de los sucesos, esos son los funestos orígenes del fatalismo oriental; esos tambien los defectos capitales del carácter de los pueblos meridionales; esa la base de la superioridad de las razas del norte que profesan la doctrina contraria; y esa, en fin, la máxima canónica del egoismo, que rehusa tender la mano, por no mojársela, al infeliz que se ahoga. Pero, apresurémonos á decirlo en disculpa de las señoras que hemos llamado pesimistas: no el propio interés las estravió de la senda de noble abnegacion en que las otras caminaban, sino el temor disculpable, y hasta cierto punto motivado, de perjudicar á las personas que mas directamente que los Avilas les interesaban en aquel desdichadísimo negocio.

Menos en número las resueltas, aunque fuertes con el apoyo de la Marquesa que á su frente figuraba, y la elocuencia apasionada de la muger del capitan Sarmiento, peleaban ya en retirada cuando, como apuntado lo dejamos, aparecieron en el femenino cónclave las esposas de los sentenciados.

Ante la espresion del agudísimo desesperado dolor que en los semblantes de entrambas se retrataba, todas las lenguas enmudecieron, todos los pechos palpitaron con violencia, los mas de los ojos se arrasaron en lágrimas; y la Marquesa, olvidando todo género de ceremonias, salióles al encuentro y estrechólas con fraternal emocion contra su pecho.

Durante algunos minutos, ni las cuñadas acertaron á desplegar los labios, ni las demas señoras hallaban palabras que decirles, mas al cabo la muger fuerte, nues-

tra sin par Elvira, hubo de tomar sobre sí, como de costumbre, romper el silencio para entablar directa y vigorosamente la cuestion.

—«Marquesa (dijo) y vosotras amigas y señoras: ya veis que el cielo nos ha elegido para que seamos las primeras víctimas inmoladas en odio de Hernan Cortés y de su raza. Nuestros maridos están condenados á morir hoy en el cadalso que en esa plaza se está levantando. ¡Y no hay en Méjico una sola espada para defender á los Avilas! ¡No; no hay en Méjico un solo hombre que ose levantar la voz, siquiera, en defensa de la inocencia! ¿Dirá tambien la historia á nuestros descendientes que no hubo tampoco una muger que llorar supiese para salvarlos?—Nosotras, Elvira y Mencía de Avila; nosotras que fuimos y aún somos esposas de dos ilustres caballeros; nosotras que seremos en breve viudas de dos hombres *por traidores* y á manos del verdugo muertos en suplicio infamante, venimos á deciros: *Acompañadnos á implorar misericordia de esos tigres que se llaman jueces, para que cuando la nieguen, que sí negarán, nos quede el consuelo de haber hecho cuanto la esposa debe al esposo y la amiga al amigo.* Ahora podeis, señoras, seguirnos ó abandonarnos, como os plazca; que yo y mi hermana cumpliremos en todo caso con nuestra obligacion, lo mismo solas que acompañadas.»

—¡Con vosotras iremos al cabo del mundo! (Esclamó la noble Marquesa.) Guiad, siquiera sea de nuestros esposos lo que de los vuestros; que mas vale ser viudas con honra, que casadas con nota de cobardes y desagradecidas. ¡Si los Avilas mueren por leales á la familia de Hernan Cortés, la Marquesa del Valle no quiere que nadie en lealtad la venza!

—¡Sigamos á las esposas de los Avilas! (gritó á su vez exaltada la ardiente Leonor), y sepa el mundo que si en

Méjico faltan hombres resueltos, sobran mugeres generosas.

—¡Sigámoslas, sigámoslas!!!» Dijeron tambien á una voz las demas señoras, entre quienes se propagó el entusiasmo con la rapidez de la chispa eléctrica; y desde aquel momento ya solo se trató de ordenar el plan de campaña, y llevarlo á cabo con decision y rapidez.

Dígase lo que se quiera, en tratándose de sentir las mugeres valen infinitamente mas que los hombres; el Cielo, á nuestro entender, les ha negado (y perdonen las doctas) las facultades lógicas, para darles en cambio tan abundantes y perfectas las sensitivas, que bien pueden consolarse de lo absurdamente que en general raciocinan, con lo espontánea, fácil, y noblemente que sienten.

Porque ha de saber el lector, ya que sin perjuicio de las reglas del arte y del interés de este libro podemos decírselo, que quien escribió el anónimo convocando á las damas para casa de la Marquesa, en la prevision de un resultado de la especie misma del que aquella junta produjo en efecto, no fue Capitan General, ni Doctor de la Audiencia, ni Alguacil mayor, ni hombre alguno, en una palabra, sino una muger, y débil, y frágil, mas que frágil si se quiere, pero muger y por tanto compasiva, esquisitamente sensible, dispuesta á sacrificarlo todo por salvar al hombre que la habia engañado, y de quien fue encarnizada perseguidora mientras no vió delante de él un cadalso: Beatriz, en fin, para decirlo de una vez y claramente. Confiando poco en la palabra de Ceinos, su resuelta esposa calculaba que en todo caso una demostracion pública de todas las principales mugeres de Méjico no podia menos de ser útil á su proyecto; y en consecuencia, valiéndose de Fortun, especie de comodin que para todo le servia, hizo lo que sabemos, preparándoles con-

venientemente el terreno á doña Elvira y á Mencía.

Mas no por eso dejó Beatriz de insistir con su marido en obtener la suspension del suplicio de los Avilas, suspension que el Doctor le tenia poco menos que asegurada, y á que sin embargo no daba ella mucho crédito, conociendo de larga fecha y profundamente la implacable rencorosa condicion de su esposo y dueño.

El, entretanto, ya por librarse de la obstinada persecucion de su compasiva consorte, ya porque, deduciendo del estado de aquella la mala impresion que en Méjico debia de haber producido la sentencia contra los dos hermanos, comprendió la necesidad en que se hallaba, como gobernante, de no omitir precaucion alguna para llevarla á cabo: apresuróse á dejar el lecho y su morada desde muy temprano, marchando en silla y con escolta de Alabarderos á la casa de la ciudad, á la cual pensaba llamar inmediatamente á sus dos colegas. Pero no hubo menester molestarse en pasarles aviso: Villalobos y Orozco, no menos inquietos que su Presidente, y el primero ademas huyendo las cultas elegías de su doctísima hija, hallábanse ya en la sala capitular cuando Ceinos entró en ella, creyendo ser el mas madrugador de los gobernadores de Méjico. A pocos momentos presentáronse tambien Samano y Villegas á dar cuenta de no haber ocurrido novedad durante la noche, ni en la ciudad ni en sus arrabales y cercanías ó *afueras*, como ahora diriamos, asi como de no advertirse tampoco por el momento síntoma alguno de rebelion en nobles ó pecheros, castellanos ó indios, aunque sí muestras de profundo disgusto y terror insólito.

—«¡Eso es bueno y saludable! (Esclamó Ceinos.) Que nos teman, y asi nos obedecerán sumisos.

—El pueblo (añadió Villalobos), debe temblar ante sus gobernantes.

—¡Como que á Dios representan!» (Concluyó Orozco.)

Verdaderamente, si Dios fuera digno de ser representado por tales hombres, como ellos lo pretenden, habria para..... Ni escribirlo queremos, porque fuera, aun hipotéticamente hablando, ofender al que es la *Justicia*, pero tambien la *Misericordia suma*.

Satisfechos, pues, hasta cierto punto los Doctores del estado de las cosas, mas no pudiendo por eso deshechar el terror que la tirania lleva consigo, no menos para los que la ejercen que para los desdichados á su querer sujetos, ocupáronse sin descanso en dictar una providencia tras otra, acumulando precauciones sobre precauciones de tal forma que, si el ejército de Jerjes tuvieran á su disposicion, empleáranle todo, y quizás creyendo que les faltaba gente, para enfrenar la supuesta osadia de un pueblo inerme, ya sin caudillos, y literalmente ocupado, como plaza recien conquistada, por las armas de sus satélites.

Conviene advertir que la Audiencia se proponia hacer morir á los Avilas á las once de la mañana del dia 4 de agosto, en el cual, por una singular coincidencia, se celebraba y celebra al fundador de la inquisitorial Orden de Predicadores, como si la fortuna se complaciera en que, precisamente con la fiesta de su Patron, pudiesen los Dominicos solemnizar el triunfo que sobre sus rivales los Franciscanos alcanzaban. Pero, dejando eso aparte, porque ahora no importa, insistimos en repetir que el dia señalado en la sentencia para la ejecucion de los reos fue el 4 de agosto, en prueba de lo cual bástanos apuntar que no se les dió confesor hasta el 3 por la mañana, disponiendo terminantemente la legislacion entonces vigente, que al condenado á muerte se le administrase la santa Eucaristia veinticuatro horas antes de ejecutarle, salvos los casos de su negativa á recibir aquel sacramento, de querer con tal pretesto demorar

su castigo, ó de ser temible en la dilacion algun escándalo ó peligro.

Asi las cosas, ya Fr. Diego de Olarte con D. Fernando de Valdestillas y los tres religiosos franciscanos, en la cárcel asistiendo á los sentenciados, y sobre poco mas ó menos al tiempo que la muchedumbre de los indios abandonaba, por Cristóbal persuadida, el Tianguez de Tlatelolco, abrióse súbito de par en par la puerta principal del palacio de Hernan Cortés, frontera precisamente al cadalso en construccion; y con asombro de los soldados que la plaza ocupaban, comenzó á salir por ella la mas estraña y lúgubre comitiva que imaginarse puede.

Rompian la marcha, en dos hileras paralelas, una docena de pagecillos todos de luto rigoroso vestidos, llevando del cuello pendiente el blason del conquistador de Méjico; y seguíanles, con negros atavios igualmente, mas que razonable número de criados, todos tambien melancólico el semblante, bajos los ojos, cruzadas las manos y de armas desprovistos. Dueñas con luengas tocas, doncellas con oscuros mantos, iban procesionalmente en pos de la servidumbre masculina; y á corto espacio de ellas las damas de la nobleza de Méjico, todas en trage de viudas, cerrando la marcha la Marquesa del Valle que á su derecha llevaba á Elvira y á su izquierda á Mencía.

La sorpresa, en primer lugar; lo inofensivo de la procesion en segundo; y en tercero y último, el estarles mandado, sí, que nadie entrara en la plaza por las calles que en ella concluian, mas no que impidiesen á los vecinos de la misma que de sus casas salieran, fueron en gran parte causa de que los soldados de la Audiencia, lejos de oponer el menor obstáculo á la marcha de la fúnebre comitiva, le abrieran espontáneamente paso, haciéndose á una y otra parte, y descubriéndose

todos en testimonio, tan sincero como involuntario, del respeto que la afliccion de tantas, tan bellas y principales señoras les imponia.

Atravesó, pues, la plaza el enlutado escuadron en absoluto silencio y profundo recogimiento, hasta que los pages que hacian cabeza, llegaron á la puerta de la casa de la ciudad, punto en el cual parándose, y dando frente á su centro, dejaron paso á la Marquesa y á las dos cuñadas, cuyas tres señoras, seguidas entonces por las restantes del acompañamiento, presentáronse á solicitar urbana pero enérgicamente tambien, ser admitidas á la presencia de los Doctores.

La guardia especial de la casa de la ciudad, desde que vió encaminarse á ella á las damas, habia tomado las armas, y formada en batalla entre el cadalso y la puerta, esperaba las órdenes de su gefe, quien á su vez envió á pedir las de los magistrados, dando noticia por medio de su Sargento á Manuel de Villegas de lo que acontecia: por manera que, al significarle su deseo la Marquesa, limitóse á contestar que nada podia hacer por sí, y que esperaba la resolucion de sus superiores.

—«¿Han de negarse los señores de la Audiencia hasta á escuchar nuestras súplicas, cuando á tanto descendemos las damas de la primera nobleza del Reino?» Preguntaba la Marquesa, reprimiendo á duras penas la esplosion violenta de su dignidad ofendida, cuando precipitadamente bajaron de la sala capitular á la plaza el Alcalde y el Alguacil mayor para enterarse por sí mismos de lo que pasaba.

Una sola ojeada bastó para que la perspicacia de Juan de Samano comprendiese hasta qué punto era grave, precisamente por lo pacífica y al parecer inofensiva, aquella demostracion de las damas mejicanas, porque, aun prescindiendo del efecto moral que pudiese producir en el teatro mismo de los acontecimientos,

era evidente que, mas tarde en España, la nobleza toda miraria como agravio hecho á *la clase*, cualquier desaguisado que con las suplicantes se cometiera, y quizá la simple negativa á sus ruegos.

Pero ¿Qué hacer con mujeres que, vestidas de luto, ni alborotan, ni lloran siquiera sino silenciosamente? ¿En virtud de qué ley condenar que el sexo débil interceda por sus naturales apoyos y defensores legítimos? Emplear las armas fuera un acto de inaudita barbarie; acudir al engaño intentar lo imposible, pues el cadalso estaba allí revelando con sangrientas voces la verdad de los hechos; y contemporizar requeria tiempo, y dárselo entonces á los sucesos equivalia á perder la ya casi ganada victoria!

—«¿Cómo no hemos previsto (preguntaba Samano á Villegas) que estas malditas mugeres habian de hacernos al cabo alguna de las suyas?

—Solo el Diablo (replicaba el Alcalde) prevee lo que hará una muger. ¿Cómo quereis que adivináramos nosotros lo que habian de hacer entre veinte ó treinta que hay aqui reunidas, sin contar con las doncellas ni las dueñas?»

Pero como en casos tales las reflexiones son inútiles, Samano, que era hombre de accion esencialmente, se dijo:—«Aqui no hay mas de irse al toro, y obrar como la suerte quiera y el ingenio lo aconseje.» Con cuyo propósito y revistiéndose del aspecto mas compungido y cortesano que pudo, adelantóse hasta emparejar con la Marquesa, y allí, descubierto y despues de una profunda reverencia, dijo:

—«¿Qué tiene Vueseñoria que mandarnos, señora; y por qué se ha molestado en venir á pie y en tal dia á estos umbrales, pudiendo llamarnos á su casa, y disponer allí cuanto quisiera?»

Miraba Villegas atónito á su colega, y con mayor

asombro aún le miraba la Marquesa, absorta de oir tal lenguaje en boca del mas encarnizado enemigo de su parcialidad y familia; mas recobrándose prontamente, respondióle serena:

—«La Marquesa del Valle y las damas de Méjico vienen hoy, como cumple á esposas, madres, hijas y hermanas de hombres que habitan en calabozos ó para quienes se levantan cadalsos; vienen, Samano, *á pedir*, sí, *á pedir*, no ya justicia, sino misericordia para sus deudos.

—¡Ya en fin se reconocen culpables! esclamó Villegas con cándida ferocidad.

—¡Basta! (le interrumpió el Alguacil mayor, sin dar tiempo á que doña Elvira le replicase, como ya iracunda movia los labios para hacerlo dignamente). ¡Basta Villegas....! Señora Marquesa, yo haré presentes vuestras súplicas á la Real Audiencia, y mucho me engaño si tan poderosa intercesion no alcanza en todo ó en parte *la misericordia que solicitais*. Retiraos en esa seguridad, que no son momentos ni sitios para tan ilustres damas.

—Samano (esclamó entonces Elvira), mi esposo y su hermano están en capilla; el cadalso en que han de morir casi terminado; los instantes valen ahora siglos; dejadnos ver á los Doctores, ó sereis mas cruel aún que ellos.

—¿A qué humillaros de nuevo, señoras (respondió el Alguacil, insinuante como la serpiente del Paraiso). Ya yo sé vuestra demanda y daré cuenta de ella.

—Nosotras (insistió enérgicamente la esposa de Don Alonso) queremos ver á los Doctores. ¡Alguacil mayor, id á decírselo, si no deseais que sobre vos solo caiga toda la sangre inocente que va á derramarse!

—Escuchad, señoras..... Comenzó á decir Samano; pero las señoras y las criadas, cansándose de su importu-

na resistencia, ó hartas de callar, que es lo mas cierto, prorumpieron todas á un tiempo en agudos gritos, diciendo:

—¡Queremos ver á los Doctores! ¡Queremos hablarles!

—¡Ah si fuérais hombres! (gruñia Samano tascando desesperadamente el freno de su impaciencia). ¡Ah si fuérais hombres....! ¡Mas como no lo son, nos alborotarán la ciudad impunemente!!! »

La situacion era dificil: toda la prudencia humana, toda la astucia de la raposa, pocas para salvarla; pero el magistrado municipal, sin desalentarse, haciendo ademanes de rendirse, logró ser oido para decir:

—« Paréceme inútil, mas quiero complaceros: voy á solicitar de la Real Audiencia que os reciba, señoras. »

Y añadiendo algunas palabras al oido de Manuel de Villegas, regresó en efecto, á las casas capitulares.

La primera resolucion del Doctor Presidente al escuchar la sucinta relacion que Samano le hizo del caso, fue mandar prender por sediciosas á todas aquellas señoras, «con lo cual (concluyó) quedamos desembaraza»dos de sus importunidades.»

Ceinos era viejo, feo y mal casado; lo cual esplica la razon de providencia tan poco galante: pero el Alguacil mayor, sin picarse de serlo poco ni mucho, comprendia que para impopularidad bastaba y aun sobraba con la degollacion de los Avilas, sin agregar á un acto ya en sí cruel, la odiosidad de una medida á lo Herodes; y por consiguiente hizo entender á los Doctores que era preciso renunciar á toda idea de fuerza, y salir del apuro acudiendo á la maña esclusivamente.

Llevada la cuestion á su natural terreno, sin dificultad se comprendió que, negándose la Audiencia á recibir y escuchar á las damas el conflicto se haria inevitable, mientras que prestándose á oirlas, sin contraer

compromiso alguno, se obviaban infinitos inconvenientes.—Oir al que pide gracia, nada mas natural y justo; mantenerse en la prudente reserva que tan árduos negocios exije, conducta propia de graves jueces y políticos gobernantes; responder con ambigüedad que satisfaga hasta cierto punto al que suplica, sin ligar en nada al que aparentemente ofrece, subterfugio lícito en las materias de Estado: oir, pues, y guardar reserva, y responder ambiguamente, fue lo acordado entre los Doctores y sus principales ministros, con cuya resolucion bajó Samano á la plaza, donde ya las señoras comenzaban á mostrarse impacientes por su tardanza, aunque en realidad no fue mucha.

CAPITULO XIII.

QUE REFIERE CIERTA CONVERSACION ENTRE UN MARIDO Y EL ENAMORADO DE SU MUJER; Y DA CUENTA DE CÓMO RECIBIERON LOS DOCTORES Á LAS DAMAS DE LA NOBLEZA.

En tanto que en el mercado de Tlatelolco y en la Plaza mayor de Méjico acontecian los sucesos de que dimos cuenta en los capítulos inmediatamente anteriores al que con estas líneas encabezamos, era la cárcel de Corte teatro de escenas á nuestro drama pertenecientes, y de que, por tanto, estamos obligados á dar cuenta. Harémoslo con nuestra puntualidad acostumbrada, y ya sin escrúpulo, pues poco es el tiempo que nos queda para abusar de la benévola paciencia del público.

Dadas con anterioridad por Samano las órdenes convenientes en la prision, hallaron franca la entrada en ella y en los calabozos de los sentenciados, Fr. Diego de Olarte, sus religiosos, y el hijo del Comunero, que el hábito de los franciscanos vestia, como sabemos.

¡Oh! Si al penetrar en el recinto de una cárcel cualquiera, en dias en que en ella aguarda un criminal ordinario la hora de espiar con su vida delitos de aquellos que á todos indignan porque á todos su represion interesa, siente en el alma indefinible angustia la persona mas indiferente; figúrese el lector cuál seria la que esperimentar debieron Fr. Diego de Olarte y Fernando de Valdestillas al acercarse á los calabozos de donde solo para el suplicio habian de salir los Avilas.

Para el santo Provincial, aparte los sentimientos religiosos y de humanidad, la ejecucion que se preparaba era el golpe de gracia dado á la influencia en Méjico del elemento que podemos llamar *conquistador* atendido su orígen, y relativamente á su índole y tendencias llamariamos *liberal*, si esa palabra tuviera hace tres siglos la acepcion que tuvo en Europa hace pocos años. En las gargantas de los Avilas heria mortalmente la Audiencia el poderío aristocrático militar, fundado en Méjico sobre las altas concepciones del genio de Hernan Cortés, genio que quiso siempre hacer de Nueva-España un reino católico irrevocablemente unido á la corona de Castilla, mas al mismo tiempo con su constitucion especialísima, producto combinado de la propia tradicion histórica y de los progresos de la civilizacion religiosa. No hay mas que leer con alguna reflexion, no á Solís, panegirista elegante de Hernando y nada mas en suma, sino á los coronistas coetáneos ó casi coetáneos del héroe, para ver con evidencia probada la proposicion que sentamos aqui de paso, y la índole de este libro nos permitirá apenas apoyar con ligerísimas indi-

caciones.—Primeramente Cortés, inflexible contra los ídolos y su culto, respeta y conserva, deja practicar y practica él mismo durante la conquista, las leyes, fueros, privilegios, usos y costumbres, asi republicanos en Tlaxcala, como monárquico-feudales en el imperio mejicano propiamente dicho.

Verdad es que, imitando á los romanos, funda colonias castellanas, dotándolas en el acto de su creacion misma de instituciones municipales, en aquellos tiempos tan políticas como administrativas; pero cuida siempre de separar *las villas de los españoles* de las de los indios, como se ve, entre muchos ejemplos que citar pudiéramos, en la capital misma. Ni varía de propósito despues de para siempre hundido el trono de la dinastia de los Azteques: antes por el contrario, procurando atraer á sí los grandes vasallos del vencido imperio, háceles prestar homenage y rendir párias á su monarca europeo; mas solo en el caso de rebelion los despoja de sus antiguos señorios.

Vémosle, pues, querer que á Motezuma suceda Cárlos de Gante: nunca que Méjico pierda su entidad nacional; procurar que se funden poblaciones de castellanos: pero no que desaparezcan las de los indios; someter á estos á la corona de Castilla, sin duda alguna, pero sin desnaturalizar sus leyes. Adivinando aquel grande hombre lo que la esperiencia de los siglos ha enseñado despues á los políticos de la sabia Albion, tendió siempre á unir dos naciones, nunca á convertir á la conquistada en finca de la conquistadora; y para conseguirlo, amen de las armas que fueron el instrumento con que labró los cimientos de su obra colosal, puso desde luego en accion dos elementos poderosos, á saber: el *aristocrático militar*, compuesto de los conquistadores y de sus descendientes, á quienes entregó el poder municipal en las villas castellanas; y el *democrá-*

tico religioso, representado por la órden seráfica, á cuyo cargo puso la doctrina espiritual, la enseñanza primaria, y la proteccion de los indios sumisos, al propio tiempo que el evangelizar á los montaraces.

No podemos suponer que, cuando al cabo de tres siglos no hay un solo historiador nacional ni estranjero, amigo ó contrario de Hernan Cortés, que le haya estudiado lo suficiente para apreciarle en lo que realmente valia como hombre de Estado; no podemos suponer, repetimos, que los cortesanos del César fuesen capaces de calcular todo el alcance del admirable sistema de aquel español glorioso; pero sí es indudable, pues lo acreditan los hechos, que por instinto se rebelaron contra un proceder que, adoptado y seguido por el gobierno supremo, fuera tan útil y conveniente á España como á Méjico, mas al mismo tiempo perjudicialísimo á los que se proponian solo enriquecerse á espensas de las colonias.

Cuarenta años de lucha incesante habian minado sucesivamente en sus cimientos la obra que Hernan Cortés, por injusticias que el lector conoce si con alguna atencion nos ha leido, dejó apenas comenzada, pero con robustez bastante á resistir durante ese tiempo los embates combinados de las intrigas de los curiales, de la rapacidad de los funcionarios públicos en general, y sobre todo del espíritu de intolerancia religiosa entonces dominante en toda Europa, pues tan intolerantes eran los reformadores, como los ultramontanos mismos. Y no lo olvidemos: en España habia Inquisicion desde los Reyes Católicos, mientras que en Méjico no la hubo hasta el XVI año del reinado del fanático Felipe II, es decir: cinco despues de los sucesos que nos ocupan. En Méjico habia tolerancia de hecho y suma y lata, cuando en Castilla consumian las hogueras de la Inquisicion en un dia á familias enteras: fenómeno no-

tabilísimo, fenómeno de los que no existen sin causas poderosas que los historiadores hallarian si se quisieran tomar la molestia de indagarlas; y no en miserables intrigas de antecámara, sino en la prevision y acierto con que se condujo el conquistador glorioso.

Mas, volviendo á Fr. Diego, el hecho es que un hombre familiar y amigo de Hernando, actor en la conquista, y que, siendo ademas cabeza de la Orden de San Francisco, conocia tanto las necesidades de los indios como las tendencias de los Doctores y de los Dominicos, no solo debia considerar y consideró, en efecto, la próxima muerte de los dos nobles hermanos á quienes iba á asistir en sus últimos momentos, como un suceso para su corazon hondamente aflictivo, sino ademas como funestísimo contratiempo y rémora pesada para la civilizacion religiosa de la raza indígena. ¡Raza que apenas existe! ¡Raza cuyos exíguos restos son, al cabo de tres siglos, familias de pordioseros, ó bien hordas de salvages!—¡Cargo terrible para españoles y criollos; culpa primero de la Monarquia, luego de la República, siempre de errores que en los gobiernos son crímenes!

Fr. Diego, condenando la Conjuracion y oponiéndose á ella en cuanto alcanzaba, no podia, sin embargo, desconocer que por la Audiencia fue en realidad provocada; ni que toda ella se reducia, en suma, á murmuraciones osadas y proyectos vanos; ni que, en consecuencia, el suplicio de los Avilas no pasaba de ser un asesinato jurídico, con el cual se preludiaba á la inauguracion definitiva de un sistema, de largo tiempo atrás preconizado, y que pudiera reducirse á estas dos palabras: *tiranía y saqueo.*

¿Qué iba á ser de los indios catecúmenos y de los conversos en aquel naufragio universal de todas las garantias sociales?—¿Quién podria reputarse seguro,

cuando *los hijos de Hernan Cortés* yacian en calabozos, y los Avilas subian al cadalso....? Tales, tan amargas y graves reflexiones asaltaron al venerable religioso al sentar la planta en lo interior de la cárcel; mas la voz de su Divino Maestro, resonando en lo íntimo de su corazon, dióle fuerzas para posponerlo todo á las obligaciones de la caridad cristiana que le llamaban á preparar dos almas pecadoras para el terrible supremo juicio que falla sin apelacion sobre la vida perdurable. Entró, pues, de ferviente compasion inspirado en la capilla de Gil Gonzalez, dejando á sus compañeros en una pieza inmediata, y diciendo al Alcaide que le guiaba:

—«Conduzca á ese Religioso al calabozo de D. Alonso, para que á mi visita le prepare.»

Bajó el carcelero la cabeza en señal de aquiescencia, y precediendo á D. Fernando, que él era el fraile por el Provincial designado, encaminóse, en efecto, al calabozo-capilla del esposo de Elvira, abrió su puerta, dijo al doncel: «entre, padre;» y echando de nuevo llave y candado, dejó solos á los dos amigos.

Llevaba el hijo del Comunero calada la capucha hasta los ojos, y acomodada al rostro una barba postiza, con lo cual y el hábito, no fuera fácil conocerle ni á su propio padre; mas, á mayor abundamiento, la dolorosa emocion que esperimentó al considerar delante de sí á aquel D. Alonso, un tiempo tan galan, tan alegre, tan decidor, tan sin cuidado de la vida como de la muerte olvidado, y entonces, si bien entero y valeroso, al cabo conmovido como no puede menos de estarlo, si no es de piedra berroqueña, quien súbito se encuentra con la eternidad cara á cara, siendo el verdugo quien á hacerle pisar sus confines se prepara; fue tal, deciamos, la dolorosa emocion del hijo del Comunero á vista de su noble amigo, que durante acaso dos minutos, permanc-

ció inmediato á la puerta del calabozo, inmóvil como estátua, incapaz de proferir una sílaba, y paralizadas, en suma, sus facultades todas.

Por su parte D. Alonso, en quien la presencia de un religioso naturalmente hubo de renovar el dolor y la indignacion causados por la inícua cruelísima sentencia de los Doctores, quedósele mirando de hito en hito, deseando y al propio tiempo temiendo que á hablar comenzase; porque, dígase lo que se quiera, al entrar en cuentas con el Criador, todos sienten en momentos tales que van á salir alcanzados, y que la Misericordia sola puede salvarlos.

Mas el fraile no hablaba, y en la impresionable organizacion de D. Alonso no se dió permanecer nunca mucho tiempo en un mismo estado; por lo cual y creyendo, con razon, advertir que aquel que á su entender era ido á *auxiliarle*, necesitaba quizás de auxilio él mismo, decidióse á entablar la plática diciendo:

—«Padre mio, estoy á vuestra voluntad y resignado con la de Dios: dignaos oirme en confesion!»

Al escuchar tan humildes cristianas razones, pronunciadas por aquella voz para él tan grata en mejores dias, desvaneció se el pánico espanto que al doncel dominaba, y descubriendo el rostro al propio tiempo que á su infeliz amigo los brazos tendia, respondióle:

—«¡Don Alonso, amado! ¿No conoceis ya á vuestro Fernando, á vuestro discípulo como vos le llamábais, á vuestro mejor y mas sincero amigo, á vuestro segundo hermano?»

La sorpresa y el gozo..... ¿Dijimos *el gozo* de un hombre en capilla? ¿Y por qué no, si ese hombre es caballero y esforzado? ¿Por qué no, si cuando se presume por un amigo abandonado, sale inesperadamente de tan amargo error, hallándole mas que nunca fiel y resuelto? La sorpresa, pues, y el gozo de encontrar en

el doncel lo que siempre se habia de su espíritu magnánimo prometido, embargaron un instante el corazon del generoso sentenciado, mas volviendo muy presto en sí, y estrechando contra su pecho al amigo leal, díjole:

—«Bien, D. Fernando, bien: aún queda un caballero al menos en Nueva España: pero ¿Por qué arriesgar asi inútilmente vuestra cabeza? Esos tigres no tendrian compasion ni de vuestra juventud y belleza, ni de las canas de vuestro venerable padre; no tomarian ellos, por cierto, en cuenta la magnanimidad de vuestra conducta para eximiros del cadalso. Otro abrazo, pues, don Fernando; y retiraos lo mas pronto posible: ahora mismo..... ¡Ah! Cuidad de mi pobre Elvira, de Mencía, de los hijos de mi inocente hermano. ¿Sabeis que ésos bárbaros le asesinan....? Idos, Fernando; idos. Me hace temblar vuestra presencia en este calabozo mucho mas, sábelo el Cielo, que la proximidad del suplicio que me aguarda. Idos, idos. ¿A qué esperais?

—A salvaros ó á morir á vuestro lado, D. Alonso: Dios lo quiere, y yo lo deseo y sabré hacerlo.

—¡Mancebo, mancebo, estais delirando! ¡Salvarme! ¡Imposible! ¡Del todo imposible...! Dios salve mi alma: en cuanto al cuerpo, la tierra lo reclama ya como suyo.

—Moriremos juntos, entonces, D. Alonso.

—Fernando ¿Venís á desesperarme? ¿Venís á comprometer mi eterna salvacion? Huid de mí; huid de este sitio.

—Os he dicho y vuelvo á repetiros que vengo á salvaros ó á morir con vos.

—¡Oh niño, niño delirante! ¿Quién os sugirió tan descabellado designio?

—Mi corazon, mi conciencia y la voluntad del Cielo.

—Esplicaos al menos: pero sea brevemente, y bajad la voz no nos oigan los que probablemente nos escuchan tras de esa puerta.

—Mi corazon, Alonso, porque la vida me es insoportable; mi conciencia, porque os debo reparacion solemne de un agravio involuntario, pero imperdonable; la voluntad espresa del Cielo, porque el alma de D. Martin Suarez, apareciéndoseme esta noche pasada me la ha significado, exigen que yo redima á costa de la mia la inocente sangre que derramar pretenden los Doctores. Ved si un hombre que detesta la vida, se reconoce deudor de ella, y tiene del Cielo para morir precepto, cejará en su propósito!

—Pues oidme ahora á mí, Fernando. Los vicios, la ociosidad, la traicion de una muger (Dios la perdone como yo lo hago), la indiferencia con que un tiempo me trató mi esposa, lo estraño que soy á un mundo donde nada es conforme á mis idéas y sentimientos, haciéndome *detestar*, ¿Lo entendeis? *detestar* la vida, decidiéronme á acometer una empresa que desde luego tuve por imposible y hoy me cuesta la cabeza, solo por morir sin matarme. A vos se os ha aparecido el padre de Elvira para aconsejaros la muerte; á mí el mio propio, Fernando, para el mismo fin..... La muerte, pues, me llama, me posee irrevocablemente..... Anoche hubo un momento en que quizá intentara lo imposible por salvarme y vivir, porque Elvira....»

Detúvose al llegar á ese punto D. Alonso, temiendo lastimar el corazon de su amigo: pero Fernando terminó la frase, diciendo con entereza:

—«Os ama, lo sé, me lo ha dicho ella misma.

—Pues bien, sí, Fernando: anoche hubiera deseado vivir con ella, por ella, y para ella.....

—Y hoy debeis desearlo igualmente, Alonso. Nada mas fácil: vestid este hábito, acomodaos mi barba postiza, y partid.

—Os digo que es imposible.

—¿Y por qué?

—Porque ya no deseo, ni debo querer vivir, Fernando. He meditado larga y profundamente sobre mi estado, amigo mio, y me reconozco, no solo indigno, sino incapaz de la ventura en este mundo. Elvira me ama sinceramente ahora que, en presencia de la muerte y abrumado de amarguras, me ve caballero, quizá menos débil, acaso mas esforzado, si quereis, que lo fueran otros muchos en igual caso; la aureola del martirio desvanece mis imperfecciones, pone en olvido mis defectos, y borra la memoria de mis vicios: muriendo soy para ella y para la historia, tal vez, *un héroe*... Salvadme, morid en mi lugar, y ¿qué seré? ¡D. Alonso el libertino, el don Juan Tenorio mejicano, y no otra cosa...! Hay mas: mi corazon está gangrenado, incurablemente gangrenado, no tiene fé en nada del mundo.

—¿Ni en Elvira?

—En la Elvira de hoy, sí: en la de mañana *no*, resueltamente *no*, Fernando. Vos amasteis á Elvira..... No me interrumpais: en eso no hubo agravio, y si haberlo pudiera mi amistad os lo perdona. Ella tambien os ha amado.....

—No creais, don Alonso.....

—Os ha amado: ella misma me lo ha confesado espontáneamente anoche, ahí, en ese banco en que estais vos ahora..... De que hoy me ama no tengo duda: la fé en su amor es el bálsamo que alivia todos los dolores de mi alma, y me hará acaso insensible al golpe del hacha del verdugo; porque yo tambien, *ahora*, la adoro con fé sincera!

—Vivid, vivid entonces para ella: sed felices entrambos en la tierra, y yo desde el Cielo velaré por vosotros.

—Callad, Fernando; vuestra sublime virtud me avergüenza. Os repito que no puedo, que no quiero vivir. ¿Quién me responde de que Elvira no dejará de amarme mañana? ¿No me vendió Catalina?

—Don Alonso: ¿Osais comparar la luz con las tinieblas?

—Mugeres son entrambas: pero demos que Elvira me adorase constante, ¿Puedo yo responder de no variar de amor?

—¿Amado de Elvira, y temer la inconstancia?

—Por eso os digo que mi corazon está incurablemente gangrenado; por eso os digo que debo y quiero morir, Fernando amigo. Vivid vos que sois un sér angélico; vivid, y amad, y creed, y fiadlo todo del tiempo, sí, fiadlo todo del tiempo. Don Alonso de Avila, en capilla y en presencia de la imágen de nuestro divino Redentor crucificado, os confia el porvenir de Elvira, os da su vénia para uniros, cuando el tiempo sea llegado, en lazo indisoluble con la muger incomparable que sois digno de amar, con la que todavia es su esposa, y dentro de pocas horas será su viuda. Abrazadme ahora y partid, Fernando: tantas y tan hondas emociones acaban con mi esfuerzo. Venga el confesor, que quiero apartar los ojos y la consideracion del mundo, para llegar entero á la eternidad.»

Don Fernando al escuchar á su poéticamente magnánimo amigo, habia caido de hinojos á sus piés, y tomándole las manos, regábaselas con lágrimas de ternura y gratitud; mas levantándose en seguida, díjole:

—«Comprendo, Alonso, que no podeis vivir, y ceso de importunaros con súplicas inútiles: pero sed conmigo lo que yo con vos, justo en todo. Tampoco yo puedo, ni quiero vivir.....

—¿Y vuestro padre, niño ingrato?

—A mi padre pocos dias le restan naturalmente de vida; el Cielo y su virtud le darán en tanto fuerzas para resignarse.

—No lo creais, Fernando.

—Alonso, ¿Creéis que prefiera mi padre verme demente á saber que bajé á la tumba?

—¿Qué decís?

—Que..... lo siento aquí..... Si mi vida dura aún veinticuatro horas, mi razon sucumbe, Alonso; porque... Elvira no será mia nunca, y yo sin Elvira, muero ó pierdo el juicio.

—Las penas de amor ni matan, ni dementan, Fernando... Yo tambien he sido mozo, yo tambien he amado con delirio, yo tambien creí al ser engañado que perderia la vida ó el juicio...! Y he vivido, y he pasado por cuerdo...

—Pero quereis morir.

—Decid que debo morir, porque no creo ya en el mundo, ni el mundo en mí; y porque Dios asi lo tiene ordenado. Creédmelo, Fernando: moriria contento sino fuera por el asesinato de Gil..... Vos no le conoceis..... Mi hermano es un dechado de honradez, un caballero perfecto..... ¡Ama tanto á su esposa y á sus hijos! ¡Corresponden ellos con una ternura...! Gil no debia morir; porque es bueno y dichoso en este mundo, y sobre todo porque está inocente. Dios me pedirá cuenta de su sangre!

—Pedirásela á sus asesinos.

—Y á mí que le hice venir á Méjico..... El alma de nuestro padre apartará horrorizada sus ojos de la mia, mientras que á él le tenderá cariñosa los brazos.... ¡Ah! ¡Si Gil se salvara, yo moriria tranquilo!

—¿Rehusais, en fin, acceder á mis súplicas?

—Rehuso, agradeciendo tan magnánimo sacrificio; rehuso, estrechándoos contra mi pecho cual si fuérais mi hermano; rehuso, encargándoos á mi bella Elvira: consoladla; llorad juntos alguna vez sobre la tumba de un hombre que nació mas infeliz aún que vicioso..... ¡Y adios, adios Fernando...! Enviadme pronto á Fray Diego.»

Sin replicar entonces ya una sola palabra, llamó el

doncel á la puerta del calabozo, abierta la cual instantáneamente por un llavero que estaba sin duda á la mira, dijo al oido del sentenciado dándole el postrer abrazo:

—«Morid tranquilo; ¡Gil Gonzalez se salvará!»

Y sin esperar la respuesta dejó la capilla encaminándose á la del hermano de D. Alonso, quien, ya confesado y absuelto por el venerable Provincial, conversaba sosegadamente con el mismo, rogándole que ayudase á Mencía á dar enseñanza á los desdichados niños tan prematuramente á la horfandad destinados.

Aquellos dos hermanos, valientes y de elevados pensamientos ambos, mas habiendo cada cual cursado la vida por distinto rumbo, llegaban á un tiempo y de una manera misma al trance de la muerte, como dos rios que, oriundos de una misma sierra y vecinas fuentes, se apartan en su curso, mas confluyen al perderse en los mares, entrando con aguas cristalinas y sosegadamente en ellos el que discurrió por tendidos llanos y verdes praderas, mientras que espumoso y agitado el que regó montañas corriendo entre rocas aprisionado. Gil, despidiéndose del mundo con pena, mas sin cólera; Alonso, dejando quizá con placer la vida, mas considerándola antes con iracunda melancolia; aquel afligido con la idea del incurable dolor de su esposa; el último sin fé ni en el amor de Elvira, ni en el que su propio corazon sentia.

¿Hemos de decir lo que pensamos? Hizo bien Don Alonso en no querer salvarse: sin fé, ó lo que es lo mismo: sin amor, la vida es insorportable martirio, cuando no se reduce á martirizar á la especie humana; y por eso, y no en vano, la moral y la religion unen sus fuerzas para combatir al suicidio. ¿Qué hombre bien templado no pondria término á sus penas ó á su aburrimiento, sobre todo, si el vivir en ciertas condiciones no fuera una virtud, á veces difícil y en ocasiones heróica?

Pero volvamos á la cárcel de Méjico para decir que, apenas entrado el doncel en el calabozo de Gil Gonzalez, comprendiendo el Provincial que su presencia cerca de Alonso era necesaria, dijo adios al labrador para ir en auxilio del cortesano.

—«¿Vais á ver á Alonso, padre mio? (esclamó el esposo de Mencía.) Decidle que su hermano se mostrará en el cadalso digno hijo del padre que nos engendró á entrambos. Decidle tambien, porque estoy seguro de que su alma generosa se ocupa mas en la mia que en su propia desdicha, que sé yo muy bien que él no tiene culpa alguna en lo que pasa; que no olvido que ni defenderse quiso por no comprometerme; y que le amo hoy, cual siempre lo hice, tanto como á Mencía y á mis pobres hijos.... ¡Ah! Perdonad Fr. Diego, pero Alonso, yo le conozco, no morirá tranquilo si no tiene la certidumbre de que me he conformado en todo á sus deseos: decidle, ademas, que no he olvidado mis juramentos, pero que no se ha presentado ocasion de sustraerme á mi destino.

—¿Y qué jurásteis? (interrumpió Fernando á quien Gil Gonzalez veia entonces por vez primera de su vida.)

—*Juré, padre* (respondió el sentenciado), *por Dios y el honor, por la memoria de mi buen padre, por la salvacion de mi ánima y la de mi infeliz hermano*, que si llegase á verme en trance tal como este en que hoy me veo, *procuraria por mí ó aprovecharia sin vanos escrúpulos, cuantos medios de salvacion imaginase ó se me ofreciesen.* Ved; si un hombre como el hermano que antes del riesgo arrancó de mí tal juramento, habrá menester hoy que yo le tranquilice.

—Harélo en vuestro nombre, Gil Gonzalez (dijo grave el Provincial).

—¿Volverémos á vernos, Padre?

—Sí, hijo, nos veremos en la hora suprema.

—¡Ah! Sí, vuestras palabras me darán esfuerzo.....

Pero no, Fr. Diego, no: asistid á mi Alonso; él es y debe ser primero que yo en todo y por todo. ¿Rogareis que nos dejen abrazarnos antes de morir?

—Rogaré antes que no os hagan morir.

—Ruego inútil: esos tigres....

—Gil Gonzalez, *perdonad á vuestros deudores para que os sean perdonadas vuestras deudas*; el que espiró en una cruz enclavado intercedia con su Eterno Padre en favor de sus verdugos.

—¡Ah, padre mio! *Aquel* era el hijo de Dios, y yo no soy mas que un hombre.

—Sed misericordioso, por lo mismo que habeis menester para vos misericordia. *Orad y velad*, no se apodere de vos el enemigo en las angustias de la agonia...! Fernando, dad presto lugar á uno de nuestros religiosos. Nos veremos mas tarde Gil Gonzalez.»

Y pronunciadas esas palabras, trasladóse el Provincial á la capilla de D. Alonso, sitio al cual no le seguiremos nosotros, ya por respeto á la santidad del ministerio que iba á ejercer allí, ya porque nos parece oportuno variar por un momento de escena.

Dejamos á la Audiencia resuelta á recibir á las damas de la nobleza de Méjico que, de luto vestidas y con los corazones oprimidos, esperaban impacientes á la puerta de las casas del Cabildo, aquella resolucion de los que por el momento eran en Nueva España árbitros de la vida y de la muerte de los hombres: ahora, anudando el hilo de la narracion, diremos que Juan de Samano, director en realidad de toda la máquina en que los Doctores representaban el papel de tiranos y él el de su primer ministro, fue el encargado de notificar á las señoras lo acordado, y de conducirlas tambien á los estrados del tribunal gobernante.

¿Quién estaba mas inquieto y conmovido, las que iban á pedir misericordia para los presos, ó los hom-

bres decididos á engañar á las pobres suplicantes? No osaremos decidirlo nosotros, contentándonos con creer y sobre todo desear, que fuesen los verdugos los menos tranquilos; pues al cabo alguna compensacion han de tener las angustias del que padece inocente, asi como los triunfos del que oprime desaforado, y esa compensacion, en este mundo, no puede ser otra, respectivamente, que el sosiego ó la intranquilidad de la conciencia.

Como quiera que fuese, la Marquesa del Valle de Guaxaca, esposa del primer heredero del título, nombre y estados de Hernan Cortés, y con ella la desconocida nieta del héroe, y juntamente con entrambas la amante esposa de Gil Gonzalez, y en pos de las tres todas ó casi todas las mugeres nobles de raza castellana que en su seno encerraba entonces la imperial ciudad de Méjico, llegaron hasta los pies del estrado en cuya cabecera y bajo un régio dosel, figuraban tres hombres salidos del pueblo, elevados sobre procesos y sentencias, y que sin embargo iban á dar muerte, y pudieran otorgar la vida á los inmediatos descendientes de los conquistadores de aquella tierra.—Aviso á los aristócratas que son partidarios de la Monarquia absoluta; sistema de gobierno que no existe nunca en sus verdaderas condiciones, si no fundado, no ya en la buena democrácia, sino en la peor especie posible de las infinitas que se llaman democráticas, especie cuyo peculiar carácter consiste en rebajarlo todo al nivel de las heces de la plebe, en vez de procurar que las clases inferiores se eleven por su mérito y civilizacion á la altura de las mas cultas. No es el mérito el que llega en tales sistemas, sino la adulacion, la intriga, ó el crímen: no es la igualdad la que reina, sino el envilecimiento: sucede, en resúmen, lo que en Turquia: los eunucos son dueños de los hombres.

Mas asi estaban las cosas y asi las referimos. La Marquesa, á quien ni en aquellas circunstancias osó Elvira, digna heredera de la abnegacion de su padre, disputar la primacía, espuso con dignidad y entereza el objeto que ante la Audiencia llevaba á las señoras todas; insistiendo sin acrimonia, mas con resolucion, en suponer inocentes del crímen de traicion á los presos en general; absteniéndose de calificar como merecia la sentencia fulminada contra los Avilas, por no irritar á los jueces; y terminando con suplicar que se difiriese al menos la ejecucion de los sentenciados, y se remitiera el proceso de todos á España, con sus personas, para que el Rey ó jueces completamente imparciales, fallasen el negocio. Dicho todo con sencillez y sentimiento, y dominado hábilmente el orgullo aristocrático hasta el punto de no herir la autoridad de los Doctores, fue escuchada la Marquesa con atencion, sin muestras de impaciencia, y quizá con algunas señales de enternecimiento.

Ceinos, tomando para contestar la palabra, habló difusamente de la sensibilidad de los jueces, de lo terrible que era para ellos ejercer su santo ministerio, de la necesidad de mantener en estrecha obediencia aquellos remotos dominios del Rey católico, del sacrificio de Isaac, de las leyes de Partida y del Derecho romano, de Marco Bruto y de Leovigildo, de la Creacion y del Diluvio, de todo, en fin, menos del punto en cuestion, hasta que para concluir dijo que la Real Audiencia, tomando en consideracion la súplica de la señora Marquesa y *consortes*, haria justicia; lo cual era en resúmen no decir nada.

Doña Elvira, entonces, no pudiendo ya contenerse esclamó:

—«Doctor Ceinos, lo que os preguntamos es si haceis ó no ánimo de que D. Alonso y Gil Gonzalo de Avila

fenezcan su vida en el cadalso que á las puertas de esta casa se levanta?

—El tribunal ha fallado; respondió el Presidente dejándose dominar por la antipatia que la bella Elvira le inspiraba desde el lance del camino de Chapultepec, en que le hizo galopar mal su grado sobre una mula desbocada; pero Juan de Sámano, que asistia á la conferencia de pié y á espaldas del sillon de Ceinos, tocóle en un hombro tan espresivamente, que reconociéndose el golilla, añadió:

—«El Tribunal, digo, ha fallado en justicia: pero el Real Acuerdo, que representa al Rey N. S., bien pudiera suspender la ejecucion de la sentencia.....

—¡Suspendedla, suspendedla! Clamó Mencía con tan tierno desgarrador acento, que no solamente las damas todas, sino muchos tambien de los soldados, y quizá alguno que otro corchete aún no enteramente acorchado, repitieron unísonos:

—«¡Suspendedla, suspendedla!»

Pero los tres Oidores, cual si fueran de hierro fundido y no mortales con entrañas como los demas hombres, permanecieron impasibles, contentándose Ceinos con decir:

—«El Real Acuerdo examinará la súplica de las damas aquí presentes, y resolverá lo que mejor convenga al servicio del Rey nuestro Señor. Ministros: despejad la Audiencia.»

Y no hubo mas: las señoras, arrolladas por una manga de Alguaciles y Alabarderos, viéronse en la necesidad de salir de la sala capitular, clamando siempre—«*¡Suspended la ejecucion de la sentencia! ¡Suspendedla! ¡Suspendedla!*»—Pero sin haber en realidad conseguido ni siquiera un asomo de esperanza.

Indignadas, pues, las mas directamente interesadas en el negocio, que eran las dos esposas de los Avilas;

ofendida la altivez generosa de la Marquesa; y las otras, cuál mas, cuál menos abatidas, bajaron las escaleras, y estaban en el zaguan de las casas del Cabildo, mas perplejas é irresolutas que á su salida del Palacio del Marqués, cuando súbito oyóse en lontananza un rumor temeroso como el de tempestad lejana, y resonó en todos los ángulos de la plaza simultáneamente, el grito aterrador de—«*¡A las armas! ¡A las armas!*»—Confusamente repetido por discordantes voces.

CAPITULO XIV.

DE LA UTILIDAD DE LOS MOTINES PARA PRECIPITAR LAS CATÁSTROFES.

os pueblos tienen dias en que estan, como las personas nerviosas cuando respiran una atmósfera de electricidad sobrecargada, tan irritables y asustadizos, que la menor contradiccion los exalta, y el mas insignificante rumor los estremece. En esos dias el cerrar de una puerta retumba en los corazones, como si fuera el estampido del trueno; la voz del que saluda se toma por grito de alarma; y el viento que silba basta para llenar de pánico terror á las enfermas populares masas. Llenos de ansiedad los ánimos, cada hombre ve

enemigos y no mas que enemigos en cuantos le rodean; y una palabra dicha sin malicia, pero con prevencion desfavorable escuchada, promueve acaso un incendio, mientras que ofensas graves se sufren por no comprenderlas.

Tal era la situacion del antiguo Tenuchtitlan, ó de la ciudad castellana como los contemporáneos la llamaban, cuando las damas salieron poco menos que arrojadas de los estrados de la Audiencia, y en la plaza mayor resonó el grito de alarma.

Súbito los soldados, que esperaban con cierta ansiedad no exenta de caritativo espíritu el resultado de las súplicas de las señoras, separándose de los corrillos en que, con su acostumbrado lenguage satírico-mordaz, trataban de los asuntos del momento, acudieron cada cual al sitio que respectivamente y de antemano le estaba señalado; si no con la mecánica precision que el filósofo enciclopedista Federico II introdujo siglos despues, por un método mucho mas enérgico que filosófico, en los ejércitos europeos, al menos con presteza bastante para que en diez minutos ofreciera la plaza el aspecto de un fuerte cuya guarnicion se prepara á defenderse vigorosamente contra..... ¿Contra quién....? Eso precisamente ignoraban los adalides de la Real Audiencia, pues á la manera con que, segun Góngora en uno de los mas bellos de sus bellísimos romances, el del *Rebato*,

«Las adargas avisaron
»A las mudas atalayas;
»Las atalayas los fuegos;
»Los fuegos á las campanas;

Asi en Méjico ciertas voces sediciosas alarmaron á las rondas, las rondas á las patrullas, las patrullas á los batidores de estrada (guerrillas decimos hoy) de los

puestos avanzados, los batidores á las avanzadas, estas á los centinelas de las bocas-calles, y los centinelas, en fin, á todo el ejército *Doctoral* en torno del cadalso acampado.

—«¡*A las armas*! ¡*A las armas*!—Clamaban, pues, los visoños militares; y el Alguacil mayor

»*Junto á las llorosas damas*,
»Oyó el militar estruendo
»De las trompas cajas,

sin que de él podamos en rigor decir aquello de

»Impulsos de honor le incitan
»Y lazos de amor le paran; »

Pero sí, en cambio, trobando al poeta insigne á quien la posteridad suele no comprender en sus bellezas para castigarle de haber algunas veces escrito en culto, que

Impulsos de odio le incitan,
Lazos de temor le paran,
No salir es cobardia,
Grave peligro es dejarlas.....

Mas ¡por el cielo santo! que si no me detengo, capaz soy de convertir este capítulo en un curioso romance, cuando ya para siempre me creí curado de la deplorable mania de reducir la espresion de mis pensamientos á renglones desiguales.

Alto, pues, y antes que algun severo crítico me recuerde el famoso

sumite materiam vestram,

volvamos á nuestro humilde acostumbrado tono dicien-

do que, en efecto, al escuchar Juan de Samano las voces de alarma, y los redobles de los tambores, y los ecos de los clarines, presumiendo, como era natural hacerlo en tales circunstancias, que el pueblo sublevado total ó parcialmente trataba cuando menos de redimir las cabezas de los Avilas, quisiera por una parte acudir luego á sofocar aquel incendio, pues no adolecia el Alguacil del achaque del miedo; mas, por otra, considerando que las damas, y singularmente la Marquesa y Elvira, mugeres, la primera de gran prestigio por su alta nobleza, y la segunda por su resolucion varonil, pudieran ser á su espalda temibles enemigos, vaciló durante algunos instantes en lo que hacer debia.

Vacilar es siempre malo; con mugeres suele valer tanto como cederles la victoria, porque son como la humedad, que si una vez halla quiebra por donde introducirse en un edificio, acaba con él infaliblemente mas tarde ó mas temprano.

En el rostro le leyeron las mejicanas el pensamiento al ministro de las iras de los Doctores, y movidas todas de un mismo espíritu, cual si concertado se hubiesen de antemano, rodeáronle clamando:

—«Señor Juan de Samano: interceded por los sentenciados. Si vos quereis, salvaránse. ¡Interceded por ellos, interceded por ellos!»

Ni una palabra que aludiese ni remotamente á la alarma de la plaza; ni una sílaba que tendiese á detenerle en el cumplimiento de sus obligaciones: pero, en efecto, redoblaban sus clamores animadas por las voces próximas de los soldados y lejanas del pueblo, y no dejaban al Alguacil mayor que diera un solo paso.

En esto Villegas, á quien los Doctores, creyéndose ya poco menos que cercados de iracundos enemigos, enviaban á saber la causa del inesperado rebato, llegó oportunamente en auxilio de su perplejo colega, diciéndole:

—«¡A la plaza, Samano, á las armas!—¡Sin duda los amigos de los traidores vienen sobre nosotros!

—Señor Alcalde (respondió sosegadamente el Alguacil), oidme antes dos palabras aparte.... Yo os prometo, señoras, interceder por los reos; dejadme ahora acudir á mi obligacion.»

Y desembarazándose, como pudo, del femenino apiñado escuadron, dijo al oido de Villegas algunas palabras, concluidas las cuales, saliendo á la calle, montó á caballo con mas vigor del que de sus años pudiera esperarse.

—«Partamos (dijo Elvira en tanto y en voz baja á la Marquesa); sin duda algunos de nuestros amigos han tomado las armas, y quizá viéndonos á nosotras con ellos, el pueblo imite su ejemplo.

—Partamos, pues (respondió la ilustre dama); no se diga nunca que hemos dejado de hacer cuanto nos fue posible en obsequio de los nuestros.»

Terminado ese breve diálogo iban las señoras á salir del zaguan de las casas del Cabildo, mas ya, adelantándoseles Manuel de Villegas, tenia ocupada la puerta por dos filas de alabarderos que espalda con espalda, cerraban el paso exactamente lo mismo que lo hubieran hecho *caballos de frisa* de aceradas puntas herizados.

—«¡Paso! (esclamó Elvira) ¡Paso! Nosotras ni estamos presas, ni tenemos mas armas que las de la razon y el dolor! Dejadnos retirar tranquilamente.

—Perdonad, señoras (respondió el Alcalde por Samano endoctrinado); pero en este momento fuera esponeros á riesgos salir á la plaza, donde quizá sea necesario hacer uso de las armas de fuego.

—Dejadnos salir (repuso la Marquesa): las mugeres nobles no son mas cobardes que los hombres plebeyos.

—Vea vueseñoria (insistió Villegas), que en medio de un rebato.....

—Paso, Villegas (clamó ya exaltada la esposa de don Alonso); ó declarad de una vez, que para degollar á los maridos, sin que las quejas de las mugeres os importunen, habeis resuelto encadenarnos. ¡Digna de vosotros será tal hazaña!

—Ahorremos palabras, señoras mias (replicó el Alcalde ya mohino); de aquí no saldreis ahora, ni hasta que la plaza se haya sosegado.—Ciérrense las puertas, y concluyamos.»

Concluir podia convenirles á los parciales de la Audiencia, pero de ningun modo á las damas ni á su servidumbre, interesadas, por el contrario, en dar á lo que acontecia grandes proporciones, pues que asi esperaban aterrar á los Doctores y conseguir de ellos, en consecuencia, lo que de otro modo fuera dificilísimo.

Por tanto, al cerrarse las puertas de la casa de la Ciudad en virtud de la órden de Villegas, prorumpieron las señoras dentro del zaguan en un grito de cólera y terror á un tiempo; y á la parte de afuera, doncellas dueñas, escuderos, lacayos y pages, en un infernal clamoreo, bastante él solo á poner en alarma una provincia. Pero los gritos de dentro poco importaban á Villegas, pues que no podian hallar otros ecos que los del edificio; y á los de fuera hizo aplicar sin contemplaciones el remedio usual en tales casos, á saber: un diluvio de palos, descargado á diestro y siniestro con las hastas de las alabardas, sobre la turbamulta que osaba quejarse de la inesperada é injusta detencion de las damas, hasta reducirla á un ángulo de la plaza y á profundo silencio, á mayor abundamiento.

En tanto, puestos en arma los cuerpos de guardia y sus reservas, al pié de los cañones los artilleros, ardiendo las mechas de piezas, mosquetes y arcabuces, enristradas las picas, y reinando en las tropas esa ausencia de todo rumor y movimiento que presagia siempre la

proximidad del momento en que van á romperse las hostilidades, oíase cada vez mas cercano el estrépito de la asonada, cerrábanse á golpe seco las puertas y ventanas, huian despavoridos los curiosos, y retirábanse á la carrera sobre su base de operaciones rondas y patrullas, maldiciendo muchas veces las precauciones y fórmulas militares de reconocimiento y santo que la práctica tenia establecidas, y las circunstancias requerian entonces imperiosamente, como preliminares indispensables para acoger en el recinto de la plaza á cualquiera fuerza armada.

Juan de Samano, á caballo, iba de punto á punto, reconociéndolos todos, y en todos ordenando su gente con el aplomo y serenidad que solo alcanza, aún el valiente, con la esperiencia de la guerra y el hábito de sus riesgos, dotes que entrambas concurrian en aquel hombre, á quien no le faltaban para ser un escelente capitan mas que la caballerosidad y el desinterés.

Dictadas sus primeras disposiciones y seguro de su ejecucion, ocupóse en seguida, como era natural, en averiguar, interrogando á las derrotadas patrullas y rondas, qué era lo que en la ciudad producia aquel alboroto, deduciendo de las exageradas respuestas que dieron los prófugos, segun costumbre de los vencidos, gran parte de la verdad, si no toda ella tal cual vamos á referirla ahora nosotros.

El lector recuerda sin duda, y contamos mucho con su memoria porque sin ella dificilmente podrá hacerse cargo de la simultaneidad de acontecimientos que á nosotros no nos es posible referir sino gradual y sucesivamente; el lector recordará sin duda que los indios sublevados en el Tianguez de Tlatelolco abandonaron aquella plaza, cediendo á las instigaciones de Cristóbal, mas no para regresar al campo ó retirarse á sus casas, sino para ir á Méjico, tanto á pedir reparacion

del agravio que se les habia hecho estorbando el mercado de aquel dia, cuanto á fin de estorbar, si era posible, la ejecucion de los Avilas. Por su parte la activa Serpiente de Tlaxcala, apenas libre, atravesando, por decirlo asi, el convento de Santiago, salió de nuevo al arrabal por una puerta falsa del monasterio, y encaminándose con ligereza suma á cierta casa no muy distante, que servia de cuartel general á unos cuarenta ó cincuenta bravos, resto de la cohorte un tiempo á sueldo del *Mártir*, por Almanegra, Absalon y Corta-orejas, nuestros ya difuntos conocidos, capitaneada, y que á fuerza de oro y de temeridades consiguió reclutar don Fernando de Valdestillas en aquellos dias.—El sitio á que aludimos era una especie de Aduar de gente perdida, donde todo vicio tenia su natural asiento, presidiendo la pereza á la nunca interrumpida bacanal: por manera que, ya por lo temprano de la hora, ya por ser aquellos dias en Méjico poco á propósito para que tal casta de pájaros volase mucho, halló Cristóbal reunidos y bebiendo á la mayor parte de los bravos, que fue en su concepto como si un criadero de oro hubiese descubierto.

Decirles dos palabras de dinero, batalla, y saqueo, fue como clavarle el acicate á un corcel de pura sangre; esto es: hacerlos saltar del lecho ó del asiento, abandonando sin ceremonias el jarro lleno ó la báquica ninfa, para ceñir las armas, tocarse el sombrero y dar con sus cuerpos en *lo del Rey*, ó sea en la calle, husmeando ya el motin cual el podenco las liebres apenas pisa los llanos que las crian.

Era Cristóbal demasiado conocedor del carácter y moral estado de sus compatriotas para perder un solo instante en palabras vanas: los indios, pasado el fervor de los primeros momentos, y careciendo de un gefe inteligente que los dirigiese, forzosamente habian de des-

alentarse, dispersándose ante la primera ronda que con resolucion se lo intimase, sin mas resistencia que la que al milano oponen las palomas. Urgia, pues, primero que el mismo Cristóbal se incorporase á la asonada para encaminarla segun á sus fines convenia; y segundo que los bravos se colocaran de vanguardia, siendo gente, una vez en el combate empeñada, que no se prestaba á retroceder fácilmente.

Todo sucedió como el Tlaxcalteca lo deseaba: sus paisanos, silenciosos y sombríos, vacilaban en penetrar en el antiguo Tenuchtitlan, sin embargo de que la fortuna apartó hasta entonces de su camino á todos los agentes de la Audiencia, cuando incorporándoseles los bravos y el mismo Cristóbal, hicieron variar súbita y completamente la escena. El servidor de los Valdestillas inflamaba los ánimos con sus elocuentes palabras: mientras que los bravos, alborotadores y fanfarrones, rompian la marcha por las calles de la ciudad imperial adelante, clamando á grito herido:

—«¡Los Avilas! ¡Los Avilas! Que nos den á los Avilas! Abajo la Audiencia! ¡Viva el marqués del Valle!!!»

Y otras tales y no menos sediciosas frases.

Como no podia menos de acontecer, mas de un hidalgo castellano, ocultando el rostro bajo el embozo de la capa, pero con la espada desnuda y el corazon rebosando saña, se incorporó á los amotinados. Si hubo mercaderes que cerraron sus tiendas apresuradamente, no faltaron oficiales que abandonaran el trabajo para agregarse al tumulto; y en resúmen, cuando las rondas acudieron por distintos caminos para apagar el fuego de la sedicion, ya aquel incendio habia tomado cuerpo bastante á requerir otras bombas de mas poder para sofocarlo.

Seamos justos, sin embargo: aquello fue el motin de unos cuantos, mas bien que un alzamiento popular:

la mayoria de los habitantes de Méjico, la mayoria misma de los hombres de armas tomar enemigos de la Audiencia ó de su gobierno descontentos, abstúvose de unirse á la asonada. Si alguno lo estraña, dirémosle, en primer lugar, que presos los principales caballeros, el bando del Marqués carecia de pendon, de caudillos, de agentes, de vida en fin, como para padecer no fuese; en segundo, que los pueblos rara vez se mueven en masa para redimir á nadie del cadalso, aunque sí alguna, quizá, para vengar á los muertos; y últimamente, que el secreto y dureza con que los Doctores procedian, dando por primera noticia del resultado del proceso contra la conjuracion la sentencia que á muerte condenaba á dos hombres como los Avilas, infundió justificado terror en los mas de los ánimos.

Pero los indios del arrabal y campesinos que habian comenzado, con razon sobrada, quejándose de que se les estorbara ganar su vida en el Mercado de Tlatelolco, acabaron, sin advertirlo y un paso tras otro, por convertirse en instrumentos de Cristóbal, y figurantes de revolucion, dando con su número importancia al reducidísimo de verdaderos conjurados que de la asonada se aprovechaban para desahogar su enojo.

Que, si aquellos hombres encontrasen con una sola escuadra de tropas regulares, se dispersaran á la primera descarga, no admite para nosotros la menor duda; mas como las rondas eran lo que todas, y las patrullas de poca fuerza; y cuando una se presentaba, ya la anterior habia tenido que ceder á la superioridad del número, fuéle posible á Cristóbal llegar con su hueste intacta, entusiasmada y orgullosa, hasta las avenidas de la Plaza mayor, donde desde luego echó de ver, y lo que es peor, echáronlo de ver igualmente muchos con él, que los obstáculos eran mas sérios, y los enemigos formidables.

Nada mas fácil para Juan de Samano que dispersar

aquel aluvion de personas entre sí heterogéneas y sin mas vínculo que las ligase que el fervor de pasagera cólera: uno ó dos cañonazos bastaran y aun sobraran para ponerlos en fuga.... Mas Samano, en el primer momento, ignoraba si se las habia ó no con el pueblo de Méjico, y como tanto podia ser lo uno como lo otro, fuera un delirio colocarse desde luego en la alternativa de vencer ó morir infaliblemente.

Fuerzas para luchar contra la Ciudad sublevada no las tenia la Audiencia, y si bien era poderoso refuerzo el del ejército de Velasco, ni con él podia contarse muy de seguro, ni en todo caso bastara para reducir á los ciudadanos y á la plebe, si, con la nobleza coligados, se arrojaban á la arena de la sedicion resueltamente.

La prudencia, pues, exigia reconocer antes de todo las fuerzas del enemigo, y reservar los tiros de la artilleria, arma entonces de mas efecto moral que efectivo, para el último estremo.

En tal convencimiento procedió el Alguacil mayor, como hombre que conocia por larga esperiencia la guerra civil, depejando primero completamente, por medio de cargas sucesivas de caballos apoyados en la infanteria ligera, los aproches de la plaza; y cuando ya tuvo el peligro distante, dispuso dos salidas por diferentes puntos, tanto con el objeto de reconocer el número, fuerzas, y organizacion de los contrarios, cuanto para facilitar la marcha de una patrulla de ginetes destinada á noticiar á Velasco lo que acontecia, y requerirle formalmente en nombre de la Audiencia para que diese, sin pérdida de momento, lo que se llamaba en aquella época *favor al Rey*.

Tras de las esquinas resguardados por temor á los mosquetes, gritaban indios, bravos, y conjurados, que no habia mas que pedir; y si alguno de los de la plaza era osado á acercárseles, no le faltaba con quien medir

sus armas: pero apenas cuatro ó seis caballos galopaban en ala, ó una manga de piqueros les cargaba, cada cual se retiraba lo mas de prisa que podia, hasta hallar otra esquina que le protegiera el cuerpo.

Por regla general los movimientos populares son como los torrentes: mientras corren todo lo arrollan, en parándose hasta balsas se hacen con sus aguas.

Asi la maniobra de Samano produjo, no solo todo el efecto que al concebirla y disponerla se propuso, sino mas acaso; porque habiendo opuesto algunos bravos una obstinada resistencia, y abandonándolos los indios, fueron aquellos á cuchillo pasados por los de la Audiencia, aterrando tan ejemplar sumario castigo á la universalidad de los amotinados. Durante la refriega cuatro ginetes arrestados, corriendo á rienda suelta y sobre sus caballos tendidos, salieron de la plaza en diferentes direcciones, pero todos ellos en busca del D. Luis de Velasco, quien, como sabemos, tenia su cuartel general situado cerca del camino de Méjico á Chapultepec.

Desesperábase Cristóbal previendo, con sobrado fundamento, que si los de la Audiencia seguian á los suyos el alcance, antes de una hora estaria la ciudad solitaria y silenciosa como un vasto cementerio; y asi fuera, si Samano no tocara presto á recoger, contentándose con ocupar su posicion primera, y dejando tranquilamente rehacerse á los amotinados.

—«Acabemos de una vez con esa canalla; le decia Villegas, no comprendiendo el misterio de la singular moderacion del Alguacil mayor.

—Dejadlos vivir (le contestó Samano con una sonrisa peculiar al Diablo y á él esclusivamente). Dejadlos vivir, que por nosotros trabajan!

—Que me empalen si entiendo una jota de vuestras filosofias. ¿No es mejor arrojarnos sobre ellos, disper-

sar á los mas, y prender para ahorcarlos una ó dos docenas...?

—Para eso estaremos siempre á tiempo.

—¿Y por qué dejar para luego lo que puede hacerse ahora? Dadles tiempo y vereis, quizá, como se les unen otros y otros...

—¡Dios lo haga!

—Por el santo de mi nombre, Samano, que estais loco, ó bien yo...

—A oscuras como de costumbre, Villegas.

—A oscuras ó con luz, soy Alcalde, y os requiero en nombre del Rey...

—Dejémonos de requerimientos, y sirvámonos á nosotros mismos, sin perjuicio del Rey, se entiende.

—Esplicaos de una vez, ó voy á ellos yo.

—Buena sandez haríais.... Arcabuceros: una descarga. Alta la punteria... Mas alta... Eso: no hay necesidad de derramar sangre inútilmente. ¡Fuego!»

Y en efecto, una descarga completamente inútil, pues que las balas fueron á perderse todas en las azoteas de las casas vecinas, acabó de llenar de asombro á Villegas, absorto ya viendo tan humano al hombre de mas duras entrañas que conocia.

Samano, con gran sosiego, reanudó el interrumpido diálogo, diciendo.

—«Este *motincito*, Señor Manuel de Villegas, es un don del Cielo, que justifica, en primer lugar, la realidad de la Conjuracion; en segundo, lo peligrosos que son los Avilas; y en tercero, la razon con que la Real Audiencia los ha condenado á muerte y apresurará su ejecucion, si mis consejos sigue, en vez de suspenderla como solicitan las damas que teneis detenidas en el zaguan de las casas del Cabildo... Algunos tiritos de cuando en cuando, muchachos!... No importa perniquebrar

alguno que otro de esos vocingleros.... ¡Bien: así!...» Decia, Villegas. ....

—«Estoy: que el motin justifica las medidas de rigor; pero eso ya está conseguido.

—Cierto, está conseguido hasta cierto punto; pero prolongándose nos da cada vez mas razon, y luego ese Marqués de Falces, que llegará pasado ó el otro, no podrá decir que debimos no defendernos..... Otros tiritos..... ¡Fuego, arcabuceros!... No tan bajo, vive Dios, que de esta han caido media docena de hombres, y se nos van á dispersar como gorriones.....

—¿Pero que es, en fin, lo que os proponeis?

—Hacer ruido, mucho ruido, tanto ruido que no pueda negarse á oirlo la sordera misma de D. Luis de Velasco, por voluntaria y obstinada que sea.

—¡Ah!

—¿Vais comprendiendo, señor Alcalde? Si ahora disipamos, como indudablemente podemos muy fácilmente, á esos miserables, ¿Qué tiene que hacer aquí el Capitan general? Mas prosiguiendo en el fuego, como se hace, y ellos en sus pedradas..... ¡Bien: ya me descalabraron dos hombres!.... ¡Eso, hijos!.... Prosiguiendo, digo, esta zambra, y con el requerimiento que le he enviado, ó viene ó no viene: en el primer caso se compromete con el pueblo y en el segundo con la Audiencia: haga lo que quiera es hombre perdido, si no se declara nuestro ó de los conjurados.»

No osando Villegas replicar palabra al hábil raciocinio del Alguacil mayor, fuese á dar cuenta de lo que pasaba á los Doctores, cuyas ansias, congojas y sobresaltos durante el combate, no son para descritos, si bien debe hacérseles la justicia de confesar que ni un solo momento tuvieron la idea de revocar ó suspender la sentencia de los Avilas. «Pereceremos, decian, si triunfan «los amotinados, pero ni á D. Alonso ni á su hermano

»aprovechará la victoria.»—¡Antes que todo la caridad cristiana!

En tanto el estrépito de la asonada y los ecos de los mosquetazos, penetrando al través de los helados muros de la cárcel, iban á turbar el recogimiento que los sentenciados todos han menester para prepararse al difícil aunque breve tránsito de esta vida caduca á la perdurable.

—«¡Son tiros! ¡La ciudad se levanta! Esclamó Don Alonso, levantándose tambien él del suelo donde de rodillas escuchaba las cristianas amonestaciones de fray Diego.

—¡Pensad en Dios, hijo, pensad en Dios, y no en los hombres! (replicó el Provincial.)

—¡Os digo que es fuego de mosquetería, padre mio! Méjico se alza, en fin, contra los Doctores..... ¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio! ¡Si Gil se salvara!...

—No quiera el Cielo que sea verdad lo que presumís: un alzamiento ahora, solo puede conducir á que sea mayor el número de las víctimas.

—¿Quién sabe?..... Escuchad: el fuego prosigue..... Sí: mas nutrido que antes.....

—¿Tanto amais la vida, que quereis comprarla á costa de la de infinitos de nuestros prójimos?

—¿Yo amar la vida, Fr. Diego? Tiempo hace que la soporto solo por no perder mi alma..... ¡Pero Gil, Gil que es inocente, puede salvarse!

—La inocencia tiene á Dios por protector, Alonso; venid, prosigamos hablando de la eternidad.

—No se oye nada..... Los habrán dispersado..... ¡Vencido!..... ¡Ah! ¿Por qué se complace el Destino en amargar mis últimos momentos con una esperanza tan presto burlada como concebida? ¡Pobre hermano mio!.. ¡Ah, no, no! Otra vez el fuego..... Sí; otra vez..... No se desaniman á la cuenta.

«Mi libertad por dos horas, una espada, y yo les diria á los Doctores si es lo mismo degollar á un preso que rendir á un caballero..... ¿Creeis, Fr. Diego, que Fernando acaudille á los nuestros?

—Creo que el enemigo comun os envia esta tentacion, Alonso, para apartaros del buen camino, cuando cada instante que perdeis en reconciliaros con Dios, puede costaros toda una eternidad de bienaventuranza.

—En este momento os escucho sin comprenderos, Fr. Diego. Id, os ruego, á saber lo que pasa..... No soy dueño de mí mismo..... Id, por el cielo santo.»

Bastaba ver á D. Alonso para convencerse de que hablaba sincero: rebelados al rumor del combate todos sus belicosos sentimientos, despierta en su corazon la marchita esperanza, y preocupado siempre por la idea fija de salvar á su hermano, érale imposible pensar en otra cosa. El Provincial, pues, salió del calabozo para indagar lo que en la plaza ocurria, mas antes quiso pasar por la capilla de Gil, para llevarse consigo á Fernando de Valdestillas.

Era tarde: envuelto en un anchuroso pardo capuz, porque le prendieron con la ropa que llevó del campo y no se le permitió recibir otra en la cárcel, veíase al preso, al parecer profundamente dormido, sobre una tarima que de lecho le servia. A su lado oraba un religioso, quien dijo al prelado:

—«Hace media hora salió de aquí y de la cárcel, D. Fernando: Gil Gonzalez estaba durmiendo cuando entré, y durmiendo sigue.

—¡Envidiable paz la de su espíritu! (respondió el Provincial). Dejadle que repose, y no os aparteis de su lado hasta mi vuelta!

«¿Qué será de Fernando? (iba diciendo entre sí, »al salir de la cárcel). ¿Si, en efecto, habrá promo»vido un alzamiento? No sé por qué siento mi espíritu

»mas atribulado ahora que nunca!—¡Señor! ¡Señor!
»¿Por qué asi contristas el ánimo de tu siervo? ¿Qué
»nuevas y, mas que las presentes, terribles desdichas
»amenazan á Tenuchtitlan y á la descendencia del que
»en gloria de tu religion santa conquistó estas tierras?
»Aparta, Señor, de nosotros el azote de tu tremendo
»enojo; apártalo y dígnate mirarnos con ojos de mise-
»ricordia, ó bien danos fuerzas para apurar este amar-
»guísimo cáliz, sin que nuestro espíritu flaquee en su
»calvario, ni el enemigo se aproveche de nuestras de-
»bilidades.»

Asi el santo religioso, acosado por los mas funestos presentimientos, abandonaba la prision mejicana, mas aún que por satisfacer la ansiedad del infeliz Don Alonso, con la idea de emplear su mediacion para el restablecimiento de la paz pública, que con fundamento de sobra presumia hallarse turbada profundamente en aquellos instantes. Cierto que como sacerdote, como hombre, y como amigo, regocijárase el alma de Fr. Diego si por cualquier evento se salvaran los infelices puestos en capilla: mas conocia demasiado á Nueva España y á sus moradores, asi indígenas como europeos, el conquistador misionero, para lisonjearse ni con la mas remota esperanza de que un alzamiento, en aquellas circunstancias, condujese á otros resultados que al de acelerar la catástrofe del sangriento drama con respecto á los Avilas, y á proporcionar un pretesto plausible á los Doctores para ensañarse sin consideracion alguna en las personas de los presos, y en la Ciudad misma. Por otra parte, y ya lo dijimos otras muchas veces, el Provincial de San Francisco, siendo un religioso que consideraba su mision como esencialmente pacífica, creiase estrechamente obligado en todos tiempos á interponerse entre aquellos que á destruirse se disponian unos á otros; y, con tales opiniones ó mas

bien sentimientos, claro está que al salir á la calle no pudo proponerse sino lo que escrito dejamos: minorar en lo posible las consecuencias de la contienda civil, á su entender ya comenzada.

Animado, pues, por el espíritu de la concordia, corrió á interponerse resueltamente, aunque con grave y palmario peligro de su persona, entre los que en torno de la plaza bullian, y los defensores de aquel recinto, levantando en su mano ante unos y otros una pequeña efigie del Redentor crucificado, y en voz entera intimándoles al propio tiempo que cesaran de hostilizarse.

Por lo que hace á los de la Audiencia, contentándose con gritarle que no fuera loco y se quitase de en medio, si no queria que alguna bala le enviara á predicar á la eternidad, prosiguieron obedeciendo las órdenes del infatigable Samano, á quien sospechamos que no le pesara de que el fraile pagase con la vida su cristiano heroismo: pero los indios, ya en realidad mas hartos que satisfechos del peligrosísimo papel que en aquel estrepitoso drama representaban, y á mayor abundamiento avezados á mirar siempre con respeto profundo el hábito de San Francisco, y oir sumisos las palabras del venerable Fr. Diego, su maestro incansable y protector benévolo, comenzaron desde luego á cejar con mas prisa de la que conviniera á dos hombres que hasta entonces los acaudillaron.

Cristóbal era el uno, y el otro cierto desconocido, embozado en una gran capa, bajo la cual llevaba un arcabuz corto y ancho á manera de trabuco, del cual hacia uso de cuando en cuando para disparar con mortífero acierto sobre los defensores de la plaza, acudiendo, no obstante aquel ejercicio, á dirigir á los bravos y á contener á los indios con actividad incansable, y con un calor entusiasta propio solo de persona en aquel

lance muy interesada y, quizá mas aún, comprometida.

Nadie pudo verle el rostro ocultó bajo impenetrable antifaz; mas algun curioso advirtió que al disparar su arcabuz solia descubrir, aunque cuidadosamente recogida, una vestidura cenicienta tan parecida al hábito de la órden seráfica, que por tal pudiera tomarse sin temor de equivocacion grosera.

De consentirlo la ocasion, presto hubiese apurado la Serpiente de Tlaxcala aquel misterio: mas era tal la prisa con que las balas llovian y los indios se retiraban, que, no ya dos hombres, pero ciento bastaran apenas para el oficio que desempeñaron con éxito milagroso durante algunas horas, Cristóbal y el desconocido, cada cual por su parte.

Con la intervencion de Fr. Diego hubo un momento en que aquellos dos campeones del alzamiento creyéronle disipado; mas ni por eso se dieron por vencidos, sino que, acudiendo al último desesperado recurso que resta á los gefes de una insurreccion cualquiera, cuando todo lo prefieren á caer en manos de sus enemigos, colocáronse, el uno en una calle y el otro en otra, á retaguardia de las masas populares, cada cual con reducidísimo número de hombres resueltos, amenazando pasar á cuchillo al primero que para huir moviese la planta.

Y aquel acto de energia contuvo, en efecto, á los fugitivos, que entre el peligro cierto de habérselas con sus desesperados caudillos, y el contigente de proseguir en el asédio de la plaza, optaron por el último: mas, al marchar á sus anteriores posiciones, la voz del Provincial de San Francisco y la imágen del Redentor hiciéronles retroceder de nuevo, produciendo entrambas causas un fenómeno análogo en los indios al que se observa en las olas del Atlántico, que con furia se lanzan contra las playas y con prisa de ellas se retiran, para oscilar sin término dentro de los vastos límites de su insondable lecho.

Tal era la situacion de las cosas cuando un bélico sonar de atambores y clarines, en lontananza primero, y cada vez mas cerca, llegó á poner término á la angustiosa crísis de los espíritus, haciendo esclamar al Alguacil mayor, ébrio de júbilo:

—«¡En fin, el Capitan General ha entrado con sus tropas en Méjico!—¡A ellos la infanteria, á ellos!—¡Arrojémoslos sobre las picas del ejército de Velasco!»

Y tirando la espada lanzóse á la carrera sobre los amotinados, al frente de una falange de Alabarderos que de antemano tenia formada y dispuesta á romper el movimiento á su primera órden.

¿Qué habian de hacer los pobres inermes indios, que ya, como sabemos, deseaban de mucho tiempo atrás dejar el combate, viéndose entre dos fuegos?—Dispersarse en confusion horrible, desoyendo las voces de sus desesperados caudillos, atropellando cuanto á su fuga se oponia, y hurtándole las alas al tiempo mismo para huir mas veloces de las despiadadas garras de Juan de Samano, su azote ordinario y constante.

Un momento hubo en que Cristóbal y el desconocido se hallaron solos, enteramente solos, en medio de la columna que, mandada por el Alguacil mayor, habia dispersado á los indios, y de la mucho mas formidable y regular que, á las órdenes de D. Luis de Velasco, distaba apénas de ellos algunas toesas. Ni el indio ni el embozado tenian voluntad de huir, mas tampoco medios para defenderse.

—«¡Dejémonos matar! (Esclamó Cristóbal envolviéndose en su manto con esa especie de resignacion apática ó heróica que á su raza distingue.)

—Nó (repuso el incógnito), nó: vivamos para vengarlos, ya que la suerte no quiere que los salvemos.»

Y trabando al indio del brazo, desapareció con él por una calle lateral, sin que los batidores de Samano pu-

diesen alcanzarlos, á pesar de la presteza y encono con que á perseguirlos se lanzaron.

A poco, llegando á verse de cerca y frente á frente el Capitan General y el Alguacil mayor, despues del recíproco cortés saludo, dijo aquel:

—«Paréceme que el motin está terminado, señor Samano; y que ni el número de los rebeldes, ni la prisa con que sin combatir os han cedido el campo, inducen á creer que volverán presto á las andadas.

—Vueseñoria piensa en todo con mas discrecion que yo; pero, sin embargo, imagino que no fuera prudente fiarnos á las apariencias.....

—Pues si vuelven á levantarse, volved á avisarme, que ni yo ni mis soldados somos corchetes para asistir á justicias; y nos volvemos á donde estábamos.

—No os volvais, señor D. Luis (interrumpió Fr. Diego que á la plática se hallaba presente), sin interceder antes por los infelices que están en capilla..... Su sangre inútilmente derramada.....

—Padre Provincial (se apresuró á responder Velasco), yo respeto las sentencias de los Tribunales, y nada puedo en este caso: rogad á Dios, y creedme, que tenga piedad de las almas de esos desdichados caballeros, pues por lo que á sus vidas toca, aquellos que la disipada sombra de alzamiento promovieron, quizá con la esperanza de salvarlos, paréceme que han precipitado su destruccion.»

Con cuyas palabras por término de la conversacion, volvió el caballo, y mandando contramarchar á sus tropas, regresó al punto de donde minutos antes habia salido.

—«¡Es una culebra (esclamó el Alguacil regresando »á la plaza): cuando mas asido imagina uno que le tie»ne, entonces precisamente se le escurre de entre los »dedos!»

CAPITULO XV.

QUE CONTIENE NOTICIAS TAN VARIAS QUE NO CABEN EN LA CIFRA DE UN EPÍGRAFE.

En Méjico no habia puerta, tienda, ni ventana que herméticamente no se hubiesen cerrado; nadie, absolutamente nadie, transitaba por las calles, custodiadas todas, cuál por mayor, cuál por menor número de hombres armados; y el silencio sombrío de la tropa misma era clarísima demostracion del estado de esclavitud y terror á que la ciudad se miraba reducida.

Oculto en los mares de occidente el astro del dia, nebuloso el celage, cargada la atmósfera, abrasado el casi imperceptible ambiente, y apenas disipados los

ácres miasmas de la pólvora, dijérase que la naturaleza se vestia de luto, y que los céfiros aterrados negaban su refrigerante aliento á un pueblo donde iba á consumarse horrible jurídico atentado; porque iba, en efecto, á consumarse el asesinato de los Avilas antes del tiempo que la ley, la costumbre y la sentencia misma señalaban, acelerándose la ejecucion á pretesto del motin ya vencido y para siempre deshecho. Achaque antiguo es en los Gobiernos de partido abusar sin misericordia de sus triunfos, y en vez de restañar con mano paternal la sangre que corre de las heridas del pueblo, complácense, por el contrario, en dilatar las llagas y estrujar las venas hasta que dejan el cuerpo social con tan escasa vida que, como dice el Píndaro Español, no se atreve ni á esquivar

«La mano asoladora
De la furia execrable que inclemente
Su seno oprime, su beldad desdora!»

Con razon lo dijo D. Luis de Velasco: el alzamiento abortado sirvió solo para precipitar la catástrofe, acreciendo el odio y abultando el riesgo en los empedernidos corazones de los Doctores; y lo que fue peor, dándoles aparentes motivos políticos para satisfacer desde luego la rencorosa sed de sangre que abrasaba sus pechos.

Pero, sin advertirlo, hemos nosotros infringido una de las reglas fundamentales y mas obvias del género de literatura á que este libro pertenece, anticipando al lector la noticia del trágico suceso en que estriba principalmente el interés de la novela..... ¡Cómo ha de ser! Hicímoslo ya, y la cosa no tiene otro remedio que el de contar con que, quien tuvo paciencia para leer cerca de cinco mal hilados volúmenes, no ha de ser tan severo al fin de su camino que se niegue á pasar la vista por el

reducido número de páginas que para concluir le restan. Hagamos, pues, cuenta que nada dijimos, y volviendo al órden lógico, refiramos por el suyo los sucesos.

Fr. Diego de Olarte, aunque desesperanzado del todo, no queriendo omitir paso en obsequio de sus proscritos amigos, siguió á Juan de Samano en su vuelta á la plaza despues de disipado el alzamiento; y no sin dificultades pudo conseguir que los Doctores escuchasen algunos minutos sus fervientes súplicas y cristianas amonestaciones, encaminadas todas á pedirles gracia para los sentenciados, y aconsejarles moderacion con los vencidos.

¡Tiempo perdido!—¿Cuándo escuchó el odio la voz de la templanza?—¿Cuándo el cobarde que vence fue generoso con el valiente que á sus piés sucumbe?

No solo se mantuvieron firmes los Doctores en lo fallado, sino que en el acto y ante el venerable Prelado mismo, ya fuese por escarnecerle, ya por aterrarle, resolvieron que la ejecucion de Gil Gonzalez y de su hermano D. Alonso se verificase al comenzar la noche, para la que ya faltaban cuando mas cuatro ó seis horas; pues, como se comprende, los acontecimientos por nosotros referidos en pocas páginas, consumieron en Méjico la mayor parte del triste dia en que se verificaron.

Exaltado el Provincial, como no podia menos de suceder, con procedimiento de tal violencia, y abandonando el tono deprecatorio para usar el de sacerdote cristiano que en nombre del Altísimo, y pospuesto todo humano respeto á la santa mision que desempeña, alza tremenda su voz contra los poderosos de la tierra, lanzó sobre aquellos implacables jueces el anatema de la reprobacion divina, amenazándoles á un tiempo con la responsabilidad en que con respecto al Monarca español incurrian, y con la infinitamente mas grave, y tarde ó

temprano siempre efectiva, que habia de exigirles en su dia el Rey de los Reyes.

A su vez fuera de tino los Doctores oyéndose tratar como reos por un anciano indefenso, pobre, descalzo, y lo que era mas, hasta sospechoso para ellos de complicidad en la Conjuracion, desatáronse contra el venerable prelado en invectivas, mandándole que saliese luego de su presencia, so pena de ser tratado como fautor de los culpables que en el patíbulo iban á espiar en breve su delito. Amenazar á un veterano de la conquista, amigo de Hernan Cortés, amante de sus hijos, maestro de los infelices cuya hora suprema se acercaba, y soldado ademas de Jesucristo en la democrática milicia franciscana, fue como clavar imprudente ginete la acerada espuela en los hijares de generoso corcel en las llanuras de la fértil Arabia nacido y criado. Mas no se presuma que la exaltacion del apóstol seráfico tuviese nada de iracunda: sereno cual conviene al verdadero ministro del altar, resuelto á no retroceder un solo paso en la senda de la virtud, capaz del martirio en gloria de la verdad, Fr. Diego de Olarte oponia su pura moral evangélica á los interesados políticos raciocinios de los Doctores, y la resignacion de un estóico á las amenazas de la fuerza brutal.

—«Me retiro (dijo al hacerlo), pero con vosotros »quedan vuestras conciencias; como en el mundo que»dará la memoria del atentado que va á consumarse; »como con la sangre de los dos desdichados hermanos se »grabará en caractéres indelebles ante el tribunal del »Altísimo la falta de misericordia, por no decir la in»justicia de vuestros procedimientos.—Me retiro, sí; »mas voy á los calabozos á ofrecer á vuestras víctimas »la palma del martirio, á procurar que sobre sus cabe»zas descienda la bendicion del Crucificado al propio »tiempo que el hacha de vuestros verdugos.

»Me retiro, jueces y gobernantes de Nueva España, pero el Rey Católico sabrá por este pobre fraile la »verdad del caso horrible de la Conjuracion de Méjico; »y quizá algun dia, aún antes de que comparezcais »ante aquel á quien nadie engaña, tengais que dar cuen»ta en la tierra de vuestros hoy inexorables fallos.

»Dios tenga compasion de vosotros, que á mí me »la causais mayor *que los pobres á quienes van á ajus»ticiar* por vuestro mandato.»

Y volviéndoles la espalda salió de la sala capitular, dejando por algunos instantes aterrados á aquellos hombres, árbitros sin embargo entonces de la suerte de Méjico, y de las vidas de cuantos en los límites de su jurisdiccion residian. ¡Tanto puede la verdad, valerosamente dicha por el varon virtuoso!

Mas ¡ay! Los tiranos, cuanto mas injustos, tanto mas obstinados se muestran siempre.

Pasado el estupor primero en brevísimo plazo, el espíritu de la rencorosa venganza, reanimando á los Doctores, inspiró á su presidente la idea de una nueva tropelía que sin detencion puso por obra, diciendo:

—«Manuel de Villegas, adelantaos á ese rebelde fraile y mandad que se le prohiba la entrada en la cárcel... Tres religiosos tienen allí los reos, que es lo que basta y sobra para que mueran cristianamente.

—Pero, Doctor (replicó Villegas, concibiendo apenas lo que oia), prohibirle al Provincial...

—Obedezca y calle el Alcalde. Si se conforma el fraile con la providencia, déjesele ir en paz á su convento, siguiéndole no obstante los pasos. Si se resiste, si alborota, llevadle preso y ponedle guardas.....

—¡A un religioso! ¡Al misionero mas amado de los indios!

—Decid á un parcial del Marqués, al mas peligroso de los conjurados, tanto mas culpable cuanto por su

carácter sacerdotal debiera mostrarse mas sumiso á la autoridad del César.

—Ved, señor presidente, que es cosa grave poner la mano en un religioso; las censuras de la Iglesia...

—Mas grave fue dar garrote á un obispo, y Ronquillo lo hizo en Simancas, y el Emperador obtuvo su absolucion del Papa. Ejecutad lo que se os manda, Villegas, si no quereis que la Real Audiencia os haga ver que á todos alcanza su justicia.»

Desbordado una vez el torrente, ya los ordinarios diques son inútiles para oponerse á su furia: los Doctores triunfantes no podian por el momento hallar eficaz resistencia; y Villegas, aunque conociendo el horrible abuso de autoridad que por su ministerio se consumaba, tuvo que resignarse á servir de instrumento á la tiranía de los golillas.

Fr. Diego, en efecto, halló cerradas las puertas de la cárcel, y delante de ellas al Alcalde ordinario, quien para evitar en lo posible un conflicto escandaloso, creyó oportuno declarar, sin rodeos ni atenuaciones, al Provincial las órdenes que con respecto á su persona se le habian dado.

—«Poco me importara, por lo que á mí toca (respondió afligido el religioso), ir al convento entre alabardas y arcabuces, ó con una soga al cuello, si tal es la voluntad de los que mandan: pero no daré lugar á que tal suceda, porque si un solo indio viera al prelado de sus misioneros preso y maltratado... En fin, Villegas, que la voluntad de Dios se cumpla: el corazon me dice que, estorbando ahora mi entrada en la cárcel, comete la Audiencia un nuevo crímen: para ante el tribunal del Eterno emplazo á los Doctores. Adios!

—Permitid, padre, que os acompañe á Santiago.

—Haced lo que gustáreis, si es mandato...

—Padre Fr. Diego, yo no soy sino instrumento.

—Manuel de Villegas, un dia serán rotos los instrumentos, como deshechos los autores de todo crímen.»

Hasta el convento de Tlatelolco fueron juntos el Provincial y el Alcalde, sin pronunciar una sola palabra; y allí, entrando aquel en el santuario, dirigióse el último al gefe de la fuerza estacionada en el Mercado para mandarle que por entonces y hasta que oyese tocar á muerto las campanas, no permitiese entrar ni salir á nadie en el monasterio, colocando al efecto el número de centinelas necesario para rodear todo su perímetro.

En tanto Gil Gonzalez proseguia durmiendo con aparente profunda quietud, y su agonizante siempre orando á su lado: mientras que D. Alonso, indescriptiblemente desasosegado, en tanto que por el estrépito de los tiros de arcabuz y mosquete juzgó que en las calles de Méjico se combatia, y en su obsequio, sin duda, pues solo el interés de la Conjuracion fuera capaz en tales circunstancias producir un conflicto. Pero corrieron las horas, cesó el rumor de la batalla, y Fr. Diego no regresaba..... Nada bueno ocurria, por consiguiente..... Avila adivinó la verdad en conjunto, ya que sus pormenores ignorase.

Entonces pidió un religioso, que no se hizo esperar, pues ya sabemos que habia en la cárcel dos ademas del que á Gil Gonzalez acompañaba; reconcilióse con él, y á su vez se arrojó tambien sobre el lecho para dar treguas á la agitacion del espíritu, y recobrar un tanto las fuerzas corporales.

¿Y las Damas?—A la verdad que hemos andado poco galantes tratando de otras cosas y personas antes que de ellas; pero en un dia de motin y ajusticiados bien pueden mirarse con alguna indulgencia las faltas de galanteria; y por otra parte, el hecho es, que teniendo poco de importante y menos de grato lo que aconteció

en el caso, no nos ha parecido oportuno apresurarnos demasiado á referirlo.

Durante la batalla contra los amotinados permanecieron las señoras en el zaguan de la Casa del Cabildo, sin que se les permitiera ni regresar al palacio de Hernan Cortés, ni subir al de la ciudad; rodeadas de hombres armados, y en la mas angustiosa espectacion que imaginarse puede. Quién lloraba; quién en voz alta dirigia al cielo fervorosas oraciones; esta perdia el conocimiento; aquella prorumpia en iracundos alharidos; pero las mas, heladas por el espanto, parecian desenterrados cadáveres. Cinco mugeres hubo, sin embargo, que se mostraron á la altura de las dificiles calamitosas circunstancias en que se encontraban: la Marquesa del Valle y Elvira, que, si tuvieran armas, quizá las esgrimieran como amazonas; Mencía, á quien la esperanza de que el alzamiento salvara á su esposo galvanizó, por decirlo asi; Leonor, la apasionada andaluza, á cuyo espíritu no se daba riesgo superior; y doña Juana de Sosa, la consorte de D. Luis de Castilla, que era una de esas damas vaciadas en la turquesa de las Porcias, y que parecen vulgares hasta que una gran calamidad viene á revelar al mundo el esfuerzo que atesoran.

Juntas durante el largo tiempo del combate aquellas cinco privilegiadas criaturas, ya razonaban sobre el éxito probable de la batalla, ya acudian á consolar á las abatidas, ó á calmar á las furiosas: pensando en todo y en todas, menos en sí mismas; á un tiempo fueron ejemplo á sus compañeras y asombro de sus guardas; y cuando, en fin, sonó la hora en que visiblemente se conoció que el cielo retiraba su escudo á los caballeros, ellas tambien, comprendiendo que era pasada la sazon de oponerse á los decretos del Destino; y llegado el instante de la resignacion, fueron las primeras á procurar que la enlutada comitiva se retirase sin escándalo.

Porque la primera atencion de Juan de Samano al regresar victorioso á la plaza, fue mandar que la servidumbre de la Marquesa fuese entre picas conducida á su palacio; y en seguida, abriendo las puertas de la Casa capitular, *rogar* á las damas que se volvieran al punto de donde eran idas.

¿Qué habian de hacer las infelices?—Obedecer en silencio, ahogando los suspiros, reprimiendo el llanto, esforzando los corazones, y atravesar la plaza silenciosas, trémulas y apiñadas, como rebaño de inocentes corderas ¡que brutal carnicero conduce al teatro de la matanza. Asi entraron en la mansion que fue del Conquistador de Méjico, la esposa de su hijo heredero, la hija de su infeliz primogénito, y las demas señoras enlazadas con los inmediatos descendientes de los que, á las órdenes de aquel grande hombre, incorporaron á la corona de Castilla los opulentos dominios de Motezuma.

Asi entraron, como en la cárcel las reclusas; asi entraron, como cautivos en el Baño; y en pos de la última de ellas cerróse la puerta con melancólico estruendo; y despues volvieron á oirse los golpes del martillo que perfeccionaba el cadalso para los Avilas destinado.

Entre cinco y seis de la tarde los tambores y trompetas, hasta aquel momento silenciosos desde que se terminó el motin, rompieron de nuevo á tocar en diferentes puntos de la ciudad; replegáronse los batidores y centinelas á sus avanzadas; las avanzadas á sus puestos respectivos; los puestos á los destacamentos, y todos ellos, marcharon convergentes sobre la Plaza Mayor y Cárcel de Córte, en torno de las cuales se concentraron, por último, en masa las fuerzas de la Audiencia, á escepcion de los cien hombres apostados en el mercado de Tlatelolco, y de alguna que otra patrulla destinada á recorrer la parte mas peligrosa del pueblo, y á mantener espeditas las comunicaciones con el ejército de la Especeria.

Este, á su vez, acudiendo á las armas, tomó posiciones cual si á batalla campal se preparase; y así en Méjico, como en el campo, ardieron las mechas de arcabuces, mosquetes y artillería.

Si tales preparativos pudieran dejar duda de su objeto, disipáranla pronto las campanas de la catedral ó iglesia mayor, á las cuales, aunque sin órden superior, correspondieron inmediatamente las del convento de Santiago, sonando unas y otras en lúgubres acentos el toque de agonía....

«¡*Horror*! (clamó Elvira); ¡*Horror*! ¡*Ya van á matarlos*!»

Un grito fúnebre, desgarrador; un grito de esos que es preciso haber tenido la desdicha de oir, para comprender toda la angustia que revelan, resonó en seguida bajo la bóveda del salon de aparato de la Marquesa del Valle, pronunciado á un tiempo por todas las señoras allí congregadas.

Pero la esposa de Avila, que no podia rendirse ni al golpe mortal que de recibir acababa, teniendo en sus brazos desmayada á la infeliz Mencía, volvió á decir:

—«De rodillas, señoras, de rodillas, para implorar á »la Madre de los afligidos en favor de los dos nobles ca»balleros que van á ser vilmente asesinados!»

Y deponiendo el cuerpo casi inerte de su cuñada sobre los almohadones del estrado, dobló la digna nieta de Hernan Cortés las rodillas, cruzó las manos, levantó al Cielo los bellísimos ojos, y con acento inspirado, comenzó ella misma á recitar la *Salve*, oracion verdaderamente celeste y propia para dirigirse á la dulce Madre del Salvador Divino.

Repetian anegadas en llanto las demas señoras, versículo por versículo, la devota plegaria, y al llegar al que dice:

«*Ea, pues, señora abogada nuestra: vuelve á nos-*

otros esos tus ojos misericordiosos;» tan tiernamente lo pronunciaron, con tan patética sentida espresion elevaron unísonas sus afligidas voces, que, si es cierto como creemos, que el acento fervoroso del alma religiosa y contrita que humilde ruega, halla siempre un eco de piedad en la mansion de los bienaventurados, la Reina de los Angeles y de los mártires debió conmoverse en medio de su gloria, y convertir su dulcísima vista á las desoladas señoras. Pero la Providencia tenia en su inescrutable sabiduria previstos los sucesos, y fue todo como ser debia.

Al mismo tiempo que al palacio de Hernan Cortés, llevó el fúnebre tañer de las campanas el espanto al convento de Santiago, donde ya la comunidad en el coro, y en la iglesia dos sólas personas, imploraban en oracion mental la misericordia de Dios para los míseros sentenciados. Pero resonaron las campanas, y como si el mundo se desquiciara, religiosos y devotos pusiéronse súbito en pié; miráronse unos á otros; y hubo una voz que esclamó:

—«¡Dios piadoso! ¡La agonia!... ¡Han anticipado la hora del suplicio!

—Si á los hombres puede sorprenderles la muerte (dijo grave Fr. Diego, que presidia el coro), la eterna sabiduria, todo lo tiene previsto.—Oremos, hermanos, por los que van á comparecer ante el Juez Supremo.

—¡Orad en buen ora vosotros (volvió á decir en la iglesia la voz misma que primero habia hablado). Yo vuelo á impedir, si puedo, el mas horrendo asesinato que nunca consumaron tigres!

—¡Cielos! (Esclamó á su vez horrorizado el Provincial). ¿Qué acento es el que hiere mis oidos?»

Y abandonando el coro, cual si vértigo irresistible se apoderase de su cabeza, corrió á la puerta de la iglesia que daba al claustro, y en ella detuvo al indio Cristó-

bal y al desconocido que durante el alzamiento le habia tan eficaz como valerosamente ausiliado.

Cristóbal, en efecto, y el desconocido eran las dos únicas personas estrañas á la comunidad que en el convento habia á la sazon; ambos se refugiaron á su iglesia antes de que Villegas diera la órden de bloquear el monasterio; y el incógnito fué quien hizo las esclamaciones que motivaron la rápida salida del coro de Fr. Diego de Olarte.

Envuelto en su capa el misterioso personage, sin desplegar los labios una vez siquiera, y al parecer dominado á un tiempo por amargas reflexiones y gravísimos temores, habia seguido en su fuga al Tlaxcalteca, quien, hábil como serpiente, y conocedor de la ciudad cual pocos, le condujo sano y salvo hasta la iglesia de Sántiago. Seguros hasta cierto punto los proscriptos en aquel sagrado asilo, natural era que comenzaran, como lo hicieron, por dar gracias á Dios de su salvacion poco ménos que milagrosa; pero, despues de cumplida aquella santa y primera obligacion, deseara Cristóbal conocer al que con incomparable denuedo le habia secundado en la malograda empresa. A todas sus preguntas respondió por señas el desconocido, negándose á decir su nombre y mucho mas á mostrarle el rostro; visto lo cual, hubo de resignarse el indio á dejar á su taciturno compañero que, apoyado en uno de los pilares de la iglesia y en su sombra envuelto, se entregara á sus particulares meditaciones; y él púsose á pensar en un fenómeno que le tenia lleno á un tiempo de inquietud y asombro.

D. Fernando de Valdestillas, cuya ida en hábito de fraile á la cárcel conocia Cristóbal, no se presentó, en efecto, durante el motin de su espresa órden provocado. ¿Por qué tal proceder, cuando menos, estraño en grado eminente? ¿Cómo Fr. Diego salió de la prision, no pudo salir el Doncel? ¿Y si pudo, por qué no lo hi-

zo? Suponer que la memoria ó el valor le faltaran al hijo del Comunero en tan críticas circunstancias, era pensamiento que, ni como tentacion, podia ocurrírsele á la serpiente de Tlaxcala: algo, pues, de grave, de insólito, de terrible, habia acontecido para que asi faltase el conspirador á sus cómplices é instrumentos, el caballero á sus amigos y soldados en la batalla. La dificultad insuperable consistia en adivinar qué cosa fuese ese algo.

Sobre poco mas ó menos análogas dudas atormentaban al Provincial con respecto al hijo de su amigo; pero como Fr. Diego en todo y por todo, y siempre y sinceramente se remitia á la voluntad de Dios, su ansiedad fue infinitamente menos congojosa que la del pobre indio, incapaz de altas filosofías, y acostumbrado á vivir solo para servir y amar al infeliz enamorado de Elvira.

En tal situacion moral sorprendió á las personas que por el momento nos ocupan el toque de agonía que anunciaba la próxima muerte de los Avilas, suceso previsto para la mañana siguiente, pero que con solo anticiparse algunas horas, burlaba los cálculos y esperanzas, quiméricas ó fundadas, del indio y del desconocido, tomando para todos un carácter tal de venganza y encono, que hacia dificilísima la resignacion aún para el santo religioso mismo.

—«¿A dónde vais? ¿Quién sois?—Preguntó el Provincial, en voz nerviosa y con el rostro demudado, al desconocido.

—«Voy, (respondió, con un acento indefinible de »desesperacion el interpelado), voy á morir; quién soy »se sabrá pronto. Dejadme pasar ó sobre vos caerá la »sangre inocente que por mi tardanza puede ser inicua»mente derramada.

—No saldreis, sin decirme vuestro nombre, ó mas bien sin oirlo de mis labios. Sois.....

—Por piedad, silencio: á vos me descubriré; pero á vos solo.»

Cristóbal que habia escuchado el rápido diálogo que escrito queda con una ansiedad, con una angustia de cuya causa no acertaba á darse cuenta á sí mismo, hubo no obstante de entrar de nuevo en la iglesia y dejar solos en el claustro al prelado y al desconocido.

Cinco minutos despues, llamado el indio, seguia á los dos personages mismos hasta la puerta principal del convento, guardada, como las otras, por número bastante de picas y mosquetes para que fuesen imposibles tanto la salida como la entrada sin pasar por tan incómoda Aduana.

—«¡Atrás! (clamó el primer centinela que vió al Provincial y á sus acompañantes.)

—¡En nombre de Dios! (replicó el prelado): Paso franco á los que van.....

—No malgaste las palabras, padre: aquí ni se entra ni se sale...

—Ved que se trata de la vida.....

—Tambien se trata de la mia si no cumplo con mi obligacion. Atrás y cierren la puerta, pésia mi vida.

—Si es preciso morir, sabré hacerlo.....

—Atrás ó hago fuego.....

—Tira, que los arcabuces no me harán retroceder cuando Dios quiere que camine. Tira, que desnudo te presento el pecho.»

Dominado el centinela por la grandeza de ánimo de aquel anciano que tan sin necesidad, en su concepto, se ofrecia á la muerte; y no osando tampoco llevar las cosas al estremo contra un sacerdote, retiró el arcabuz y dijo:

—«Aguarden, al menos, que llame al Cabo; quizás él pueda dejarles salir.»

Pero fue el Cabo y mostróse tan inflexible como el

centinela; y no anduvo mas blando el sargento; y por último, el gefe de las tropas allí situadas declaró terminantemente á Fr. Diego que tenia órden espresa de mantener severamente incomunicado su convento, y que aun aquella plática era una infraccion á su consigna.

—«Decidles la verdad (murmuró el incógnito al oido de Fr. Diego) y acabemos.

—Fuera eso perderos inútilmente (respondióle el prelado).

—Yo no puedo consentir qué.....

—¡Silencio, en nombre de Dios! Todavia nos queda un recurso, y si ese no alcanza, entonces.....

—Entonces mi obligacion es morir.....

—Vuestra obligacion y la de todos, entonces como ahora, es resignarse á lo que ordene la Providencia. Seguidme al convento.»

Poco mas de un cuarto de hora habria transcurrido desde esa escena, cuando súbitamente se abrieron las puertas de la iglesia de Santiago, dejando ver á los atónitos soldados que lo custodiaban, á la comunidad toda procesionalmente ordenada y con velas encendidas en las manos, precediendo la cruz con sus ciriales, y cerrando la marcha el Provincial, que oficiaba, con otros dos sacerdotes que le asistian, los tres con ornamentos de luto como se usan para el oficio de difuntos. Ni á Cristóbal ni al desconocido se les distinguia de los religiosos, porque ambos vistieron el hábito, y marchaban embebidos en las hileras de los hermanos legos.

Los acentos del órgano poblaban las naves del templo de melancólicas armonias, y á su compas entonaban los religiosos en voz lúgubre uno de los salmos penitenciales, produciendo aquel conjunto de notas vibradoras y ecos profundos, un efecto tan triste y aterrador, que no hallamos palabras ni para indicarlo siquiera.

Mas para el Capitan que mandaba las fuerzas en la

plaza de Tlatelolco, aquella procesion, ademas de tristísima, circunstancia que le afectara poco, era un compromiso terrible, colocándole en la forzosa alternativa de oponerse á mano armada á su tránsito, ó de infringir abierta y declaradamente las órdenes poco hacia recibidas. Y no olvidemos la época: hoy apenas puede comprenderse cuán grave era en aquellos tiempos habérselas con la cruz y los ciriales, con las casullas y las capas de coro.

Sin embargo, la situácion de la Ciudad era tal, que dejar paso franco á los frailes, si, como lo sospechaba el Capitan, se proponian concitar el pueblo contra la Audiencia para impedir la muerte de los Avilas, equivaliera á hacerse él poco menos que cómplice de la conjuracion; y verdaderamente peor dia para afiliarse á los descontentos que aquel en que dos de sus principales campeones perecian en el suplicio, no pudiera escogerse.

—«Mas vale escomulgado, que degollado»—se dijo el calculador Capitan, y tomando, en consecuencia de tan filosófico apotegma, una resolucion vigorosa, formó en ala los primeros hombres que halló á mano, marchó con ellos sobre la puerta de la iglesia, y ocupóla cual con una barrera erizada de picas y partesanas. En seguida, entrando él mismo en el templo, descubierta la cabeza mas con la espada en la mano, pronunció en voz firme estas palabras:

—«Padres, sentiria que se propusieran salir ahora á la plaza ó á las calles, porque mi obligacion, que cumpliré sin duda alguna, es impedírselo á toda costa. Dios me sea testigo de que procuro la paz y respeto á sus ministros: pero antes que todo es mi honra, y téngola empeñada en obedecer puntualmente las órdenes de mis superiores. La Real Audiencia prohibe á todos la salida como la entrada en este monasterio.»

En vano Fr. Diego, mas elocuente, mas enérgico que nunca, conjuró al tenaz soldado para que al menos á el solo le permitiese la salida; en vano con frases tan sentidas que ablandaran á una roca, le dijo que se trataba de la vida de un inocente, de evitar un crímen, de economizarles un remordimiento inestinguible á los Doctores; en vano fueron ya súplicas, ya amenazas de anatema: el Capitan encerrado en sus deberes, como el erizo en su nativa armadura, oia impávido cuanto decírsele queria, repitiendo siempre:

—«Ni pongo Rey, ni quito Rey: pero sirvo á mi Señor.»

Mas de un religioso tomó parte en el debate, en apoyo de su prelado: la comunidad entera tuvo momentos de casi completa sublevacion: pero el Capitan, sin acalorarse, ni conmoverse, ni apartarse del tono y maneras del mas profundo respeto, decia:

—«No puedo permitir que nadie entre ni salga en este convento.»

Cristóbal, habituado á la servidumbre, por mas que en el fondo de su corazon se desesperase, callaba, ya por respeto al Provincial, ya por hallarse aún ignorante de la verdadera causa que todo aquel escándalo promovia: pero el incógnito, bramando de ira y de dolor á un tiempo, estuvo cien veces á punto de romper el silencio y descubrir todo el secreto, como lo hiciera desde luego, si Fr. Diego, llamándole á su lado asi que comenzó la lucha, no le enfrenara recordándole continuamente cierto juramento, cuya memoria y lazo eran solos bastante poderosos á contenerle dentro de los límites de la prudencia.

Y mientras á tal punto eran llegados los sucesos en Tlatelolco, el tiempo siguiendo su curso ordinario, habia llevado en pos de sí la noche, y el reloj de la torre de la Catedral sonaba las ocho de ella, cuando las cam-

panas trocaron el lúgubre toque de agonía en el funeral de muerte, oido el cual, dijo el Capitan:

—«Ya podeis salir, padres, cuando os plazca. Soldados, paso franco á los religiosos.»

Pero los religiosos cayeron todos de rodillas, á escepcion del incógnito que, cual si un rayo le hiriese, desplomóse perdido el conocimiento, y de Cristóbal que acudiendo en su auxilio, descubrióle el rostro, y al verlo, lanzando un rugido de tigre rabioso, se lanzó fuera de la iglesia con la velocidad de una saeta.

En tanto el venerable Provincial, aunque en lágrimas desecho, pronunciaba fervoroso estas palabras con que la Iglesia recomienda á la clemencia del Cielo las almas de los desdichados hijos de Eva, al verificarse su apartamiento del cuerpo; palabras, por cierto, como de intento escritas para el infeliz D. Alonso de Avila:

—«Suplicámoste, Señor, que olvides las *culpas de su juventud y los pecados de su ignorancia.*»

CAPITULO XVI.

CON EL CUAL SE DA FIN Á LA NOVELA DE LA CONJURACION DE MEJICO.

PARA enterar al lector de los pormenores de la catástrofe que no tratamos ya de tener oculta por mas tiempo, necesitamos retrogradar alguna hora con el relato, y trasladarnos primeramente á la cárcel, desde donde pasaremos á la Plaza Mayor de Méjico y al cadalso frontero á la puerta de la casa de su Ayuntamiento. A la verdad que sabida la muerte de nuestro D. Alonso, casi casi pudiéramos dispensarnos de este capítulo: pero hemos seguido hasta aquí al malaventurado mozo tan puntual y obstinadamente, asi en sus estravíos como en sus caballerosidades, y en sus devaneos como en sus penas, que

fuera ingratitud, sobre inconsecuencia, abandonarle él, siendo nuestro amigo íntimo, en el breve, mas tambien amarguísimo tránsito que media entre las angustias de un reo en capilla, y el último suspiro del decapitado.

Serian poco mas de las seis de la tarde, cuando fueron llamados á la porteria de la Cárcel los dos religiosos que asistian respectivamente á los hermanos Avilas; y una vez en ella, declaróles Juan de Samano lo resuelto por la Audiencia, á saber: que la ejecucion habia de verificarse antes de las ocho de aquella misma noche, en atencion á lo ocurrido durante el dia, y con el fin de evitar nuevos escándalos y sediciones.—«Prevenid, pues, »á esos infelices de que en breve van á comparecer ante »el tribunal de Dios: de vuestros labios les será menos »amarga la fatal nueva que si de los mios la escuchá»ran.» Comprendemos perfectamente el sentimiento que movió al Alguacil mayor á escusarse de notificar á los sentenciados la nueva Neroniana providencia de los Doctores; y aun estamos de acuerdo con él en presentir que debió de sonarles, en efecto, menos duramente en boca de sus agonizantes, que lo hiciera en la de su mayor enemigo político y personal.

—«¡Mas vale así!»—Esclamó D. Alonso, medio comprendiendo y medio adivinando lo que el atribulado religioso le esplicaba con afligida torpeza.—«¡Mas vale así!—Aunque no se tema á la muerte, y por mucho que en la misericordia Divina se confie, prolongándose la agonía, la carne es flaca y sucumbir pudiera. ¡Con que, salgamos del paso cuanto antes, y Dios sea con nosotros!—«Padre mio, me han ofrecido que me seria lícito antes de morir abrazar á mi desdichado hermano..... ¡Parece imposible que crueldad tan bárbara, como su sentencia lo es, llegue á ejecutarse entre cristianos!.... En fin, recordad á Samano su promesa. ¡Ah! Si nos de-

jaran despedirnos de los hijos de Hernan Cortés y de los demas caballeros, á quienes el Cielo preserve de nuestra mala suerte... Proponedlo Padre.

—¡Hijo! ¡Es tan breve el tiempo que os queda! ¿No fuera mejor emplearlo en la oracion?

—Padre mio, ya Fr. Diego... ¿Por qué no le dejarán venir á recoger nuestros últimos pensamientos? Ya Fray Diego y vos mismo me habeis absuelto: he perdonado, en cuanto puedo, á mis perseguidores. ¿Qué mas quereis de un hombre que no ha de pasar de pecador arrepentido? Haced lo que os suplico, y asi me escusareis tentaciones de rencor y venganza, que son las únicas que ya pueden acometerme.»

No hallando que replicar el buen fraile á las razones de su penitente, fuese á ver con Samano á quien, con sorpresa suya, halló desde luego dispuesto á conceder cuanto D. Alonso deseaba; y eso, en el acto, y sin consultar á la Audiencia para nada. El Alguacil mayor, por lo mismo que todo lo sometia al cálculo, ni amaba ni aborrecia con pasion; y seguro de la próxima muerte de los Avilas, que deseaba, no por saña, sino en interés de su partido, ni por una parte veia la necesidad de atormentarlos inútilmente negándoles una gracia sin consecuencia ninguna, ni por otra creyó conveniente mostrarse tan severo que la historia le pudiera tachar de bárbaro. Amen de esas razones, Samano era soldado mas que alguacil, y su crueldad no de aquellas que se complacen en los estériles padecimientos del vencido, sino en arrancar de raiz los obstáculos que al logro de sus proyectos ambiciosos se oponen.

Consintió, pues, en que los dos hermanos se reuniesen desde luego, ofreciendo ademas que al tiempo de salir para el suplicio dispondria las cosas de manera que pudieran despedirse de sus amigos, los demas caballeros presos como cómplices en la Conjuracion.

En tal estado pasó el religioso que á D. Alonso asistia á la capilla de Gil Gonzalez, en la cual halló á su compañero perplejo y acongojado ademas, no sabiendo cómo manejarse, pues el sentenciado, siempre envuelto en su capúz pardo, proseguia durmiendo, como si á eso solo tuviera que atender en el mundo de que á salir iba tan pronto. Confesemos que despertar á un hombre para notificarle que dentro de una hora ó dos van á degollarle, es comision desagradabilísima; pero al mismo tiempo cargo de conciencia tambien dejarle dormir en su ignorancia, privándole asi hasta de la posibilidad de ponerse bien con Dios antes de terminar la vida. Entre ambos estremos naturalmente optó el agonizante de Don Alonso por el primero, esto es: porque se despertase á Gil, mas no queriendo tampoco cargar con una odiosidad de que en rigor podia eximirse, dejó á su compañero que solo apurase aquel amargo cáliz, y fuese á dar cuenta al esposo de Elvira del éxito de su comision.

Dificil será dar idea del gozo sincero de D. Alonso, cuando supo que, en fin, iba á estrechar contra su corazon á un hermano que amó siempre tiernamente, y á quien entonces amaba con ardor entusiasta, por efecto mismo de la desgracia que tan sin culpa le abrumaba.

Ni fue pequeña tampoco su satisfaccion con la esperanza de ver aún una vez antes de separarse de todo en la tierra, á los que con él compartieron goces y peligros, triunfos y reveses. En presencia de la muerte desaparecen los lunares que la humanidad afean, y los afectos del corazon se santifican de modo, que acaso parecen hermanos los amigos menos dignos, y tolerables los enemigos mas encarnizados. ¿Qué mucho que un hombre, como Avila, en cuyo espíritu generoso jamás cupieron malas pasiones, ni odios profundos, y en quien, ademas, procedieron asi los defectos como las culpas mismas de su escesiva impresionable índole, anhelara,

al encaminarse al suplicio, estrechar la diestra de los caballeros acusados de ser sus cómplices?

Quedábale, empero, en el fondo del corazon un sentimiento de angustia que, si bien con vigorosa voluntad reprimido, con harta frecuencia se dejaba ver en cierta espresion ceñuda, poco comun en su simpática fisonomia.... ¿Cómo Elvira no habia siquiera intentado verle aún otra vez antes del instante supremo? ¿Por qué no escribirle al menos dos líneas para decirle adios? ¿En qué consistia que nadie le hablaba de su esposa? A tales preguntas, respondíase él mismo: unas veces que Elvira, postrada á su dolor, yacía en el lecho incapaz de moverse; otras que la crueldad de los Doctores le atajaba los pasos, vedándole la entrada en la cárcel; otras, en fin, que acaso por efecto del alzamiento, cuyos pormenores ignoraba, mas de cuya realidad no le cabia duda, era muy posible que la nieta de Hernan Cortés gimiera entonces, como su marido, en algun calabozo.

Mas sucesivamente iba rechazando tales suposiciones, y la *Duda*, su mortal enemigo, el cáncer verdadero de su existencia toda, la *Duda* del amor de Elvira, volvia á emponzoñarle el alma.—«¡No me ama, nó: si »me amase, ella hubiera penetrado un instante siquiera »hasta su esposo, ó cuando menos dádole noticias suyas!»

Así D. Alonso, luchando hasta el último momento con las flaquezas de su condicion tirana, esperaba impaciente la llegada de Gil, que segun lo convenido entre los dos religiosos debia trasladarse á la capilla de su hermano, mientras en el calabozo del esposo de Mencía se representaba una escena de que no nos es lícito dejar de informar á nuestros lectores.

Apenas hubo salido el confesor de Alonso, llegóse el de Gil al lecho de éste, y sacando fuerzas de flaqueza, trabóle del brazo y díjole, con uncion:

—«¡Despertad, hermano! El Señor os llama á sí!

—Lo sé (respondió sin variar de postura, ni descubrir siquiera su rostro, el interpelado); lo sé, porque acabo de escuchar vuestra conversacion con el religioso que de aquí sale.

—¿Y permaneceis así? Levantaos, hijo, levantaos; y preparad vuestra conciencia para el juicio que os aguarda.

—¿No creeis, padre, que la misericordia de Dios es infinita?

—¿Pues no he de creerlo, hijo mio? Si creo; confiad en ella, siempre que vuestra contricion sea sincera.

—Lo es, aunque muero inocente del crímen de la Conjuracion.

—Ofrecedle á Dios la muerte que no mereceis, en descuento de vuestros pecados. Pero levantaos: de rodillas ante la imágen del Crucificado, conviene ahora hablar de estas cosas. Y ademas vuestro hermano os espera.

—Decidle que nos veremos en el suplicio, primero; luego en la presencia de Dios!»

Al oir tal declaracion quedóse atónito, en primer lugar, el buen, religioso, mas el asombro cedió pronto el sitio á la pesadumbre, por cuanto, y no sin visos de fundamento, figurósele al franciscano que Gil, acusando acaso á su hermano de ser el autor verdadero aunque involuntario de su muerte, se negaba á verle y perdonarle.

—«¡Es posible! (Esclamó al cabo de un corto intervalo de silencio). ¡Es posible que en tales momentos querais mostraros severo, Gil Gonzalez, con el que es vuestra carne y sangre, y va á morir, como vos, en el suplicio?

—Yo amo á Alonso mas que á mí mismo.

—¿Por qué, pues, os negais á verle?

—No puedo, no debo decirlo.

—¡Infeliz! Pensad que este pobre fraile aunque indigno, es un ministro del Altísimo, á quien debeis reve-

lar los mas íntimos secretos del alma, los mas recónditos arcanos de la conciencia, para que en nombre y por la gracia del que es todo misericordia con los arrepentidos, asi como justicia con los impenitentes, pueda remitiros en la tierra vuestros pecados, que no lo serán de otra manera en el Cielo.

—Padre ¿El secreto de la confesion puede revelarse?

—Nunca.

—¿Nunca?

—Os digo que nunca.

—¿Ni por humanos respetos, ni á pretesto de evitar mayores males?

—Jamás puede el confesor revelar el secreto que supo en el tribunal de la penitencia.

—Siendo así, *vedme y oidme en confesion*; y que Dios os maldiga, si faltareis á vuestros deberes.»

Diciendo de ese modo levantóse del lecho el sentenciado, y descubriendo, en fin, su rostro, postróse al mismo tiempo ante el asombrado fraile, diciendo el *Confiteor* devotamente.

¿Qué vió el franciscano en el rostro de aquel hombre? Terrible é inesperada cosa debió de ser, pues lanzando un *¡Ay!* tan de admiracion como de espanto, hubo de apoyarse en el altar para no caer desplomado al suelo.

—«No olvideis (le dijo el sentenciado) que antes de levantarme del lecho os previne que me *viérais y oyérais en confesion*. Revelar ahora mi secreto seria un sacrilegio, y un sacrilegio inútil.—¡Mirad!»

Entonces, abriendo el capuz, mostróle un puñal que en la cintura llevaba.

Jamás sacerdote se vió en tan difícil trance, nunca hombre honrado en tan dura alternativa. Callar lo que veia y sabia era horrible; revelarlo infame abuso de confianza, y sacrilegio indudable á mayor abundamiento.

Pero el sacerdote, triunfando del hombre, halló

fuerzas en la religion para soportar tan pesada carga, ya que no hubiese medio, sin milagro de la Providencia, para evitar una inmensa desdicha.

Breve pero animada fue la conversacion entre el penitente y su confesor: aquel con elocuencia celeste rebatió uno á uno y todos, los santos pero vulgares argumentos del último, quien vencido en fin, dijo:

—«Dios solo puede juzgar á sus ángeles; él os mire misericordioso, como yo os absuelvo de vuestros pecados, envidiando vuestra alta virtud y abnegacion heróica.»

Pocos momentos despues llegaba el pobre fraile, aun profundamente conmovido, al calabozo de Alonso, y en voz solemne le decia:

—«Mi penitente, señor D. Alonso de Avila, ya completamente desprendido de mundanales afectos, os envia por mi medio la paz del Señor de que goza su espíritu, descandoos en tan duro trance la misma gracia. «*Nos veremos* (repito sus palabras) *en el suplicio primero, luego ante Dios.*»

—Respeto la voluntad (contestó D. Alonso resignado, aunque hondamente afligido); respeto la voluntad del que muere cual vivió siempre, como un santo; y acepto en espiacion de mis culpas el amargo dolor que me causa no pasar en su compañía estos mis postreros instantes de vida. ¡Ah! ¡El cielo es conmigo severamente justo, inflexiblemente perseverante en sus decretos! ¡Solo viví, y solo muero! ¡No dejo hijos que mi muerte lloren, ni hallé muger que me amase! En fin, padre, decidle á Gil que su hermano le bendice, y le perdona su dureza.

—Mi penitente (replicó el fraile) os ama mas que á sí mismo.

—Bien, padre, bien: pues que ante Dios nos hemos de ver, allí tambien sabremos la verdad de todo.»

Dieron las siete y un numeroso destacamento de infantería con tambores destemplados y de luto cubiertos, llegó á las puertas de la cárcel, casi al mismo tiempo que un escuadron de alguaciles á caballo y con armas de fuego la mayor parte, pues aún no estaban muy seguros los ministros de la Audiencia de que el pueblo no se sublevase en el momento de la ejecucion de los Avilas.

Dos mulas con gualdrapas negras, llevadas del diestro por ayudantes del verdugo, tascaban sus frenos tambien á la puerta de la prision; y en la plaza las fuerzas municipales, sobre las armas, volvian de contínuo la vista á la calle por donde llegar debia el fúnebre cortejo.

De antemano dispuso el Alguacil mayor que los presos de Estado, todos hasta entonces severamente incomunicados, fuesen con buena escolta conducidos á cierta sala, ó mas bien vasto calabozo, que ordinariamente servia de encierro á delincuentes de corta importancia, los cuales comunicaban con sus parientes y amigos en las horas á ello destinadas, por medio de una reja abierta sobre el corredor de la cárcel, que era á su vez paso forzoso de los reos al salir al patíbulo.

De esa manera logró Samano cumplir su palabra á D. Alonso, sin el menor riesgo ni inconveniente; pues seguros los cómplices supuestos de la Conjuracion, podia, no obstante, el esposo de Elvira despedirse de ellos.

Los ecos lúgubres del parche destemplado anunciando á las víctimas que el momento fatal se acercaba, quizá hicieron que se rebelase instintivamente la carne, que es siempre flaca: mas el espíritu de emtrambos estaba pronto al sacrificio; y sin que ni sus confesores mismos advirtieran el movimiento de inevitable repugnancia á la muerte que un momento los agitara, los dos, como por un resorte mismo movidos, aunque ni pudieron ponerse de acuerdo ni se veian, esclamaron á una:

—«¡Llegó la hora!—Dios nos asista y consuele á aque»llos que nuestra muerte lloran.»

Pocos minutos despues Samano, pálido aunque entero, se presentaba en la puerta de la capilla del esposo de Elvira, diciendo:

—«¡Cuando gusteis, D. Alonso!

—La frase (replicó el sentenciado) es tan cortesana como chistosa: pero vamos cuando querais.

—¡Vamos, pues!

—¡Esperad!—¿Salió ya mi hermano?

—Despues que vos.

—¿Lo ha dispuesto asi la Audiencia?

—No: pero como sois el mayor, hemos creido.....

—Si os es indiferente, llevad á Gil primero: si el pobre muere despues, y ve por consiguiente mi cadáver mutilado al poner la cabeza en el tajo, tendrá una pena mas; y á mí, como á su mayor hermano, toca el privilegio del padecer.»

Cuántos escucharon tales palabras, sintieron que el corazon se les partia; porque, en efecto, D. Alonso llevaba mas allá de los ordinarios límites, asi la fraternal ternura como la hidalga generosidad, reservándose el amargo sinsabor de morir el último.

Hasta el Alguacil mayor, hondamente conmovido, no pudo menos de esclamar antes de marchar á la capilla de Gil Gonzalez, diciendo:

—«Don Alonso, fuera de Hernan Cortés, no conocí en mi vida mas cumplido caballero que vos los sois. ¡Desdicha es mia haberos tenido á entrambos por enemigos!»

De pié, envuelto en su capuz, y con él oculto completamente el rostro, aguardaba el segundo sentenciado á los que al suplicio debian conducirle; y al significarle el Alguacil lo acontecido con D. Alonso, hizo contestar, por su confesor, que agradeciendo y aceptando el favor

de su hermano, deseaba que ya se le dejase atender esclusivamente á la salvacion de su ánima, no distrayéndole con asuntos mundanos. Para satisfacer tan cristiano deseo se dispuso que no se abrieran las ventanas de la reja tras de la cual estaban los caballeros, hasta que le tocase el turno de salir á D. Alonso.

Nada, pues, de singular ofreció la salida de Gil Gonzalez: apoyado en su confesor, aunque no debia necesitarlo á juzgar por la firmeza de su paso, bajó las escaleras de la cárcel; con ligereza y gracia montó en la mula; y sin dar muestras de la menor emocion oyó el pregon en que se decia que era á morir condenado *por traidor al Rey y haber querido alevosamente levantarse con el reino de Nueva España.*

¡Pobre Gil Gonzalez! Cuarenta y ocho horas antes de su prision ignoraba completamente los proyectos de su hermano; proyectos que nunca pasaron, á mayor abundamiento, de tales, ó mas bien de quiméricos ensueños!

Mas la mula caminaba al suplicio: el agonizante levantaba su voz consoladora; y el sentenciado, cuyo rostro no pudieron ver los de su escolta por llevarle siempre con el capuz oculto, repetia en voz baja las oraciones de los moribundos propias.

Al llegar la comitiva á la plaza, publicóse de nuevo en ella la sentencia, gritando el pregonero: «*¡Esta es la justicia que manda hacer el Rey N. S. y en su real nombre la Audiencia de Nueva España, en Gil Gonzalez de Avila, por traidor á S. M. y haberse querido alevosamente levantar con el reino de Méjico.—¡Quien tal hizo que tal pague!*»

¿Con qué palabras describiremos el efecto que produjo en los corazones de las señoras congregadas en el estrado de la Marquesa del Valle, la horrenda calumnia con que los Doctores, valiéndose de los inmundos labios del pregonero, escarnecian á su inocente víctima antes

de inmolarla?—No hay voces en diccionario alguno que afliccion tan profunda y legítima pintar puedan, ni hubiera quizá pechos que á la intensidad de aquel amarguísimo dolor resistieran, si la indignacion no le prestara sus fuerzas á la sensibilidad exánime. Por dicha la honrada Mencía no recobró el uso de su razon desde que de ella la privaron las primeras campanadas de la agonía; y Elvira, ya por hallarse en espectativa de otro pregon para ella aún mas cruel, ya porque el temple de su alma era tal que á toda desgracia superaba, tuvo presencia de espíritu suficiente para hacer que se retirase á su cuñada á un aposento, donde llegar no pudiesen los ecos de lo que en la plaza se dijese ó gritara.

En tanto, y precisamente cuando el primer sentenciado daba vista al suplicio, sacaron al segundo de su capilla los ministros de la Audiencia, admirando la gallardía de su porte, la serenidad de su rostro, la nobleza de sus maneras, y hasta el asco y compostura de su trage; pues si bien no se le permitió, como tampoco á su hermano, mudarse aquel con que á entrambos los prendieron, habia conservado D. Alonso el suyo tan fresco y elegante como si de ponérselo acabara, y sentábanle maravillosamente la ropa turca de damasco pardo sobre el vestido negro, la cadena de oro al cuello, y la gorra de terciopelo con pluma, negras igualmente la una y la otra.

Palpitantes de dolor y de ira, angustiados y respirando venganza, esperábanle tras de la reja que dijimos el Marqués del Valle, su hermano D. Martin Cortés, Bernardino Pacheco de Bocanegra, D. Luis y D. Lorenzo de Castilla, con todos los demas caballeros entonces presos, y que no sin fundamento temian seguir en breve la senda del patíbulo, con la sangre de los desdichados Avilas á practicar comenzada.

—«Señores y amigos (esclamó al verlos el senten-

»ciado): si en algo me estimasteis mientras tuve la hon-
»ra de vivir entre vosotros, y si el reposo de mi ánima,
»que en breve ha de comparecer ante el Juez Supremo,
»teneis en algo, ruegoos encarecidamente que en esta
»postrera entrevista no pronuncien vuestros labios una
»sola palabra. Cualquiera que ella fuese seria mal inter-
»pretada, y quizá sirviera de pretesto para nuevas eje-
»cuciones. Callad, pues, mis nobles amigos, conten-
»tandoos con escucharme y rogar á Dios que con ojos
»de piedad me mire en mis últimos momentos.

»Mis locas mocedades ofendieron quizá á algunos de
»vosotros, á quienes ruego me perdonen.—Cuando re-
»cobreis la libertad, y el corazon me dice que será en
»breve, implorad tambien el perdon de las que fueron
»víctimas de mis engaños, asi como yo perdono á las
»que me engañaron, inclusa á la que originó todos mis
»males y estravíos.—¡Dios tenga misericordia de ella!—
»La nobleza sucumbe hoy para siempre en Méjico, Ca-
»balleros, como sucumbió antes en España: culpa es
»suya, y culpa que pagarán cara las generaciones futu-
»ras.—Si en vez de atender á pueriles vanidades y mez-
»quinos intereses, sostuviera enérgica sus propios fue-
»ros y los derechos del comun, no se alzáran sobre sus
»timbres la astucia de los intrigantes, y el poder de las
»sotanas.—¡Pero ya es tarde!—Transcurrirán siglos y
»siglos antes de que mi pensamiento se comprenda si-
»quiera.—¡La posteridad no verá en mí mas que un li-
»bertino desenfrenado y un conspirador sin juicio!—Ca-
»balleros, adios por la vez postrera!—Ni una sílaba,
»Marqués del Valle, ni un acento D. Martin Cortés.....
»Respetad la voluntad de un moribundo..... Os digo
»que el verdugo al segar mi garganta arranca de raiz el
»poder de la nobleza mejicana..... ¡Resignáos con los
»decretos de la Providencia!.... Orad por el descanso de
»mi alma, y el cielo os proteja, como yo se lo ruego.....

»Caballeros, á todos encomiendo mi Elvira, y la viuda »y los hijos de Gil Gonzalez..... ¡Adios!.. ¡Adios!.... »Vamos Samano.»

Y los caballeros cayeron de rodillas anegados en lágrimas; y las ventanas de la reja se cerraron; y D. Alonso, á la cabeza de la comitiva, cual si fuera, no el reo, sino el gefe de la escolta, salió en fin de la cárcel, saludando afectuosamente á todos, repartiendo el oro que le quedaba entre sus guardianes, y cautivando los corazones de aquellos hombres rudos, habituados á luchar contra criminales endurecidos, pero no á ver á caballeros de poética índole marchar al suplicio con tanta gentileza como si á un festin se encaminasen.

Un solo momento de angustia, pero de angustia indecible, tuvo el esposo de Elvira durante el tránsito de la cárcel á la plaza, y fue aquel en que, oyendo súbito tocar á muerto, supo que Gil Gonzalez habia dejado de ser.

—«¡En fin! (Esclamó con tanta ira como pena). ¡En fin le inmolaron!—¡Dios poderoso, tus altos juicios son incomprensibles!

—Gil Gonzalez es ya uno de los bienaventurados (le interrumpió el agonizante): pensad, hijo, en merecer vos tambien la palma del martirio.

—Samano (gritó, desentendiéndose D. Alonso): avivad la marcha; que, muerto mi hermano, me es ya la vida insoportable!»

Y en efecto, el fúnebre convoy, acelerando el paso, llegó pronto al sitio en que debia repetirse y se repitió el pregon infamante.

La muerte de la primera víctima tuvo lugar sin mas circunstancia notable que la de haberse reconciliado el reo al pié del cadalso, y mostrarse apasionadísimo el confesor en sus amonestaciones, pronunciadas en voz tan baja que de nadie pudieron ser oidas, pero con estraño calor é inusitada vehemencia. Sin embargo, ab-

solvió á su penitente, quien apenas recibida su bendicion, subió al cadalso, puso la cabeza en el tajo, y espiró pronunciando estas palabras: «Acepta, dulce Jesús mi sacrificio..... ¡*Elvira*, adios hasta á la eternidad!»

Un solo golpe segó el generoso cuello: la cabeza fue depositada en un cesto; el cuerpo cubierto con un paño; la sangre del tajo limpiada con prisa; el hacha relevada; y el verdugo púsose, tranquilo y de su habilidad satisfecho, á esperar á D. Alonso.

Parece imposible, pero es verdad, que la costumbre puede habituar á un hombre á dar muerte á sus semejantes, sin que su ánimo padezca en tan horrible ministerio.—¡Y nosotros, sin rubor lo confesamos, al trazar estas líneas nos sentimos tan tristemente conmovidos, cual si al cruento sacrificio tres siglos há consumado asistiéramos en efecto!

La bella Elvira, despues de atender al cuidado de Mencía, habia regresado al salon de la Marquesa, y con una ansiedad que es inútil encarecer, acechaba hasta el mas mínimo rumor de la plaza procedente, como quien tiene su resolucion tomada, y aguarda solo el momento oportuno para ejecutarla.

Oyóse el eco del golpe del hacha que la garganta de Gil cortaba; y Elvira, esclamando: «*Dios te reciba en su seno, inocente mártir!*» Permaneció, sin embargo, inmóvil, hasta que el pregonero dijo:

«*Esta es la justicia que manda hacer el Rey N. S... en D. Alonso de Avila.....*

Que entonces, lanzándose con la celeridad y violencia de la centella, al balcon principal del palacio, abrió sus ventanas y arrojándose sobre el antepecho, gritó desesperadamente:

—«¡Alonso! ¡Alonso amado de mi corazon! No me »han dejado llegar á tí esos tigres: pero mis ojos te se»guirán hasta el cadalso, como presto volará mi alma á

»unirse para siempre con la tuya en la mansion de los »justos.

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! (Esclamó Avila, viendo y escuchando con placer inefable á su bella esposa). ¡Bendita sea tu misericordia que con tan celestial consuelo endulza mis sublimes momentos!—¡Gracias, Elvira mia, mi amante, mi digna esposa! ¡Gracias! Tuyo es mi corazon, tuyo será hasta su postrer latido! ¡Adios, valerosa muger! ¡Adios, santa víctima de tus obligaciones! ¡Adios!—A morir, Samano: llevadme á morir, que muero amado, y nada temo.»

Mientras el cortejo del noble caballero llegaba al suplicio, las damas, cediendo á irresistible magnética fuerza, habian todas salido al balcon en pos de Elvira, y con ella y en torno de ella postradas de hinojos, contemplaban con horror el fúnebre espectáculo, mas sin que de él les fuese posible apartar los aterrados ojos.

Ya D. Alonso desciende de la mula; ya sube con su ordinaria presteza y acostumbrado desembarazo la escalera del cadalso; ya, de pié sobre las enlutadas tablas, tiende en derredor la vista, y contempla sereno á los soldados, únicos espectadores, con las damas, de su muerte, porque no hay en Méjico en aquel instante puerta ni ventana que no esté cerrada en señal de luto; porque ni un solo habitante acudió á la plaza, ni por sus calles discurre.

Pero baja la vista el valeroso caballero, y estremécese, y retírase la sangre de sus mejillas... Ha discernido bajo el paño mortuorio las formas de un cuerpo humano...

—«¡Mi pobre Gil! (Esclama); *¡Padre mio*, yo no soy culpable de su muerte!»

Entonces el confesor de la primera víctima se le acerca, y le dice con estraña agitacion algunas palabras al oido.

Ejecucion de don Alonso de Avila.

—«¡Cielos! (Prorumpe D. Alonso). ¿No es posible?... ¡Fernando!!!

»¿Y vos, padre, habeis consentido?

—Hijo, era y es secreto de confesion, solo á vos y en este instante se me permitió revelarlo.

—¡Era un Angel! ¡Un Angel, no un hombre!..... El sólo merecia á Elvira; y yo sin embargo soy el amado de Elvira...

—¡Don Alonso! (Interrumpió el verdugo).

—Tienes razon: te pertenezco.—Mátame bien, y esta cadena será tu recompensa.... Tómala antes.... ¡Adios, Elvira!.... ¡Fernando, recibe mi espíritu en tus angélicos brazos!... ¡Adios, Elvira mia!... El golpe... Jesus!»

Tales fueron las postreras palabras de aquel infelicísimo caballero.

Un grito desgarrador se oyó en el balcon del palacio de Hernan Cortés... Elvira, sucumbió á su dolor desmayándose, para ser muger en algo y una vez siquiera en su vida. La Marquesa y las demas señoras, si bien hondamente atribuladas, hubieron de acudir en su ausilio y retirarla de aquel parage, donde con la decapitacion de su marido acababa de recibir incurable herida aquel altivo corazon, hasta entonces modelo de cristiana resignacion y filosófica entereza.

La *Conjuracion de Méjico* dió fin con la muerte de los Avilas; pero á nosotros todavia nos restan por referir algunos sucesos, término y complemento del libro que á concluir vamos.

Durante la ejecucion de D. Alonso, un indio anciano, desgreñado y con todos los síntomas esteriores de la demencia, presentóse en las avanzadas, obstinándose en forzar el paso hasta la plaza, á pesar de cuantas amonestaciones le hicieron los soldados. Rechazado una vez, insistió otra y otras, ya con súplicas, ya con amenazas, mas siempre con vehemencia desesperada; y viendo

que todo era inútil, súbito arrojóse sobre un centinela descuidado, y arrancándole con vigor hercúleo la pica de las manos, lanzóse armado contra el resto de la guardia. Fácilmente pueden preveerse las consecuencias de tal locura: á los pocos instantes, acribillado de heridas mortales, y desangrándose por ellas, espiraba nuestro buen *Cristóbal*, clamando:

—«¡*Amo chiquito morir, y Cristóbal morir con Amo chiquito*!».

Porque el anciano tlaxcalteca, habiendo reconocido en el incógnito que se desmayó al oir el toque á muerto en la Iglesia de los Franciscanos, á Gil Gonzalez de Avila, presumió desde luego, con razon sobrada, que el hijo del Comunero era el que en su reemplazo habia muerto.

Era asi la verdad: el desdeñado amador de Elvira, en su desesperacion y alucinamiento no pudiendo soportar la vida, creyéndose á la muerte llamado por el Cielo mismo, y no habiendo logrado que D. Alonso quisiera salvarse vistiendo sus hábitos, acudió á Gil Gonzalez, quien ligado por el juramento hecho á su hermano poco antes de que los prendieran á entrambos y en el acto mismo de la prision renovado, como esperamos que el lector lo recuerde, hubo de aceptar la oferta del magnánimo doncel, y salió, en efecto, á la calle, si bien con ánimo de regresar á la capilla, si no hallaba medio de redimir las vidas de D. Alonso y de su libertador heróico.

Durante el alzamiento hizo Gil Gonzalez, aunque en vano, prodigios de valor y de habilidad para frustrar los sangrientos designios de la Audiencia: vencidos los amotinados, se retiró el último del campo de batalla, y eso con la esperanza de volver al combate; y en fin, al escuchar el toque de agonia, el lector recordará, que nada omitió para acudir á ofrecerse al verdugo. Mas la fatalidad no

quiso que el sacrificio inconcebible de Fernando hallase obstáculo alguno; y aquel corazon tan amante como generoso, aquel amor ageno á la mundanal impureza, aquella cabeza poética á par que hermosa, cesaron de latir, de abrasar, y de atormentarse al golpe del hacha del verdugo, que ciega segó en flor la vida de un inocente no sentenciado, en reemplazo del sentenciado inocente.

Nunca supo D. Pedro de Valdestillas el paradero de su servidor ni el de su hijo único: Dios quiso redimirle de la angustia que el conocimiento de la horrible verdad le causara: mas bastaron los dolores de la ausencia y las zozobras de la incertidumbre para poner en pocas semanas término á su triste avanzada vejez.

Gil Gonzalez, oculto en el convento durante algun tiempo, huyó mas tarde al Perú con su familia: mas ni él acertó nunca á consolarse de la sangrienta catástrofe del 3 de agosto, ni la pobre Mencía pudo recobrar por completo el uso de su razon incurablemente alterada en el mismo funesto dia.

Elvira, fiel á sus promesas, y tomando el hábito religioso en el convento de Santa Clara de Méjico, arrastró un año penosamente su existencia, siendo modelo de todo género de virtudes. Dios, apiadado de su dolor, la llamó á sí al cabo de aquel tiempo.

Beatriz, no pudiendo tolerar la compañia del gefe de los asesinos de D. Alonso, entró igualmente en religion, lavando en ella con la austeridad de incesantes penitencias, las liviandades de su vida anterior.

Por lo que respecta á los Doctores, su conciencia primero y tambien la pérdida del poder, castigaron en este mundo el asesinato de los Avilas: difícil es creer que ante el Juez Supremo hallara gracia tan horrendo crímen.

Hemos dado fin á nuestra obra de Novelistas, si no con el acierto que deseáramos, y tendria derecho á exigir el

público benévolo que con inolvidable indulgencia nos ha recibido y juzgado, al menos con el mas vivo deseo de agradar al discreto que sus ócios quiso entretener en estas páginas, y quizá con la orgullosa esperanza de haber hecho algo provechoso al conocimiento de la historia y costumbres de una época y de un pais, que nunca español alguno puede mirar indiferente.

En el breve epílogo que sigue damos algunas noticias que nos han parecido indispensable complemento á *la Conjuracion de Méjico*, de la cual nos despedimos con aquel sentimiento de melancolía que nos aflige siempre, cuando al terminarse un largo viage nos apartamos de un compañero que con razon ó sin ella, acertó á inspirarnos tiernas simpatías.

EPILOGO HISTORICO.

UANDO el Marqués de Falces llegó á Méjico y se hizo cargo del vireinato, encontróse con que la reciente ejecucion de los Avilas, y el prolongado encarcelamiento del Marqués y demas caballeros que sabemos, tenian la ciudad aterrada, los ánimos alborotados y las cosas siempre á punto de rompimiento. Sin su providencial arribo á Nueva España, los Doctores hubieran forzosamente y quizá mal de su grado, tenido que proseguir en la funesta sénda de las persecuciones, por ellos mismos en mal hora abierta; porque es irremediable: Gobierno que una vez pisa los límites de la tiranía, solo de la violencia puede alimentarse en lo sucesivo. ¿Cómo era posible que la Audiencia se fiara de la nobleza, ni la nobleza de la Audiencia? La sangre de los hermanos Avilas cavó un hondo abismo, que dividia á los unos de los otros irrevocablemente; no era dable la avenencia entre las víctimas y sus verdugos; la guerra, la guerra civil, la guerra civil, encarnizada y esterminadora, podia sola poner término al conflicto, con el sangriento, completo y bárbaro fin de uno de los dos bandos rivales.

Quizá se presuma que el del Marqués, careciendo ya de toda esperanza y porvenir, hubiera sin combate sucumbido, mas fuera error creerlo asi; porque el martirio ensalza á las víctimas, asi como la persecucion purifica y da vigor á los partidos que tienen vida propia.

Tras del imperio del terror, imperio tanto mas efímero, cuanto mas duro, llegan siempre las reacciones contra los opresores; y desde la noche misma del suplicio de D. Atonso, comenzó á notarse en Méjico la reaccion, en efecto. El pueblo que se abstuvo de concurrir al suplicio, acudió en muchedumbre inmensa al entierro de los Avilas, hecho con toda solemnidad por los Franciscanos, que dieron sepultura en su convento á los mutilados cadáveres; y lo que es mas digno de memoria, D. Luis de Velasco y sus parientes se apresuraron á incorporarse á la fúnebre comitiva.

Velasco, comprendiendo sus intereses, fija siempre la vista en el invariable blanco de su ambicion, y convencido del malísimo efecto que el proceder de los Doctores habia causado en Méjico, quiso, sin duda, ostentando su persona en el entierro de las míseras víctimas del encono de aquellos, probar á todos que ninguna parte tuvo en el horrendo consumado asesinato. ¡Como si tolerar el crímen, pudiendo impedirlo, no fuese hacerse en él cómplice!

Pero el vulgo que se paga de apariencias, vió las cosas como á D. Luis convenia, y eso era para él lo solo importante.

Durante la noche habíanse clavado las cabezas de los Avilas sobre la azotea de las casas de la ciudad, *para escarmiento de traidores*, segun la Audiencia: mas apenas el ayuntamiento advirtió tan cruel alarde de venganza, cuando, sin ser poderosos á impedirlo Villegas ni Samano, diputó á varios de sus individuos para que, en nombre de la corporacion, espusieran al Doctor presidente que, *no habiendo sido traidora la ciudad*, no habia razon tampoco para afrentarla coronando su alcázar con los horrendos despojos del cadalso. Oyó Ceinos la demanda con mal reprimido enojo, y casi estuvo á punto de desairarla; pero anunciáronle los regidores resueltamente que, si no mandaba quitar las cabezas de donde estaban, *echarianlas ellos al suelo*; y ya entonces, temiendo al cabildo, se avino á que los sangrientos trofeos se trasladaran á la *Picota*, es decir, al sitio en que era costumbre clavar las cabezas de los malhechores.

Cuando tan palmarios son los hechos, no hay para qué detenerse á comentarlos: mas para que no se nos acuse en ningun

tiempo, ni de apasionados parciales de los vencidos, ni de enemigos ciegos de los Doctores, vamos á copiar aqui algunos párrafos de una *carta que el Provincial del Santo Evangelio* (Fray Diego de Olarte) *escribió á S. M.* (Felipe II) *acerca del alzamiento que* SE DECIA HABIA *en tiempo del Marqués del Valle;* documento curioso que se encuentra íntegro en el tomo I, libro V, *de la Monarquía Indiana* de Torquemada, cuyo capítulo XIX ocupa todo entero.

«Los frailes de esta Orden (dice) y Yo, el menor de ellos, »en su nombre, como primeros capellanes que somos de V. M. »en esta tierra, y como mas obligados que otros á vuestro Real »servicio, lo estamos tambien *á declarar nuestro sentimiento »sobre cosa que tanto importa, como lo es la alteracion ó sosiego »de vuestros reinos y señorios;* y es que verdaderamente nos ha »puesto á todos en gran turbacion, *y justamente admiracion, »decir que hubiese personas* en esta ciudad de Méjico, *que se »atreviesen á conspirar y hacer conjuracion entre sí* para rebe»larse contra V. M. y alzarse con esta *Nueva España.*»

No pueden espresarse con mas delicadeza y claridad al mismo tiempo, la competencia de la órden seráfica para levantar su voz en favor de los oprimidos, y la inverosimilitud del hecho sobre el cual se fundaron las inicuas persecuciones de la Audiencia: pero prosigamos copiando y veremos aún mas todavia.

Verdad será, dice Fr. Diego, la Conjuracion; «pues por ella »han ya castigado á algunos con pena de muerte vuestro Presi»dente y Oidores, *lo cual* ES DE CREER QUE NO HICIERAN, *si no »los hallaran manifiestamente culpados.*»

Fulminada esa acusacion terrible en términos tan esplícitos y, sin embargo, tan llenos de conveniencia que pudieran servir de modelo y leccion á muchos modernos oradores parlamentarios; espone Fr. Diego concisamente las razones de imposibilidad que contra la Conjuracion militaban, por la impotencia de los conspiradores, *mozos livianos de lengua*, por la lealtad de los mas de los castellanos, y sobre todo por la *fidelidad de los indios que ellos solos bastáran y sobráran para asegurar la tierra de todos los españoles que habia en ella.*

«No sabemos aún hasta ahora (escribe mas adelante) si de he»cho ó de propósito hubo algun concierto determinado, mas de »lo que inferimos por lo que sobre ello han proveido vuestro Pre»sidente y Oidores, *los cuales lo sabrán por las informaciones »que han hecho, y mejor lo sabrá Dios, al cual ninguna cosa se »le puede encubrir!*»

Hombre de su siglo y hábito, el Provincial atribuye á pecados de todos y tibieza por parte de los próceres en el cumplimiento de sus obligaciones religiosas, las calamidades que con motivo ó mas bien so pretesto de la Conjuracion afligian entonces á Nueva España; defiende luego enérgicamente al Marqués del Valle de la fea nota de traicion, recordando con tacto los servicios de su ilustre padre; y termina apostrofando al Rey prudente con un vigor, de que el lector juzgará leyendo sus propias palabras, que son las que siguen:

«Como Vuestra Magestad *cumpla con lo que se debe á Dios*, »procurando la conservacion de estos naturales, en que sean re»servados y relevados de toda vejacion y agravio, como gente pu»silánime y gente que se metió debajo de las alas de vuestro real »amparo, y que tengan la doctrina y favor que conviene para la »salvacion de sus almas, *con eso tiene V. M. estos reinos mas fir»mes y seguros que no esos de la Antigua España.*»

Admiremos, porque lo merecen, la valentía, la firmeza y claras luces de aquel, primero soldado y luego pobre fraile mendicante, que contra el poder de la Audiencia, y á vista del cadalso aún sangriento (la fecha de la carta estractada es del 8 de agosto), se dirige al monarca mas suspicaz del mundo, y en vez de tributarle serviles alabanzas, le recuerda austero el cumplimiento de sus obligaciones de Rey y de cristiano, con tanta sencillez como energia.

Si nunca los frailes se mezcláran en negocios políticos mas que en tal forma y con intentos igualmente piadosos, otro fuera el crédito en el mundo de sus respectivos institutos.

Pero volvamos á Méjico, y probado, como lo tenemos, el pernicioso efecto del suplicio de D. Alonso y Gil Gonzalez, á referir sucintamente las consecuencias del advenimiento al gobierno del nuevo Virey Marqués de Falces.

Su primer cuidado, como puede presumirse, fue llamar á sí el proceso de la Conjuracion, para examinarlo detenidamente, y escuchar los informes, ya espontáneos, ya pedidos, de personas que, por su larga residencia en Méjico, debian conocer tanto el pais como sus moradores, y que por su estado, posicion y antecedentes, era de presumir fuesen imparciales.

Varon provecto, político esperimentado, militar veterano, y noble caballero, en breve apreció el Marqués en su justo valor las personas y las cosas, comprendiendo que la Conjuracion no fue mas que sueño de cabezas mas ó menos visionarias, murmuraciones de espíritus irreflexivos é impacientes, y cuando mas

valentia estéril de corazones jóvenes; y que nunca tuvo forma regular, ni menos consistencia y porvenir. Por parte del Marqués del Valle, claro estaba que solo hubo orgullo aristocrático y pretensiones exageradas de personal supremacía, que, apoyándose en el descontento de la nobleza, por los letrados oprimida, merecieron quizá correccion política, pero jamas judicial castigo. Tocábale á la Audiencia templar los ánimos y dirigir la opinion, en vez de lo cual, levantando bandera, entregóse á un tiempo á las sugestiones de su envidiosa suspicacia, á la satisfaccion de su insaciable codicia, y á los instintos de la crueldad cobarde propia de un gobierno tiránico.

Colocado, pues, por las circunstancias entre dos parcialidades enemigas, una de las cuales contaba por gefe al heredero de Hernan Cortés, y se componia de la nobleza toda de aquel reino; mientras que la otra era, en resúmen, el Gobierno legítimo, bueno ó malo, ó lo que es lo mismo, la representacion del trono de Castilla en el Nuevo Mundo, forzosamente tuvo el Marqués que contemporizar en aquel trance, renunciando á ser justo en todo, por no esponerse á producir mayores males. Entendemos, por tanto, que anduvo cuerdo y atinado sobreseyendo en Méjico el proceso sobre la Conjuracion, que remitió sin pérdida de momento á España, con las personas del Marqués del Valle, de su hermano D. Luis, Justicia de Tecuzco (1), del Dean D. Juan Chico de Molina, y lo que es mas notable, del Provincial Fr. Diego de Olarte, todos en calidad de presos; para que el Rey, vistos los autos y oido el parecer de personas doctas é imparciales, proveyese en el caso lo conveniente.

La persecucion de Fr. Diego, á todas luces injusta, pues con evidencia consta que fue siempre ministro de paz, y nunca instrumento de discordia ni en la Conjuracion, ni en ningun otro asunto, puede esplicarse solo en virtud de consideraciones políticas, que no la santifican, sin duda, pero que acaso atenuan la culpa del Marqués de Falces.

Por una parte la personal importancia del ex-conquistador religioso; por otra su posicion de prelado superior de los franciscanos; sus íntimas relaciones con la familia de Hernan Cortés; la inflexible firmeza de su carácter; su popularidad entre los indios; y el calor con que condenó á los jueces de los desventurados Avilas, pudieron ser otras tantas razones para que el Virey contase á Fr. Diego en la categoría de los hombres á quienes se

(1) No hicimos mencion de él en la Novela, ya por sernos innecesario, ya porque tampoco tuvo importancia histórica de ninguna especie.

declara *influyentes* para considerarlos como *temibles*, y hacer con ellos, en consecuencia, lo que los atenienses por medio del ostracismo con los ciudadanos que se distinguian mas de lo que á su democrática suspicacia convenia. Quizá tambien el varon apostólico se produjera en tales términos al censurar á la Audiencia, que el Marqués, á quien tocaba en todo caso dejar bien puesto el principio de autoridad de que era representante, se creyese obligado á desterrarle: mas como quiera que sea, el hecho es que el Provincial fue enviado á España, mientras que á todos los presos, fuera de los que arriba nombramos, y de D. Bernardino Pacheco de Bocanegra que lo estaba por delito comun, se les puso en libertad completa, dándose por nulo todo lo anteriormente acontecido.

La *amnistía*, que tal merece llamarse, del Marqués de Falces, causó en Méjico un júbilo tan universal como sincero, si bien no completo, pues no hay perdon, no hay ley de olvido que baste á resucitar los muertos; y la tragedia de los Avilas habia, por otra parte, causado en los ánimos todos impresion tan profunda que no podia borrarse fácilmente.

En tanto los Doctores, los Dominicos, Samano, Villegas y los parciales de la Audiencia, respetados merced á la firmeza con que gobernaba el Marqués, vivian sin embargo oscuros y sin poder, maldiciendo la hora en que aportó á las playas del Anahuac el justificado Virey que les arrancó la presa de entre las garras, privándoles hasta del fruto del jurídico crimen que sobre sus conciencias abrumador pesaba.

Y si, en fin, se limitaran á dolerse de los rigores del hado, para ellos adverso entonces, nada tuviéramos que decir en contra: mas conspiraron contra D. Gaston de Peralta como habian conspirado contra la descendencia de Hernan Cortés; y conspiraron con fruto, que es lo peor de la historia.

En efecto, cuantas comunicaciones dirigia el Marqués al Rey y á sus ministros sobre los negocios de Méjico, dando en ellas cuenta de su conducta, esplicando los sucesos, y poniendo en su lugar respectivo las personas, otras tantas fueron interceptadas en la capital misma por Ortuño de Ibarra, *factor del Rey*, hombre poderoso y cómplice de los Doctores.

Consecuencia de tan infame abuso fue necesariamente que no recibiese Felipe II durante algun tiempo noticia alguna de su Virey, y sí, en cambio, repetidas quejas de la Audiencia contra él, que no quejas, sino calumniosas delaciones pueden llamarse, pues acusaban al honrado D. Gaston, de haber entra-

do en las miras de los conjurados, y de intentar levantarse con el Reino por cuenta propia.

Acaso Cárlos V arrojara al fuego con desprecio las villanas acusaciones de los Doctores, ó cuando menos, aguardara á informarse ámpliamente para tomar resolucion de importancia; pero su hijo, el Rey inquisidor, trataba los negocios de otra manera muy distinta.

Adivinando en gran parte la mala fé de los de la Audiencia, desconfió, sin embargo, del Marqués de Falces, como de don Juan de Austria, como del Duque de Alba, como de cuantos conservaban en su carácter y acciones una sola centella del ya entonces en Europa moribundo espíritu caballeresco; y para obviar á un tiempo los inconvenientes de robustecer á los Doctores destituyendo al Virey, ó de ensalzar á este deprimiendo á aquellos, no halló espediente mas ingenioso que el de poner á entrambas partes fuera de combate, mandando á Méjico *tres licenciados* en calidad de visitadores, con facultades omnímodas, y la órden de que obligasen al Marqués á regresar inmediatamente á España, dejando, sin embargo, á los togados en la posesion y ejercicio de sus magistraturas.

Descuidado de tal injusticia y satisfecho de haber restablecido la paz en el pais á su gobierno encomendado estaba D. Gaston de Peralta, cuando súbito se le presentaron los licenciados *Muñoz* y *Carrillo* (1), con una Real cédula tan fulminante, que no daba lugar á dudas ni á dilaciones.

Obedeció el Marqués con tanta menos resistencia cuanto mayores eran su prisa de presentarse en la Corte, y su seguridad de deshacer con la energía propia de su carácter y rectitud, la torpe red de infames calumnias en que, ausente, lograron envolverle los Doctores; y mientras, con no poco despecho de estos, víctimas de sus propias arterías, apoderáronse del gobierno supremo Muñoz y Carrillo.

Pero hemos dicho mal: quien se apoderó del gobierno fue Muñoz, porque Carrillo, hombre de los infinitos que para nada sirven, y sin carácter propio, ni mas miras en la vida que prolongarla y *comer*, como vulgarmente se dice, fue siempre el mas inmediato y humilde esclavo de su ambicioso colega.

Digno émulo de los Ronquillos en España, y de los Salazares en América, Muñoz era un letrado como ya se encuentran pocos, duro y frio en las formas, inflexible y ardiente en las reso-

(1) El Licenciado JARABA, presidente de la visita, murió durante la travesía, y reemplazóle Muñoz en todos sus derechos.

luciones, insensible á los males de la humanidad, que consideraba como un rebaño rebelde, y tan celoso de la autoridad que ejercia como prepotente y vano. Revistiendo la máscara de su siglo y Monarca, distinguíase por lo minucioso y aparente en las prácticas esternas de la religion; quizá creia por atricion: pero al mismo tiempo mostróse y era, en efecto, del todo ageno á la caridad dulcísima, que es la base, principal elemento, y divino sello del cristianismo. Nunca hemos creido compatibles la sequedad del corazon y la dureza de entrañas, con el espíritu humilde, piadoso y elevado á un tiempo, que el Evangelio respira en todas sus cláusulas.

Muñoz, para que ni un momento cupiese duda de sus tendencias, fue desde luego á alojarse en el convento de los Dominicos. ¿Dónde mejor que en los reales de la Inquisicion, podia levantar su tienda el que iba á llenar de luto á Méjico por segunda vez en pocos meses?

Inmediatamente los corchetes se pusieron en campaña, y volvieron las cárceles á poblarse de nobles caballeros, esparciéndose, en consecuencia, tal y tan profundo terror por todo aquel reino, y en su capital singularmente, que el mismo Velasco, desconfiando de que su habilidad bastase á ponerle á cubierto de las iras del licenciado Dictador, abandonó á Méjico y trasladóse á Europa, comprendiendo, en fin, que el poder ó se conquista en el campo con la espada, ó se logra, pretendiéndolo en la Córte, con el incensario de la adulacion en la mano, ó el oro de la corrupcion en el bolsillo.

¿Será preciso decir que el primero, entre los por segunda vez presos, siempre á pretesto de la famosa Conjuracion que costó la vida á los Avilas, fue D. Martin Cortés, el hijo de Marina? No por cierto: el ilustre Bastardo tenia sobrados títulos al martirio para que los verdugos no le dieran lugar preferente en sus calabozos y suplicios.

¡Calabozos! Méjico los tenia ya que sirvieron de triste morada á mas de una víctima, tan ilustre como inocente: pero á Muñoz no le parecieron bastante hediondos para la nobleza en que su villano furor se cebaba, y mandólos edificar entonces *muy fuertes é inhumanos* (dice Torquemada), llevando el cinismo de la ferocidad hasta el punto de darles su nombre que, justa la posteridad, les conservó muchos años.

¡Suplicios! El hacha sola habia funcionado hasta Muñoz; él quiso que tambien al tormento y á la horca les cupiera su parte de presa en el botin horrible.

Don Martin Cortés, hijo del que ganó á Méjico, fue bárbaramente *atormentado* en la ciudad misma cuyo nombre será inmortal, si vive tanto como el de su ilustre Conquistador, en presencia de D. Francisco de Velasco, tio del D. Luis que conocemos, y del obispo D. Antonio de Morales; dispensándosele el honor de tales testigos al paciente, en atencion á su calidad de caballero del hábito de Santiago, que los dos nombrados personajes vestian igualmente.

¡Atrocidad inútil! Sobrábale al hijo de Marina la noble sangre castellana que en sus venas circulaba para resistir á los dolores del tormento, pues con la india sola de su ilustre madre bastárale para dejarse destrozar los miembros, como lo hizo, sin que sus labios profiriesen ni una sílaba provechosa á los perseguidores de su familia, ó perjudicial á sus amigos y parciales.

Tambien sin misericordia, pero tambien estérilmente fueron atormentados D. Bernardino Pacheco de Bocanegra, y sus hermanos D. Fernando y D. Francisco. El primero fue, por el asesinato de Juan Ponce, sentenciado á muerte; mas como al cabo aquel castigo fuera justo, no llegó á realizarse, conmutándosele la última pena en la de presidio en Oran *con lanzas*, es decir: con cierto número de soldados á su costa mantenidos.

Menos felices D. Baltasar de Sotelo y los hermanos D. Pedro y D. Baltasar de Quesada, murieron degollados en el mismo cadalso en que les habia precedido D. Alonso de Avila; y en la horca espiraron Gonzalo Nuñez y Juan Victoria, los fieles servidores de aquel caballero, que mas de una vez hemos mencionado, asi como un hombre llamado *Oñate*, y otros varios de oscura condicion.

Las crueldades de Muñoz fatigaron los brazos del verdugo, como las hediondamente lúbricas caricias de Mesalina hastiaban en Roma, esclava de Claudio, á los mas robustos gladiadores.

Multiplicándose en tanto las prisiones y los destierros, cundia en consecuencia la desconfianza á una con el vicio infame de la delacion. Ni el hermano se fiaba del hermano, ni el padre del hijo, ni el amante de su amada; la inmoralidad reinaba, en fin, y como siempre acontece, con la mas espantosa de las tiranías imaginables. Tiranía tal, que á la Audiencia misma tenia descontenta sobre aterrada.

Hubiérase entonces probablemente perdido Méjico, si el Marqués de Falces, por una parte, no se apresurase, aún antes de embarcarse, á escribir á España pintando el estado de aquel

reino tal como era; y si por otra no lo hiciesen tambien, en el mismo sentido, D. Luis de Velasco, Fr. Diego de Olarte, y hasta los Doctores mismos, temiendo que agotada la sangre de los nobles, habia de revolverse el tigre contra sus propias personas. Tales reclamaciones y las continuas quejas de las familias y amigos de los perseguidos que recibia incesantemente el Consejo de Indias, abrieron, en fin, los ojos á Felipe II, obligándole á procurar en lo posible el remedio de sus pasados errores.

¿Pero cómo? ¡Ah! ¡Como siempre! Contra Doctores licenciados, contra licenciados Doctores: nunca, sino en último apuro, un hombre político, un caballero. Estaban á la sazon en la Córte los Doctores Villanueva y Vasco de Puga, oidores de Méjico, enviados á España por el visitador Valderrama, porque se opusieron á sus tiránicas exacciones; y el Rey que hasta entonces se habia mostrado sordo á sus ruegos, acordóse de ellos para mandarlos á destituir y reemplazar, en union con sus antiguos compañeros, á Muñoz y Carrillo.

¿Por qué no dar al Marqués de Falces la satisfaccion que de derecho se le debia, y al mismo tiempo reemplazar un poder arbitrario y feroz con persona tan respetable?

¿Por qué, ya que el régio orgullo se negara á confesar que se engañó desconfiando de D. Gaston de Peralta, no hacer eleccion de Virey en Velasco, ó en cualquiera otro hombre de importancia social y capacidad política bastante para gobernar un reino en circunstancias tan difíciles como eran entonces las de Méjico?

Porque con los Licenciados y Doctores podia hacerse todo impunemente, y con los caballeros todavia no tanto como poco tiempo despues fue ya posible, merced á la ceguedad incomprensible con que nuestra aristocracia se apresuró á vestir la librea palaciega.

Al llegar Villanueva y Vasco de Puga á Méjico, y dar cuenta de su comision en Audiencia plena, Ceinos, Villalobos y Orozco, confesando, en voz baja y temblando, que detestaban á Muñoz con todas veras, negáronse, sin embargo, por miedo no disimulado, á notificarle la Real cédula de su destitucion, y exigieron que el secretario Sancho Lopez de Angurto, nombrado para aquel acto importante, ignorase completamente su cometido hasta el momento crítico.

¡Tal era el espanto que Muñoz supo imprimir en los ánimos de todos!

Verdad es que, amen de las ejecuciones, tormentos, cárceles y destierros, su porte fue siempre el de un tirano de la edad media, pues se le veia poco, siempre con guardias, nunca sin ceño; y ni el mismo Carrillo, su compañero en el nombre, osaba tratarle familiarmente.

Era á la sazon la Semana Santa del año de sesenta y ocho; Muñoz, morando en el convento de Santo Domingo, asistia naturalmente en su iglesia á los divinos oficios; mas no queriendo igualarse con el resto de los hombres, ni aun en presencia del que los hizo á todos de barro, ocupaba siempre un estrado ó tarima cubierta de ricos paños, con acompañamiento de Alabarderos y otros ministros de su autoridad omnímoda.

El miércoles santo muy de mañana se presentan á pedir audiencia al Dictador los Oidores Villanueva y Vasco de Puga, con el secretario Sancho Lopez, ignorante del ministerio que va á ejercer: pero no hay criado, portero, ni fraile que ose despertar á Muñoz antes de su hora acostumbrada; y los Ministros del Rey se ven precisados á esperar, mal que les pese, á que el tirano tenga á bien despertarse.

Aquel dia precisamente, sintiéndose indispuesto, tardó Muñoz mas que otros en dar cuenta de su persona; y tardó tanto que, impacientes con sobra de razon los Oidores, obligaron á un page á que le pasara recado, avisándole de *que estaban allí y le querian besar las manos.* Oido el mensage con indiferencia, vistióse Muñoz sin prisa, y cuando hubo acabado de ataviarse recibió en fin á sus visitantes con el ceño y entonacion de costumbre, de pié, cubierta la cabeza, y llevándose apenas la mano á la gorra en muestra de contestacion al cortés saludo que le hicieron.

«Preguntáronle cómo estaba (dice el cronista); y respondió»les que algo achacosa habia pasado la noche, y que por sola »su venida se habia levantado. Esto fue con lenguaje tan escaso »de mercedes y de palabras, que mas parecia Dios airado que »hombre obligado á guardar respeto al que se debe.»

Nada puede añadirse á tan característico cuadro: Villanueva, colérico y con fundamento, sacando entonces la cédula que llevaba oculta en el seno, hízosela leer y notificar al pesquisidor por el atónito secretario; y Muñoz entonces, mostrándose, en fin, tan pequeño como era, perdió á un tiempo color, brio, orgullo, dignidad y hasta el conocimiento.

Asi son todos los que á la sombra del poder supremo oprimen sin misericordia, mientras el favor los sostiene; cuando la

fortuna les vuelve el rostro, arrástranse, como asquerosos reptiles que son, á los pies de los que un minuto antes consideraban indignos hasta de sus miradas.

A la verdad, la cédula era terrible: mandábase en ella á Muñoz cesar en el acto en su jurisdiccion, y en el acto tambien salir de Méjico para regresar á España, so pena de perdimiento de bienes y *la cabeza á merced de la Audiencia.*

Con tal puntualidad quiso obedecer el menguado, que sin detenerse ni un solo instante salió del convento con Carrillo, y entrambos á pié de la ciudad, solos y temerosos, como á los opresores de la humanidad conviene, y de apocados ánimos es propio.

Con su partida respiró Méjico, aunque los Oidores quedaron con el gobierno: mas, por una parte, no habia ya á quien degollar ni atormentar, y por otra todo parecia y era, en efecto, preferible al insoportable recien quebrantado yugo.

Muñoz, llegado á España en el mismo buque y al tiempo mismo que el Marqués de Falces, de quien dice Torquemada en estilo digno de Tácito, *que informó al Rey de toda la verdad y fuese á su casa*, apresuróse á solicitar audiencia de Felipe, persuadido de que apenas esplicase su conducta, obtendria reparacion de agravios, y mercedes magníficas á mayor abundamiento. Pero conocia poco al Rey prudente el cruel licenciado: Felipe II despreciaba á los que no sabian servirle sin dar escándalo; y sin escrúpulo, ademas, destruia los instrumentos de su severidad misma, luego que le habian servido.

—«¡*No os envié á las Indias á destruir el reino*!» Dijo al expesquisidor, sin permitirle hablar antes, ni esperar luego su respuesta; y aquellas palabras del fundador del Escorial, pronunciadas con el acento de inflexible dureza que le caracterizaba, bastaron para que Muñoz apareciese la mañana siguiente en su cuarto muerto en una silla, con la mano en la megilla.

Si le mató su orgullo, Satan puede envidiárselo; si veneno, el agua tofana no iguala en actividad al que le dieron.

Torquemada, comparando al licenciado Muñoz nada menos que con el *cruel Epulon*, cuya falta de caridad con Lázaro el pobre fue castigada con justa severidad por el cielo, dice: «*De este* (Epulon) *sabemos de cierto que está en el Infierno: de esotro* (Muñoz) *no sé lo que fué: ¡háyale hecho Dios misericordia*!»—Figúrasenos que el bueno del Franciscano creia poco en la salvacion del licenciado.

Volviendo á la historia, á fines del año de 68 mismo, ya

Felipe comprendió la necesidad de nombrar un Virey, eligiendo al efecto á D. Martin Enriquez, hermano del Marqués de Cañete, quien gobernó á Nueva España hasta el 1580. Durante su Vireinato se decretó el establecimiento en Méjico del Tribunal de la Inquisicion, que comenzó á funcionar, en efecto, en 1571.

Nuestro D. Luis de Velasco consiguió sus deseos, reemplazando en 1587 al Conde de Coruña, sucesor de Enriquez. Costóle largo tiempo y trabajo ímprobo, mas al fin obtuvo el puesto eminente á que aspiraba, y usó del poder con discrecion, con tino, con templanza y en beneficio de sus administrados.

En tanto, desterrada de Méjico la familia de su Conquistador, vejetó oscurecida por favoritos y aduladores, hasta que recayendo en hembra la sucesion de Hernan Cortés, hasta el título con que mezquinamente se recompensaron sus hazañas, salió de Castilla para pasar á Nápoles, donde hoy radica en la familia de Pignatelli, y su rama de Monteleone.

Los grandes hombres son como los aereolitos; Dios solo posee el secreto de su orígen, nada mas que gloria suelen dejar en pos de su existencia: así Alejandro, Anibal, Pirro, César, Napoleon y Hernan Cortés.

Marzo de 1851.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN EL TOMO V Y ÚLTIMO.

		Págs
Capítulo I.	Que los clásicos podrán llamar episódico, y trata, sin embargo, de personas y sucesos en este cuento importantes.	5
II.	Donde se da una ligera idea de las cosas de la Florida, y prosigue y concluye el episodio del capítulo anterior.	29
III.	Que entre los proverbios del sapientísimo rey Salomon pudiera figurar el castellano que dice: «*Bien venido seas, mal, si vienes solo*.	52
IV.	En el cual se da cuenta de quién era Don Martin Suarez de Monroy, llamado el *Mártir*.	68
V.	Otro de los episódicos que aclara mas de un misterio, revelando el orígen de la bella doña Elvira.	91
VI.	De cómo se acabaron las desdichas del Mártir.	116
VII.	En el cual se refiere cómo preguntaban los Doctores, y respondian los caballeros, cada cual con distinto objeto, y haciendo tan poco caso los preguntantes de las respuestas, como los respondentes de las preguntas. .	136
VIII.	En el cual se pintan melancólicas escenas, mas comunes en los desenlaces de las conjuraciones de lo que á los conjurados conviniera.	158
IX.	De una aparicion que tuvo D. Fernando de Valdestillas, y de la mala noche que pasaron los Doctores Ceinos y Villalobos, la del 2 al 3 de agosto de 1566.	177

Pág.

Capitulo. X. Que da razon del mercado de Tlatelolco, y de lo que en él aconteció el dia 3 de agosto de 1566. 198

XI. De cómo el indio Cristóbal despejó el mercado de Tlatelolco; y D. Luis de Velasco razonaba en el género dialéctico de Poncio Pilatos. 218

XII. Que, no habiendo regla sin escepcion, se dan casos de ser provechosos los escritos anónimos. 237

XIII. Que refiere cierta conversacion entre un marido y el enamorado de su muger; y da cuenta de cómo recibieron los Doctores á las damas de la nobleza. 257

XIV. De la utilidad de los motines para precipitar las catástrofes. 276

XV. Que contiene noticias tan varias que no caben en la cifra de un epígrafe. 307

XVI. Que da fin á la novela de la Conjuracion de Méjico. 325

Epílogo histórico. 345

ERRATAS DEL TOMO V.

Página.	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
10	23	hombre, bandido	hombre bandido
15	30	vez,	vez
35	22	aque	aquel
49	1.ª	zar	azar
80	12	el condo	al conde
id.	19	minutos, despues	minutos despues
81	1.ª	niñoque, de rodillas	niño de rodillas
100	11	años del sitio	años antes del sitio
108	9	parte, su	parte su
127	21	junio	julio
136	1.ª	Capítulo VIII	Capitulo VII
154	19	pesaban	pecaban
225	12	escena	la escena
254	20	sitios para	sitios estos para
id.	27	señoras	señoras?
256	4	exije	exijen

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS DEL TOMO 5.º

Páginas.

1.ª Rapto de Catalina. 39
2.ª Don Martin Suarez herido en Amberes. 108
3.ª Don Fernando en la tumba del *Mártir*. 181
4.ª Ejecucion de don Alonso de Avila. 340

LISTA

DE LOS SUSCRITORES DE MADRID.

S. M. el Rey.
S. A. R. el Sermo. Sr. Infante D. Francisco.
S. A. R. el Sr. duque de Montpensier por dos ejemplares.
Sr. Comisario general de Cruzada por doce ejemplares.

D. Rafael José Aguirre.
D. Miguel Aroca.
D. Rafael Izquierdo.
D. Ignacio Palomar.
D. Nicolás Fernandez Rojas.
D. Pablo Paz.
D. Narciso Soria.
D. Salvador Garcia.
D. Justo Herrero.
D. Félix Udaeta.
D. Eustaquio María Lopez.
D. Luis María Carbajal.
D. Cristeto Villar y Cortinez.
D. José Puig Latre.
D. Luis Estanislao Perera.
D. Juan Tarquis.
D. Joaquin Baquero.
D. Marcos Vazquez.
D. Felipe Gonzalez.
D. Nicolás Melida.
D. José Aguila.
D. José Antonio Duran.
D. Angel María Vela.
D. Juan Manuel Mazarredo.
Doña Guadalupe Uztariz.
Doña Dolores Gamarra.
D. Antonio Rodriguez de Carasa.
D. Alonso Pacheco.
D. Antonio Segur.
Sr. Duque de Alba.
D. José Lafuente.
D. Andrés Montero.
D. Manuel Arcos.
D. N. Zinsa.
Doña Rosa Castañon.
D. Eugenio Ochoa.
D. Lucas de la Cuesta.
D. Luis Martinez.
D. Isidoro Gil.
D. Félix Martin Romero.
D. Eduardo Carcer.
D. Antonio Ferrer del Rio.
D. Manuel Garcia Baeza.
D. Pedro de la Torre Isunza.
D. José Batalon.
D. Toribio Arcitio.
D. Fermin de la Puente Apezechea.
D. Pedro Apezechea.
D. Emilio Olloqui.
Sr. Marqués del Soto de Aller.
D. José Antonio Oteiza.
D. Ignacio Castilla.
D. Francisco de Paula Seijas.
D. Antonio Bulnes.
D. Francisco Caveda.
D. Francisco Heredia.
D. Isidro Diaz Argüelles.
D. Fulgencio Navarro.
D. Luis Manresa.
D. Ricardo Federico.
D. Rafael Navascues.
D. Francisco Javier Quinto.
D. Gabriel Enriquez.
D. José María Mora.
D. Annibal Alvarez.
D. José María Ubach.
D. Ramon Miranda.
D. Ambrosio Perez Hernandez.
D. José Fernandez Espino.
D. Manuel Romano.
D. Victor Cardenal.
D. Mariano Vela.
D. Francisco Calderon.
D. Joaquin Galochino.
D. Ignacio Gonzalez.
D. Juan Lopez.
D. Francisco Conde.
Sr. Duque de Bailen.
D. Francisco Acosta.
D. Vicente Sancho.
D. Andrés Villamartin.
D. Felipe Martinez Aragon.
D. Bernardo Robres.
D. José Antonio Muratori.
D. José Rodriguez del Busto.
D. Antonio Aguado.
D. Francisco Garma.
D. Facundo Infante.
D. Juan Ruiz.
D. Feliciano Inza

D. Eulogio Quintero.
D. Francisco Huerta.
D. Vicente Coll.
D. Antonio Rute.
D. Miguel Rodriguez Inclan.
D. Benito Collado y Ardanui.
D. Antonio José Godinez.
Sr. Marqués de Peñallorida.
Sr. Marqués de Mirallores.
Sr. Marqués de Fuentes de Duero.
Sra. de Orreus.
D. José Lopez Cordon.
D. Joaquin de Romaña.
D. Manuel Caracuel.
Doña Soledad Moreno.
D. Benito Garcia.
Sr. D. Luis Gonzalez Bravo.
D. Anselmo Blaser.
D. Eduardo Fernandez San Roman.
D. Cándido Nocedal.
D. José Fullos.
D. Francisco Caniellas
D. Antonio Guillermo Moreno.
D. Francisco Gavita.
D. N. Luqué.
Sra. Marquesa de Campo-Alange.
D. Juan Peña.
Sr. Marqués de Bellisear.
D. Mariano de Nicolás.
D. Juan Garcia de la Vega.
D. Manuel Breton de los Herreros.
D. Miguel Alegre y Dolz.
Ilmo. Sr. D. Bernardo Echevarria y O'Gaban.
D. Ventura de la Vega.
D. Manuel Machon.
D. Juan Camacho.
Sr. Marqués de S. Felices
D. José Galvez Cañero.
D. Francisco Escudero.
D. Marcial Lopez.
D. Manuel Mendoza.
D. Antonio Salas.
D. Luis Avella.
D. José Maria Nocedal.
D. Manuel Cortina.
D. Juan Drumen.
D. Mauricio Carlos de Onis.
Sr. Vizconde de la Armeria.
D. Rafael Moretones.
D. José Diaz Martin.
D. Martin Repel.
D. N. Andrés.
D. Antonio Maria Rubio.
D. Francisco Rodriguez de la Vega.
Sr. Embajador de Méjico.
D. Manuel Sanchez Silva.
D. Teodoro Robles.
D. José Vilches.
Sr. Marqués de Remisa.
Sr. Conde de Vista-Hermosa.
Sr. D. Evaristo San Miguel.
Sr. Duque de Veragua.
Sr. Marqués de Bedmar.
Sr. Conde de Bazalote.
D. Juan Fiol.
D. Nicomedes Pastor Diaz.
D. Daniel Weisveiller.
D. Luis Mayans.
Sr. Duque de Osuna.
Sra. Condesa viuda de Bélgida.
Sr. Marqués de Someruelos.
D. Francisco Manrique.
D. Pedro Madrazo.
Sr. Marqués del Puerto.
D. Agustin Perales.
D. Andrés Perez del Pulgar.
D. Miguel Puche y Bautista.
D. José Sierra.
Sr. Embajador de Nápoles.
Doña Josefina Mendivil.
D. Joaquin Francisco Pacheco.
D. Felipe Canga-Argüelles.
Sr. General Iriarte.
Sr. General Oribe.
D. Francisco Valverde.
D. Manuel Albuerne.
Doña Dolores Carbajal de Ulman.
D. Pedro Pinillos y Tejada.
D. Manuel Canteu.
D. Anselmo Casado.
D. Patricio Seijo.
D. Florencio Garcia Goyena.
D. Juan José Fuentes.
D. Manuel Diaz Moreno.
D. Manuel de la Concha.
Sr. D. Joaquin Maria Lopez.
D. Francisco Javier Ulloa.
D. Joaquin Lima.
D. Mariano Lerroux.
D. Juan Ferreira y Caamaño.
D. Rafael Ramirez Arellano.
D. Santiago Mendez Vigo.
D. Pascual Fernandez Baeza.
D. Joaquin Leal.
D. Tomas Rodriguez Rubi.
D. Juan Antonio Castejon.
Sr. Marqués de Perales.
Sr. Duque de San Cárlos.
Sr. Conde del Retamoso.
D. Bartolomé Santa Marca.
D. Augusto Ambiard.
D. Aniceto Alvaro.
Sr. Duque de Abrantes.
D. José Madrazo.
D. Gregorio Romero y Larrañaga.
D. José Maria Rodeñas.
Sr. General Messina.
D. Ramon Carsi.
D. Bartolomé Mendo.
D. José Diaz.
Sra. Marquesa de Legarda.
Sra. Marquesa de Bondareal.
D. José de la Concha.
D. Juan de Vicente.
D. Francisco Rivas.
Sr. Duque del Sesto.
D. José Calvo.
D. Joaquin Arjona.
D. Cárlos Latorre.
Doña Matilde Diez.
D. Manuel Catalina.
D. Basilio Bassili.
D. Julian Romea.
D. Florencio Romea.
D. José Martinez de la Piscina.
D. Antonio Luzan.
D. José Ami.
D. Segismundo Pujol.
D. Fernando Coll.

D. Jacinto Félix Domenech.
José Reyser.
Pedro de la Quintana.
Mariano de la Paz Garcia.
Manuel Vahamonde.
Ramon Maria de la Jara.
Manuel Varela y Luna.
Mariano Quirós.
Manuel Alvarez y Linares
Sr. Conde de Villarrando.
Sr. D. Fernando Norzagaray.
D. Pascual Madoz.
Joaquin de la Gándara.
Aniceto Cañete y Moral.
Joaquin Maria Suarez.
Salustiano Olózaga.
Luis Lopez de la Torre Aillon.
Pablo Cifuentes.
Sr. D. Juan Bravo Murillo.
D. Antonio Gutierrez de los Rios.
Sr. Duque de Granada.
D. Pedro Lopez.
José Baltar.
José Victor Mendez.
Serapio Aravaca.
Sr. D. Juan Prim
D. Mariano Prendesgast.
Tomás Alvear.
Juan Alberto Casares.
José Victoriano Labadia.
Manuel Safont.
Esteban Tomé.
D. Federico Vahey.
Sr. Conde de Ezpeleta.
D. Bonifacio Fernandez de Córdova.
Gabino Tejado.
Hilarion del Rey.
Joaquin Roca de Togores.
Juan Diaz Argüelles.
Joaquin de la Moneda.
Sr. D. Francisco Lersundi.
Alejandro Ramirez de Villa Urrutia.
Pedro Landaluce.
José Maria Velluti.
José Diaz Agero.
Ramon Pasaron y Lastra.
Ignacio Maria Argote.
Sr. Marqués de Miravel.
D. Antonio Orfila.
Manuel Ruiz Monsalve.
Francisco Lopez Serrano.
Sr. Marqués de la Merced.
Sr. General Crespo.
Sr. Duque de Tamames.
D. Andrés Avelino de Horihuela.
Juan José Arguindegui.
José García Perez de Castro.
Felipe Prieto.
Juan Olalo.
Juan Mariategui.
Luis Avella.
Tomás Ortega.

LISTA

DE LOS SUSCRITORES DE PROVINCIAS.

ALAGON.

D. Remigio Dargallo.

ALBACETE.

D. José Alfaro.
Miguel Fernandez de Cantos.

ALBOLODUY.

D. Juan Antonio Enriquez.

ALCAÑIZ.

D. Joaquin Perez.

ALHAMA DE MURCIA.

D. Roque Jabaloy.

ALICANTE.

D. Pedro Ibarra.
Isidoro Campos.
Juan Nepomuceno España.
Tomás España.
Manuel Eliasara.
Sr. General Campillo.

ALMADEN.

D. Francisco Nuñez.

ALMENDRALEJO.

D. Antonio Argüelles y Durán.

ALMERIA.

D. José Vilches.

D. Rafael Sostoa.

ALMUNIA.

D. José Clariana.

ANDUJAR.

D. Antonio Mesia y Elola.
Manuel Cuadros.
Francisco Pablo y Blanco.

ANTEQUERA.

D. Prancisco Bernal y Cueto, por dos ejemplares.
José Moreno Burgos.

ARANDA DE MONCAYO.

D. José Gallego.

ARENAS.

D. Antonio Junosa.

ARJONA.

D. José Maria Prieto.

ASTRANA.

D. José Antonio García,

ATECA.

D. Julian Asensio.
Ramon Garces.
Manuel Gimeno.
Pedro José Peñuelas.
Santiago Gil.
Manuel Azpeitia.

AVILES.

D. Juan Llano y Ponte.

AYERVE.

D. Cárlos Pie.

BADAJOZ.

D. Rafael Muro.
Manuel Peralta.
Manuel Martinez Padron.
Isidro R. Romero.
José Maria Villanoel.
Casimiro Huertas Murillo.
José Sanchez Trapero.

BARBASTRO.

D. Pablo Serrate.

BARCELONA.

D. Cayetano Anglona.
José Arias Miranda.
Antonio Arriete.
Manuel de Bofarull.
Cosme Bueno.
Ramon Busanya.
Buenaventura Casas.
José Cezat.
Jaime Fals.
Simon Ferrer.
Vicente Flores Varela.
Francisco Font y Romá.
José Font y Romá.
Pedro Font de Mora.
Cayetano Gallardo.
Joaquin Gatuellas.
Federico de Gispert.
José de Letamendi.
Francisco Malo y Garcés.
Segundo Martinez.
Ignacio Mas.
Antonio Maza.
José Maria de Miguel.
Manuel Moyano.
Lorenzo de Obregon.
Angel Plá.
Jaime Plá.
José Perats.
Justo Peris.
Francisco Pichot.
Francisco Polo.
Constantino Poces.
José Rodriguez.
Sebastian Riba.
Eduardo Saupons
José Sirvent.
Ramon Torrens.
Antonio Zalueta.
Francisco Guerra.

BIENVENIDA.

D. Juan Mendina.

BILBAO.

Sres. Delmás é hijo, por tres ejemplares.

BORJA.

D. Domingo Sarria.
José Vicente Espejo.

BUJARALOZ.

D. Mariano Vidaller.

BURBAGUENA.

D. Joaquin Villanova.

BURGOS.

D. Antonio Sanchez Osorio.
Luis Suero.

D. Antonio Diaz Mogrovejo.
Federico Ferrant.
José Santucho.
Blas Iraola.
Cesáreo Gimenez.
José del Rey.
Nicolás Boulanger.

CABEZON DE LA SAL.

D. Miguel Sanchez Lamadrid.

CACERES.

D. José Valiente.
Ramon Gonzalez.
F. Moñuda.
Felipe Uribarri.
Blas Palomar.
Rafael Sanchez Cumplido.
Antonio Martin Sanchez.
José Aguirre.

CADIZ.

D. J. A. Llorente, por tres ejemplares.
Ramon Sobrino.
Vicente Bustamante.
José Estereache.
Fernando Fiduchi, por cuatro ejemplares.

CALATAYUD.

D. Antonio Villarragut.
Mariano Torralva y Lezcano.

CASPE.

D. Antonio Piazuelo.
Mateo Villanova.
Manuel Paracuellos.
Santiago Piazuelo.
Luis Pastor.
Lorenzo Zavay.

CHANTADA.

D. Manuel Rodriguez Costa.

CARTAGENA.

D. José Monasterio.
Bartolomé Spottorno.
Sebastian Rolandi.
Bernardino Alcaráz.
Ginés Moncada.
Dionisio Oliver.
Angel Vidal Abarca.
Francisco Buenrostro.
Fulgencio Egea.
Jesualdo Dominguez.
José Fuentes y Marti.
Cipriano Gonzalez.
José Salafranco.
Jacinto Martinez Martin.

CIUDAD-REAL.

D. Antonio de Lara.

CORUÑA.

D. Victoriano Braña, por tres ejemplares.
José Presas (mayor).
José Presas (menor).
Pedro Franco.
Luis Garrido.
Bruno Herce.
José Nieto García.
Mauricio Riestra.
José María Undabeytia.
José Villar.
Juan Montero y Telenge.
Eusebio Zalvidea.
José Nuñez de la Barca.
Manuel Noriega.
Luis María Illa.
José Fausto Alvarez.
Sabino Presas.
Sra. Condesa de Espoz y Mina.
D. Pedro de la Encina.
José María Perez, por dos ejemplares.

COVETA.

D. Joaquin Gaitan y Toribio.

CUDILLERO.

D. Paulino Otero.

DAROCA.

D. José Diego Madrazo.

ESTELLA.

D. Tomás Jaen.

FABARA.

D. Enrique Vallespi.

FUENTES.

D. Mariano Navarro.

GALLUR.

D. Francisco Ortega.

GIJON.

D. José Abreu.
José Cárlos de la Fuente.
José Argüelles Bassa.
Juan Valdés Hevia.

GRANADA.

D. Ignacio Escobar.

D. Antonio María Doz.
Rafael Rada.
Francisco Gonzalez Serrano.
Toribio Funes.
Manuel Garrido.

GUADALAJARA.

D. Severiano March, por tres ejemplares.

HERENCIA.

D. Valeriano Azañon.

HERRERA DEL DUQUE.

D. Angel Bañuelos.

HUESCA.

D. Manuel Calahorra.
Segundo Diaz
Facundo Torrecilla.
Tomás Albistur.
Mariano Pedros.
Juan Benedit.
Mariano Perales.

IRUN.

D. Luis Vicente Bonilla.
Liborio Santa Marina.

JAEN.

D. Manuel Bachiller.
Antonio Romero.

JATIVA.

D. Blas Belver.

JEREZ DE LA FRONTERA.

D. Ventura Misa.
Manuel Baez.
Pedro Lopez Ruiz.
N. Terán.

LA JUNQUERA.

D. Cayetano Delhon y Martinez.

LARRAGA.

D. Manuel Belloso.

LEON.

D. Francisco Miñon.
Leandro Villar y Abello.

LERIDA.

D. Narciso María Jugo.

D. Frutos Astudillo y Polo.
José Certal.
Isidro Blanco de la Carrera.
Francisco Vita.

LOGROÑO.

D. Rafael Eulate.
Casimiro Miguel y Soret.

LORCA.

P. Pedro José Ossorio.
Antonio Rubira y Peral.
Cristóbal Marquez.

LUARCA.

D. Bernardo Perez de la Reguera.

LUGO.

D. Manuel Pujol y Massía, por tres ejemplares.

MAELLA.

D. Francisco Fernandez.
Felipe Vidal.

MALAGA.

D. Francisco Moya, por cinco ejemplares.
Alejandro Mayoli.
Rafael Cañadilla
Antonio Rabana.
Manuel Enriquez.
Sebastian Manuel Salazar.

MANZANARES.

D. Antonio Elipe y Vazquez.
Miguel Gonzalez Elipe.
Antonio Elipe y Elipe.
Francisco Gonzalez Elipe.

MARIÑOS.

D. Victoriano Vizoso del Rin.

MERIDA.

D. José Arauna.

MORA DE EBRO.

D. Pedro Pablo Descarrega.

MORES.

D. Manuel Sancho.

MURCIA.

D. Antonio Molina.

D. Tomás Albaladejo.
Sr. Marqués de Ordoño.

NESTOSA. (LA)

Sr. Administrador de Correos.

NONASPE.

D. Miguel Franc.

NOVILLAS.

Sr. Cura párroco.

ORENSE.

D. Agustin de Torres Valderrama.
Ramon Sarama.
Juan Gomez Stuik.
Vicente Salgado.
Antonio Cubero.

OSUNA.

Sr. Administrador de Correos.

OVIEDO.

Sra. Marquesa de Gastañaga.

PALENCIA.

D. Severino Barberia.
Francisco Maria Crespo.
Juan Garcia.

PALMA DE MALLORCA.

D. Antonio Villalonga y Escalada.
José Fullana.
José Sureda y Villalonga.
Luis Ramis de Airellor.
Juan Ignacio March.

PAMPLONA.

D. Rodrigo Campron.
Pedro Gorriz.

PEDROLA.

D. José Terán.

PORMAN.

D. Blas Requena.

PONTEVEDRA.

D. Braulio de la Portilla.
Ramon Autran.

PRIEGO (Andalucía).

D. Gerónimo Caracuel, por dos ejemplares.

PUENTEAREAS.

D. Juan Suarez.

PUERTO DE SANTA MARIA.

D. Rafael Laffite, por dos ejemplares.

REUS.

D. Angel Carnie y compañia, por dos ejemplares.

RIOSECO.

D. José Agapito Morales.

RONDA.

D. José Delgado Palacios

ROQUETON.

D. José de Cappa.

SADABA.

D. Angel Pueyo.
Gregorio Cortés.

SALAMANCA.

D. Juan Francisco Diaz.
José Ruiz Argüelles.
José Manuel Goma.

SALLENT.

D. Antonio Riera y Clará.

SAN ESTEBAN DE LITERA.

D. Pedro Mazo.

SANGUESA.

D. Miguel Caceres.

SANLUCAR DE BARRAMEDA.

D. Millan Gonzalez, por dos ejemplares.
Andrés Matheu.

SAN SEBASTIAN.

D. Ignacio Ramon Baroja, por tres ejemplares.
Eustasio Amilivia.
Ignacio José Lurruchategui.

SANTOÑA.

D. Francisco Alvarez.

SAN VICENTE DE ALCANTARA.

D. Fernando Trabado y Ortiz.

SANTA CRUZ DE TENERIFE.

D. Pedro Gurrea.
Juan Lopez Vergara.

SANTA EULALIA.

D. Manuel Abaorad.

SEGOVIA.

D. Pedro Ugarte.

SEVILLA.

D. Ramon Gonzalez.
Alfonso Nuñez de Prado.
Candido Sebastian y Garcia.

SIGUENZA.

D. José María Beato.

SORIA.

D. Gerónimo Loresecha.
Isidro Martinez de Toro.
Torcuato Mendizi.
José Antonio Orozco.

SOS.

D. Antonio Garcia.
Carlos Bonafonte.

TALAVERA.

D. J. José Alvarez.

TARRAGONA

D. Estanislao Figueroa.

D. Francisco Bessa.
Jaime Vidal.
Joaquin María Nin.
Rafael Magriñá.

TAUSTE.

D. Jacobo Olleta.
Angel Ramirez.
Silvestre Supervia.

TERAN.

D. Tomás Enriquez Calderon.

TORO.

D. Hermenegildo Fernandez.

TUY.

D. Antonio España y Chico.

VALENCIA.

D. Ramon Mazarredo.
Roque Paulln.
Director de la Fonda del Cid.
Francisco Matheu y Garin, por dos ejemplares.

VALDEMORO.

D. Juan Manzanares.

VALDEROBLES.

D. Antonio María Gargallo.

VALLADOLID.

D. Antonio Grijalvo.
Manuel Robredo.
Manuel Santa Cruz.
Manuel Palacios y Villalba.
Bernardino Ronderos.
Gaspar Estrada.
Salvador Callarga, por tres ejemplares.
Tiburcio del Rio.
Joaquin Vicitiz.
Eduardo Codevila.
Isidoro Lazo.
José Grijalvo.
Isidoro Moro.
Juan Manuel Fernandez Vitores.
Victor Laza y Barrasa.
Francisco Lavinay.

VIGO.

D. Juan Lorenzo Guisasola.
Gregorio Galon.
José Benito Pardo.
Norberto Velazquez.

VILLANUEVA Y GELTRU.

D. Jose María Elia.
José Golart.
José Pers y Ricart, por dos ejemplares.
D. Antonio Saleedo.
Juan Samá y Martí.

VILLAFRANCA DEL VIERZO.

D. Manuel Walle y Huertes.

VILLANUEVA DE LA SERENA.

D José Carrasco Garcia.

URREA DE JALON.

D. José Estepa.

UTRERA.

D. Felipe Burgos.
Joaquin Nunez de Prado.
Joaquin Giraldes.

ZAFRA.

D. Basilio Saenz.

ZAMORA.

D. Miguel Casanova.
Alberto Crespo.

ZARAGOZA.

Sra. Viuda de Heredia, por dos ejemplares.
D. Luis Franco y Lopez.
Camilo Torres.
Esteban Lacasa.
Manuel Reinoso, por 2 ejemplares.
Isidoro Montenegro.
Juan Francisco San Juan, por dos ejemplares.
Jose Tagle.
Mariano Gil y Alcaide.
Manuel Lasala.
Francisco Esteban.
Sres. Villarroya y Castellano.
José Castan.
Rafael Gimeno.
Francisco Sorolla.
Damian Azcarate.
Mariano Frances.
Simon Zamora.
Andrés Arque.
Jose Jimenez Mascaros.
Saturnino Veladier.
Leandro Coceva.
Feliz Santolaria.
Mariano Gayan.
Bienvenido Garcia.
Sres. Navarro hermanos.
D. Gregorio Paz.
Fermin Ezpeleta.
Joaquin María Arizmendi.
Sres. Palomar, hermanos.
Doña Fidela Velasco de Vallarin.
D. Nicolas Blanco.
Sr. D. José María Gisper.
D. Vicente Comin.
Tiburcio Larripa,
Timoteo Vergasa.
Fermin Iñigo.
Joaquin Delgado.
Francisco Rodriguez.
Vicente Liria.
Pascual Gil de Bernabé.
Francisco Berceval.
Manuel Perez.
Benito Hernandez.
Jorge Asnares.
Inocencio Robles.
Benito Bernardin.
Juan Bruil, por dos ejemplares.
Manuel Pardo y Bertolini.
Ramon Rodrigo.
José Ugarte.
Geronimo Borao.
Domingo Marraco.
Pascua Marraco.

LS
174000

195397

Author Ecosura, Patricio de la

Title La conjuracion de Mejico. Vol. 5.

NAME OF BORROWER.

DATE.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU